

Espejos

Una historia casi universal

Eduardo Galeano

© Eduardo Galeano, 2008
© de esta edición, febrero de 2008

Ilustraciones interiores: Grabados de la exposición «Monstruos y seres imaginarios», en la Biblioteca Nacional de España. (La lista completa de autores está al final del libro.)
© Biblioteca Nacional de España, 2000

Aquí no hay fuentes bibliográficas. No tuve más remedio que suprimirlas. A tiempo advertí que iban a ocupar más páginas que los casi seiscientos relatos de este libro.

Tampoco está la lista de los muchos colaboradores que hicieron posible que «Espejos» fuera algo más que un proyecto delirante. No puedo dejar de mencionar, sin embargo, a los que me salvaron de más de un papelón cuando tuvieron la paciencia de leer el manuscrito final: Tim Chapman, Antonio Doñate, Karl Hübener, Carlos Machado, Pilar Royo y Raquel Villagra. Este libro está dedicado a ellos y a los innumerables amigos que hicieron posible esta tarea imposible.

Y a Helena, muy.

En Montevideo, últimos días del año 2007

Padre, p ntame el mundo en mi cuerpo.
(Canto indígena de Dakota del Sur)

Los espejos están llenos de gente.
Los invisibles nos ven.
Los olvidados nos recuerdan.
Cuando nos vemos, los vemos.
Cuando nos vamos, ¿se van?

De deseo somos

La vida, sin nombre, sin memoria, estaba sola. Tenía manos, pero no tenía a quién tocar. Tenía boca, pero no tenía con quién hablar. La vida era una, y siendo una era ninguna.

Entonces el deseo disparó su arco. Y la flecha del deseo partió la vida al medio, y la vida fue dos.

Los dos se encontraron y se rieron. Les daba risa verse, y tocarse también.

Caminos de alta fiesta

¿Adán y Eva eran negros?

En África empezó el viaje humano en el mundo. Desde allí emprendieron nuestros abuelos la conquista del planeta. Los diversos caminos fundaron los diversos destinos, y el sol se ocupó del reparto de los colores.

Ahora las mujeres y los hombres, arcoiris de la tierra, tenemos más colores que el arcoiris del cielo; pero somos todos africanos emigrados. Hasta los blancos blanquísimos vienen del África.

Quizá nos negamos a recordar nuestro origen común porque el racismo produce amnesia, o porque nos resulta imposible creer que en aquellos tiempos remotos el mundo entero era nuestro reino, inmenso mapa sin fronteras, y nuestras piernas eran el único pasaporte exigido.

El metelíos

Estaban separados el cielo y la tierra, el bien y el mal, el nacimiento y la muerte. El día y la noche no se confundían y la mujer era mujer y el hombre, hombre.

Pero Exû, el bandido errante, se divertía, y se divierte todavía, armando prohibidos revoltijos.

Sus diabluras borran las fronteras y juntan lo que los dioses habían separado. Por su obra y gracia, el sol se vuelve negro y la noche arde, y de los poros de los hombres brotan mujeres y las mujeres transpiran hombres. Quien muere nace, quien nace muere, y en todo lo creado o por crear se mezclan el revés y el derecho, hasta que ya no se sabe quién es el mandante ni quién el mandado, ni dónde está el arriba, ni dónde el abajo.

Más tarde que temprano, el orden divino restablece sus jerarquías y sus geografías, y pone cada cosa en su lugar y a cada cual en lo suyo; pero más temprano que tarde reaparece la locura.

Entonces los dioses lamentan que el mundo sea tan ingobernable.

Cavernas

Las estalactitas cuelgan del techo. Las estalagmitas crecen desde el suelo.

Todas son frágiles cristales, nacidos de la transpiración de la roca, en lo hondo de las cavernas que el agua y el tiempo han excavado en las montañas.

Las estalactitas y las estalagmitas llevan miles de años buscándose en la oscuridad, gota tras gota, unas bajando, otras subiendo.

Algunas demorarán un millón de años en tocarse.

Apuro, no tienen.

Fundación del fuego

En la escuela me enseñaron que en el tiempo de las cavernas descubrimos el fuego frotando piedras o ramas.

Desde entonces, lo vengo intentando. Nunca conseguí arrancar ni una humilde chispita.

Mi fracaso personal no me ha impedido agradecer los favores que el fuego nos hizo. Nos defendió del frío y de las bestias enemigas, nos cocinó la comida, nos alumbró la noche y nos invitó a sentarnos, juntos, a su lado.



Fundación de la belleza

Están allí, pintadas en las paredes y en los techos de las cavernas.

Estas figuras, bisontes, alces, osos, caballos, águilas, mujeres, hombres, no tienen edad. Han nacido hace miles y miles de años, pero nacen de nuevo cada vez que alguien las mira.

¿Cómo pudieron ellos, nuestros remotos abuelos, pintar de tan delicada manera? ¿Cómo pudieron ellos, esos brutos que a mano limpia peleaban contra las bestias, crear figuras tan llenas de gracia? ¿Cómo pudieron ellos dibujar esas líneas volanderas que escapan de la roca y se van al aire? ¿Cómo pudieron ellos...?

¿O eran ellas?

Verdores del Sáhara

En Tassili y otras comarcas del Sáhara, las pinturas rupestres nos ofrecen, desde hace unos seis mil años, estilizadas imágenes de vacas, toros, antílopes, jirafas, rinocerontes, elefantes...

¿Esos animales eran pura imaginación? ¿O bebían arena los habitantes del desierto? ¿Y qué comían? ¿Piedras?

El arte nos cuenta que el desierto no era desierto. Sus lagos parecían mares y sus valles daban de pastar a los animales que tiempo después tuvieron que emigrar al sur, en busca del verdor perdido.

¿Cómo pudimos?

Ser boca o ser bocado, cazador o cazado. Ésa era la cuestión.

Merecíamos desprecio, o a lo sumo lástima. En la intemperie enemiga, nadie nos respetaba y nadie nos temía. La noche y la selva nos daban terror. Éramos los bichos más vulnerables de la zoología terrestre, cachorros inútiles, adultos pocacosa, sin garras, ni grandes colmillos, ni patas veloces, ni olfato largo.

Nuestra historia primera se nos pierde en la neblina. Según parece, estábamos dedicados no más que a partir piedras y a repartir garrotazos.

Pero uno bien puede preguntarse: ¿No habremos sido capaces de sobrevivir, cuando sobrevivir era imposible, porque supimos defendernos juntos y compartir la comida? Esta humanidad de ahora, esta civilización del sálvese quien pueda y cada cual a lo suyo, ¿habría durado algo más que un ratito en el mundo?

Edades

Nos ocurre antes de nacer. En nuestros cuerpos, que empiezan a cobrar forma, aparece algo parecido a las branquias y también una especie de rabo. Poco duran esos apéndices, que asoman y caen.

Esas efímeras apariciones, ¿nos cuentan que alguna vez fuimos peces y alguna vez fuimos monos? ¿Peces lanzados a la conquista de la tierra seca? ¿Monos que abandonaron la selva o fueron por ella abandonados?

Y el miedo que sentimos en la infancia, miedo de todo, miedo de nada, ¿nos cuenta que alguna vez tuvimos miedo de ser comidos? El terror a la oscuridad y la angustia de la soledad, ¿nos recuerdan aquel antiguo desamparo?

Ya mayorcitos, los miedosos metemos miedo. El cazado se ha hecho cazador, el bocado es boca. Los monstruos que ayer nos acosaban son, hoy,

nuestros prisioneros. Habitan nuestros zoológicos y decoran nuestras banderas y nuestros himnos.

Primos

Ham, el conquistador del espacio sideral, había sido cazado en África.

Él fue el primer chimpancé que viajó lejos del mundo, el primer chimponauta. Se marchó metido en la cápsula Mercury. Tenía más cables que una central telefónica.

Regresó al mundo sano y salvo, y el registro de cada función de su cuerpo demostró que también los humanos podíamos sobrevivir a la travesía del espacio.

Ham fue tapa de la revista «Life» y pasó el resto de su vida en las jaulas de los zoológicos.

Abuelos

Para muchos pueblos del África negra, los antepasados son los espíritus que están vivos en el árbol que crece junto a tu casa o en la vaca que pasta en el campo. El bisabuelo de tu tatarabuelo es ahora aquel arroyo que serpentea en la montaña. Y también tu ancestro puede ser cualquier espíritu que quiera acompañarte en tu viaje en el mundo, aunque no haya sido nunca pariente ni conocido.

La familia no tiene fronteras, explica Soboufu Somé, del pueblo dagara:

—Nuestros niños tienen muchas madres y muchos padres. Tantos como ellos quieran.

Y los espíritus ancestrales, los que te ayudan a caminar, son los muchos abuelos que cada uno tiene. Tantos como quieras.

Breve historia de la civilización

Y nos cansamos de andar vagando por los bosques y las orillas de los ríos.

Y nos fuimos quedando. Inventamos las aldeas y la vida en comunidad, convertimos el hueso en aguja y la púa en arpón, las herramientas nos prolongaron la mano y el mango multiplicó la fuerza del hacha, de la azada y del cuchillo.

Cultivamos el arroz, la cebada, el trigo y el maíz, y encerramos en corrales las ovejas y las cabras, y aprendimos a guardar granos en los almacenes, para no morir de hambre en los malos tiempos.

Y en los campos labrados fuimos devotos de las diosas de la fecundidad, mujeres de vastas caderas y tetas generosas, pero con el paso del tiempo ellas fueron desplazadas por los dioses machos de la guerra. Y cantamos himnos de alabanza a la gloria de los reyes, los jefes guerreros y los altos sacerdotes.

Y descubrimos las palabras tuyo y mío y la tierra tuvo dueño y la mujer fue propiedad del hombre y el padre propietario de los hijos.

Muy atrás habían quedado los tiempos en que andábamos a la deriva, sin casa ni destino.

Los resultados de la civilización eran sorprendentes: nuestra vida era más segura pero menos libre, y trabajábamos más horas.

Fundación de la contaminación

Los pigmeos, que son de cuerpo corto y de memoria larga, recuerdan los tiempos de antes del tiempo, cuando la tierra estaba encima del cielo.

Desde la tierra caía sobre el cielo una lluvia incesante de polvo y de basura, que ensuciaba la casa de los dioses y les envenenaba la comida.

Los dioses llevaban una eternidad soportando esa descarga mugrienta, cuando se les acabó la paciencia.

Enviaron un rayo, que partió la tierra en dos. Y a través de la tierra abierta lanzaron hacia lo alto el sol, la luna y las estrellas, y por ese camino subieron ellos también. Y allá arriba, lejos de nosotros, a salvo de nosotros, los dioses fundaron su nuevo reino.

Desde entonces, estamos abajo.

Fundación de las clases sociales

En los primeros tiempos, tiempos del hambre, estaba la primera mujer escarbando la tierra cuando los rayos del sol la penetraron por atrás. Al rato nomás, nació una criatura.

Al dios Pachacamac no le cayó nada bien esa gentileza del sol, y despedazó al recién nacido. Del muertito, brotaron las primeras plantas. Los dientes se convirtieron en granos de maíz, los huesos fueron yucas, la carne se hizo papa, boniato, zapallo...

La furia del sol no se hizo esperar. Sus rayos fulminaron la costa del Perú y la dejaron seca por siempre jamás. Y la venganza culminó cuando el sol partió tres huevos sobre esos suelos.

Del huevo de oro, salieron los señores.

Del huevo de plata, las señoras de los señores.

Y del huevo de cobre, los que trabajan.

Siervos y señores

El cacao no necesita sol, porque lo lleva adentro.

Del sol de adentro nacen el placer y la euforia que el chocolate da.

Los dioses tenían el monopolio del espeso elixir, allá en sus alturas, y los humanos estábamos condenados a ignorarlo.

Quetzalcóatl lo robó para los toltecas. Mientras los demás dioses dormían, él se llevó unas semillas de cacao y las escondió en su barba y por un largo hilo de araña bajó a la tierra y las regaló a la ciudad de Tula.

La ofrenda de Quetzalcóatl fue usurpada por los príncipes, los sacerdotes y los jefes guerreros.

Sólo sus paladares fueron dignos de recibirla.

Los dioses del cielo habían prohibido el chocolate a los mortales, y los dueños de la tierra lo prohibieron a la gente vulgar y silvestre.



Dominantes y dominados

Dice la Biblia de Jerusalén que Israel fue el pueblo que Dios eligió, el pueblo hijo de Dios.

Y según el salmo segundo, a ese pueblo elegido le otorgó el dominio del mundo:

*Pídeme, y te daré en herencia las naciones
y serás dueño de los confines de la tierra.*

Pero el pueblo de Israel le daba muchos disgustos, por ingrato y por pecador. Y según las malas lenguas, al cabo de muchas amenazas, maldiciones y castigos, Dios perdió la paciencia.

Desde entonces, otros pueblos se han atribuido el regalo.

En el año 1900, el senador de los Estados Unidos, Albert Beveridge, reveló:

—Dios Todopoderoso nos ha señalado como su pueblo elegido para conducir, desde ahora en adelante, la regeneración del mundo.

Fundación de la división del trabajo

Dicen que fue el rey Manu quien otorgó prestigio divino a las castas de la India.

De su boca, brotaron los sacerdotes. De sus brazos, los reyes y los guerreros. De sus muslos, los comerciantes. De sus pies, los siervos y los artesanos.

Y a partir de entonces se construyó la pirámide social, que en la India tiene más de tres mil pisos.

Cada cual nace donde debe nacer, para hacer lo que debe hacer. En tu cuna está tu tumba, tu origen es tu destino: tu vida es la recompensa o el castigo que merecen tus vidas anteriores, y la herencia dicta tu lugar y tu función.

El rey Manu aconsejaba corregir la mala conducta: *Si una persona de casta inferior escucha los versos de los libros sagrados, se le echará plomo derretido en los oídos; y si los recita, se le cortará la lengua.* Estas pedagogías ya no se aplican, pero

todavía quien se sale de su sitio, en el amor, en el trabajo o en lo que sea, arriesga escarmientos públicos que podrían matarlo o dejarlo más muerto que vivo.

Los sincasta, uno de cada cinco hindúes, están por debajo de los de más abajo. Los llaman intocables, porque contaminan: malditos entre los malditos, no pueden hablar con los demás, ni caminar sus caminos, ni tocar sus vasos ni sus platos. La ley los protege, la realidad los expulsa. A ellos, cualquiera los humilla; a ellas, cualquiera las viola, que ahí sí que resultan tocables las intocables.

A fines del año 2004, cuando el tsunami embistió contra las costas de la India, los intocables se ocuparon de recoger la basura y los muertos.

Como siempre.

Fundación de la escritura

Cuando Irak aún no era Irak, nacieron allí las primeras palabras escritas.

Parecen huellas de pájaros. Manos maestras las dibujaron, con cañitas afiladas, en la arcilla.

El fuego, que había cocido la arcilla, las guardó. El fuego, que aniquila y salva, mata y da vida: como los dioses, como nosotros. Gracias al fuego, las tablillas de barro nos siguen contando, ahora, lo que había sido contado hace miles de años en esa tierra entre dos ríos.

En nuestro tiempo, George W. Bush, quizá convencido de que la escritura había sido inventada en Texas, lanzó con alegre impunidad una guerra de exterminio contra Irak. Hubo miles y miles de víctimas, y no sólo gente de carne y hueso. También mucha memoria fue asesinada.

Numerosas tablillas de barro, historia viva, fueron robadas o destrozadas por los bombardeos.

Una de las tablillas decía:

Somos polvo y nada.

Todo cuanto hacemos no es más que viento.

De barro somos

Según creían los antiguos sumerios, el mundo era tierra entre dos ríos y también entre dos cielos.

En el cielo de arriba, vivían los dioses que mandaban.

En el cielo de abajo, los dioses que trabajaban.

Y así fue, hasta que los dioses de abajo se hartaron de vivir trabajando, y estalló la primera huelga de la historia universal.

Hubo pánico.

Para no morir de hambre, los dioses de arriba amasaron de barro a las mujeres y a los hombres y los pusieron a trabajar para ellos.

Las mujeres y los hombres fueron nacidos de las orillas de los ríos Tigris y Éufrates.

De ese barro fueron hechos, también, los libros que lo cuentan.

Según dicen esos libros, morir significa regresar al barro.

Fundación de los días

Cuando Irak era Sumeria, el tiempo tuvo semanas, las semanas tuvieron días y los días tuvieron nombres.

Los sacerdotes dibujaron los primeros mapas celestes y bautizaron los astros, las constelaciones y los días.

Hemos heredado sus nombres, que fueron pasando, de lengua en lengua, del sumerio al babilonio, del babilonio al griego, del griego al latín, y así.

Ellos habían llamado dioses a las siete estrellas que se movían en el cielo, y dioses seguimos llamando, miles de años después, a los siete días que se mueven en el tiempo. Los días de la semana siguen respondiendo, con ligeras variantes, a sus nombres originales: Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus, Saturno, Sol. Lunes, martes, miércoles, jueves...

Fundación de la taberna

Cuando Irak era Babilonia, manos femeninas se ocupaban de la mesa:

*Que la cerveza nunca falte,
la casa sea rica en sopas*

y el pan abunde.

En los palacios y en los templos, el chef era hombre. Pero en la casa, no. La mujer hacía las diversas cervezas, dulce, fina, blanca, rubia, negra, añeja, y también las sopas y los panes. Y lo que sobraba, se ofrecía a los vecinos.

Con el paso del tiempo, algunas casas tuvieron mostrador y los invitados se hicieron clientes. Y nació la taberna. Y fue lugar de encuentro y espacio de libertad este reino chiquito, esta extensión de la casa, donde la mujer mandaba.

En las tabernas se incubaban conspiraciones y se anudaban amores prohibidos.

Hace más de tres mil setecientos años, en tiempos del rey Hammurabi, los dioses transmitieron doscientas ochenta y dos leyes al mundo.

Una de las leyes mandaba quemar vivas a las sacerdotisas que participaran en las conjuras de las tabernas.

Las misas de la mesa

Cuando Irak era Asiria, un rey ofreció en su palacio de la ciudad de Nimrod un banquete de veinte platos calientes, acompañados por cuarenta guarniciones y regados por ríos de cerveza y vino. Según las crónicas de hace tres mil años, hubo sesenta y nueve mil quinientos setenta y cuatro invitados, todos hombres, mujer ninguna, además de los dioses que también comieron y bebieron.

De otros palacios, todavía más antiguos, provienen las primeras recetas escritas por los maestros de cocina. Ellos tenían tanto poder y prestigio como los sacerdotes, y sus fórmulas de sagrada comunión han sobrevivido a los naufragios del tiempo y de la guerra. Sus recetas nos han dejado indicaciones muy precisas (*que la masa se eleve hasta cuatro dedos en la marmita*) y a veces no tanto (*echar sal a ojo*), pero todas terminan diciendo:

Listo para servir.

Hace tres mil quinientos años, también Aluzinnu, el payaso, nos dejó sus recetas. Entre ellas, esta profecía de la charcutería fina:

Para el último día del penúltimo mes del año, no hay manjar comparable a la tripa de culo de burro rellena de mierda de mosca.

Breve historia de la cerveza

Uno de los proverbios más antiguos, escrito en lengua de los sumerios, exime al trago de toda culpa en caso de accidentes:

*La cerveza está bien.
Lo que está mal es el camino.*

Y según cuenta el más antiguo de los libros, Enkidu, el amigo del rey Gilgamesh, fue bestia salvaje hasta que descubrió la cerveza y el pan.

La cerveza viajó a Egipto desde la tierra que ahora llamamos Irak. Como daba nuevos ojos a la cara, los egipcios creyeron que era un regalo de su dios Osiris. Y como la cerveza de cebada era hermana melliza del pan, la llamaron pan líquido.

En los Andes americanos, es la ofrenda más antigua: desde siempre la tierra pide que le derramen chorritos de chicha, cerveza de maíz, para alegrar sus días.

Breve historia del vino

Dudas razonables nos impiden saber si Adán fue tentado por una manzana o por una uva.

Sí sabemos, en cambio, que hubo vino en este mundo desde la Edad de Piedra, cuando las uvas ya fermentaban sin ayuda de nadie.

Antiguos cánticos chinos recetaban el vino para aliviar las dolencias de los tristes.

Los egipcios creían que el dios Horus tenía un ojo de sol y otro de luna, y el ojo de luna lloraba lágrimas de vino, que los vivos bebían para dormirse y los muertos para despertarse.

Una vid era el emblema del poder de Ciro, rey de los persas, y el vino regaba las fiestas de los griegos y de los romanos.

Para celebrar el amor humano, Jesús convirtió en vino el agua de seis tinajas. Fue su primer milagro.

El rey que quiso vivir siempre

El tiempo, que fue nuestra partera, será nuestro verdugo. Ayer el tiempo nos dio de mamar y mañana nos comerá.

Así es nomás, y bien lo sabemos.

¿Lo sabemos?

El primer libro nacido en el mundo cuenta las aventuras del rey Gilgamesh, que se negó a morir.

Esta epopeya pasó de boca en boca, desde hace unos cinco mil años, y fue escrita por los sumerios, los acadios, los babilonios y los asirios.

Gilgamesh, monarca de las orillas del Éufrates, era hijo de una diosa y de un hombre. Voluntad divina, destino humano: de la diosa heredó el poder y la belleza, y del hombre heredó la muerte.

Ser mortal no tuvo para él la menor importancia, hasta que Enkidu, su muy amigo, llegó al último de sus días.

Gilgamesh y Enkidu habían compartido hazañas asombrosas. Juntos habían entrado en el Bosque de los Cedros, morada de los dioses, y habían vencido al gigante guardián, cuyo bramido hacía temblar las montañas. Y juntos habían humillado al Toro Celeste, que con un solo bufido abría una fosa donde caían cien hombres.

La muerte de Enkidu derrumbó a Gilgamesh, y lo aterró. Descubrió que su valiente amigo era de barro, y que también él era de barro.

Y se lanzó al camino, en busca de la vida eterna. El perseguidor de la inmortalidad vagó por estepas y desiertos,

atravesó la luz y la oscuridad,

navegó por los grandes ríos,

llegó hasta el jardín del paraíso,

fue servido por la tabernera enmascarada, la dueña de los secretos,

alcanzó el otro lado de la mar,

descubrió al barquero que sobrevivió al diluvio,

encontró la hierba que daba juventud a los viejos,

siguió la ruta de las estrellas del norte y la ruta de las estrellas del sur,

abrió la puerta por donde entra el sol y cerró la puerta por donde el sol se

va.

Y fue inmortal, hasta que murió.

Otra aventura de la inmortalidad

Mauí, el fundador de las islas de la Polinesia, nació mitad hombre y mitad dios, como Gilgamesh.

Su mitad divina obligó al sol, que andaba muy apurado, a caminar lentamente por el cielo, y pescó con anzuelo las islas, Nueva Zelanda, Hawai, Tahití, y una tras otra las izó, desde el fondo de la mar, y las puso donde están.

Pero su mitad humana lo condenaba a muerte. Mauí lo sabía, y sus hazañas no lo ayudaban a olvidar.

En busca de Hiñe, la diosa de la muerte, viajó al mundo subterráneo.

Y la encontró: inmensa, dormida en la niebla. Parecía un templo.

Sus rodillas alzadas formaban un arco sobre la puerta escondida de su cuerpo.

Para conquistar la inmortalidad, había que meterse entero en la muerte, atravesarla toda y salir por su boca.

Ante la puerta, que era un gran tajo entreabierto, Mauí dejó caer sus ropas y sus armas. Y entró, desnudo, y se deslizó, poquito a poco, a lo largo del camino de húmeda y ardiente oscuridad que sus pasos iban abriendo en las profundidades de la diosa.

Pero a mitad del viaje cantaron los pájaros, y ella despertó, y sintió a Mauí excavando sus adentros.

Y nunca más lo dejó salir.

De lágrimas somos

Antes de que Egipto fuera Egipto, el sol creó el cielo y las aves que lo vuelan y creó el río Nilo y los peces que lo andan y dio vida verde a sus negras orillas, que se poblaron de plantas y de animales.

Entonces el sol, el hacedor de la vida, se sentó a contemplar su obra.

El sol sintió la profunda respiración del mundo recién nacido, que se abría ante sus ojos, y escuchó sus primeras voces.

Tanta hermosura dolía.

Las lágrimas del sol cayeron en tierra y se hicieron barro.

Y ese barro se hizo gente.

Nilo

El Nilo obedecía al faraón. Era él quien abría paso a las inundaciones que devolvían a Egipto, año tras año, su fertilidad asombrosa. Después de la muerte, también: cuando el primer rayo del sol se colaba por una rendija en la tumba del faraón, y le encendía la cara, la tierra daba tres cosechas.

Así era.

Ya no.

De los siete brazos del delta, quedan dos, y de los ciclos sagrados de la fertilidad, que ya no son ciclos ni son sagrados, solamente quedan los antiguos himnos de alabanza al río más largo del mundo:

*Tú apagas la sed de todos los rebaños.
Tú bebes las lágrimas de todos los ojos.
¡Levántate, Nilo, que tu voz retumbe!
¡Que se escuche tu voz!*

Piedra que dice

Cuando Napoleón invadió Egipto, uno de sus soldados encontró, a orillas del Nilo, una gran piedra negra, toda grabada de signos.

La llamaron Rosetta.

Jean François Champollion, estudioso de lenguas perdidas, pasó sus años mozos dando vueltas alrededor de esa piedra.

Rosetta hablaba en tres lenguas. Dos habían sido descifradas. Los jeroglíficos egipcios, no.

Seguía siendo un enigma la escritura de los creadores de las pirámides. Una escritura muy mentida: Heródoto, Estrabón, Diodoro y Horapolo habían traducido lo que habían inventado, y el sacerdote jesuita Athanasius Kircher había publicado cuatro volúmenes de disparates. Todos habían partido de la certeza de que los jeroglíficos eran imágenes que integraban un sistema de símbolos, y sus significados dependían de la fantasía de cada traductor.

¿Signos mudos? ¿Hombres sordos? Champollion interrogó a la piedra Rosetta, durante toda su juventud, sin recibir más respuesta que un obstinado silencio. Ya el pobre estaba comido por el hambre y el desaliento, cuando un día se planteó una posibilidad que nadie nunca se había planteado: ¿Y si los jeroglíficos fueran sonidos, además de ser símbolos? ¿Si fueran también algo así como letras de un abecedario?

Ese día se abrieron las tumbas, y el reino muerto habló.

Escribir no

Unos cinco mil años antes de Champollion, el dios Thot viajó a Tebas y ofreció a Thamus, rey de Egipto, el arte de escribir. Le explicó esos jeroglíficos, y dijo que la escritura era el mejor remedio para curar la mala memoria y la poca sabiduría.

El rey rechazó el regalo:

— ¿Memoria? ¿Sabiduría? Este invento producirá olvido. La sabiduría está en la verdad, no en su apariencia. No se puede recordar con memoria ajena. Los hombres registrarán, pero no recordarán. Repetirán, pero no vivirán. Se enterarán de muchas cosas, pero no conocerán ninguna.

Escribir sí

Ganesha es panzón, por lo mucho que le gustan los caramelos, y tiene orejas y trompa de elefante. Pero escribe con manos de gente.

Él es maestro de iniciaciones, el que ayuda a que la gente empiece sus obras. Sin él, nada en la India tendría comienzo. En el arte de la escritura, y en todo lo demás, el comienzo es lo más importante. Cualquier principio es un grandioso momento de la vida, enseña Ganesha, y las primeras palabras de una carta o de un libro son tan fundadoras como los primeros ladrillos de una casa o de un templo.

Osiris

La escritura egipcia nos contó la historia del dios Osiris y de su hermana Isis.

Osiris fue asesinado en alguno de esos líos de familia frecuentes en la tierra y en el cielo, y fue descuartizado y se perdió en las profundidades del Nilo.

Isis, su hermana, su amante, se sumergió y recogió sus pedacitos, y uno por uno los fue pegando con barro, y de barro modeló lo que faltaba. Y cuando el cuerpo estuvo completo, lo acostó en la orilla.

Ese barro, revuelto por el Nilo, tenía granos de cebada y otras plantas.
El cuerpo de Osiris, cuerpo brotado, se alzó y caminó.

Isis

Como Osiris, Isis aprendió en Egipto los misterios del nacimiento incesante.

Conocemos su imagen: esta diosa madre dando de mamar a su hijo Horus, como mucho después la Virgen María amamantó a Jesús. Pero Isis nunca fue muy virgen, que digamos. Hizo el amor con Osiris, desde que se estaban formando, juntos, en el vientre de la madre, y ya crecida ejerció durante diez años, en la ciudad de Tiro, el oficio más antiguo.

En los miles de años siguientes, Isis anduvo mucho mundo, dedicada a resucitar a las putas, a los esclavos y demás malditos.

En Roma fundó templos en medio del pobrerío, a la orilla de los burdeles. Los templos fueron arrasados, por orden imperial, y fueron crucificados sus sacerdotes; pero esas mulas tozudas volvieron a la vida una y otra vez.

Y cuando los soldados del emperador Justiniano trituraron el santuario de Isis en la isla Filae, en el Nilo, y sobre las ruinas alzaron la católica iglesia de san Esteban, los peregrinos de Isis siguieron acudiendo a rendir homenaje a su diosa pecadora, ante el altar cristiano.

El rey triste

Según contó Heródoto, el faraón Sesostris III dominó toda Europa y toda Asia, distinguió a los pueblos valientes dándoles un pene por emblema y humilló a los pueblos cobardes grabando una vulva en sus estelas. Y por si todo eso fuera poco, caminó sobre los cuerpos de sus propios hijos para salvarse del fuego encendido por su hermano, que amablemente quiso asarlo vivo.

Todo eso parece increíble, y es. Pero en cambio está confirmado que este faraón multiplicó los canales de riego, convirtiendo desiertos en jardines, y cuando conquistó Nubia extendió el imperio más allá de la segunda catarata del Nilo. Y se sabe que nunca el reino de Egipto había sido tan pujante y envidiado.

Sin embargo, las estatuas de Sesostris III son las únicas que nos ofrecen un rostro sombrío, ojos de angustia, labios de amargura. Los demás faraones,

perpetuados por los escultores imperiales, nos miran, serenos, desde su paz celestial.

La vida eterna era un privilegio de los faraones. Quizá, quién sabe, para Sesostri ese privilegio era una maldición.

Fundación de la gallina

El faraón Tutmosis regresó de Siria, tras culminar una de las fulminantes campañas que le dieron gloria y poder desde el delta del Nilo hasta el río Éufrates.

Como era costumbre, el cuerpo del rey vencido colgaba, boca abajo, de la proa de su nave capitana, y toda la flota venía repleta de tributos y de ofrendas.

Entre los regalos, había una pájara jamás vista, gorda y fea. El regalador había presentado a la impresentable:

—*Sí, sí—admitió, mirando al piso—. Esta pájara no es bella. No sabe cantar. Tiene pico corto, cresta boba y ojos estúpidos. Y sus alas, de plumas tristes, se han olvidado de volar.*

Entonces tragó saliva. Y agregó:

—*Pero tiene un hijo por día.*

Y abrió una caja, donde había siete huevos:

—*He aquí los hijos que ha parido en la última semana.*

Los huevos fueron sumergidos en agua hirviente. El faraón los probó descascarados y aderezados con una pizca de sal.

La pájara viajó en su camarote, echada a su lado.

Hatsheput

Su esplendor y su forma eran divinas, doncella hermosa y floreciente.

Así se describió, modestamente, la hija mayor de Tutmosis. Hatsheput, la que ocupó su trono, guerrera hija de guerrero, decidió llamarse *rey* y no reina. Porque reinas, mujeres de reyes, había habido otras, pero Hatsheput era única, la hija del sol, la mandamás, la de veras.

Y este faraón con tetas usó casco y manto de macho y barba de utilería, y dio a Egipto veinte años de prosperidad y gloria.

El sobrinito por ella criado, que de ella había aprendido las artes de la guerra y del buen gobierno, mató su memoria. Él mandó que esa usurpadora del poder masculino fuera borrada de la lista de los faraones, que su nombre y su imagen fueran suprimidos de las pinturas y de las estelas y que fueran demolidas las estatuas que ella había erigido a su propia gloria.

Pero algunas estatuas y algunas inscripciones se salvaron de la purga, y gracias a esa ineficiencia sabemos que sí existió una faraona disfrazada de hombre, la mortal que no quiso morir, la que anunció: *Mi halcón vuela hacia la eternidad, más allá de las banderas del reino...*

Tres mil cuatrocientos años después, fue encontrada su tumba. Vacía. Dicen que ella estaba en otro lado.

La otra pirámide

Más de un siglo podía demorar la construcción de algunas pirámides. Miles y miles de hombres alzaban, bloque tras bloque, día tras día, la inmensa morada donde cada faraón iba a vivir su eternidad, acompañado por los tesoros de su ajuar funerario.

La sociedad egipcia, que hacía pirámides, era una pirámide.

En la base, estaba el campesino sin tierra. Durante las inundaciones del Nilo, él construía templos, levantaba diques, abría canales. Y cuando las aguas del río volvían a su cauce, trabajaba tierras ajenas.

Hace unos cuatro mil años, el escriba Dwa-Jeti lo retrató así:

*El hortelano lleva el yugo.
Sus hombros se doblan bajo el yugo.
En el cuello tiene un callo purulento.
Por la mañana, riega legumbres.
Por la tarde, riega pepinos.
Al mediodía, riega palmeras.
A veces se desploma y muere.*

No había monumentos funerarios para él. Desnudo había vivido, y en la muerte tenía la tierra por casa. Yacía en los caminos del desierto, acompañado por la estera donde había dormido y el vaso de barro donde había bebido.

En el puño le ponían unos granos de trigo, por si se le ocurría comer.

El dios de la guerra

De frente o de perfil metía miedo el tuerto Odín, el dios más dios de los vikingos, divinidad de las glorias de la guerra, padre de las matanzas, señor de los ahorcados y de los malhechores.

Sus dos cuervos de confianza, Hugin y Munin, dirigían sus servicios de inteligencia. Cada mañana partían desde sus hombros y sobrevolaban el mundo. Al atardecer, regresaban a contarle lo visto y lo oído.

Las walkirias, ángeles de la muerte, también volaban para él. Ellas recorrían los campos de batalla, y entre los cadáveres elegían a los mejores soldados y los reclutaban para el ejército de fantasmas que Odín comandaba en las alturas.

En la tierra, Odín ofrecía botines fabulosos a los príncipes que protegía, y los armaba de corazas invisibles y espadas invencibles. Pero los mandaba al muere cuando decidía tenerlos a su lado, allá en el cielo.

Aunque disponía de una flota de mil naves y galopaba en caballos de ocho patas, Odín prefería no moverse. Desde muy lejos combatía este profeta de las guerras de nuestro tiempo. Su lanza mágica, abuela de los misiles teledirigidos, se desprendía de su mano y solita viajaba hacia el pecho del enemigo.

El teatro de la guerra



El príncipe japonés Yamato Takeru nació hace un par de milenios, hijo número ochenta del emperador, y principió su carrera partiendo en pedazos a su hermano gemelo, por ser impuntual en las cenas familiares.

Después, aniquiló a los campesinos rebeldes de la isla de Kyūshū. Vestido de mujer, peinado de mujer, maquillado de mujer, sedujo a los jefes del levantamiento y en una fiesta los abrió, como melones, a golpes de espada. Y en otros parajes atacó a otros pobres diablos que osaban desafiar el orden imperial, y haciéndolos picadillo los pacificó, como entonces se decía, como se dice ahora.

Pero su hazaña más famosa fue la que acabó con la infame fama del bandido que estaba alborotando la provincia de Izumo. El príncipe Yamato le ofreció el perdón y la paz, y el revoltoso lo invitó a compartir un paseo por sus dominios. En vaina lujosa, Yamato llevó una espada de madera, allí metida, allí mentida. Al mediodía, el príncipe y el bandido se refrescaron bañándose en el río. Mientras el otro nadaba, Yamato cambió las espadas. En la vaina del bandido metió la espada de madera y él se quedó con el filo de metal.

Al atardecer, lo desafió.

El arte de la guerra

Hace veinticinco siglos, el general chino Sun Tzu escribió el primer tratado de táctica y estrategia militar. Sus sabios consejos se siguen aplicando, hoy día, en los campos de batalla y también en el mundo de los negocios, donde la sangre corre mucho más.

Entre otras cosas, el general decía:

*Si eres capaz, finge incapacidad.
Si eres fuerte, exhibe debilidad.
Cuando estés cerca, simula que estás lejos.
No ataques nunca donde el enemigo es poderoso.
Evita siempre el combate que no puedas ganar.
Si estás en inferioridad de condiciones, retírate.
Si el enemigo está unido, divídelo.
Avanza cuando no te espere
y por donde menos te espere, lanza tu ataque.
Para conocer al enemigo, conócete.*

El horror de la guerra

A lomo de un buey azul, andaba Lao Tsé.

Andaba los caminos de la contradicción, que conducen al secreto lugar donde se funden el agua y el fuego.

En la contradicción, se encuentran el todo y la nada, la vida y la muerte, lo cercano y lo lejano, el antes y el después.

Lao Tsé, filósofo aldeano, creía que cuanto más rica es una nación, más pobre es. Y creía que conociendo la guerra se aprende la paz, porque el dolor habita la gloria:

*Toda acción provoca reacciones.
La violencia siempre regresa.*

*Sólo zarpas y espinos nacen en el lugar donde acampan los ejércitos.
La guerra llama al hambre.
Quien se deleita en la conquista, se deleita en el dolor humano.
Los que matan en la guerra deberían celebrar cada conquista con un funeral.*

Amarillo

El río más temido de China se llama Amarillo por la locura de un dragón o por la locura humana.

Antes de que China fuera China, el dragón K'au-fu intentó atravesar el cielo montado en uno de los diez soles que por entonces había.

Al mediodía, ya no pudo soportar ese fuego.

Incendiado de sol, loco de sed, el dragón se dejó caer sobre el primer río que vio. Desde las alturas se desplomó hasta el fondo y bebió toda el agua hasta la última gota, y donde el río había estado no quedó más que un largo lecho de barro amanto.

Hay quienes dicen que esta versión no es seria. Y dicen que está históricamente comprobado que el río Amarillo se llama así desde hace unos dos mil años, cuando fueron asesinados los bosques vecinos que lo defendían de las avalanchas de nieve, barro y basura. Y entonces el río, que había sido verde como el jade, perdió su color y ganó su nombre. Y con el paso del tiempo, las cosas fueron empeorando, hasta que el río se convirtió en una gran cloaca. En 1980, cuatrocientos delfines vivían allí. En el año 2004, quedaba uno. No duró mucho.

Yi y la sequía

Los diez soles se habían enloquecido y andaban girando todos juntos por el cielo.

Los dioses convocaron a Yi, el flechador infalible, el más diestro en artes de arquerías.

—La tierra arde —le dijeron—. Mueren las gentes y mueren los animales y las plantas.

Al fin de la noche, el arquero Yi esperó. Y al amanecer, disparó.

Uno tras otro, los soles fueron apagados para siempre.
Sólo sobrevivió el sol que ahora enciende nuestros días.
Los dioses lloraron la muerte de sus hijos ardientes. Y aunque Yi había sido convocado por los dioses, ellos lo expulsaron del cielo:
— *Si tanto amas a los terrestres, vete con ellos.*
Y Yi marchó al exilio.
Y fue mortal.

Yu y la inundación

Tras la sequía, llegó la inundación.
Crujían las rocas, aullaban los árboles. El río Amarillo, sin nombre todavía, tragó gentes y sembradíos y ahogó valles y montañas.
Yu, el dios cojo, vino en auxilio del mundo.
Caminando a duras penas, Yu entró en la inundación y con su pala abrió canales y túneles para desahogar el agua enloquecida.
Yu fue ayudado por un pez que conocía los secretos del río, por un dragón que marchaba delante desviando el agua con la cola y por una tortuga que iba detrás cargando el lodo.

Fundación del libro chino

Cang Jie tenía cuatro ojos.
Se ganaba la vida leyendo estrellas y adivinando destinos.
Él creó los signos que dibujan palabras, después de mucho estudiar el diseño de las constelaciones, el perfil de las montañas y el plumaje de las aves.
En uno de los libros más antiguos, hecho de tablillas de bambú, los ideogramas inventados por Cang Jie cuentan la historia de un reino donde los hombres vivían más de ocho siglos y las mujeres eran del color de la luz, porque comían sol.
El Señor del Fuego, que comía rocas, desafió el poder real y rumbo al trono lanzó sus tropas. Y sus artes mágicas hicieron caer una espesa cortina de niebla que dejó bobo al ejército del palacio. Los soldados se tambaleaban en la

cerrazón, ciegos, sin rumbo, cuando la Mujer Negra, que volaba con plumas de ave, bajó de las alturas, inventó la brújula y la regaló al rey desesperado.

Y la niebla fue vencida, y el enemigo también.

Retrato de familia en China

En la antigüedad de los tiempos, Shun, el hibisco, reinó en China. Y Ho Yi, el mijo, fue su ministro de agricultura.

Los dos habían tenido ciertas dificultades en su vida infantil.

Desde que nació, Shun no resultó nada simpático a su papá ni a su hermano mayor, y ellos prendieron fuego a su casa, con él adentro, pero el bebé ni siquiera se chamuscó. Y lo metieron en un pozo y le echaron tierra encima, hasta tapanlo del todo, pero el bebé ni siquiera se enteró.

También su ministro, Ho Yi, había sobrevivido a los mimos familiares. Su mamá, convencida de que ese recién nacido iba a darle mala suerte, lo abandonó en pleno campo, para que lo matara el hambre. Y como el hambre no lo mató, lo arrojó al bosque, para que lo comieran los tigres. Y como a los tigres no les interesó, lo tiró en la nieve, para que el frío acabara con él. Y unos días después lo encontró, de buen humor y un poquito acalorado.

Seda que fue baba

Lei Zu, la reina de Huangdi, fundó el arte chino de la seda.

Según cuentan los cuentacuentos de la memoria, Lei Zu crió el primer gusano. Le dio de comer hojas de morera blanca, y al poco tiempo los hilos de baba del gusano fueron tejiendo un capullo que envolvió su cuerpo. Entonces los dedos de Lei Zu desenrollaron ese hilo kilométrico, poquito a poco, de la más delicada manera. Y así el capullo, que iba a ser mariposa, fue seda.

La seda se convirtió en gasas transparentes, muselinas, tules y tafetanes, y vistió a las damas y a los señores con espesos terciopelos y brocados suntuosos, bordados de perlas.

Fuera del reino, la seda era un lujo prohibido. Sus rutas atravesaban montañas de nieve, desiertos de fuego y mares poblados de sirenas y piratas.

La fuga del gusano chino

Mucho tiempo después, en las rutas de la seda ya no acechaban tantos enemigos terribles, pero perdía la cabeza quien sacara de China semillas de morera o huevos del gusano hilandero.

En el año 420, Xuanzang, rey de Yutian, pidió la mano de una princesa china. Él la había visto una sola vez, dijo, pero desde entonces la había seguido viendo noche y día.

La princesa, Lu Shi se llamaba, le fue concedida.

Un embajador viajó a buscarla.

Hubo intercambio de regalos y hubo interminables agasajos y ceremonias.

En cierto momento, cuando pudo hablar a solas, el embajador contó a la princesa las angustias del marido que la esperaba. Desde siempre Yutian pagaba con jade la seda de China, pero ya poco jade quedaba en el reino.

Lu Shi no dijo nada. Su cara de luna llena no se movió.

Y se puso en marcha. La caravana que la acompañaba, miles de camellos, miles de tintineantes campanillas, atravesó el vasto desierto y llegó a la frontera en el paso de Yumenguan.

Unos cuantos días llevó la inspección. Ni la princesa se salvó de ser registrada.

Por fin, después de mucho andar, el cortejo nupcial llegó a destino.

Sin decir palabra, sin gesto alguno, había viajado Lu Shi.

Ella mandó que todos se detuvieran en un monasterio. Allí fue bañada y perfumada. Al son de la música comió, y en silencio durmió.

Cuando su hombre llegó, Lu Shi le entregó las semillas de morera que había traído escondidas en su cofre de medicinas. Después le presentó a tres doncellas de su servicio, que no eran doncellas ni eran de su servicio. Eran expertas en artes de sederías. Y después desprendió de su cabeza el gran tocado que la envolvía, hecho de hojas de canelo, y abrió para él su negra cabellera. Ahí estaban los huevos del gusano de la seda.

Desde el punto de vista de China, Lu Shi fue una traidora a la patria donde nació.

Desde el punto de vista de Yutian, fue una heroína de la patria donde reinó.

El emperador que vivió construyendo su muerte

China se llama China por Chin, Chin Shi Huang, que fue su primer emperador.

Él fundó a sangre y fuego la nación, hasta entonces despedazada en reinos enemigos, le impuso una lengua común y un común sistema de pesos y medidas y creó una moneda única, hecha de bronce con un agujerito en el centro. Y para proteger sus dominios alzó la Gran Muralla, una infinita cresta de piedra que atraviesa el mapa y sigue siendo, dos mil doscientos años después, la defensa militar más visitada del mundo.

Pero estas minucias nunca le quitaron el sueño. La obra de su vida fue su muerte: su sepultura, su palacio de después.

Comenzó la construcción el día que se sentó en el trono, a los trece años de su edad, y año tras año el mausoleo fue creciendo, hasta ser más grande que una ciudad. También creció el ejército que iba a custodiarlo, más de siete mil jinetes y soldados de infantería, con sus uniformes del color de la sangre y sus negras corazas. Esos guerreros de barro, que ahora asombran al mundo, habían sido modelados por los mejores escultores. Nacían a salvo de la vejez y eran incapaces de traición.

El monumento funerario era trabajo de presos, que extenuados morían y eran arrojados al desierto. El emperador dirigía la obra hasta en los más mínimos detalles y exigía más y más. Estaba muy apurado. Varias veces sus enemigos habían intentado matarlo, y él tenía pánico de morir sin sepultura. Viajaba disfrazado, y cada noche dormía en un lugar diferente.

Y llegó el día en que la colosal tarea terminó. El ejército estaba completo. El gigantesco mausoleo también, y era una obra maestra. Cualquier cambio ofendería su perfección.

Entonces, cuando el emperador estaba por cumplir medio siglo de vida, vino la muerte a buscarlo y se dejó llevar.

El gran teatro estaba listo, el telón se alzaba, la función comenzaba. Él no podía faltar a la cita. Ésa era una ópera para una sola voz.

Asesinos de pies

Hace un par de siglos, Lí Yu-chen inventó una China al revés. En su novela «Flores en el espejo» había un país de las mujeres, donde ellas mandaban.

En la ficción, ellas eran ellos; y ellos, ellas. Los hombres, condenados a complacer a las mujeres, estaban obligados a las más diversas servidumbres. Entre otras humillaciones, debían aceptar que sus pies fueran atrofiados.

Nadie se tomó en serio esta posibilidad imposible. Y siguieron siendo los hombres quienes estrujaron los pies de las mujeres hasta convertirlos en algo así como patas de cabras.

Durante más de mil años, hasta bien entrado el siglo veinte, las normas de belleza prohibieron que el pie femenino creciera. En China se escribió, en el siglo nueve, la primera versión de la Cenicienta, donde cobró forma literaria la obsesión masculina por el pie femenino diminuto; y al mismo tiempo, año más, año menos, se impuso la costumbre de vendar, desde la infancia, los pies de las hijas.

Y no sólo por un ideal estético. Además, los pies atados ataban: eran un escudo de la virtud. Impidiendo que las mujeres se movieran libremente, evitaban que alguna escapada indecente pudiera poner en peligro el honor de la familia.

Contrabandistas de palabras

Los pies de Yang Huanyi habían sido atrofiados en la infancia. A los tumbos caminó su vida. Murió en el otoño del año 2004, cuando estaba por cumplir un siglo.

Ella era la última conocedora del Nushu, el lenguaje secreto de las mujeres chinas.

Este código femenino venía de tiempos antiguos. Expulsadas del idioma masculino, que ellas no podían escribir, habían fundado su propio idioma, clandestino, prohibido a los hombres. Nacidas para ser analfabetas, habían inventado su propio alfabeto, hecho de signos que simulaban ser adornos y eran indescifrables para los ojos de sus amos.

Las mujeres dibujaban sus palabras en ropas y abanicos. Las manos que los bordaban no eran libres. Los signos, sí.



El pánico macho

En la noche más antigua yacían juntos, por primera vez, la mujer y el hombre. Entonces él escuchó un ruidito amenazante en el cuerpo de ella, un crujidero de dientes entre sus piernas, y el susto le cortó el abrazo.

Los machos más machos tiemblan todavía, en cualquier lugar del mundo, cuando recuerdan, sin saber qué recuerdan, aquel peligro de devoración. Y se preguntan, sin saber qué preguntan: ¿Será que la mujer sigue siendo una puerta de entrada que no tiene salida? ¿Será que en ella queda quien en ella entra?

Un arma peligrosa

En más de treinta países, la tradición manda cortar el clítoris.

El tajo confirma el derecho de propiedad del marido sobre su mujer, o sus mujeres.

Los mutiladores llaman *purificación* a este crimen contra el placer femenino, y explican que el clítoris

*es un dardo envenenado,
es una cola de escorpión,
es un nido de termitas,
mata al hombre o lo enferma,
excita a las mujeres,
les envenena la leche
y las vuelve insaciables
y locas de remate.*

Para justificar la mutilación, citan al profeta Mahoma, que jamás habló de este asunto, y al Corán, que tampoco lo menciona.

Las nueve lunas

Gútapa se pasaba la vida dormitando, hamaqueando, mientras su mujer, que ni nombre tenía, le rascaba la cabeza, le espantaba los mosquitos y le daba de comer en la boca. De vez en cuando, él se levantaba y le propinaba una buena paliza, para cuidarle la conducta y mantenerse en forma.

Cuando la mujer huyó, Gútapa se lanzó a buscarla por los barrancos del río Amazonas, y con un palo aporreaba cualquier posible escondite de la fugitiva. Y pegó con alma y vida un garrotazo en un recoveco donde había un nido de avispa.

Las avispa, furioso torbellino, le clavaron mil agujones en una rodilla.

La rodilla se hinchó. Y lentamente, luna tras luna, se convirtió en un gran globo. Y dentro del globo fueron cobrando forma y movimiento muchos minúsculos hombrecitos y mujercitas que tejían canastas y collares y tallaban flechas y cerbatanas.

A la novena luna, Gútapa parió. De su rodilla nacieron los primeros tikunas, que fueron recibidos por la algarabía del loro ala azul, el loro guayabero, el loro uvero y otros comentaristas.

Victorioso sol, luna vencida

La luna perdió la primera batalla contra el sol cuando se difundió la noticia de que no era el viento quien embarazaba a las mujeres.

Después, la historia trajo otras tristes novedades:

la división del trabajo atribuyó casi todas las tareas a las hembras, para que los machos pudiéramos dedicarnos al exterminio mutuo;

el derecho de propiedad y el derecho de herencia permitieron que ellas fueran dueñas de nada;

la organización de la familia las metió en la jaula del padre, el marido y el hijo varón

y se consolidó el estado, que era como la familia pero más grande.

La luna compartió la caída de sus hijas.

Lejos quedaron los tiempos en que la luna de Egipto devoraba el sol al anochecer y al amanecer lo engendraba,

la luna de Irlanda sometía al sol amenazándolo con la noche perpetua

y los reyes de Grecia y Creta se disfrazaban de reinas, con tetas de trapo, y en las ceremonias sagradas enarbolaban la luna como estandarte.

En Yucatán, la luna y el sol habían vivido en matrimonio. Cuando se peleaban, había eclipse. Ella, la luna, era la señora de los mares y de los manantiales y la diosa de la tierra. Con el paso de los tiempos, perdió sus poderes. Ahora sólo se ocupa de partos y enfermedades.

En las costas del Perú, la humillación tuvo fecha. Poco antes de la invasión española, en el año 1463, la luna del reino chimú, la que más mandaba, se rindió ante el ejército del sol de los incas.

Mexicanas

Tlazoltéotl, luna mexicana, diosa de la noche huasteca, pudo hacerse un lugarcito en el panteón macho de los aztecas.

Ella era la madre madrísima que protegía a las paridas y a las parteras y guiaba el viaje de las semillas hacia las plantas. Diosa del amor y también de la basura, condenada a comer mierda, encarnaba la fecundidad y la lujuria.

Como Eva, como Pandora, Tlazoltéotl tenía la culpa de la perdición de los hombres; y las mujeres que nacían en su día vivían condenadas al placer.

Y cuando la tierra temblaba, por vibración suave o terremoto devastador, nadie dudaba:

—*Es ella.*

Egipcias

Heródoto, venido de Grecia, comprobó que el río y el cielo de Egipto no se parecían a ningún otro río ni a ningún otro cielo, y lo mismo ocurría con las costumbres. Gente rara, los egipcios: amasaban la harina con los pies y el barro con las manos, y momificaban a sus gatos muertos y los guardaban en cámaras sagradas.

Pero lo que más llamaba la atención era el lugar que las mujeres ocupaban entre los hombres. Ellas, fueran nobles o plebeyas, se casaban libremente y sin renunciar a sus nombres ni a sus bienes. La educación, la propiedad, el trabajo y la herencia eran derechos de ellas, y no sólo de ellos, y eran ellas quienes hacían las compras en el mercado mientras ellos estaban tejiendo en casa. Según Heródoto, que era bastante inventón, ellas meaban de pie y ellos, de rodillas.

Hebreas

Según el Antiguo Testamento, las hijas de Eva seguían sufriendo el castigo divino.

Podían morir apedreadas las adúlteras, las hechiceras y las mujeres que no llegaran vírgenes al matrimonio;

marchaban a la hoguera las que se prostituían siendo hijas de sacerdotes

y la ley divina mandaba cortar la mano de la mujer que agarrara a un hombre por los huevos, aunque fuera en defensa propia o en defensa de su marido.

Durante cuarenta días quedaba impura la mujer que paría hijo varón. Ochenta días duraba su suciedad, si era niña.

Impura era la mujer con menstruación, por siete días y sus noches, y transmitía su impureza a cualquiera que la tocara o tocara la silla donde se sentaba o el lecho donde dormía.

Hindúes

Mitra, madre del sol y del agua y de todas las fuentes de la vida, fue diosa desde que nació. Cuando llegó a la India, desde Babilonia o Persia, la diosa tuvo que hacerse dios.

Unos cuantos añitos han pasado desde la llegada de Mitra, y todavía las mujeres no son muy bienvenidas en la India. Hay menos mujeres que hombres. En algunas regiones, ocho por cada diez hombres. Son muchas las que no culminan el viaje, porque mueren en el vientre de la madre, y muchas más las que son asfixiadas al nacer.

Más vale prevenir que curar, y las hay muy peligrosas, según advierte uno de los libros sagrados de la tradición hindú:

—Una mujer lasciva es el veneno, es la serpiente y es la muerte, todo en una.

También hay virtuosas, aunque las buenas costumbres se están perdiendo. La tradición manda que las viudas se arrojen a la hoguera donde arde el marido muerto, pero ya quedan pocas dispuestas a cumplir esa orden, si es que alguna queda.

Durante siglos o milenios las hubo, y muchas. En cambio, no se conoce, ni se conoció nunca, en toda la historia de la India, ningún caso de un marido que se haya zambullido en la pira de su difunta mujer.

Chinas

Hace unos mil años, las diosas chinas dejaron de ser diosas. El poder macho, que ya se había impuesto en la tierra, estaba poniendo orden también en

los cielos. La diosa Shi Hi fue partida en dos dioses, y la diosa Nu Gua fue degradada a la categoría de mujer.

Shi Hi había sido la madre de los soles y de las lunas. Ella daba consuelo y alimento a sus hijos y a sus hijas al cabo de sus agotadores viajes a través del día y de la noche. Cuando fue dividida en Shi y en Hi, dioses varones los dos, ella dejó de ser ella, y desapareció.

Nu Gua no desapareció, pero se redujo a mera mujer.

En otros tiempos, ella había sido la fundadora de todo lo que vive:

había cortado las patas de la gran tortuga cósmica, para que el mundo y el cielo tuvieran columnas donde apoyarse,

había salvado al mundo de las catástrofes del fuego y del agua,

había inventado el amor, echada junto a su hermano tras un alto abanico de hierbas

y había creado a los nobles y a los plebeyos, amasando a los de arriba con arcilla amarilla y a los de abajo con barro del río.

Romanas

Cicerón había explicado que las mujeres debían estar sometidas a guardianes masculinos debido a *la debilidad de su intelecto*.

Las romanas pasaban de manos de varón a manos de varón. El padre que casaba a su hija podía cederla al mando en propiedad o entregársela en préstamo. De todos modos, lo que importaba era la dote, el patrimonio, la herencia: del placer se encargaban las esclavas.

Los médicos romanos creían, como Aristóteles, que las mujeres, todas, patricias, plebeyas o esclavas, tenían menos dientes y menos cerebro que los hombres y que en los días de menstruación empañaban los espejos con un velo rojizo.

Plinio el Viejo, la mayor autoridad científica del imperio, demostró que la mujer menstruada agriaba el vino nuevo, esterilizaba las cosechas, secaba las semillas y las frutas, mataba los injertos de plantas y los enjambres de abejas, herrumbraba el bronce y volvía locos a los perros.

Griegas

De un dolor de cabeza, puede nacer una diosa. Atenea brotó de la dolida cabeza de su padre, Zeus, que se abrió para darle nacimiento. Ella fue parida sin madre.

Tiempo después, su voto resultó decisivo en el tribunal de los dioses, cuando el Olimpo tuvo que pronunciar una sentencia difícil.

Para vengar a su papá, Electra y su hermano Orestes habían partido de un hachazo el pescuezo de su mamá.

Las Furias acusaban. Exigían que los asesinos fueran apedreados hasta la muerte, porque es sagrada la vida de una reina y quien mata a la madre no tiene perdón.

Apolo asumió la defensa. Sostuvo que los acusados eran hijos de madre indigna y que la maternidad no tenía la menor importancia. Una madre, afirmó Apolo, no es más que el surco inerte donde el hombre echa su semilla.

De los trece dioses del jurado, seis votaron por la condenación y seis por la absolución.

Atenea decidía el desempate. Ella votó contra la madre que no tuvo y dio vida eterna al poder macho en Atenas.

Amazonas

Las Amazonas, temibles mujeres, habían peleado contra Hércules, cuando era Heracles, y contra Aquiles en la guerra de Troya. Odiaban a los hombres y se cortaban el seno derecho para que sus flechazos fueran más certeros.

El gran río que atraviesa el cuerpo de América de lado a lado, se llama Amazonas por obra y gracia del conquistador español Francisco de Orellana.

Él fue el primer europeo que lo navegó, desde los adentros de la tierra hasta las afueras de la mar. Volvió a España con un ojo menos, y contó que sus bergantines habían sido acribillados a flechazos por mujeres guerreras, que peleaban desnudas, rugían como fieras y cuando sentían hambre de amores secuestraban hombres, los besaban en la noche y los estrangulaban al amanecer.

Y por dar prestigio griego a su relato, Orellana dijo que ellas eran aquellas Amazonas adoradoras de la diosa Diana, y con su nombre bautizó al río donde tenían su reino.

Los siglos han pasado. De las Amazonas, nunca más se supo. Pero el río se sigue llamando así, y aunque cada día lo envenenan los pesticidas, los abonos químicos, el mercurio de las minas y el petróleo de los barcos, sus aguas siguen siendo las más ricas del mundo en peces, aves y cuentos.

Cuando el hígado era la casa del alma

En otros tiempos, mucho antes de que nacieran los cardiólogos y los letristas de boleros, las revistas del corazón bien pudieron llamarse revistas del hígado.

El hígado era el centro de todo.

Según la tradición china, el hígado era el lugar donde el alma dormía y soñaba.

En Egipto, la custodia del hígado estaba a cargo de Amset, hijo del dios Horus, y en Roma quien se ocupaba de cuidarlo era nada menos que Júpiter, el padre de los dioses.

Los etruscos leían el destino en el hígado de los animales que sacrificaban.

Según la tradición griega, Prometeo robó para nosotros, los humanos, el fuego de los dioses. Y Zeus, el mandamás del Olimpo, lo castigó encadenándolo a una roca, donde un buitre le comía el hígado cada día.

No el corazón: el hígado. Pero cada día el hígado de Prometeo renacía, y ésa era la prueba de su inmortalidad.

Fundación del machismo

Por si fuera poco ese suplicio, Zeus también castigó la traición de Prometeo creando a la primera mujer. Y nos mandó el regalo.

Según los poetas del Olimpo, ella se llamaba Pandora, era hermosa y curiosa y más bien atolondrada.

Pandora llegó a la tierra con una gran caja entre los brazos. Dentro de la caja estaban, prisioneras, las desgracias. Zeus le había prohibido abrirla; pero apenas aterrizó entre nosotros, ella no pudo aguantar la tentación y la destapó.

Las plagas se echaron a volar y nos clavaron sus agujones. Y así llegó la muerte al mundo, y llegaron la vejez, la enfermedad, la guerra, el trabajo...

Según los sacerdotes de la Biblia, otra mujer, llamada Eva, creada por otro dios en otra nube, también nos trajo puras calamidades.



Heracles

Zeus era muy castigador. Por mala conducta, vendió como esclavo a su hijo Heracles, que después, en Roma, se llamó Hércules.

Heracles fue comprado por Onfale, reina de Lidia, y a su servicio liquidó a una serpiente gigante, lo que no exigió un gran esfuerzo a quien despedazaba serpientes desde que era bebé, y capturó a los mellizos que en las noches, convertidos en moscas, robaban el sueño de la gente.

Pero a la reina Onfale no le interesaban ni un poquito esas proezas. Ella quería un amante, no un guardián.

Pasaban encerrados casi todo el tiempo. Cuando se mostraban, él lucía collares de perlas, brazaletes de oro y coloridas enaguas que poco duraban, porque sus músculos reventaban las costuras, y ella vestía la piel del león que él había asfixiado, con sus brazos, en Nemea.

Según se decía en el reino, cuando él se portaba mal, ella le pegaba con una sandalia en el culo. Y se decía que en los ratos libres, Heracles se echaba a los pies de su dueña y se distraía hilando y tejiendo, mientras las mujeres de la corte lo abanicaban, lo peinaban, lo perfumaban, le daban de comer en la boca y le servían vino de a sorbitos.

Tres años duraron las vacaciones, hasta que Zeus, el papá, mandó que Heracles regresara de una buena vez a su trabajo y culminara sus doce hazañas de supermacho universal.

Fundación de la Organización Internacional del Comercio

Había que elegir al dios del comercio. Desde el trono del Olimpo, Zeus estudió a su familia. No tuvo que pensarlo mucho. Tenía que ser Hermes.

Zeus le regaló sandalias con alitas de oro y le encargó la promoción del intercambio mercantil, la firma de tratados y la salvaguarda de la libertad de comercio.

Hermes, que después, en Roma, se llamó Mercurio, fue elegido porque era el que mejor mentía.

Fundación del Correo

Hace dos mil quinientos años, los caballos y los gritos llevaban noticias y mensajes a las lejanías.

Ciro el Grande, hijo de la casa de los Aqueménidas, príncipe de Anzán, rey de Persia, había organizado un sistema de correos que funcionaba, día y noche, mediante relevos sucesivos de los mejores jinetes de la caballería persa.

El servicio expreso, más caro, trabajaba a gritos. De voz en voz, las palabras atravesaban las montañas.

Eco

En otros tiempos, la ninfa Eco había sabido decir. Y con tanta gracia decía, que sus palabras parecían no usadas, jamás dichas antes por boca ninguna.

Pero la diosa Hera, la esposa legal de Zeus, la maldijo en uno de sus frecuentes ataques de celos. Y Eco sufrió el peor de los castigos: fue despojada de voz propia.

Desde entonces, incapaz de decir, sólo puede repetir.

La costumbre ha convertido esta maldición en alta virtud.

Tales

Hace dos mil seiscientos años, en la ciudad de Mileto, un sabio distraído llamado Tales paseaba en las noches, y espiando estrellas solía caerse en algún pozo.

Tales, hombre curioso, pudo averiguar que nada muere, que todo se transforma y que nada hay en el mundo que no esté vivo, y que en el origen y

en el fin de toda vida está el agua. No los dioses: el agua. Los terremotos ocurren porque la mar se mueve y alborota la tierra, y no por las rabiets de Poseidón. No es por gracia divina que el ojo ve, sino porque el ojo refleja la realidad, como el río refleja los arbustos de las orillas. Y los eclipses ocurren porque la luna tapa el sol, y no porque el sol se esconda de las iras del Olimpo.

Tales, que en Egipto había aprendido a pensar, predijo los eclipses sin error, sin error midió la distancia de los barcos que venían de altamar, y supo calcular exactamente la altura de la pirámide de Keops por la sombra que proyectaba. Se le atribuye el teorema más famoso, y cuatro más, y hasta dicen que descubrió la electricidad.

Pero quizá su gran hazaña fue otra: vivir como vivió, desnudo del abrigo de la religión, sin consuelos.

Fundación de la música

Cuando Orfeo acarició las cuerdas de la lira, los robles bailaron, por gracia de sus sonos, en los bosques de Tracia.

Cuando Orfeo se embarcó con los argonautas, las rocas escucharon la música, lengua donde todas las lenguas se encontraban, y la nave se salvó del naufragio.

Cuando el sol nacía, la lira de Orfeo lo saludaba, desde la cumbre del monte Pangaeum, y charlaban los dos de igual a igual, de luz a luz, porque también la música encendía el aire.

Zeus envió un rayo, que partió en dos al autor de estas arrogancias.

Monopolio divino

Los dioses no soportan la competencia de los terrestres vulgares y silvestres.

Nosotros les debemos humillación y obediencia. Hemos sido hechos por ellos, según ellos; y la censura del alto cielo prohíbe que se divulgue el rumor de que son ellos quienes han sido hechos por nosotros.

Cuando advirtieron que veíamos más allá del horizonte, los dioses mayas nos echaron polvo a los ojos; y los dioses griegos dejaron ciego a Fineo, rey de Salmidesos, cuando supieron que él veía más allá del tiempo.

Lucifer era el arcángel preferido del dios de los judíos, de los cristianos y de los musulmanes. Cuando Lucifer intentó levantar su trono por encima de las estrellas, ese dios lo hizo ceniza, quemándolo en el fuego de su propia belleza.

Y fue ese dios quien expulsó a Adán y a Eva, los primeros, los que no tenían ombligo, porque quisieron conocer la gloria divina; y fue él quien castigó a los constructores de la torre de Babel, que estaban cometiendo la insolencia de llegar al cielo.

Gracias por el castigo

En Babilonia, la ciudad maldita, que según la Biblia fue *puta y madre de putas*, se estaba alzando aquella torre que era un pecado de arrogancia humana.

Y el rayo de la ira no demoró: Dios condenó a los constructores a hablar lenguas diferentes, para que nunca más pudiera nadie entenderse con nadie, y la torre quedó para siempre a medio hacer.

Según los antiguos hebreos, la diversidad de las lenguas humanas fue un castigo divino.

Pero quizá, queriendo castigarnos, Dios nos hizo el favor de salvarnos del aburrimiento de la lengua única.

Fundación de los idiomas

Según los antiguos mexicanos, la historia es otra.

Ellos contaron que la montaña Chicomóztoc, alzada donde la mar se partía en dos mitades, tenía siete cuevas en sus entrañas.

En cada una de las cuevas reinaba un dios.

Con tierra de las siete cuevas, y sangre de los siete dioses, fueron amasados los primeros pueblos nacidos en México.

Poquito a poco, los pueblos fueron brotando de las bocas de la montaña.

Cada pueblo habla, todavía, la lengua del dios que lo creó.

Por eso las lenguas son sagradas, y son diversas las músicas del decir.

Todas las lluvias

El dios de los hebreos estaba disgustado por la mala conducta de sus hijos, y el diluvio fue el escarmiento que sepultó bajo las aguas a toda la carne humana y también, de paso, a las bestias del campo y a las aves del cielo.

Noé, el único hombre justo, tuvo el privilegio de construir un arca de madera, de tres pisos, para salvar a su familia y a una pareja de macho y hembra de cada una de las especies que habían poblado el mundo.

Los demás fueron ahogados por la gran inundación.

También merecieron la muerte los que habían sido expulsados del arca: las parejas anormales, como el caballo pegado a la burra o la perra enamorada del lobo, y los machos dominados por las hembras, que ignoraban la jerarquía natural.

Fundación religiosa del racismo

Noé se emborrachó celebrando la llegada del arca al monte Ararat.

Despertó incompleto. Según una de las diversas versiones de la Biblia, su hijo Cam lo había castrado mientras dormía. Y esa versión dice que Dios maldijo a Cam y a sus hijos y a los hijos de sus hijos, condenándolos a la esclavitud por los siglos de los siglos.

Pero ninguna de las diversas versiones de la Biblia dijo que Cam fuera negro. África no vendía esclavos cuando la Biblia nació, y Cam oscureció su piel mucho tiempo después. Quizá su negritud empezó a aparecer allá por los siglos once o doce, cuando los árabes iniciaron el tráfico de esclavos desde el sur del desierto, pero seguramente Cam pasó a ser del todo negro allá por los siglos dieciséis o diecisiete, cuando la esclavitud se convirtió en el gran negocio europeo.

A partir de entonces se otorgó prestigio divino y vida eterna al tráfico negrero. La razón al servicio de la religión, la religión al servicio de la opresión: como los esclavos eran negros, Cam debía ser negro. Y sus hijos, también negros, nacían para ser esclavos, porque Dios no se equivoca.

Y Cam y sus hijos y los hijos de sus hijos tendrían pelo motudo, ojos rojos y labios hinchados, andarían desnudos luciendo sus penes escandalosos, serían aficionados al robo, odiarían a sus amos, jamás dirían la verdad y dedicarían a las cosas sucias su tiempo de dormir.

Fundación científica del racismo

Raza caucásica se llama, todavía, la minoría blanca que ocupa la cúspide de las jerarquías humanas.

Así fue bautizada, en 1775, por Johann Friedrich Blumenbach.

Este zoólogo creía que el Cáucaso era la cuna de la humanidad, y que de allí provenían la inteligencia y la belleza. El término se sigue usando, contra toda evidencia, en nuestros días.

Blumenbach había reunido doscientos cuarenta y cinco cráneos que fundamentaban el derecho de los europeos a humillar a los demás.

La humanidad formaba una pirámide de cinco pisos.

Arriba, los blancos.

La pureza original había sido arruinada, pisos abajo, por las razas de piel sucia: los nativos australianos, los indios americanos, los asiáticos amarillos. Y debajo de todos, deformes por fuera y por dentro, estaban los negros africanos.

La Ciencia siempre ubicaba a los negros en el sótano.

En 1863, la Sociedad Antropológica de Londres llegó a la conclusión de que los negros eran intelectualmente inferiores a los blancos, y sólo los europeos tenían la capacidad de *humanizarlos y civilizarlos*. Europa consagró sus mejores energías a esta noble misión, pero no tuvo suerte. Casi un siglo y medio después, en el año 2007, el estadounidense James Watson, premio Nobel de Medicina, afirmó que está científicamente demostrado que los negros siguen siendo menos inteligentes que los blancos.

El amar de los amares

Cantó el rey Salomón a la más mujer de sus mujeres. Cantó a su cuerpo y a la puerta de su cuerpo y al verdor del lecho compartido.

El «Cantar de los cantares» no se parece ni un poquito a los demás libros de la Biblia de Jerusalén. ¿Por qué está ahí?

Según los rabinos, es una alegoría del amor de Dios por Israel. Según los curas, un jubiloso homenaje a la boda de Cristo con la Iglesia. Pero ningún verso menciona a Dios, y mucho menos a Cristo ni a la Iglesia, que nacieron mucho después de que el «Cantar» fuera cantado.

Más bien parece que este encuentro entre un rey judío y una mujer negra fue una celebración de la pasión humana y de la diversidad de nuestros colores.

Mejores que el vino son los besos de tu boca, cantaba esa mujer.

Y según la versión que llegó a nuestros días, ella cantaba también:

Negra soy, pero bella,

y se disculpaba atribuyendo su color a su trabajo, a pleno sol, en los viñedos.

Sin embargo, según otras versiones, el *pero* fue agregado. Ella cantaba:

Negra soy, y bella.

Alejandro

Demóstenes se burlaba:

—Este jovencito quiere que le levantemos altares. Y bueno. Vamos a hacerle el gusto.

El jovencito era Alejandro Magno. Se decía pariente de Heracles y de Aquiles. Se hacía llamar el dios invencible. Había sido herido ocho veces y seguía conquistando mundo.

Había empezado coronándose rey de Macedonia después de matar a toda su parentela y, queriendo coronarse rey de todo lo demás, vivió en guerra continua los pocos años de su vida.

Su caballo negro rompía el viento. Él era siempre el primero en atacar, espada en mano, penacho de blancas plumas, como si cada batalla fuera un asunto personal:

—Yo no robo la victoria —decía.

Y muy bien recordaba la gran lección de Aristóteles, su maestro:

—La humanidad se divide entre los que nacen para mandar y los que nacen para obedecer.

Con mano dura apagaba las rebeliones, crucificaba o lapidaba a los desobedientes, pero era un raro conquistador que respetaba las costumbres de sus conquistados y hasta se daba el lujo de aprenderlas. Nacido para ser el mandamás, el rey de reyes, invadió tierras y mares desde los Balcanes hasta la India, pasando por Persia y Egipto y todo lo que encontró, y en todas partes

sembró matrimonios. Su astuta idea de casar a los soldados griegos con mujeres del lugar fue una desagradable novedad para Atenas, donde cayó muy mal, pero consolidó el prestigio y el poder de Alejandro en su nuevo mapa del mundo.

Efestion lo acompañó siempre en el andar y el guerrear. Fue su brazo derecho en los campos de batalla y su amante en las noches de celebración. Junto con él y sus miles de jinetes imparables, largas lanzas, flechas de fuego, fundó siete ciudades, las siete Alejandrías, y parecía que eso no iba a terminar nunca.

Cuando Efestion murió, Alejandro bebió a solas el vino que habían compartido y al amanecer, borracho, mandó alzar una inmensa hoguera que quemara el cielo y prohibió la música en todo el imperio.

Y poco después también él murió, a los treinta y tres años de su edad, sin haber conquistado todos los reinos que en el mundo eran.

Homero

No había nada ni nadie. Ni fantasmas había. No más que piedras mudas, y alguna que otra oveja buscando pasto entre las ruinas.

Pero el poeta ciego supo ver, allí, la gran ciudad que ya no era. La vio rodeada de murallas, alzada en la colina sobre la bahía; y escuchó los alaridos y los truenos de la guerra que la había arrasado.

Y la cantó. Fue la refundación de Troya. Troya nació de nuevo, parida por las palabras de Homero, cuatro siglos y medio después de su exterminio. Y la guerra de Troya, condenada al olvido, pasó a ser la más famosa de todas las guerras.

Los historiadores dicen que ésa fue una guerra comercial. Los troyanos habían cerrado el paso hacia el mar Negro, y lo cobraban caro. Los griegos aniquilaron Troya para abrirse camino al Oriente por el estrecho de los Dardanelos. Pero comerciales fueron todas, o casi todas, las guerras que en el mundo han sido. ¿Por qué habría de hacerse digna de memoria una guerra tan poco original? Las piedras de Troya iban a convertirse en arena y nada más que arena, cumpliendo su destino natural, cuando Homero las vio y las escuchó.

Lo que él cantó, ¿fue pura imaginación?

¿Fue obra de fantasía esa escuadra de mil doscientas naves lanzadas al rescate de Helena, la reina nacida de un huevo de cisne?

¿Inventó Homero eso de que Aquiles arrastró a su vencido Héctor, atado a un carro de caballos, y le dio varias vueltas alrededor de las murallas de la ciudad sitiada?

Y la historia de Afrodita envolviendo a Paris en un manto de niebla mágica cuando lo vio perdido, ¿no habrá sido delirio o borrachera?

¿Y Apolo guiando la flecha mortal hacia el talón de Aquiles?

¿Habrá sido Odiseo, alias Ulises, el creador del inmenso caballo de madera que engañó a los troyanos?

¿Qué tiene de verdad el final de Agamenón, el vencedor, que regresó de esa guerra de diez años para que su mujer lo asesinara en el baño?

Esas mujeres y esos hombres, y esas diosas y esos dioses que tanto se nos parecen, celosos, vengativos, traidores, ¿existieron?

Quién sabe si existieron.

Lo único seguro es que existen.

Fundación literaria del perro

Argos fue el nombre de un gigante de cien ojos y de una ciudad griega de hace cuatro mil años.

También se llamaba Argos el único que reconoció a Odiseo, cuando llegó, disfrazado, a Ítaca.

Homero nos contó que Odiseo regresó, al cabo de mucha guerra y mucha mar, y se acercó a su casa haciéndose pasar por un mendigo achacoso y harapos.

Nadie se dio cuenta de que él era él.

Nadie, salvo un amigo que ya no sabía ladrar, ni podía caminar, ni moverse siquiera. Argos yacía, a las puertas de un galpón, abandonado, acribillado por las garrapatas, esperando la muerte.

Cuando vio, o quizás olió, que aquel mendigo se acercaba, alzó la cabeza y sacudió el rabo.

Hesíodo

De Homero, nada se sabe. Siete ciudades juran que fueron su cuna. Quizás en ellas Homero recitó, alguna noche, a cambio de techo y comida.

De Hesíodo, dicen que nació en una aldea llamada Asera y que vivió en los tiempos de Homero.

Pero él no cantó a la gloria de los guerreros. Sus héroes fueron los labriegos de Beocia. Hesíodo se ocupó de los trabajos y los días de los hombres que arrancaban frutos pobres a la dura tierra, para cumplir con la maldición de los dioses despiadados.

Su poesía aconsejaba cortar la madera cuando Sirio aparece en el cielo,
recoger las uvas cuando Sirio viaja hacia el sur,
trillar cuando viene Orión,
cosechar cuando las Pléyades asoman,
labrar la tierra cuando las Pléyades se esconden,
trabajar desnudo
y desconfiar de la mar, de los ladrones, de las mujeres, de las lenguas inquietas y de los días nefastos.

El suicidio de Troya

Según Homero, fue la diosa Atenea quien sopló la idea al oído de Odiseo. Y así la ciudad de Troya, que había resistido durante diez años el acoso de las tropas griegas, fue vencida por un caballo de madera.

¿Por qué Príamo, el rey de Troya, lo dejó entrar? Desde que ese raro animal gigantesco apareció esperando ante las murallas, fue rojo el humo de las cocinas y lloraron las estatuas y se secaron los laureles y el cielo se vació de estrellas. La princesa Casandra le arrojó una antorcha encendida y el sacerdote Laocoonte le clavó una lanza en el costado. Los consejeros del rey opinaron que había que abrirlo, para ver qué contenía, y en toda Troya no hubo quien no sospechara que ese bicho era una trampa.

Pero Príamo eligió su perdición. Quiso creer que la diosa Atenea había enviado una ofrenda en señal de paz. Por no agraviarla, mandó que se abriera la muralla y el caballo fue recibido con cánticos de alabanza y gratitud.

De sus adentros salieron los soldados que arrasaron Troya hasta la última de sus piedras. Y sus vencidos fueron sus esclavos, y las mujeres de sus vencidos fueron sus mujeres.

El héroe

¿Cómo hubiera sido la guerra de Troya contada desde el punto de vista de un soldado anónimo? ¿Un griego de a pie, ignorado por los dioses y deseado no más que por los buitres que sobrevuelan las batallas? ¿Un campesino metido a guerrero, cantado por nadie, por nadie esculpido? ¿Un hombre cualquiera, obligado a matar y sin el menor interés de morir por los ojos de Helena?

¿Habría presentido ese soldado lo que Eurípides confirmó después? ¿Que Helena nunca estuvo en Troya, que sólo su sombra estuvo allí? ¿Que diez años de matanzas ocurrieron por una túnica vacía?

Y si ese soldado sobrevivió, ¿qué recordó?

Quién sabe.

Quizás el olor. El olor del dolor, y simplemente eso.

Tres mil años después de la caída de Troya, los corresponsales de guerra Robert Fisk y Fran Sevilla nos cuentan que las guerras huelen. Ellos han estado en varias, las han sufrido por dentro, y conocen ese olor de podredumbre, caliente, dulce, pegajoso, que se te mete por todos los poros y se te instala en el cuerpo.

Es una náusea que jamás te abandonará.

Retrato de familia en Grecia

El sol viajó al revés por el cielo y se fue por el oriente. Mientras moría aquel día tan raro, Atreo conquistaba el trono de Micenas.

Atreo sentía que la corona tambaleaba en su cabeza. Miraba de reojo a la parentela. El hambre de poder brillaba en los ojos de sus sobrinos. Por las dudas, los degolló. Los cortó en pedazos, los cocinó y los sirvió, como plato único, en el banquete que brindó a su hermano Tiestes, que era el papá de los difuntos.

Agamenón, hijo de Atreo, heredó el trono. Clitemnestra, mujer de su tío, le gustó para reina. Agamenón no tuvo más remedio que matar al tío. Y años después tuvo que cortar el pescuezo de Ifigenia, su hija más bella. La diosa Artemisa se lo exigió, para que sus huestes de sátiros, centauros y ninfas dieran buenos vientos a las naves que partían a la guerra contra el reino de Troya.

Al fin de la guerra, una noche de luna llena, Agamenón entró a paso triunfal en su palacio de Micenas. La reina Clitemnestra le dio la bienvenida y le ofreció un baño bien caliente. A la salida del baño, lo envolvió en una red tejida por ella. Esa red fue la mortaja de Agamenón. Egisto, amante de Clitemnestra, le hundió una espada de doble filo, y ella lo decapitó con un hacha.

Con esa misma hacha, tiempo después, Electra y Orestes vengaron al padre. Los hijos de Agamenón y Clitemnestra despedazaron a la madre y a su amante, y dieron inspiración al poeta Esquilo y al doctor Freud.

Huelga de piernas cerradas

En plena guerra del Peloponeso, las mujeres de Atenas, Esparta, Corinto y Beocia se declararon en huelga contra la guerra.

Fue la primera huelga de piernas cerradas de la historia universal. Ocurrió en el teatro. Nació de la imaginación de Aristófanes y de la arenga que él puso en boca de Lisistrata, matrona ateniense:

— ¡No levantaré los pies hasta el cielo, ni en cuatro patas me pondré con el culo al aire!

La huelga continuó, sin tregua, hasta que el ayuno de amores doblegó a los guerreros. Cansados de pelear sin consuelo, y espantados ante la insurgencia femenina, no tuvieron más remedio que decir adiós a los campos de batalla.

Más o menos así lo contó, lo inventó, Aristófanes, un escritor conservador que defendía las tradiciones como si creyera en ellas, pero en el fondo creía que lo único sagrado era el derecho de reír.

Y hubo paz en el escenario.

En la realidad, no.

Los griegos ya llevaban veinte años peleando cuando esta obra fue estrenada, y la carnicería continuó siete años más.

Las mujeres continuaron sin tener derecho de huelga, ni derecho de opinión, ni más derecho que el derecho de obediencia a las labores propias de su sexo. El teatro no figuraba entre esas labores. Las mujeres podían asistir a las obras, en los peores lugares, que eran las gradas más altas, pero no podían representarlas. No había actrices. En la obra de Aristófanes, Lisistrata y las demás protagonistas fueron actuadas por hombres que llevaban máscaras de mujeres.

El arte de dibujarte

En algún lecho del golfo de Corinto, una mujer contempla, a la luz del fuego, el perfil de su amante dormido.

En la pared, se refleja la sombra.

El amante, que yace a su lado, se irá. Al amanecer se irá a la guerra, se irá a la muerte. Y también la sombra, su compañera de viaje, se irá con él y con él morirá.

Es noche todavía. La mujer recoge un tizón entre las brasas y dibuja, en la pared, el contorno de la sombra.

Esos trazos no se irán.

No la abrazarán, y ella lo sabe. Pero no se irán.

Sócrates

Varias ciudades peleaban de uno y otro lado. Pero esta guerra griega, la que más griegos mató, fue sobre todo la guerra de Esparta, oligarquía de pocos orgullosos de ser pocos, contra Atenas, democracia de pocos que simulaban ser todos.

En el año 404 antes de Cristo, Esparta demolió, con cruel lentitud, al son de las flautas, las murallas de Atenas.

De Atenas, ¿qué quedaba? Quinientos barcos hundidos, ochenta mil muertos de peste, una incontable cantidad de guerreros destripados y una ciudad humillada, llena de mutilados y de locos.

Y la justicia de Atenas condenó a muerte al más justo de sus hombres.

El gran maestro del Ágora, el que perseguía la verdad pensando en voz alta mientras paseaba por la plaza pública, el que había combatido en tres batallas de la guerra recién terminada, fue declarado culpable. *Corruptor de la juventud*, sentenciaron los jueces, aunque quizá quisieron decir que era culpable de haber amado a Atenas tomándole el pelo, criticándola mucho y adulándola nada.

Olimpiadas

A los griegos les encantaba matarse entre sí, pero además de la guerra practicaban otros deportes.

Competían en la ciudad de Olimpia, y mientras las olimpiadas ocurrían, los griegos olvidaban sus guerras por un rato.

Todos desnudos: los corredores, los atletas que arrojaban la jabalina y el disco, los que saltaban, boxeaban, luchaban galopaban o competían cantando. Ninguno llevaba zapatillas de marca, ni camisetas de moda, ni nada que no fuera la propia piel brillante de ungüentos.

Los campeones no recibían medallas. Ganaban una corona de laurel, unas cuantas tinajas de aceite de oliva, el derecho a comer gratis durante toda la vida y el respeto y la admiración de sus vecinos.

El primer campeón, un tal Korebus, se ganaba la vida trabajando de cocinero, y a eso siguió dedicándose. En la olimpiada inaugural, él corrió más que todos sus rivales y más que los temibles vientos del norte.

Las olimpiadas eran ceremonias de identidad compartida. Haciendo deporte, esos cuerpos decían, sin palabras: *Nos odiamos, nos peleamos, pero todos somos griegos.*

Y así fue durante mil años, hasta que el cristianismo triunfante prohibió estas paganas desnudeces que ofendían al Señor.

En las olimpiadas griegas nunca participaron las mujeres, los esclavos ni los extranjeros.

En la democracia griega, tampoco.

Partenón y después

Fidias, el más envidiado escultor de todos los tiempos murió de tristeza. Su insoportable talento había sido castigado con pena de cárcel.

Muchos siglos después, Fidias fue también castigado con pena de usurpación.

Sus mejores obras, las esculturas del Partenón, ya no están en Atenas sino en Londres. Y no se llaman *los mármoles de Fidias*, sino que responden al nombre de *los mármoles de Elgin*.

Lord Elgin, que de escultor no tenía nada, era el embajador inglés que hace un par de siglos embarcó esas maravillas y las vendió a su gobierno. Desde entonces, están en el British Museum.

Cuando lord Elgin se llevó lo que se llevó, ya el Partenón había sido devastado por la intemperie y las invasiones. Aquel templo, nacido para eterna gloria de la diosa Atenea, había sufrido la invasión de la Virgen María y sus sacerdotes, que eliminaron unas cuantas figuras, borraron muchos rostros y

mutilaron todos los penes. Y muchos años después ocurrió la invasión de las tropas venecianas y el templo, convertido en polvorín, estalló.

El Partenón quedó en ruinas. Las esculturas que lord Elgin arrancó estaban, y siguen estando, rotas. Esos despojos nos cuentan lo que fueron:

esa túnica no es más que un pedazo de mármol, pero en sus pliegues ondula un cuerpo de mujer o de diosa;

esa rodilla continúa en la pierna ausente;

ese torso se completa en su cabeza decapitada;

el caballo que falta relincha desde esas crines alzadas en el aire y truena en esas patas que en el aire galopan.

En lo poco que está, está todo lo que estuvo.

Hipócrates

Lo llaman Padre de la Medicina.

Los nuevos médicos juran en su nombre.

Hace dos mil cuatrocientos años, curó y escribió.

Estos son algunos de los aforismos nacidos, según él, de su experiencia:

La experiencia es engañosa, la vida es breve, largo el arte de curar, fugitiva la ocasión y difícil el juicio.

La medicina es la más noble de todas las artes, pero va muy a la zaga de las demás debido a la ignorancia de quienes la practican.

Hay una circulación común a todos, una respiración común a todos. Todo está relacionado con todo.

No se puede entender la naturaleza de las partes del cuerpo sin entender la naturaleza del organismo entero.

Los síntomas son defensas naturales del cuerpo. Nosotros los llamamos enfermedades, pero en realidad son la curación de la enfermedad.

Los eunucos no tienen calvicie.

Los calvos no padecen várices.

Que la comida sea tu alimento, y el alimento tu medicina.

Lo que cura a uno, mata a otro.

Si la mujer ha concebido un niño, tiene buen color. Si ha concebido una niña, tiene mal color.

Aspasia

En tiempos de Pericles, Aspasia fue la mujer más famosa de Atenas.

Lo que también se podría decir de otra manera: en tiempos de Aspasia, Pericles fue el hombre más famoso de Atenas.

Sus enemigos no le perdonaban que fuera mujer y extranjera, y por agregarle defectos le atribuían un pasado inconfesable y decían que la escuela de retórica, que ella dirigía, era un criadero de jovencitas fáciles.

Ellos la acusaron de despreciar a los dioses, ofensa que podía ser pagada con la muerte. Ante un tribunal de mil quinientos hombres, Pericles la defendió. Aspasia fue absuelta, aunque en su discurso de tres horas, Pericles olvidó decir que ella no despreciaba a los dioses pero creía que los dioses nos desprecian y arruinan nuestras efímeras felicidades humanas.

Por entonces, ya Pericles había echado a su esposa de su lecho y de su casa y vivía con Aspasia. Y por defender los derechos del hijo que con ella tuvo, había violado una ley que él mismo había dictado.

Por escuchar a Aspasia, Sócrates interrumpía sus clases. Anaxágoras citaba sus opiniones.

— *¿Qué arte o poder tenía esta mujer, para dominar a los políticos más eminentes y para inspirar a los filósofos?* —se preguntó Plutarco.

Safo

Poco se sabe de Safo.

Dicen que nació hace dos mil seiscientos años, en la isla de Lesbos, que por ella dio nombre a las lesbianas.

Dicen que estaba casada, que tenía un hijo y que se arrojó desde un acantilado porque un marinero no le hizo caso, y también dicen que era petiza y fea.

Quién sabe. A los machos no nos cae muy bien eso de que una mujer prefiera a otra mujer, en vez de sucumbir a nuestros irresistibles encantos.

En el año 1703, la Iglesia Católica, bastión del poder masculino, mandó quemar todos los libros de Safo.

Algunos poemas, pocos, se salvaron.

Epicuro

En su jardín de Atenas, Epicuro hablaba contra los miedos. Contra el miedo a los dioses, a la muerte, al dolor y al fracaso.

Es pura vanidad, decía, creer que los dioses se ocupan de nosotros. Desde su inmortalidad, desde su perfección, ellos no nos otorgan premios ni castigos. Los dioses no son temibles porque nosotros, efímeros, mal hechos, no merecemos nada más que su indiferencia.

Tampoco la muerte es temible, decía. Mientras nosotros somos, ella no es; y cuando ella es, nosotros dejamos de ser.

¿Miedo al dolor? Es el miedo al dolor el que más duele, pero nada hay más placentero que el placer cuando el dolor se va.

¿Y el miedo al fracaso? ¿Qué fracaso? Nada es suficiente para quien lo suficiente es poco, pero ¿qué gloria podría compararse al goce de charlar con los amigos en una tarde de sol? ¿Qué poder puede tanto como la necesidad que nos empuja a amar, a comer, a beber?

Hagamos dichosa, proponía Epicuro, la inevitable mortalidad de la vida.

Fundación de la inseguridad ciudadana

La democracia griega amaba la libertad, pero vivía de sus prisioneros. Los esclavos y las esclavas labraban tierras,

abrían caminos,

excavaban montañas en busca de plata y de piedras,

alzaban casas,

tejían ropas,

cosían calzados,

cocinaban,

lavaban,

barrían,

forjaban lanzas y corazas, azadas y martillos,

daban placer en las fiestas y en los burdeles

y criaban a los hijos de sus amos.

Un esclavo era más barato que una mula. La esclavitud, tema despreciable, rara vez aparecía en la poesía, en el teatro o en las pinturas que decoraban las vasijas y los muros. Los filósofos la ignoraban, como no fuera para confirmar que ése era el destino natural de los seres inferiores, y para encender la alarma. Cuidado con ellos, advertía Platón. Los esclavos, decía, tienen una inevitable tendencia a odiar a sus amos y sólo una constante vigilancia podrá impedir que nos asesinen a todos.

Y Aristóteles sostenía que el entrenamiento militar de los ciudadanos era imprescindible, por la inseguridad reinante.

La esclavitud según Aristóteles

El ser humano que pertenece a otro es por naturaleza un esclavo. El que siendo humano pertenece a otro es un artículo de propiedad, un instrumento. El esclavo es un instrumento viviente, así como un instrumento de trabajo es un esclavo inanimado.

Hay por naturaleza diferentes clases de jefes y subordinados. Los libres mandan a los esclavos, los hombres a las mujeres y los adultos a los niños.

El arte de la guerra incluye la cacería contra las bestias salvajes y contra los hombres que habiendo nacido para ser mandados, no se someten; y esta guerra es naturalmente justa.

El servicio físico a las necesidades de la vida proviene de los esclavos y de los animales domesticados. Por eso ha sido intención de la naturaleza modelar cuerpos diferentes para el hombre libre y para el esclavo.



Ojo con las bacanales

También en Roma, los esclavos fueron el sol de cada día y la pesadilla de cada noche. Los esclavos daban vida y pánico al imperio.

Hasta las fiestas de Baco amenazaban el orden, porque en los rituales de la noche no había barreras entre los esclavos y los libres, y el vino autorizaba lo que el orden prohibía.

Subversión de las jerarquías desde la lujuria: estos desenfrenos tenían mucho que ver, se sospechaba, se sabía, con las rebeliones de esclavos que estallaban en el sur.

Roma no se cruzó de brazos. Un par de siglos antes de Cristo, el Senado acusó de conspiración a los seguidores de Baco y encomendó a los dos cónsules, Marcius y Postumius, la misión de liquidar hasta la raíz las bacanales en todo el imperio.

Corrió la sangre.

Las bacanales siguieron. Las rebeliones, también.

Antioqus, rey

Su dueño lo usaba de payaso en los banquetes.

El esclavo Eunus se ponía en trance y por la boca echaba humo y fuego y profecías que hacían reír a los invitados.

En una de esas comilonas, y después del éxtasis y las llamaradas, Eunus anunció, solemnemente, que él iba a ser rey de esta isla. Sicilia será mi reino, dijo, y dijo que se lo dijo la diosa Demeter.

Los invitados rieron hasta rodar por los suelos.

Unos días después, el esclavo fue rey. Echando incendios por la boca, degolló a su amo y desató una tremenda revuelta de esclavos que invadieron pueblos y ciudades y coronaron a Eunus rey de Sicilia.

La isla ardió. El nuevo monarca mandó matar a todos sus prisioneros, salvo a quienes supieran fabricar armas, y emitió monedas donde su nuevo nombre, Antioqus, fue estampado junto a la efigie de la diosa Demeter.

El reino duró cuatro años, hasta que Antioqus fue vencido por la traición, encarcelado y devorado por los piojos. Medio siglo después, llegó Espartaco.

Espartaco

Fue pastor en Tracia, soldado en Roma, gladiador en Capua.

Fue esclavo fugado. Huyó armado de un cuchillo de cocina, y al pie del volcán Vesubio fundó su tropa de libres, que andando creció y fue ejército.

Una mañana, setenta y dos años antes de Cristo, Roma tembló. Los romanos vieron que los hombres de Espartaco los veían. Habían amanecido erizadas de lanzas las crestas de las colinas. Desde allá arriba, los esclavos contemplaban los templos y los palacios de la más reina, la que tenía el mundo a su mandar: estaba al alcance de sus manos, tocada por sus ojos, la ciudad que les había arrancado sus nombres y sus memorias y los había convertido en cosas que podían ser azotadas, regaladas o vendidas.

El ataque no ocurrió. Nunca se supo si Espartaco y los suyos habían llegado hasta allí, hasta tan cerquita, o éstos eran no más que espejismos del miedo. Porque en aquellos días, los esclavos estaban propinando humillantes palizas a las legiones.

Dos años duró esa guerra de guerrillas que tuvo en vilo al imperio.

Por fin, los sublevados fueron cercados, en las montañas de Lucania, y fueron aniquilados por los soldados que en Roma había reclutado un joven militar llamado Julio César.

Cuando Espartaco se vio vencido, apoyó su cabeza en la cabeza de su caballo, la frente pegada a la frente de su compañero de todas las batallas, y le hundió el largo cuchillo y le partió el corazón.

Los carpinteros alzaron cruces nuevas a todo lo largo de la vía Appia, desde Capua hasta Roma.

Roma tour

El trabajo manual era cosa de esclavos.

Y aunque no fueran esclavos, los jornaleros y los artesanos desempeñaban *oficios viles*. Cicerón, que desempeñaba el noble oficio de la usura, había definido las categorías laborales:

—*Los menos honorables de todos son los que sirven a la glotonería, como el salchichero, el vendedor de aves o pescados, el cocinero...*

Los romanos más respetados eran los señores de la guerra, que rara vez la peleaban, y los dueños de la tierra, que rara vez la tocaban.

Ser pobre era un crimen imperdonable. Por disimular esa deshonra, los ricos venidos a menos se endeudaban y, si tenían suerte, triunfaban en la carrera política, que ejercían al servicio de sus acreedores.

La venta de favores sexuales era una segura fuente de fortuna. También la venta de favores políticos y burocráticos. Ambas actividades llevaban el mismo nombre. Los empresarios de la prostitución y los profesionales del lobby se llamaban *proxenetas*.

Julio César

Lo llamaban el *calvo putañero*, decían que era el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos.

Fuentes bien informadas aseguraban que había estado encerrado varios meses en el dormitorio de Cleopatra, sin asomar la nariz.

Con ella, su trofeo, regresó a Roma desde Alejandría. Y coronando sus campañas victoriosas en Europa y en África, rindió homenaje a su propia gloria mandando al muere a una multitud de gladiadores y exhibiendo jirafas y otras rarezas que Cleopatra le había regalado.

Y Roma lo vistió de púrpura, la única toga de ese color en todo el imperio, y ciñó su frente con corona de laurel, y Virgilio, el poeta oficial, cantó a su estirpe divina, que venía de Eneas, Marte y Venus.

Y poco después, desde la cumbre de las cumbres, se proclamó dictador vitalicio y anunció reformas que amenazaban los intocables privilegios de su propia clase.

Y los suyos, los patricios, decidieron que más vale prevenir que curar.

Y el todopoderoso, marcado para morir, fue rodeado por sus íntimos y su bienamado Marco Bruto, que quizás era su hijo, lo estrujó en el primer abrazo y en la espalda le clavó la primera puñalada.

Y otros puñales lo acribillaron y se alzaron, rojos, al cielo.

Y allí tirado quedó el cuerpo, en el suelo de piedra, porque ni sus esclavos se atrevían a tocarlo.

La sal de este imperio

En el año 31 antes de Cristo, Roma lanzó la guerra contra Cleopatra y Marco Antonio, heredero de Julio César en la fama y en la cama.

Entonces, el emperador Augusto sobornó a su opinión pública regalando sal.

Los patricios habían concedido a los plebeyos el derecho a la sal, pero Augusto aumentó la dosis.

Roma amaba la sal. Siempre había sal, sal de roca o de mar, en las cercanías de las ciudades que los romanos fundaban.

Via Salaria se llamó el primer camino imperial, abierto para traer sal desde la playa de Ostia, y la palabra salario proviene del pago en sal que los legionarios recibían durante las campañas militares.

Cleopatra

Sus cortesanas la bañan en leche de burra y miel.

Después de ungirle en zumos de jazmines, lirios y madreselvas, depositan su cuerpo desnudo en almohadones de seda rellenos de plumas.

Sobre sus párpados cerrados, hay finas rodajas de áloe. En la cara y el cuello, emplastes hechos de bilis de buey, huevos de avestruz y cera de abejas.

Cuando despierta de la siesta, ya hay luna en el cielo.

Las cortesanas impregnan de rosas sus manos y perfuman sus pies con elixires de almendras y flores de azahar. Sus axilas exhalan fragancias de limón y de canela, y los dátiles del desierto dan aroma a su cabellera, brillante de aceite de nuez.

Y llega el turno del maquillaje. Polvo de escarabajos colorea sus mejillas y sus labios. Polvo de antimonio dibuja sus cejas. El lapislázuli y la malaquita pintan un antifaz de sombras azules y sombras verdes en torno de sus ojos.

En su palacio de Alejandría, Cleopatra entra en su última noche.

La última faraona,

la que no fue tan bella como dicen,

la que fue mejor reina de lo que dicen,

la que hablaba varias lenguas y entendía de economía y otros misterios masculinos,

la que deslumbró a Roma,

la que desafió a Roma,

la que compartió cama y poder con Julio César y Marco Antonio,

viste ahora sus más deslumbrantes ropajes y lentamente se sienta en su trono, mientras las tropas romanas avanzan contra ella.

Julio César ha muerto, Marco Antonio ha muerto.

Las defensas egipcias caen.

Cleopatra manda abrir la cesta de paja.

Suena el cascabel.

Se desliza la serpiente.

Y la reina del Nilo abre su túnica y le ofrece sus pechos desnudos, brillantes de polvo de oro.

Métodos anticonceptivos de comprobada eficacia

En Roma, muchas mujeres evitaban los hijos estornudando inmediatamente después del amor, pero las profesionales preferían sacudir las caderas, en el

momento culminante, para desviar las semillas. Plinio el Viejo contó que las mujeres pobres evitaban los hijos colgándose al cuello, antes del amanecer, un amuleto hecho con los gusanos extraídos de la cabeza de una araña peluda, envueltos en piel de ciervo. Las mujeres de clase alta conjuraban el embarazo portando un tubito de marfil que contenía un trozo de útero de leona o de hígado de gato.

Mucho tiempo después, en España, las creyentes practicaban una plegaria infalible:

*San José, tú que tuviste sin hacer
haz que yo haga sin tener.*

Show business

Silencio. Los sacerdotes consultan a los dioses. Destripan un toro blanco, leen las entrañas. Y de golpe la música estalla, el estadio aúlla: sí, los dioses dicen sí, ellos también están locos de ganas de que la fiesta empiece de una buena vez.

Los gladiadores, los que van a morir, alzan sus armas hacia el palco del emperador. Son esclavos, o delincuentes condenados a muerte; pero algunos provienen de las escuelas donde se entrenan, largamente, para una breve vida profesional que durará hasta el día en que el emperador señale el suelo con el dedo pulgar.

Los rostros de los gladiadores más populares, pintados en camafeos, placas y cacharros, se venden como pan caliente en las gradas, mientras la multitud enloquece multiplicando apuestas y gritando insultos y ovaciones.

La función puede durar varios días. Los empresarios privados cobran las entradas, y a precios altos; pero a veces los políticos ofrecen, gratis, las matanzas. Entonces las gradas se cubren de pañuelos y pancartas que exhortan a votar por el candidato amigo del pueblo, el único que cumple lo que promete.

Circo de arena, sopa de sangre. Un cristiano llamado Telémaco mereció la santidad porque se arrojó a la arena y se interpuso entre dos gladiadores que estaban en pleno combate a muerte. El público lo hizo puré, acribillándolo a pedradas, por interrumpir el espectáculo.

Retrato de familia en Roma

Durante tres siglos, el infierno fue Roma y los diablos fueron sus emperadores, que arrojaron a los cristianos a las fieras hambrientas en las arenas del Coliseo. El público, encantado. Nadie quería perderse esos almuerzos.

Según los historiadores de Hollywood, Nerón fue el peor de todos. Dicen que él crucificó boca abajo al apóstol san Pedro y dicen que incendió Roma, para echar la culpa a los cristianos. Y cumplió con la tradición imperial exterminando a su familia.

A su tía Lépidia, que lo había criado, le aplicó una purga, y con setas envenenadas dijo adiós para siempre a su medio hermano, Británico.

Después de casarse con su media hermana, Octavia, la desterró y la mandó estrangular. Viudo y libre, pudo cantar a viva voz la incomparable belleza de Popea, a la que hizo emperadora hasta que se cansó y la echó al otro mundo de una patada.

Agripina fue la más dura de matar. Nerón le estaba agradecido, porque era fruto de su vientre y porque ella había envenenado al emperador Claudio, su marido, para que él, su hijito, ascendiera al trono. Pero Agripina, madre amantísima, no lo dejaba gobernar y al menor descuido se metía en su lecho haciéndose la dormida. Le costó sacársela de encima. Menos mal que madre hay una sola. Nerón la convidó con pócimas fulminantes, previamente ensayadas en esclavos y animales, le derrumbó el techo sobre la cama, le perforó la quilla del barco... Por fin, pudo llorarla.

Después mandó matar al hijo de Popea, Rufo Crispino, que jugaba a ser emperador.

Y clavando un cuchillo en su propia garganta, acabó con el último pariente que le quedaba.

El poeta que se rió de Roma

España fue su tierra de nacer y de morir, pero en Roma vivió y escribió el poeta Marcial.

Eran tiempos de Nerón, y estaban de moda las pelucas hechas con pelos de los bárbaros, que así se llamaban los alemanes:

Ese pelo rubio le pertenece.

Ella lo dice, y no miente.

Yo sé dónde lo compró.

Y las pestañas postizas:

*Sigues guiñando el ojo bajo el párpado
que de un cajón sacaste esta mañana.*

La muerte mejoraba, como ahora, a los poetas:

*Sólo se alaba a los muertos.
Yo prefiero seguir
con vida y sin elogios.*

La visita médica podía ser fatal:

*No tenía fiebre cuando viniste.
La tuve cuando me viste.*

Y la justicia podía ser injusta:

*¿Quién te aconsejó cortar la nariz del adúltero?
No es con esa punta que te han traicionado.*

Terapia de risa

Su nombre dio nombre a su profesión.

Galeno empezó curando las heridas de los gladiadores y terminó siendo médico del emperador Marco Aurelio.

Creyó en la experiencia, y desconfió de la especulación:

—Prefiero el penoso y largo camino, antes que el hábil y corto sendero.

En sus años de trabajo con los enfermos, comprobó que la costumbre es una segunda naturaleza y que la salud y la enfermedad son modos de vida: a los pacientes de naturaleza enferma, les aconsejaba cambiar de costumbres.

Descubrió o describió centenares de dolencias y curaciones, y probando remedios comprobó:

—No hay mejor medicina que la risa.

Chistes

Habló a su alma el andaluz Adriano, emperador de Roma, cuando supo que ésa iba a ser su última mañana:

*Alma mía pequeñita,
vagabunda y frágil,
huésped y compañera de mi cuerpo,
¿adónde irás ahora?
¿a qué lugares pálidos, duros, áridos, irás?
Ya no contarás más chistes.*

El mundo al revés se burlaba del mundo

Las romanas gozaban de un día de poder absoluto. Durante la fiesta de las Matronalias, ellas mandaban; y los hombres se dejaban mandar.

Las Saturnalias, herederas de las Sacés de la antigua Babilonia, duraban una semana y eran, como las Matronalias, desahogos del mundo al revés. Inversión de las jerarquías: los ricos servían a los pobres, que invadían sus casas, vestían sus ropas, comían en sus mesas y dormían en sus camas. Las Saturnalias, homenajes al dios Saturno, culminaban el 25 de diciembre. Era el día del Sol Invicto, que siglos después fue Navidad, por decreto católico.

Durante la Edad Media europea, el Día de los Santos Inocentes otorgaba el poder a los niños, a los tontos y a los dementes. En Inglaterra reinaba *The Lord of Misrule*, el Señor del Desgobierno, y en España disputaban el trono el Rey de Gallos y el Rey de Puercos, que vivían en el manicomio. Un niño, ataviado de mitra y báculo, ejercía de Papa de los Locos y se hacía besar el anillo, y otro niño, montado en un burro, pronunciaba sermones de obispo.

Como todas las fiestas del mundo al revés, esos fugaces espacios de libertad tenían principio y fin. Poco duraban. Donde manda capitán, no manda marinero.



Prohibido reír

Las antiguas fiestas de los ciclos de la naturaleza se llaman ahora Navidad y Semana Santa, y ya no son homenajes a los dioses paganos, sino solemnes rituales de veneración a la divinidad que ha ocupado sus días y se ha apoderado de sus símbolos.

La Fiesta Hilaria, heredada o inventada por Roma, saludaba la llegada de la primavera. La diosa Cibeles se bañaba en el río, llamando a la lluvia y a la fertilidad de los campos, mientras los romanos, vestidos con ropas estafalarias, rodaban de risa. Todos tomaban el pelo a todos, y no había en el mundo nada ni nadie que no fuera digno de ser reído.

Por decisión de la Iglesia Católica, esta fiesta pagana de la hilaridad, que riendo celebraba la resurrección de la primavera, coincide cada marzo, día más, día menos, con la resurrección de Jesús, de quien los evangelios no registran ni una sola risa.

Y por decisión de la Iglesia, el Vaticano ha sido construido en el exacto lugar donde la fiesta de la alegría culminaba. Allí, en la vasta plaza donde resonaban las carcajadas de la multitud, ahora se escucha la grave voz del Papa recitando páginas de la Biblia, un libro donde nadie ríe nunca.

La divinidad sonriente

Sus imágenes lo muestran sonriendo, serenamente irónico, como burlándose de las paradojas que signaron su vida y su después.

El Buda no creyó en dioses, ni se creyó Dios, pero sus devotos lo han divinizado.

El Buda no creyó en milagros, ni los practicó, pero sus devotos le atribuyen poderes milagrosos.

El Buda no creyó en ninguna religión, ni fundó ninguna, pero el paso del tiempo convirtió al budismo en una de las religiones más numerosas del mundo.

El Buda nació a orillas del río Ganges, pero los budistas no suman ni el uno por ciento de la población de la India.

El Buda predicó el ascetismo, el renunciamiento a la pasión y la negación del deseo, pero murió de un atracón de carne de cerdo.

Un papá que jamás ríe

Los judíos, los cristianos y los musulmanes veneran a la misma divinidad. Es el dios de la Biblia, que responde a tres nombres, Yahvé, Dios a secas y Alá, según quien lo llame. Los judíos, los cristianos y los musulmanes se matan entre sí diciendo que obedecen sus órdenes.

En otras religiones, los dioses son o han sido muchos. Numerosos Olimpos hubo o hay en Grecia, en la India, en México, en Perú, en Japón, en China. Y sin embargo, el Dios de la Biblia es celoso.

¿Celoso de quién? ¿Por qué le preocupa tanto la competencia, si Él es el único y el verdadero?

No te postrarás ante ningún otro dios, pues Yahvé se llama Celoso, es un Dios celoso. (Éxodo)

¿Por qué castiga en los hijos, y por varias generaciones, la infidelidad de los padres?

Yo, Yahvé, tu Dios, castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian. (Éxodo)

¿Por qué está siempre tan inseguro? ¿Por qué desconfía tanto de sus devotos? ¿Por qué necesita amenazarlos para que lo obedezcan? Hablando en vivo y en directo, o por boca de los profetas, advierte:

Si no obedeces a la voz de Yahvé, tu Dios, él te herirá de tisis, de fiebre, de inflamación, de gangrena, de aridez. Desposarás una mujer y otro hombre la hará suya. Polvo y arena serán la lluvia de tu tierra. Echarás en tus campos mucha semilla, pero la asolará la langosta. Plantarás viñas pero no beberás vino, porque el gusano las devorará. Os ofreceréis en venta a vuestros enemigos como esclavos y esclavas, pero no habrá comprador. (Deuteronomio) Durante seis días se trabajará, pero el día séptimo será sagrado para vosotros, día de descanso completo en honor de Yahvé. Cualquiera que trabaje en ese día, morirá. (Éxodo) Quien blasfeme el nombre de Yahvé, será muerto. Toda la comunidad le lapidará. (Levítico)

Más eficaces son los castigos que las recompensas. La Biblia es un catálogo de espantosos castigos contra los incrédulos:

Soltaré contra vosotros las fieras salvajes. Os azotaré siete veces más por vuestros pecados. Comeréis la carne de vuestros hijos, comeréis la carne de vuestras hijas. Desenvainaré la espada contra vosotros. Vuestra tierra será un yermo y vuestras ciudades una ruina. (Levítico)

Este Dios siempre enojado domina el mundo de nuestro tiempo por medio de sus tres religiones. No es un Dios muy amable, que digamos:

¡Dios celoso y vengador, Yahvé, rico en ira! Se venga de sus adversarios, guarda rencor a sus enemigos. (Nahum)

Sus diez mandamientos no prohíben la guerra. En cambio, Él manda hacerla. Y es la suya una guerra sin piedad por nadie, ni siquiera por los bebés:

No tengas compasión del pueblo de Amalee. Matarás hombres y mujeres, niños y lactantes, bueyes y ovejas, camellos y asnos... (Samuel)

Hija de Babel, devastadora: ¡Feliz quien agarre a tus pequeños y los estrelle contra la roca! (Salmos)

El hijo

Nadie sabe cómo: Yahvé, el único dios que nunca hizo el amor, fue padre de un hijo.

Según los evangelios, el hijo llegó al mundo cuando Herodes reinaba en Galilea. Como Herodes murió cuatro años antes del comienzo de la era cristiana, Jesús ha de haber nacido por lo menos cuatro años antes de Cristo.

En qué año, no se sabe. Tampoco el día, ni el mes. Jesús ya había pasado casi cuatro siglos sin cumpleaños cuando san Gregorio Nacianceno le otorgó, en el año 379, certificado de nacimiento. Jesús había nacido un 25 de diciembre. Así, la Iglesia Católica hizo suyo, una vez más, el prestigio de las idolatrías. Según la tradición pagana, ése era el día en que el sagrado sol iniciaba su camino contra la noche, a través de las tinieblas del invierno.

Haya ocurrido cuando haya ocurrido, seguramente no se festejó aquella primera noche de paz, noche de amor, con esa cohetería de guerra que ahora nos deja sordos. Seguramente no hubo estampitas mostrando al bebé de rulitos rubios que aquel recién nacido no era; como no eran tres, ni eran reyes, ni eran magos, los tres reyes magos que iban camino al pesebre de Belén, tras una estrella viajera que nadie vio nunca. Y seguramente, también, aquella primera Navidad, que tan malas noticias traía para los mercaderes del templo, no fue ni quiso ser una promesa de ventas espectaculares para los mercaderes del mundo.

Se busca

Se llama Jesús.

Lo llaman Mesías.

No tiene oficio ni residencia.

Dice ser hijo de Dios, y también dice que bajó del Cielo para incendiar el mundo.

Forajido del desierto, anda alborotando aldeas.

Lo siguen maleantes, malhechores, malvivientes.

Promete el Paraíso a los miserables, a los esclavos, a los locos, a los borrachos y a las prostitutas.

Engaña al populacho sanando leprosos, multiplicando panes y peces y haciendo otras magias y hechicerías.

No respeta la autoridad romana ni la tradición judía.
Ha vivido siempre fuera de la ley.
Lleva treinta y tres años huyendo de la sentencia de muerte que recibió al nacer.
La cruz lo espera.

El burro

Dio calor a Jesús, recién nacido, en el pesebre, y así figura en las estampitas: posando para la foto, con sus grandes orejas en primer plano junto a la cuna de paja.

A lomo de burro, se salvó Jesús de la espada de Herodes.
A lomo de burro, anduvo la vida.
A lomo de burro, predicó.
A lomo de burro, entró en Jerusalén.
¿Será tan burro el burro?

Resurrección de Jesús

Según cuentan, en Oaxaca, los mazatecos, Jesús fue crucificado porque hacía hablar a los pobres y a los árboles.

Y cuentan que después de mucho padecer, lo bajaron de la Cruz.
Y ya estaba enterrado, durmiendo su muerte, cuando un grillo se puso a cantar.
Y el grillo lo despertó.
Y Jesús dijo que quería salirse de la muerte.
Y el grillo se lo dijo al topo, que cavó un largo camino por debajo de la tierra hasta que llegó al cajón donde lo habían metido.
Y el topo pidió ayuda al ratón, que abrió el cajón con sus dientes afilados.
Y Jesús salió.
Y con un dedo empujó la inmensa piedra que los soldados le habían puesto encima.
Y dio las gracias al grillo y al topo y al ratón, que tan buenos habían sido.
Y subió al cielo, aunque no tenía alas.

Y sobre su tumba abierta dejó la piedra inmensa flotando en el aire, con un ángel sentado encima.

Y el ángel contó todo eso a doña María, la madre de Jesús.

Y doña María no pudo aguantarse el secreto, y lo comentó con sus vecinas en el mercado.

Y por ella se supo.

Marías

En los evangelios, María aparece poco.

La Iglesia tampoco le prestó mayor atención, hasta hace cosa de mil años. Entonces la madre de Jesús fue consagrada madre de la humanidad y símbolo de la pureza de la fe. En el siglo once, mientras la Iglesia inventaba el Purgatorio y la confesión obligatoria, brotaron en Francia ochenta iglesias y catedrales en homenaje a María.

El prestigio provenía de la virginidad. María, alimentada por los ángeles, embarazada por una paloma, jamás había sido tocada por mano de hombre. El marido, san José, la saludaba de lejos. Y más sagrada fue a partir de 1854, cuando el papa Pío IX, el infalible, reveló que María había sido sin pecado concebida, lo que traducido significaba que también era virgen la mamá de la Virgen.

María es, hoy por hoy, la divinidad más adorada y milagrera del mundo. Eva había condenado a las mujeres. María las redime. Gracias a ella, las pecadoras, hijas de Eva, tienen la oportunidad de arrepentirse.

Y eso fue lo que pasó con la otra María, la que figura en las estampitas, al pie de la santa cruz, junto a la inmaculada.

Según la tradición, esa otra María, María Magdalena, era puta y se hizo santa.

Los creyentes la humillan perdonándola.

Resurrección de María

María renació en Chiapas.

Fue anunciada por un indio del pueblo de Simojovel, que era primo suyo, y por un ermitaño que no era pariente y vivía dentro de un árbol de Chamula.

Y en el pueblo de Santa Marta Xolotepec, Dominica López estaba cosechando maíz cuando la vio. La mamá de Jesús le pidió que le alzara una ermita, porque estaba cansada de dormir en el monte.

Dominica le hizo caso; pero a los pocos días vino el obispo y se llevó presos a Dominica, a María y a todos sus peregrinos.

Entonces María se escapó de la cárcel y se vino al pueblo de Cancuc y habló por boca de una niña que también se llamaba María.

Los mayas tzeltales nunca olvidaron lo que dijo. Habló en lengua de ellos, y con voz ronquita mandó

que no se negasen las mujeres al deseo de sus cuerpos, porque ella se alegraba de esto;

que las mujeres que quisieran se volvieran a casar con otros maridos, porque no eran buenos los casamientos que habían hecho los curas españoles;

y que era cumplida la profecía de sacudir el yugo y restaurar las tierras y la libertad, y que ya no había tributo, ni rey, ni obispo, ni alcalde mayor.

Y el Consejo de Ancianos la escuchó y la obedeció. Y en el año 1712, treinta y dos pueblos indios se alzaron en armas.

Fundación de Santa Claus

En su primera imagen, publicada en 1863 en la revista «Harper's», de Nueva York, Santa Claus era un gnomo gordito entrando en una chimenea. Nació de la mano del dibujante Thomas Nast, vagamente inspirado en las leyendas de san Nicolás.

En la Navidad de 1930, Santa Claus fue contratado por la Coca-Cola. Hasta entonces, no usaba uniforme, y por lo general prefería ropas azules o verdes. El dibujante Haddon Sundblom lo vistió con los colores de la empresa, rojo vivo con ribetes blancos, y le dio los rasgos que todos conocemos. El amigo de los niños lleva barba blanca, ríe sin parar, viaja en trineo y es tan rechoncho que no se sabe cómo se las arregla para entrar por las chimeneas del mundo, cargado de regalos y con una Coca-Cola en cada mano.

Tampoco se sabe qué tiene que ver con Jesús.

Fundación del Infierno



La Iglesia Católica inventó el Infierno y también inventó al Diablo.

El Antiguo Testamento no mencionaba esa parrilla perpetua, ni aparecía en sus páginas este monstruo que huele a azufre, usa tridente y tiene cuernos y rabo, garras y pezuñas, patas de chivo y alas de dragón.

Pero la Iglesia se preguntó: ¿Qué será de la recompensa sin el castigo? ¿Qué será de la obediencia sin el miedo?

Y se preguntó: ¿Qué será de Dios sin el Diablo? ¿Qué será del Bien sin el Mal?

Y la Iglesia comprobó que la amenaza del Infierno es más eficaz que la promesa del Cielo, y desde entonces sus doctores y santos padres nos aterrorizan anunciándonos el suplicio del fuego en los abismos donde reina el Maligno.

En el año 2007, el papa Benedicto XVI lo confirmó:

—*Hay Infierno. Y es eterno.*

Prisciliano

Y pasó el tiempo de las catacumbas.

En el Coliseo, los cristianos se comían a los leones. Roma se convirtió en la capital universal de la fe y la religión católica pasó a ser la religión oficial del imperio.

Y en el año 385, cuando la Iglesia condenó al obispo Prisciliano y a sus seguidores, fue el emperador romano quien degolló a esos herejes.

Las cabezas rodaron por los suelos.

Los cristianos del obispo Prisciliano eran culpables:

bailaban y cantaban y celebraban la noche y el fuego,

convertían la misa en una fiesta pagana de Galicia, la sospechosa tierra donde él había nacido,

vivían en comunidad y en la pobreza,

repudiaban la alianza de la Iglesia con los poderosos,

condenaban la esclavitud

y permitían que las mujeres predicaran, como sacerdotes.

Hipatia

—*Va con cualquiera* —decían, queriendo ensuciar su libertad.

—*No parece mujer* —decían, queriendo elogiar su inteligencia.

Pero numerosos profesores, magistrados, filósofos y políticos acudían desde lejos a la Escuela de Alejandría, para escuchar su palabra.

Hipatia estudiaba los enigmas que habían desafiado a Euclides y a Arquímedes, y hablaba contra la fe ciega, indigna del amor divino y del amor humano. Ella enseñaba a dudar y a preguntar. Y aconsejaba:

—*Defiende tu derecho a pensar. Pensar equivocándote es mejor que no pensar.*

¿Qué hacía esa mujer hereje dictando cátedra en una ciudad de machos cristianos?

La llamaban bruja y hechicera, la amenazaban de muerte.

Y un mediodía de marzo del año 415, el gentío se le echó encima. Y fue arrancada de su carruaje y desnudada y arrastrada por las calles y golpeada y acuchillada. Y en la plaza pública la hoguera se llevó lo que quedaba de ella.

—*Se investigará* —dijo el prefecto de Alejandría.

Teodora

Ravena debía obediencia al emperador Justiniano y a la emperatriz Teodora, aunque las afiladas lenguas de la ciudad se deleitaban evocando el turbio pasado de esa mujer, las danzas en los bajos fondos de Constantinopla, los gansos picoteando semillas de cebada en su cuerpo desnudo, sus gemidos de placer, los rugidos del público...

Pero eran otros los pecados que la puritana ciudad de Ravena no le podía perdonar. Los había cometido después de su coronación. Por culpa de Teodora, el imperio cristiano bizantino había sido el primer lugar en el mundo donde el aborto era un derecho

no se penaba con muerte el adulterio,

las mujeres tenían derecho de herencia,

estaban protegidas las viudas y los hijos ilegales

el divorcio de la mujer ya no era una hazaña imposible

y ya no estaban prohibidas las bodas de los nobles cristianos

con mujeres de clases subalternas o de religión diferente.

Mil quinientos años después el retrato de Teodora en la iglesia de San Vital es el mosaico más famoso del mundo

Esta obra maestra de la pedrería es, también, el símbolo de la ciudad que la odiaba y que ahora vive de ella.

Urraca

Fue la primera reina de España.

Urraca gobernó durante diecisiete años; pero la historia clerical dice que no fueron más que cuatro.

Se divorció del marido que le impusieron, harta de agravios y patadas, y lo echó del lecho y del palacio, pero la historia clerical dice que él la repudió.

Para que la Iglesia supiera quién mandaba, y aprendiera a respetar el trono femenino, la reina Urraca encerró en la cárcel al arzobispo de Santiago de Compostela y le arrebató sus castillos, cosa jamás vista en tan cristianas tierras; pero la historia clerical dice que *todo eso no fue más que un estallido de su ánimo mujeril que rápidamente se desorbitaba, y de su mente llena de pestífero veneno.*

Tuvo amores, amoríos, amantes, y alegremente los celebró; pero la historia clerical dice que fueron conductas que *sonrojaría relatar.*

Aixa

Seis siglos después de la muerte de Jesús, murió Mahoma.

El fundador del Islam que por permiso de Alá había tenido doce esposas, casi todas simultáneas, dejó nueve viudas. Por prohibición de Alá, ninguna volvió a casarse.

Aixa, la más joven, había sido la preferida.

Tiempo después, ella encabezó un alzamiento armado contra el gobierno del califa Alí.

En nuestro tiempo, muchas mezquitas impiden el paso a las mujeres, pero en los tiempos aquellos las mezquitas fueron los lugares donde Aixa pronunció las arengas que encendieron los fuegos de la ira popular. Después, montada en su camello, atacó la ciudad de Basora. La prolongada batalla dejó quince mil caídos.

Esa sangría inauguró el odio entre los sunitas y los chiítas, que todavía cobra víctimas. Y algunos teólogos dictaminaron que ésta era la prueba irrefutable de que las mujeres hacen desastres cuando se fugan de la cocina.

Mahoma

Cuando Aixa fue derrotada, alguien recordó súbitamente lo que Mahoma había aconsejado veintiocho años antes:

—*Cuelga tu látigo donde tu mujer pueda verlo.*

Y justo en ese momento, otros discípulos del profeta, también dotados de una memoria muy oportuna, recordaron que él les había contado que el paraíso está lleno de pobres y el infierno de mujeres.

Pasó el tiempo, y un par de siglos después de la muerte de Mahoma ya sumaban más de seiscientas mil las frases que le atribuía la teocracia islámica. Buena parte de esas frases, y sobre todo las que maldicen a las mujeres, se han convertido en verdades religiosas bajadas del cielo, intocables por la duda humana.

Sin embargo, el Corán, el libro sagrado dictado por Alá, dice que el hombre y la mujer han sido creados en la igualdad, y que Eva no tuvo arte ni parte en la seducción de Adán por la serpiente.

El biógrafo de Mahoma

Fue pastor evangélico, pero poco duró. La ortodoxia religiosa no era lo suyo. Hombre de ideas abiertas, polemista apasionado, cambió la iglesia por la universidad.

Estudió en Princeton, enseñó en Nueva York.

Fue profesor de lenguas orientales y autor de la primera biografía de Mahoma publicada en los Estados Unidos.

Escribió que Mahoma había sido un hombre extraordinario, un visionario dotado de un imán irresistible, y también un impostor, un charlatán, un vendedor de ilusiones. Pero él no tenía mejor opinión del cristianismo, que era desastroso en la época de la fundación del Islam.

Ése fue su primer libro. Después, escribió otros. En asuntos de Medio Oriente, y en temas de la Biblia, pocos eran los estudiosos que se le podían comparar.

Vivió encerrado entre torres de libros raros. Cuando no escribía, leía.

Murió en Nueva York, en 1859.

Se llamaba George Bush.

Sukaina

En algunas naciones musulmanas, el velo es una cárcel de mujeres: una cárcel ambulante, que en ellas anda.

Pero las mujeres de Mahoma no llevaban la cara cubierta, y el Corán no menciona la palabra velo, aunque sí aconseja que, fuera de casa, las mujeres se cubran el cabello con un manto. Las monjas católicas, que no obedecen al Corán, se cubren el cabello, y muchas mujeres que no son musulmanas usan manto, mantilla o pañuelo en la cabeza, en muchos lugares del mundo.

Pero una cosa es el manto, prenda de libre elección, y otra el velo que, por mandato masculino, obliga a esconder la cara de la mujer.

Una de las más encarnizadas enemigas del tapacaras fue Sukaina, bisnieta de Mahoma, que no sólo se negó a usarlo, sino que lo denunció a gritos.

Sukaina se casó cinco veces, y en sus cinco contratos de matrimonio se negó a aceptar la obediencia al marido.

La mamá de los cuentacuentos

Por vengarse de una, que lo había traicionado, el rey degollaba a todas.

En el crepúsculo se casaba y al amanecer enviudaba. Una tras otra, las vírgenes perdían la virginidad y la cabeza.

Sherezade fue la única que sobrevivió a la primera noche, y después siguió cambiando un cuento por cada nuevo día de vida.

Esas historias, por ella escuchadas, leídas o imaginadas, la salvaban de la decapitación. Las decía en voz baja, en la penumbra del dormitorio, sin más luz que la luna. Diciéndolas sentía placer, y lo daba, pero tenía mucho cuidado. A veces, en pleno relato, sentía que el rey le estaba estudiando el pescuezo.

Si el rey se aburría, estaba perdida.
Del miedo de morir nació la maestría de narrar.

Bagdad

Sherezade vivió sus mil y una noches en un palacio de Bagdad, a orillas del río Tigris.

Sus mil y un cuentos habían nacido en esas tierras o habían venido desde Persia, Arabia, India, China o el Turquestán, como en las tiendas de los mercados se reunían las mil y una maravillas que las caravanas de los mercaderes traían desde las lejanías.

Bagdad era el centro del mundo. Todos los caminos, los caminos de las palabras y los caminos de las cosas, se cruzaban en esa ciudad de plazas y fuentes, baños y jardines. Y también los más afamados médicos, astrónomos y matemáticos se daban cita en Bagdad, en una academia de ciencias llamada Mansión de la Sabiduría.

Entre ellos estaba Mohamed al-Jwarizmi, el fundador del álgebra. El álgebra se llama así por el título de uno de sus libros, *Al-Jabr...*, y de su apellido provienen las palabras *algoritmo* y *guarismo*.

Voz del vino

Ornar Khayyam escribió tratados de álgebra, metafísica y astronomía. Y fue el autor de poemas clandestinos que se contagiaban, de boca en boca, en toda Persia y más allá.

Esos poemas cantaban al vino, pecaminoso elixir que el poder islámico condenaba.

El Cielo no se ha enterado de mi venida, decía el poeta, y mi partida no disminuirá en nada su belleza ni su grandeza. La luna, que me buscará mañana, seguirá pasando aunque ya no me encuentre. Dormiré bajo tierra, sin mujer y sin amigo. Para nosotros, efímeros mortales, la única eternidad es el instante, y beber el instante es mejor que llorarlo.

Khayyam prefería la taberna a la mezquita. No temía al poder terrenal ni a las amenazas celestiales, y sentía piedad de Dios, que jamás podría

emborracharse. La palabra suprema no estaba escrita en el Corán, sino en el borde de la copa de vino; y no se leía con los ojos, sino con la boca.



Las Cruzadas

A lo largo de más de un siglo y medio, Europa lanzó ocho Cruzadas rumbo a las tierras infieles de Oriente.

El Islam, que usurpaba el santo sepulcro de Jesús, era el remoto enemigo. Pero de paso, como les quedaba en camino, estos guerreros de la fe aprovechaban para limpiar otros mapas.

La guerra santa empezaba por casa.

La primera Cruzada incendió las sinagogas y no dejó ni un solo judío vivo en Mainz y en otras ciudades alemanas.

La cuarta Cruzada salió hacia Jerusalén, pero nunca llegó. Los guerreros cristianos se detuvieron en la cristiana Constantinopla, ciudad opulenta, y durante tres días y tres noches la saquearon todita, sin perdonar iglesias ni monasterios, y cuando ya no quedaban mujeres por violar ni palacios por vaciar se quedaron a disfrutar del botín y olvidaron el destino final de su sagrada empresa.

Pocos años después, en 1209, otra Cruzada se inició exterminando cristianos en suelo francés.

Los cataros, cristianos puritanos, se negaban a aceptar el poder del rey y del Papa y creían que toda guerra ofendía a Dios, incluyendo las guerras que se hacían, como las Cruzadas, en nombre de Dios. Esta herejía, muy popular, fue extirpada de raíz. De ciudad en ciudad, de castillo en castillo, de aldea en aldea. La más feroz matanza ocurrió en Béziers. Allí fueron todos pasados a cuchillo. Todos: los cataros y los católicos también. En vano algunos buscaron refugio en la catedral. Nadie se salvó de la degollatina general. El tiempo no daba para distinguir quién era quién.

Según algunas versiones, el arzobispo Arnaud-Amaury, duque de Narbona, delegado del Papa, lo tenía claro. Mandó;

—*Mátenlos a todos. Ya sabrá Dios reconocer a los suyos.*

Divinos mandatos

La tasa de alfabetismo no era muy alta, que digamos, entre los brazos armados de la Cristiandad. Quizá por eso no pudieron leer correctamente los mandamientos en las tablas de Moisés.

Leyeron que Dios mandaba invocar su nombre en vano, y en nombre de Dios hicieron lo que hicieron.

Leyeron que Dios mandaba mentir, y traicionaron casi todos los acuerdos que firmaron en su guerra santa contra los infieles.

Leyeron que Dios mandaba robar, y saquearon cuanto cosa encontraron en su camino hacia oriente, amparados por el estandarte de la cruz y por la bendición del Papa, que les había garantizado el perdón de sus deudas y la salvación eterna.

Leyeron que Dios mandaba cometer proezas carnales, y las huestes del Señor no sólo cumplían ese deber con las numerosas profesionales contratadas por el Ejército de Cristo, sino también con las prisioneras impías que formaban parte del botín.

Y leyeron que Dios mandaba matar, y poblaciones enteras fueron pasadas a cuchillo, sin perdonar a los niños: por deber cristiano, para purificar esas tierras sucias de herejías, o por pura necesidad, como era el caso del rey Ricardo Corazón de León, que no tenía más remedio que degollar a sus prisioneros porque le estorbaban la marcha.

—*Caminan chapoteando sangre*— contó un testigo.

Loco por las francesas

Imad ad-Din era el brazo derecho del sultán Saladino. Además, era poeta de mucho floripondio.

Así describió, desde Damasco, a las trescientas prostitutas francesas que acompañaban a los guerreros de Cristo en la Tercera Cruzada:

Todas eran fornicadoras desenfrenadas, orgullosas y burlonas, que tomaban y daban, de carnes firmes y pecadoras, cantadoras y coquetas, públicas pero altivas, fogosas, apasionadas, teñidas y pintadas, deseables, apetecibles, exquisitas, agraciadas,

que desgarraban y remendaban, destrozaban y reconstruían, extraviaban y encontraban, robaban y consolaban, putamente seductoras, lánguidas, deseadas y deseantes, despistadas y despistantes, cambiantes, experimentadas, adolescentes embelesadas, amorosas, ofreciéndose, amantes, apasionadas, desvergonzadas, caderas abundantes y esbeltas, muslos carnosos, voces nasales, ojos negros, ojos azules, ojos ceniza. Y tontitas.

Poeta profeta

Los herederos de Mahoma estaban dedicados a pelearse entre sí, sunitas contra chiítas, Bagdad contra El Cairo, y el mundo islámico se partía en pedazos consagrados al odio mutuo.

El ejército musulmán se desintegraba, en guerra contra sí mismo, y los cruzados avanzaban, sin encontrar obstáculos, a paso de conquista, hacia el santo sepulcro.

Un poeta árabe, que escribía desde los árabes y sobre los árabes, lo comentaba así:

*Los habitantes de la tierra se dividen en dos:
los que tienen cerebro pero no tienen religión
y los que tienen religión pero no tienen cerebro.*

Y también:

*El destino nos rompe, como si fuéramos de cristal,
y nuestros pedazos nunca más vuelven a unirse.*

El autor se llamaba Abul Ala al Maari. Murió en el año 1057, en su ciudad siria de Maarat, cuarenta años antes de que los cristianos la demolieran piedra por piedra.

El poeta era ciego. Dicen.

Trótula

Mientras las Cruzadas arrasaban Maarat, Trótula Ruggiero moría en Salerno.

Como la Historia estaba ocupada registrando las hazañas de los guerreros de Cristo, no es mucho lo que se sabe de ella. Se sabe que un cortejo de treinta cuabras la acompañó al cementerio y que fue la primera mujer que escribió un tratado de ginecología, obstetricia y puericultura.

Las mujeres no se atreven a mostrar ante un médico hombre, por pudor y por innata reserva, sus partes íntimas, escribió Trótula. Su tratado recogía la experiencia de una mujer ayudando a otras mujeres en asuntos delicados. Ellas le abrían el cuerpo y el alma, y le confiaban secretos que los hombres no comprendían ni merecían.

Trótula les enseñaba a aliviar la viudez, a simular la virginidad, a sobrellevar el parto y sus trastornos, a evitar el mal aliento, a blanquear la piel y los dientes y a reparar de los años el irreparable ultraje.

La cirugía estaba de moda, pero Trótula no creía en el cuchillo. Ella prefería otras terapias: la mano, las hierbas, el oído. Daba masajes cariñosos, recetaba infusiones y sabía escuchar.

San Francisco de Asís

Los cruzados habían puesto sitio a la ciudad egipcia de Damietta. En el año 1219, en pleno asedio, el fraile Francisco se desprendió de su ejército y se echó a caminar, descalzo, solo, hacia el bastión enemigo.

El viento barría la tierra y golpeaba la túnica color tierra de este ángel enclenque, caído del cielo, que amaba la tierra como si de la tierra hubiera brotado.

Desde lejos lo vieron venir.

Dijo que venía a hablar de paz con el sultán Al-Kamil.

Francisco no representaba a nadie, pero la muralla se abrió.

La tropa cristiana estaba dividida en dos. La mitad creía que el fraile Francisco estaba loco de remate. La otra mitad creía que era tonto de capirote.

Era fama que charlaba con los pájaros, que se hacía llamar juglar de Dios, que predicaba y practicaba la risa y recomendaba a sus monjes:

—*Guárdense de aparecer tristes, ceñudos e hipócritas.*

Se decía que en su huerto, en el pueblo de Asís, las plantas crecían al revés, con la raíz para arriba; y se sabía que al revés opinaba. La guerra, pasión y negocio de los reyes y de los papas, servía, según él, para conquistar riquezas, pero no servía para conquistar almas; y las Cruzadas se hacían para someter a los musulmanes y no para convertirlos.

Movido por la curiosidad, o quién sabe por qué, el sultán lo recibió.

El cristiano y el musulmán no cruzaron armas, sino palabras. Durante el largo diálogo, Jesús y Mahoma no coincidieron. Pero se escucharon.

Fundación del azúcar

El rey Darío había celebrado, en Persia, *esta caña que da miel sin necesidad de abejas*, y desde mucho antes la habían conocido los hindúes y los chinos. Pero los europeos cristianos descubrieron el azúcar gracias a los árabes, cuando los cruzados vieron las plantaciones en las llanuras de Trípoli y probaron los deleitosos jugos que habían salvado del hambre a las poblaciones sitiadas en Elbarieh, Marrah y Arkah.

Como el fervor místico no les cegaba el buen ojo para los negocios, los cruzados se apoderaron de las plantaciones y de los molinos en los territorios que iban conquistando, desde el reino de Jerusalén hasta Acre, Tiro, Creta y Chipre, pasando por un lugar de las cercanías de Jericó, que por algo se llamaba A-Sukkar.

A partir de entonces, el azúcar fue *el oro blanco* que en Europa se vendía, por gramos, en las boticas.

La Cruzadita contra Dolcino

En los archivos de la Inquisición, se guarda la historia de la última Cruzada. Fue lanzada a principios del siglo catorce, contra el hereje Dolcino y sus adeptos:

Dolcino tenía una amiga, llamada Margarita, que le acompañaba y vivía con él. Él decía tratarla con toda castidad y honestidad, como una hermana en Cristo. Y como ella había sido sorprendida en estado de gravidez, Dolcino y los suyos la declararon encinta del Espíritu Santo.

Los inquisidores de Lombardía, de acuerdo con el obispo de Verceil, predicaron una Cruzada con concesión de indulgencia plenaria y organizaron una importante expedición contra el susodicho Dolcino. Éste, después de haber infectado a numerosos discípulos y adeptos con sus prédicas contra la doctrina, se había retirado con ellos a las montañas del Novarais.

Allí sucedió, como consecuencia de la temperatura inclemente, que muchos desfallecieron y perecieron de hambre y de frío, de modo que murieron en sus errores. Además, el ejército, escalando las montañas, hizo prisioneros a Dolcino con unos cuarenta de los suyos. Entre los matados y los que habían muerto de hambre y de frío, se contaron más de cuatrocientos.

Con Dolcino se apresó igualmente a Margarita, hereje y encantadora, el día del Jueves Santo del año 1308 de la encarnación del Señor. Dicha Margarita fue cortada a trozos ante los ojos de Dolcino y luego éste fue igualmente hecho pedazos.

Santas visitadas desde el Cielo

Santa Mechtilde de Magdeburgo: *Señor, ámame con fuerza, ámame con frecuencia y por largo tiempo. Te llamo, abrasada de deseo. Tu ardiente amor me inflama a todas horas. Soy sólo un alma desnuda y Tú, en ella, eres un huésped ricamente ataviado.*

Santa Margarita María Alacoque: *Un día que Jesús se puso sobre mí con todo su peso, respondió de esta forma a mis protestas: «Quiero que seas el objeto de mi amor, sin resistencia de tu parte, para que pueda gozar de ti».*

Santa Ángela de Foligno: *Era como si fuese poseída por un instrumento que me penetrase y se retirase rasgándome las entrañas. Mis miembros se quebraban de deseo... Y para este tiempo, Dios quiso que muriera mi madre, que era un gran impedimento para mí.*

Al poco tiempo, mi marido y todos mis hijos murieron. Sentí un gran consuelo. Dios hizo esto por mí, para que mi corazón estuviese en su corazón.

Los santos retratan a las hijas de Eva



San Pablo: *La cabeza de la mujer es el varón.*

San Agustín: *Mi madre obedecía ciegamente al que le designaron por esposo. Y cuando iban mujeres a casa llevando en el rostro señales de la cólera marital, les decía: «Vosotras tenéis la culpa».*

San Jerónimo: *Todas las mujeres son malignas.*

San Bernardo: *Las mujeres silban como serpientes.*

San Juan Crisóstomo: *Cuando la primera mujer habló, provocó el pecado original.*

San Ambrosio: *Si a la mujer se le permite hablar de nuevo, volverá a traer la ruina al hombre.*

Prohibido cantar

Desde el año 1234, la religión católica prohibió que las mujeres cantaran en las iglesias.

Las mujeres, impuras por herencia de Eva, ensuciaban la música sagrada, que sólo podía ser entonada por niños varones o por hombres castrados.

La pena de silencio rigió, durante siete siglos, hasta principios del siglo veinte.

Pocos años antes de que les cerraran la boca, allá por el siglo doce, las monjas del convento de Bingen, a orillas del Rin, podían todavía cantar libremente a la gloria del Paraíso. Para buena suerte de nuestros oídos, la música litúrgica creada por la abadesa Hildegarda, nacida para elevarse en voces de mujer, ha sobrevivido sin que el tiempo la haya gastado ni un poquito.

En su convento de Bingen, y en otros donde predicó, Hildegarda no sólo hizo música: fue mística, visionaria, poeta y médica estudiosa de la personalidad de las plantas y de las virtudes curativas de las aguas. Y también fue la milagrosa fundadora de espacios de libertad para sus monjas, contra el monopolio masculino de la fe.

Prohibido sentir

— *¡Oh, figura femenina! ¡Cuán gloriosa eres!*

Hildegarda de Bingen creía que *la sangre que mancha es la sangre de la guerra, no la sangre de la menstruación*, y abiertamente invitaba a celebrar la felicidad de haber nacido mujer.

Y en sus obras de medicina y ciencias naturales, únicas en la Europa de su tiempo, se había atrevido a reivindicar el placer femenino en términos insólitos para su tiempo y su iglesia. Con sabiduría sorprendente en una abadesa

puritana, de muy estrictas costumbres, virgen entre las vírgenes, Hildegarda afirmó que el placer del amor que arde en la sangre es más sutil y profundo en la mujer que en el hombre:

—En la mujer, es comparable al sol y a su dulzura, que delicadamente calienta la tierra y la hace fértil.

Un siglo antes que Hildegarda, el célebre médico persa llamado Avicena había incluido en su «Canon» una descripción más detallada del orgasmo femenino, *a partir del momento en que los ojos de ella empiezan a enrojecer, su respiración se acelera y comienza a balbucear.*

Como el placer era un asunto masculino, las traducciones europeas de la obra de Avicena suprimieron la página.

Avicena

—La vida se mide por su intensidad, no por su duración —había dicho, pero vivió casi sesenta años, lo que no estaba nada mal para el siglo once.

Lo atendía el mejor médico de Persia, que era él.

Su «Canon de Medicina» fue obra de obligada consulta durante siglos, en el mundo árabe, en Europa y en la India.

Este tratado de enfermedades y remedios no sólo recogía la herencia de Hipócrates y Galeno, sino que también bebía en las fuentes de la filosofía griega y la sabiduría oriental.

A los dieciséis años de edad, Avicena había abierto su consultorio.

Mucho después de su muerte, seguía atendiendo pacientes.

Una señora feudal explica cómo hay que cuidar los bienes terrenales

Desde el Papa de Roma hasta el más humilde cura de parroquia, no hay sacerdote que no dicte lecciones de buena conducta sexual. ¿Cómo pueden saber tanto sobre una actividad que tienen prohibido practicar?

Ya en el año 1074, el papa Gregorio Vil había advertido que sólo los casados con la Iglesia eran dignos de ejercer el servicio divino:

—*Los sacerdotes deben escapar de las garras de sus esposas* — sentenció.

Y poco después, en el año 1123, el Concilio de Letrán impuso el celibato obligatorio. Desde entonces, la Iglesia Católica conjura la tentación carnal mediante el voto de castidad y es la única empresa de solteros en el mundo religioso. La Iglesia exige a sus sacerdotes dedicación exclusiva, un régimen *full time* que protege la paz de sus almas, evitando reyertas conyugales y chillidos de bebés.

Quizá, quién sabe, también la Iglesia quiso preservar sus bienes terrenales, y así los puso a salvo del derecho de herencia de las mujeres y de los hijos. Aunque sea un detalle sin importancia, vale la pena recordar que a principios del siglo doce la Iglesia era dueña de la tercera parte de todas las tierras de Europa.

Un señor feudal explica cómo hay que tratar a los campesinos

Bertrán de Bom, señor de Perigord, guerrero de brazo valiente, trovador de verso violento, definía así a sus campesinos, a fines del siglo doce:

El labriego viene después del cerdo, por su especie y por sus maneras. La vida moral le repugna profundamente. Si por casualidad alcanza una gran riqueza, pierde la razón. Así, pues, hace falta que su bolsa esté siempre vacía. Quien no domina a sus labriegos, no hace más que aumentar su maldad.

La fuente de la fuente

Los campesinos no se cansaban de dar disgustos a sus amos.

La fuente de la ciudad de Maguncia ofrece un artístico testimonio.

No se la pierda, mandan las guías turísticas. Este tesoro del arte renacentista en Alemania, que alza su dorado esplendor en la plaza del mercado, es el símbolo de la ciudad y el centro de sus celebraciones.

De una celebración nació: coronada por la Virgen y el Niño, la fuente fue una ofrenda del arzobispo de Brandenburgo, que agradeció al Cielo la victoria de los príncipes sobre los campesinos rebeldes.

Los desesperados campesinos habían asaltado los castillos, opulencias que ellos pagaban, y una multitud de horquillas y de azadas había desafiado el poder de los cañones, las lanzas y las espadas.

Miles de ahorcados y decapitados dieron testimonio del restablecimiento del orden. La fuente también.

Pestes

En la división medieval del trabajo, los curas rezaban, los caballeros mataban y los campesinos alimentaban a todos los demás. En tiempos de hambruna, los campesinos huían de las cosechas arruinadas y de las siembras imposibles, de la mucha lluvia o de la lluvia ninguna, y se echaban al camino, donde disputaban carroñas y raíces; y cuando ya tenían pellejo amarillo y ojos de locos, se lanzaban al asalto de castillos o conventos.

En tiempos normales, los campesinos trabajaban y además pecaban. Cuando las pestes ocurrían, ellos tenían la culpa. Las desgracias no golpeaban porque los curas rezaran mal, sino porque sus fieles eran infieles.

Desde los pulpitos, los funcionarios de Dios los maldecían:

—*¡Esclavos de la carne! ¡Ustedes merecen el castigo divino!*

Entre 1348 y 1351, el castigo divino fulminó a uno de cada cuatro europeos. La peste arrasó los campos y las ciudades, volteó a los pecadores y a los virtuosos también.

Según Bocaccio, los florentinos desayunaban con sus parientes y cenaban con sus antepasados.

Mujeres contra la peste

En Rusia, la peste avanzaba aniquilando bestias y gentes, porque la tierra estaba ofendida. Los hombres habían olvidado entregarle sus ofrendas de gratitud por la última cosecha, o la habían lastimado clavándole palas o palos cuando ella estaba embarazada y dormía bajo la nieve.

Entonces las mujeres cumplían un ritual venido de la noche de los tiempos. La tierra, origen y destino de todo lo que en la tierra vive, recibía a sus hijas, paridoras como ella; y ningún hombre se atrevía a asomar la nariz.

Una mujer se enganchaba al arado, como buey, y marchaba abriendo el surco. Las otras iban detrás, arrojando semillas. Todas caminaban desnudas, descalzas, con el pelo suelto. Iban golpeando sus cacerolas y sus sartenes y reían a las carcajadas, metiendo miedo al miedo y al frío y a la peste.

Agua maldita

Conocemos a Nostradamus por sus profecías, que siguen siendo *bestsellers* en el mundo.

Ignoramos que Nostradamus fue también médico, un médico insólito, que no creía en las sanguijuelas y contra las pestes recetaba aire y agua: aire que ventila, agua que lava.

La mugre incubaba plagas; pero el agua tenía mala fama en la Europa cristiana. Salvo en el bautismo, el baño se evitaba porque daba placer y porque invitaba al pecado. En los tribunales de la Santa Inquisición, bañarse con frecuencia era prueba de herejía de Mahoma. Cuando el cristianismo se impuso en España como verdad única, la Corona mandó arrasar los muchos baños públicos que los musulmanes habían dejado, por ser fuentes de perdición. Ningún santo ni santa había puesto nunca un pie en la bañera y entre los reyes era raro bañarse, que para eso estaban los perfumes. La reina Isabel de Castilla tenía el alma limpia, pero los historiadores discuten si se bañó dos o tres veces en toda su vida. El elegante Rey Sol de Francia, el primer hombre que usó tacones altos, se bañó una sola vez entre 1647 y 1711. Por receta médica.

Los santos de la Edad Media practicaban la Medicina en serie

Según los testimonios de la época, santo Domingo de Silos abrió los cerrados ojos de los ciegos, limpió los cuerpos de los inmundos leprosos, brindó a los enfermos el ansiado don de la salud, concedió a los sordos el oído perdido, enderezó a los jorobados, hizo saltar de alegría a los cojos, hizo saltar de gozo a los *tullidos*, hizo que hablara con fuerza el mudo...

El fraile Bernardo de Tolosa curó a *doce ciegos, tres sordos, siete cojos, cuatro contrahechos y sanó a otros enfermos, en número mayor de treinta.*

San Luis devolvió la salud a una innumerable cantidad de sufrientes de *tumefacciones, gota, parálisis, ceguera, sordera, fístulas, tumores y cojera.*

Los santos muertos no perdían sus poderes terapéuticos. En Francia, los cementerios llevaban una contabilidad estricta de los milagros que habían sanado a los visitantes de los sepulcros sagrados: *un 41% de hemipléjicos y parapléjicos, un 19% de ciegos, un 12% de dementes, un 8,5% de sordos, mudos y sordomudos y un 17% de febriles y enfermos diversos.*

Fundación de la infancia

Cuando no los mataba la peste, a los niños pobres se los llevaba el frío o el hambre. La ejecución por hambre podía ocurrir en los días tempranos, si no sobraba bastante leche en las tetas de las madres, que eran nodrizas pobres de bebés ricos. Pero tampoco los bebés de buena cuna se asomaban a una vida fácil. En toda Europa, los adultos contribuían a elevar la tasa de mortalidad infantil sometiendo a sus hijos a una educación más bien severa.

El ciclo educativo comenzaba cuando el bebé era convertido en momia. Cada día, la servidumbre lo embutía, de la cabeza a los pies, en un envoltorio de vendas y fajas muy apretadas.

Así se cerraban sus poros al paso de las pestes y los vapores satánicos que poblaban el aire, y se lograba que la criatura no molestara a los adultos. El bebé, prisionero, mal podía respirar, ni se le ocurría llorar y sus piernas y brazos estrujados le prohibían moverse.

Si las llagas o la gangrena no lo impedían, este paquete humano pasaba a las etapas siguientes. Mediante el uso de correas le enseñaban a pararse y a caminar como Dios manda, evitando la costumbre animal de andar en cuatro patas. Y después, cuando ya estaba más crecido, comenzaba el uso intensivo del látigo de nueve colas, los bastones, las palmetas, las varas de madera o hierro y otros instrumentos pedagógicos.

Ni los reyes se salvaban. El rey francés Luis XIII fue coronado cuando cumplió ocho años, y empezó el día recibiendo una ración de azotes.

El rey sobrevivió a su infancia.

Otros niños también sobrevivieron, quién sabe cómo, y fueron adultos perfectamente entrenados para educar a sus hijos.

Angelitos de Dios



Cuando Flora Tristán viajó a Londres, quedó impresionada porque las madres inglesas jamás acariciaban a sus hijos. Los niños ocupaban el último peldaño de la escala social, por debajo de las mujeres. Eran tan dignos de confianza como una espada rota.

Sin embargo, tres siglos antes había sido inglés el primer europeo de alta jerarquía que había reivindicado a los niños como personas dignas de respeto y disfrute. Tomás Moro los quería y los defendía, jugaba con ellos cada vez que podía y con ellos compartía el deseo de que la vida fuera un juego de nunca acabar.

Mucho no perduró su ejemplo.

Durante siglos, y hasta hace muy poco, fue legal el castigo de los niños en las escuelas inglesas. Democráticamente, sin distinción de clases, la civilización adulta tenía el derecho de corregir la barbarie infantil azotando a las niñas con correas y golpeando a los niños con varas o cachiporras. Al servicio de la moral social, estos instrumentos de disciplina corrigieron los vicios y las desviaciones de muchas generaciones de descarriados.

Recién en el año 1986, las correas, las varas y las cachiporras fueron prohibidas en las escuelas públicas inglesas. Después, también se prohibieron en las escuelas privadas.

Para evitar que los niños sean niños, los padres pueden castigarlos, siempre que los golpes se apliquen en medida razonable y sin dejar marcas.

El papá del Ogro

Los más famosos cuentos infantiles, obras terroristas, también merecen figurar en el arsenal de las armas adultas contra la gente menuda.

Hansel y Gretel te advierten que serás abandonado por tus padres, Caperucita Roja te informa que cada desconocido puede ser el lobo que te comerá, la Cenicienta te obliga a desconfiar de las madrastras y las hermanastras. Pero entre todos los personajes, el Ogro es el que más eficazmente ha enseñado la obediencia y ha difundido el miedo en las huestes infantiles.

El Ogro comeniños de los cuentos de Perrault tuvo por modelo a un ilustre caballero, Gilles de Rais, que había peleado junto a Juana de Arco en Orleans y en otras batallas.

Este señor de varios castillos, el mariscal más joven de Francia, fue acusado de torturar, violar y matar a los niños errantes que deambulaban por sus señoríos en busca de pan o de empleo en los coros que cantaban sus hazañas.

Sometido a tortura, Gilles confesó centenares de infanticidios, con detallados relatos de sus deleites carnales.

Acabó en la horca.

Cinco siglos y medio después, fue absuelto. Un tribunal, reunido en el Senado de Francia, revisó el proceso, dictaminó que era una patraña y revocó la sentencia.

Él no pudo celebrar la buena noticia.

El Ogro tártaro

Gengis Kan fue el Ogro de los cuentos que durante mucho tiempo aterrorizaron a los adultos europeos, el Anticristo que encabezaba las hordas enviadas por Satán desde Mongolia.

—*¡No son hombres! ¡Son demonios!* —clamaba Federico II, rey de Sicilia y de Alemania.

En realidad, Europa estaba ofendida porque Gengis Kan no se había dignado invadirla. La había despreciado, por atrasada, y había preferido el Asia. Y con métodos no muy delicados había conquistado un enorme imperio, que se extendía desde la meseta mongola hasta la estepa rusa, pasando por China, Afganistán y Persia.

La mala fama se transmitió a todos los miembros de la familia Kan.

Sin embargo, el nieto de Gengis, Kublai Kan, no se comía crudos a los viajeros europeos que muy de tanto en tanto llegaban hasta su trono de Pekín. Los agasajaba, los escuchaba, les ofrecía empleo.

Marco Polo trabajó para él.

Marco Polo

Estaba preso, en Génova, cuando dictó su libro de viajes. Sus compañeros de cárcel le creían todo. Cuando escuchaban las aventuras de Marco Polo, veintisiete años de viajes por los caminos de Oriente, todos los presos se escapaban y viajaban con él.

Tres años después, el prisionero veneciano publicó su libro. Publicó es un decir, porque la imprenta no existía en Europa. Circularon algunas copias, hechas a mano. Los pocos lectores que Marco Polo encontró no le creyeron ni una palabra.

Alucinaba el mercader: ¿así que las copas de vino se alzaban en el aire sin que nadie las tocara, y llegaban a los labios del gran Kan? ¿Así que había mercados donde un melón de Afganistán era el precio de una mujer? Los más piadosos dijeron que no estaba bien de la cabeza.

En el mar Caspio, camino del monte Ararat, este delirante había visto aceites que ardían, y había visto rocas que ardían en las montañas de China. Sonaba por lo menos ridículo eso de que los chinos tenían dinero de papel, billetes sellados por el emperador mongol, y barcos donde navegaban más de mil personas. Sólo carcajadas merecían el unicornio de Sumatra y las arenas cantoras del desierto de Gobi, y eran simplemente inverosímiles esas telas que se burlaban del fuego en los poblados que Marco Polo había encontrado más allá de Taklinakán.

Siglos después, se supo:

los aceites que ardían eran petróleo;

las piedras que ardían, carbón;

los chinos usaban papel moneda desde hacía quinientos años y sus buques, diez veces más grandes que los buques europeos, tenían huertas que daban verduras frescas a los marineros y les evitaban el escorbuto;

el unicornio era el rinoceronte;

el viento hacía sonar las cumbres de los médanos en el desierto;

y eran de amianto las telas resistentes al fuego.

En tiempos de Marco Polo, Europa no conocía el petróleo, ni el carbón, ni el papel moneda, ni los grandes buques, ni el rinoceronte, ni las altas dunas, ni el amianto.

¿Qué no inventaron los chinos?

Allá en la infancia, supe que China era un país que estaba al otro lado del Uruguay y se podía llegar allí si uno tenía la paciencia de cavar un pozo bien hondo.

Después, algo aprendí de historia universal, pero la historia universal era, y sigue siendo, la historia de Europa. El resto del mundo yacía, yace, en tinieblas. China también. Poco o nada sabemos del pasado de una nación que inventó casi todo.

La seda nació allí, hace cinco mil años.

Antes que nadie, los chinos descubrieron, nombraron y cultivaron el té.

Fueron los primeros en extraer sal de pozos profundos y fueron los primeros en usar gas y petróleo en sus cocinas y en sus lámparas.

Crearon arados de hierro de porte liviano y máquinas sembradoras, trilladoras y cosechadoras, dos mil años antes de que los ingleses mecanizaran su agricultura.

Inventaron la brújula mil cien años antes de que los barcos europeos empezaran a usarla.

Mil años antes que los alemanes, descubrieron que los molinos de agua podían dar energía a sus hornos de hierro y de acero.

Hace mil novecientos años, inventaron el papel.

Imprimieron libros seis siglos antes que Gutenberg, y dos siglos antes que él usaron tipos móviles de metal en sus imprentas.

Hace mil doscientos años inventaron la pólvora, y un siglo después el cañón.

Hace novecientos años, crearon máquinas de hilar seda con bobinas movidas a pedal, que los italianos copiaron con dos siglos de atraso.

También inventaron el timón, la rueca, la acupuntura, la porcelana, el fútbol, los naipes, la linterna mágica, la pirotecnia, la cometa, el papel moneda, el reloj mecánico, el sismógrafo, la laca, la pintura fosforescente, los carretes de pescar, el puente colgante, la carretilla, el paraguas, el abanico, el estribo, la herradura, la llave, el cepillo de dientes y otras menudencias.

La gran ciudad flotante

A principios del siglo quince, el almirante Zheng, comandante de la flota china, grabó en piedra, en las costas de Ceylán, su homenaje a Alá, Shiva y Buda. Y a los tres pidió, en tres idiomas, la bendición de sus marineros.

Zheng, eunuco fiel al imperio que lo había mutilado, encabezó la flota más grande de cuantas hayan navegado los mares del mundo.

Al centro, las naves gigantes, con sus huertos de frutas y legumbres, y alrededor un bosque de mil mástiles:

Se despliegan las velas como nubes del cielo...

Los barcos iban y venían entre los puertos de China y las costas del África, pasando por Java y la India y Arabia y... Los marineros partían de China llevando porcelanas, sedas, lacas, jades, y volvían cargados de historias y de plantas mágicas y de jirafas, elefantes y pavos reales. Descubrían idiomas, dioses, costumbres. Conocieron las diez utilidades del coco y el inolvidable sabor del mango, descubrieron caballos pintados a rayas blancas y negras y aves de largas patas que corrían como caballos, encontraron incienso y mirra en Arabia, y en Turquía piedras raras, como el ámbar, al que llamaron *saliva de dragón*. En las islas del sur fueron asombrados por pájaros que hablaban como hombres y por hombres que llevaban un sonajero colgando entre las piernas, para anunciar sus virtudes sexuales.

Los viajes de la gran flota china eran misiones de exploración y de comercio. No eran empresas de conquista. Ningún afán de dominio obligaba a Zheng a despreciar ni a condenar lo que encontraba. Lo que no era admirable resultaba, al menos, digno de curiosidad. Y de viaje en viaje iba creciendo la biblioteca imperial de Pekín, que en cuatro mil libros reunía los saberes del mundo.

Seis libros tenía, por entonces, el rey de Portugal.

Generoso el Papa

Setenta años después de aquellos viajes de la flota china, España inició la conquista de América y sentó a un español en el trono del Vaticano.

Rodrigo Borgia, nacido en Valencia, se convirtió en el Papa de Roma y pasó a llamarse Alejandro VI, gracias a los votos de los cardenales que compró con oro y plata cargados en cuatro mulas.

El Papa español promulgó sus Bulas de donación, que regalaron a los reyes de España y a sus herederos, en nombre de Dios, las islas y tierras que unos años después se llamaron América.

El Papa también confirmó que Portugal era dueña y señora de las islas y tierras del África negra, de las que arrancaba, desde hacía medio siglo, oro, marfil y esclavos.

Las intenciones no eran exactamente las mismas que habían guiado las navegaciones del almirante Zheng. El Papa regalaba América y el África para que las naciones bárbaras sean abatidas y reducidas a la fe católica.

España tenía, por entonces, quince veces menos habitantes que América y el África negra tenía cien veces más habitantes que Portugal.

El Mal copia al Bien

En uno de sus frescos, en una capilla de Padua, el Giotto mostró los tormentos que los diablos infligían a los pecadores en el infierno.

Como en otras obras de otros artistas de la época, los instrumentos del suplicio infernal provocaban espanto y miedo. Y cualquiera podía reconocer, en ese muestrario, las herramientas que la Santa Inquisición utilizaba para imponer la fe católica. Dios inspiraba a su peor enemigo: Satanás imitaba, en el infierno, la tecnología del dolor que los inquisidores aplicaban en la tierra.

El castigo confirmaba que este mundo no era más que un ensayo general del infierno. En el Más Acá y en el Más Allá, la desobediencia merecía el mismo premio.

Argumentos de la fe

Durante seis siglos, en varios países, la Santa Inquisición castigó a los rebeldes, a los herejes, a las brujas, a los homosexuales, a los paganos...

Muchos fueron a parar a la hoguera; y con leña verde ardieron los condenados al fuego lento. Y muchos más fueron sometidos a tortura. Éstos eran algunos de los instrumentos utilizados para arrancar confesiones, corregir convicciones y sembrar pánicos:

- el collar de púas,
- la jaula colgante,
- la mordaza de hierro que evitaba gritos incómodos,
- la sierra que lentamente te partía por la mitad,
- los torniquetes estrujados,
- los torniquetes aplastacabezas,
- el péndulo rompehuesos,
- la silla de pinchos,
- la larga aguja que penetraba en los lunares del Diablo,
- las garras de hierro que desgarraban la carne,
- las pinzas y tenazas calentadas al rojo vivo,
- los sarcófagos con clavos adentro,
- las camas de hierro que se estiraban hasta descoyuntar las piernas y los brazos,
- los azotes de puntas de ganchos o de cuchillas,

los toneles llenos de mierda,
el brete, el cepo, las poleas, las argollas, los garfios,
la pera que se abría y desgarraba la boca de los herejes, el culo de los
homosexuales y la vagina de las amantes de Satanás,
la pinza que trituraba las tetas de las brujas y de las adúlteras,
el fuego en los pies
y otras armas de la virtud.

Confesión del torturador

En el año 2003, Ibn al-Shaykh al-Libi, dirigente de Al Qaeda, fue torturado hasta que confesó que Irak lo había entrenado en el uso de armas químicas y biológicas. Acto seguido, el gobierno de los Estados Unidos blandió alegremente su testimonio para demostrar que Irak merecía ser invadido.

Poco después, se supo: como de costumbre, el torturado había dicho lo que el torturador quería que dijera.

Ese papelón no impidió que el gobierno de los Estados Unidos siguiera practicando y predicando la tortura, en escala universal, llamándola por sus muchos nombres artísticos: *medio alternativo de coerción, técnica intensiva de interrogatorios, táctica de presión e intimidación, método de convencimiento...*

Cada vez con menos disimulo, los más poderosos medios masivos de comunicación exaltan los méritos de esta máquina de picar carne humana, y cada vez más gente la aplaude, o por lo menos la acepta. ¿Acaso no tenemos derecho a defendernos de los terroristas y de los delincuentes que nos amenazan?

Pero bien lo sabían los inquisidores y bien lo saben, en nuestros días, los ladrones de países: la tortura no sirve para proteger a la población. Sirve para aterrorizarla.

La burocracia del dolor tortura al servicio del poder que la necesita para perpetuarse. La confesión del torturado vale poco o vale nada. En cambio, el poder se arranca la máscara en las cámaras de tormento. El poder confiesa, torturando, que come miedo.

Todos éramos verdugos

Poco o nada ha cambiado la calle Bòria, en Barcelona, aunque ahora se dedica a otros menesteres.

Durante buena parte de la Edad Media, éste fue uno de los escenarios europeos de la justicia convertida en espectáculo público.

El bufón y los músicos encabezaban la procesión. El condenado, o la condenada, salía de la cárcel a lomo de burro, desnudo o casi, y mientras iba recibiendo azotes era sometido a una lluvia de insultos, golpes, escupitajos, mierda, huevos podridos y otros homenajes de la multitud.

Los más entusiastas castigadores eran los más entusiastas pecadores.

Mercenarios

Ahora se llaman *contratistas*.

En Italia, hace siglos, se llamaban *condottieri*. Se alquilaban para matar, y *condotta* era el nombre del contrato.

Paolo Ucello pintó a estos guerreros, tan elegantemente vestidos y tan graciosamente movidos que sus cuadros más parecen desfiles de modas que sangrientas batallas.

Pero los *condottieri* eran hombres de pelo en pecho, que no tenían miedo a nada, salvo a la paz.

En sus años mozos, el duque Francesco Sforza había sido del oficio; y no lo olvidaba.

Una tarde, paseaba el duque por los alrededores de Milán, cuando desde lo alto del caballo arrojó una moneda a un mendigo.

El mendigo le deseó lo mejor:

— *Que la paz sea contigo.*

— *¿La paz?*

Un golpe de espada le voló la moneda de la mano.

Nuestra Señora de los Imposibles

Porque creyó en la paz, fue llamada Nuestra Señora de los Imposibles. Santa Rita hizo el milagro de la paz en tiempo de guerras, guerras de vecinos,

guerras de familias,
guerras de reinos,
guerras de dioses.

Además, hizo otros milagros. El último fue en agonía. Rita pidió que los higos maduraran, aunque era pleno invierno, y que floreciera el rosal bajo la nieve, y así pudo morir con sabor a higo en la boca y respirando aromas de rosas recién abiertas, y las campanas sonaron solas, sin que nadie las tocara, en todas las iglesias de su pueblo de Cassia.

La santa guerrera

No había hombre que pudiera con ella, ni en el arado ni en la espada.

En el silencio del huerto, al mediodía, escuchaba voces. Le hablaban los ángeles y los santos, san Miguel, santa Margarita, santa Catalina, y también la voz más alta del Cielo:

—*No hay nadie en el mundo que pueda liberar el reino de Francia. Sólo tú.*

Y ella lo repetía, en todas partes, siempre citando la fuente:

—*Me lo dijo Dios.*

Y así, esta campesina analfabeta, nacida para cosechar hijos, encabezó un gran ejército, que a su paso crecía.

La doncella guerrera, virgen por mandato divino o por pánico masculino, avanzaba de batalla en batalla.

Lanza en mano, cargando a caballo contra los soldados ingleses, fue invencible. Hasta que fue vencida.

Los ingleses la hicieron prisionera y decidieron que los franceses se hicieran cargo de esa loca.

Por Francia y su rey se había batido, en nombre de Dios, y los funcionarios del rey de Francia y los funcionarios de Dios la mandaron a la hoguera.

Ella, rapada, encadenada, no tuvo abogado. Los jueces, el fiscal, los expertos de la Inquisición, los obispos, los priores, los canónigos, los notarios y los testigos coincidieron con la docta Universidad de la Sorbona, que dictaminó que la acusada era cismática, apóstata, mentirosa, adivinadora, sospechosa de herejía, errante en la fe y blasfemadora de Dios y de los santos.

Tenía diecinueve años cuando fue atada a una estaca en la plaza del mercado de Rouan, y el verdugo encendió la leña.

Después, su patria y su Iglesia, que la habían asado, cambiaron de opinión. Ahora, Juana de Arco es heroína y santa, símbolo de Francia y emblema de la Cristiandad.

Cuando los barcos navegaron sobre la tierra

El emperador Constantino bautizó con su nombre a la ciudad de Bizancio, y se llamó Constantinopla este estratégico punto de encuentro entre Asia y Europa.

Mil cien años después, cuando Constantinopla sucumbió al asedio de las tropas turcas, otro emperador, otro Constantino, murió con ella, peleando por ella, y entonces la Cristiandad perdió su puerta abierta al Oriente.

Mucha ayuda habían prometido los reinos cristianos; pero a la hora de la verdad, Constantinopla, sitiada, asfixiada, murió sola. Los enormes cañones de ocho metros, perforadores de murallas, y el insólito viaje de la flota turca, resultaron decisivos en el derrumbe final. Las naves turcas no habían podido vencer las cadenas, atravesadas bajo las aguas, que les impedían el paso, hasta que el sultán Mehmet dio una orden jamás escuchada: mandó que navegaran sobre la tierra. Apoyadas en plataformas rodantes y tiradas por muchos bueyes, las naves se deslizaron por la colina que separaba el mar Bósforo del Cuerno de Oro, cuesta arriba y cuesta abajo, en el silencio de la noche. Al amanecer, los vigías del puerto descubrieron, horrorizados, que la flota turca emergía ante sus narices, por arte de magia, en las aguas prohibidas.

A partir de entonces, el cerco, que era terrestre, se completó por mar, y la matanza final enrojeció la lluvia.

Muchos cristianos buscaron refugio en la inmensa catedral de Santa Sofía, que nueve siglos antes había brotado de un delirio de la emperatriz Teodora. Metidos en la catedral, esos cristianos esperaban que del cielo bajara un ángel y corriera a los invasores con su espada de fuego.

El ángel no vino.

Sí vino el sultán Mehmet, que entró en la catedral, montado en su caballo blanco, y la convirtió en la principal mezquita de la ciudad que ahora se llama Estambul.



Diabladas

Hacía ya unos años que había caído Constantinopla, cuando Martín Lutero advirtió que Satán no residía solamente entre los turcos y los moros, sino en

nuestra propia casa: está en el pan que comemos, en la bebida que bebemos, en las ropas que usamos y en el aire que respiramos.

Y así siguió siendo.

Siglos después, en el año 1982, el Demonio tuvo la osadía de visitar, en forma de ama de casa, el Vaticano. Ante esa mujer que rugía arrastrándose por los suelos, el papa Juan Pablo II libró un combate cuerpo a cuerpo contra el Maligno. Conjuró al intruso recitando los exorcismos diablicidas de otro Papa, Urbano VIII, que en tiempos pasados había arrancado de la cabeza de Galileo Galilei la diabólica idea de que el mundo giraba alrededor del sol.

Cuando el Demonio apareció, en forma de becaria, en el Salón Oval de la Casa Blanca, el presidente Bill Clinton no recurrió a ese anticuado método católico. Durante tres meses, el presidente espantó al Maligno arrojando un huracán de misiles sobre Yugoslavia.

Diabluras

Venus apareció, una mañana, en la ciudad de Siena. La encontraron echada, desnuda, al sol.

La ciudad rindió honores a esta diosa de mármol, enterrada en tiempos del imperio romano, que había tenido la gentileza de surgir desde el fondo de la tierra.

Se le ofreció por residencia la cabecera de la fuente principal.

Nadie se cansaba de verla, todos querían tocarla.

Pero poco después llegaron la guerra y sus espantos, y Siena fue atacada y saqueada. Y en su sesión del 7 de noviembre de 1357, el Concejo Municipal decidió que Venus tenía la culpa. Por castigo del pecado de idolatría, Dios había enviado esa desgracia. Y el Concejo mandó destrozarse a Venus, que invitaba a la lujuria, y dispuso que sus pedacitos fueran enterrados en la odiada ciudad de Florencia.

En Florencia, ciento treinta años después, otra Venus nació, de la mano de Sandro Botticelli. El artista la pintó mientras ella brotaba de la espuma, sin más ropa que la piel.

Y una década más tarde, cuando el monje Savonarola alzó su gran fogata de purificación, dicen que dicen que Botticelli, arrepentido de los pecados de sus pinceles, alimentó las llamas con algunas diabluras por él pintadas en sus años juveniles.

Con Venus, no pudo.

El diablicida

Un gran pico de ave de rapiña coronaba su figura, envuelta en un largo manto negro. Bajo el manto, el cilicio de crines le atormentaba la carne.

La cólera de Dios bramaba en sus sermones. Fray Jerónimo Savonarola asustaba, amenazaba, castigaba. Su verba incendiaba las iglesias de la ciudad de Florencia: exhortaba a los niños a delatar a sus padres pecadores, denunciaba a los homosexuales y a las adúlteras que huían de la Inquisición y exigía que los días del carnaval fueran convertidos en tiempo de penitencia.

Ardían de santa ira los pulpitos donde predicaba, y en la plaza de la Señoría ardía la hoguera de las vanidades, que Savonarola atizaba noche y día. Allí arrojaban sus joyas, sus perfumes y sus potingues las damas que renunciaban al placer para consagrarse a la virtud, y al fuego iban a parar también los cuadros lascivos y los libros que exaltaban la vida libertina.

Al fin del siglo quince, también Savonarola fue arrojado allí. La Iglesia, incapaz de controlarlo, lo quemó vivo.

Leonardo

A los veintipocos años, los vigilantes de la moral pública, los Oficiales de la Noche, arrancaron a Leonardo del taller del maestro Verrocchio y lo arrojaron a una celda. Dos meses estuvo allí, sin dormir, sin respirar, aterrorizado por la amenaza de la hoguera. La homosexualidad se pagaba con fuego, y una denuncia anónima lo había acusado de cometer sodomía en la persona de Jacopo Saltrelli.

Fue absuelto, por falta de pruebas, y volvió a la vida.

Y pintó obras maestras, casi todas inconclusas, que en la historia del arte inauguraron el sfumado y el claroscuro;

escribió fábulas, leyendas y recetas de cocina;

dibujó a la perfección, por primera vez, los órganos humanos, estudiando anatomía en los cadáveres;

confirmó que el mundo giraba;

inventó el helicóptero, el avión, la bicicleta, el submarino, el paracaídas, la ametralladora, la granada, el mortero, el tanque, la grúa móvil, la excavadora flotante, la máquina de hacer espaguetis, el rallador de pan...

y los domingos compraba pájaros en el mercado y les abría las jaulas.

Quienes lo conocieron dijeron que jamás abrazó a una mujer, pero de su mano nació el retrato más famoso de todos los tiempos. Y fue un retrato de mujer.

Tetas

Para eludir el castigo, algunos homosexuales se disfrazaban de mujeres y se hacían pasar por prostitutas.

A fines del siglo quince, Venecia dictó una ley que obligaba a las profesionales a exhibir sus tetas. Los pechos desnudos debían ser mostrados en las ventanas donde ellas se ofrecían a los clientes de paso. Trabajaban en un puente, cercano al Rialto, que todavía se llama Ponte delle Tette.

Fundación del tenedor

Dicen que Leonardo quiso perfeccionar el tenedor poniéndole tres dientes, pero le quedó igualito al tridente del rey de los infiernos.

Siglos antes, san Pedro Damiano había denunciado esta novedad venida de Bizancio:

—Dios no nos hubiera dado dedos si hubiera querido que usáramos ese instrumento satánico.

La reina Isabel de Inglaterra y el Rey Sol de Francia comían con las manos. El escritor Michel de Montaigne se mordía los dedos cuando almorzaba apurado. Cada vez que el músico Claudio Monteverdi se veía obligado a usar el tenedor, pagaba tres misas por el pecado cometido.

Visita al Vaticano

Pregunto a Miguel Ángel, por si me contesta:

—¿Por qué tiene cuernos la estatua de Moisés?

—En el fresco de la Creación del Hombre, en la Capilla Sixtina, todos clavamos la vista en el dedo que da la vida a Adán, *¿pero quién es esa muchacha desnuda que Dios estruja amorosamente, como al descuido, con el otro brazo?*

—En el fresco de la Creación de Eva, *¿qué hacen esas ramas rotas en el Paraíso? ¿Quién las cortó? ¿Estaba autorizada la tala de bosques?*

—Y en el fresco del Juicio Final, *¿quién es el Papa que se precipita al infierno, expulsado a puñetazos por un ángel, y en su caída se lleva las llaves pontificias y una bolsa llena?*

—El Vaticano tapó cuarenta y un pitos que usted había pintado en ese fresco. *¿Se ha enterado usted de que su amigo y colega Daniele da Volterra fue quien cubrió las entrepiernas con pudorosos paños, por orden del Papa, y que por eso ha sido llamado II Braghettone?*

El Bosco

Un condenado caga monedas de oro.

Otro cuelga de una llave inmensa.

El cuchillo tiene orejas.

El arpa ejecuta al músico.

El fuego hiela.

El cerdo viste toca de monja.

En el huevo, habita la muerte.

Las máquinas manejan a la gente.

Cada cual en lo suyo.

Cada loco con su tema.

Nadie se encuentra con nadie.

Todos corren hacia ninguna parte.

No tienen nada en común, salvo el miedo mutuo.

—*Hace cinco siglos, Hieronymus Bosch pintó la globalización* —comenta John Berger.

Alabada sea la ceguera

Allá por el año 300, en Siracusa, Sicilia, santa Lucía se arrancó los ojos, o se los arrancaron, por negarse a aceptar un marido pagano. Perdió la vista para ganar el Cielo, y las estampitas muestran a la santa sosteniendo un plato donde brinda sus ojos a Nuestro Señor Jesucristo.

Mil doscientos cincuenta años después, san Ignacio de Loyola, fundador de la orden de los jesuitas, publicó en Roma sus ejercicios espirituales. Allí escribió este testimonio de su ciega sumisión:

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad.

Y por si fuera poco:

Debo siempre creer, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina.

Prohibido ser curioso



El conocimiento es pecado. Adán y Eva comieron los frutos de ese árbol; y así les fue.

Algún tiempo después, Nicolás Copérnico, Giordano Bruno y Galileo Galilei sufrieron castigo por haber comprobado que la tierra gira alrededor del sol.

Copérnico no se atrevió a publicar la escandalosa revelación, hasta que sintió que la muerte estaba cerca. La Iglesia Católica incluyó su obra en el índice de los libros prohibidos.

Bruno, poeta errante, divulgó por los caminos la herejía de Copérnico: el mundo no era el centro del universo, sino apenas uno de los astros del sistema solar. La Santa Inquisición lo encerró ocho años en un calabozo. Varias veces le ofreció el arrepentimiento, y varias veces Bruno se negó. Por fin este cabeza dura fue quemado, ante un gentío, en el mercado romano de Campo del Fiori. Mientras ardía, le acercaron un crucifijo a los labios. Él volvió la cara.

Unos años después, explorando los cielos con los treinta y dos lentes de aumento de su telescopio, Galileo confirmó que el condenado tenía razón.

Fue preso por blasfemia,

En los interrogatorios, se derrumbó.

En alta voz juró que maldecía a quien creyera que el mundo se movía en torno del sol.

Y por lo bajito murmuró, según dicen, la frase que le dio fama eterna.

El peligroso vicio de preguntar

¿Qué vale más? ¿La experiencia o la doctrina?

Dejando caer piedras y piedritas y bolas y bolitas, Galileo Galilei comprobó que la velocidad es la misma aunque el peso de los objetos sea diferente. Aristóteles estaba equivocado, y durante diecinueve siglos nadie se había dado cuenta.

Johannes Kepler, otro curioso, descubrió que las plantas no giraban en círculos cuando perseguían la luz a lo largo del día. ¿Acaso no era el círculo el camino perfecto de todo lo que gira? ¿No era el universo la perfecta obra de Dios?

—*Este mundo no es perfecto, ni mucho menos* —concluía Kepler—. *¿Por qué habrían de ser perfectos sus caminos?*

Sus razonamientos resultaban sospechosos para los luteranos y para los católicos también. La madre de Kepler había estado cuatro años presa, acusada de practicar brujerías. Por algo sería.

Pero él vio y ayudó a ver, en aquellos tiempos de oscuridad obligatoria:

adivinó que el sol giraba en torno de su eje,

descubrió una estrella desconocida,

inventó la unidad de medida que llamó *dioptría* y fundó la óptica moderna.

Y cuando ya se estaba arrimando al fin de sus días, se le dio por decir que así como el sol decidía el viaje de las plantas, las mareas obedecían a la luna.

—*Demencia senil* —opinaron los colegas.

Resurrección de Servet

En 1553, Miguel Servet se hizo carbón, junto con sus libros, en Ginebra. A pedido de la Santa Inquisición, Calvino lo quemó vivo, con leña verde.

Y por si fuera poco fuego, los inquisidores franceses volvieron a quemarlo, quemaron su efigie, unos meses después.

Servet, médico español, había vivido huyendo, cambiando de reino, cambiando de nombre. No creía en la Santísima Trinidad, ni en el bautismo

recibido antes de la edad de la razón, y había cometido la imperdonable insolencia de comprobar que la sangre no está quieta y circula por el cuerpo y se purifica en los pulmones.

Por eso lo llaman, ahora, el Copérnico de la Fisiología.

Servet había escrito: *En este mundo no hay Verdad alguna, sino sombras que pasan*. Y su sombra pasó.

Siglos después, volvió. Era tozuda, como él.

Eurotodo

Copérnico publicó, en agonía, el libro que fundó la astronomía moderna.

Tres siglos antes, los científicos árabes Muhayad al-Urdi y Nasir al-Tusi habían generado teoremas que fueron importantes en el desarrollo de esa obra. Copérnico los usó, pero no los citó.

Europa veía el mundo mirándose al espejo.

Más allá, la nada.

Las tres invenciones que hicieron posible el Renacimiento, la brújula, la pólvora y la imprenta, venían de China. Los babilonios habían anunciado a Pitágoras con mil quinientos años de anticipación. Mucho antes que nadie, los hindúes habían sabido que la tierra era redonda y le habían calculado la edad. Y mucho mejor que nadie, los mayas habían conocido las estrellas, los ojos de la noche, y los misterios del tiempo.

Esas menudencias no eran dignas de atención.

Sur

Los mapas árabes todavía dibujaban el sur arriba y el norte abajo, pero ya en el siglo trece Europa había restablecido el orden natural del universo.

Según las reglas de ese orden, dictado por Dios, el norte estaba arriba y el sur abajo.

El mundo era un cuerpo. Al norte estaba la cara, limpia, que miraba al cielo. Al sur estaban las partes bajas, sucias, donde iban a para las inmundicias y los seres oscuros, llamados antípodas, que eran la imagen invertida de los luminosos habitantes del norte.

En el sur los ríos corrían al revés, el verano era frío, el día era noche y el Diablo era Dios. El cielo, negro, estaba vacío. Hacia el norte habían huido las estrellas.

Bestiario

Fuera de Europa, pululaban los monstruos, rugía el mar y ardía la tierra. Pocos viajeros habían sido capaces de atravesar el miedo. Al regreso contaron.

Odorico de Pordenone, que viajó desde el año 1314, vio pájaros de dos cabezas y gallinas cubiertas de lana en vez de plumas. En el mar Caspio, de las plantas brotaban corderitos vivos. En el desierto de Gobi, los testículos llegaban a las rodillas de los hombres. En el África, los pigmeos se casaban y tenían hijos no bien cumplían seis meses de edad.

Jean de Mandeville visitó algunas islas de oriente en 1356. Allí vio gente sin cabeza, que comía y hablaba por la boca abierta en el pecho, y también vio gente con un solo pie, que a veces servía de sombrilla o de paraguas. Otros tenían tetas y pene, o barba y vagina, y podían ser hombre o mujer a voluntad. Los habitantes de la isla de Tacorde, que sólo comían serpientes crudas. No hablaban. Silbaban.

En 148, el cardenal Pierre d'Ailly describió el Asia según la contaban los viajeros. En la isla Taprobana había montañas de oro, custodiadas por dragones y hormigas grandes como perros.

Antonio Pigafetta dio la vuelta al mundo en 1520. Vio árboles que echaban hojas vivas, con pies y todo, y durante el día las hojas se desprendían de las ramas y se iban a pasear.

Fundación de los vientos marineros



Según los cuentos de la antigua marinería, la mar era quieta, un inmenso lago sin olas ni olitas y sólo a remo se podía navegar.

Entonces una canoa, perdida en el tiempo, llegó al otro lado del mundo y encontró la isla donde vivían los vientos. Los marineros los capturaron, se los

llevaron y los obligaron a soplar. La canoa se deslizó, empujada por los vientos prisioneros, y los marineros, que llevaban siglos remando y remando, por fin pudieron echarse a dormir.

No despertaron nunca.

La canoa se estrelló contra un peñón.

Desde entonces, los vientos andan en busca de la isla perdida que había sido su casa. En vano deambulan por los siete mares del mundo los alisios y los monzones y los ciclones. Por venganza de aquel secuestro, a veces echan a pique los barcos que se les cruzan en el camino.



El mapa de después



Hace un par de milenios, Séneca presintió que alguna vez el mapa del mundo se extendería más allá de Islandia, por entonces llamada Tule.

Escribió Séneca, que era español:

*Vendrán en los tardos años del mundo
ciertos tiempos en los cuales la mar oceana aflojará
los atamientos de las cosas.
Y se abrirá una grande tierra.
Y un nuevo marinero,
como aquel que fue guía de Jasón
y que hubo de nombre Tifis,
descubrirá nuevo mundo
y ya no será la isla Tule la postrera de las tierras.*

Colón

Desafiando la furia de los vientos y el hambre de los monstruos devoradores de barcos, el almirante Cristóbal Colón se echó a la mar.

Él no descubrió América. Un siglo antes habían llegado los polinesios, cinco siglos antes habían llegado los vikingos. Y trescientos siglos antes que todos, habían llegado los más antiguos pobladores de estas tierras, a quienes Colón llamó indios creyendo que había entrado al Oriente por la puerta de atrás.

Como no entendía lo que esos nativos decían, Colón creyó que no sabían hablar; y como andaban desnudos, eran mansos y daban todo a cambio de nada, creyó que no eran gentes de razón.

Aunque murió convencido de que sus viajes lo habían llevado al Asia, Colón tuvo sus dudas. Las despejó en el segundo viaje. Cuando sus naves anclaron en una bahía de Cuba, a mediados de junio de 1494, el almirante dictó un acta estableciendo que estaba en China. Dejó constancia de que sus tripulantes lo reconocían así; y a quien dijera lo contrario se le darían cien azotes, se le cobraría una pena de diez mil maravedís y se le cortaría la lengua.

Al pie, firmaron los pocos marineros que sabían firmar.

Caras

Las carabelas habían partido del puerto de Palos, al rumbo de las aves que volaban hacia la nada.

Cuatro siglos y medio después del primer viaje, Daniel Vázquez Díaz pintó las paredes del monasterio de la Rábida, pegado al puerto, para rendir homenaje al Descubrimiento de América.

Aunque el artista quiso celebrar aquella gesta, involuntariamente reveló que Colón y toda su marinería estaban de muy mal humor. En sus pinturas, nadie sonreía. Esas caras largas, sombrías, no anunciaban nada bueno. Presentían lo peor. Quizás aquellos pobres diablos, arrancados de las prisiones o secuestrados en los muelles, sabían que iban a hacer el trabajo sucio que Europa necesitaba para ser lo que es.

Destinos

En nombre de la corona española, Cristóbal Colón fue encadenado, en su tercera travesía de la mar oceánica, y regresó preso a España.

En nombre de la corona española, Vasco Núñez de Balboa perdió la cabeza.

En nombre de la corona española, Pedro de Alvarado fue procesado y encarcelado.

Diego de Almagro murió estrangulado por Francisco Pizarro, que acto seguido recibió dieciséis estocadas del hijo de su víctima.

Rodrigo de Bastidas, primer español que navegó el río Magdalena, acabó sus días acuchillado por su lugarteniente.

Cristóbal de Olid, conquistador de Honduras, quedó sin pescuezo por orden de Hernán Cortés.

Hernán Cortés, el conquistador más afortunado, que murió marqués y en cama, no se salvó de ser sometido a juicio por el enviado del rey.

Américo

La Venus de Botticelli se llamaba Simonetta, vivía en Florencia y se casó con un primo de Américo Vespucci. Y Américo, malherido de amores, no ahogó sus penas en lágrimas, sino en aguas de la mar; y navegando llegó a la tierra que ahora lleva su nombre.

Bajo estrellas nunca vistas en el cielo, Américo encontró gentes que no tenían rey, ni propiedad, ni ropa, y que más valor daban a las plumas que al oro, y les cambió un cascabel de latón por ciento cincuenta y siete perlas que valían mil ducados. Él se llevó de lo más bien con esos peligrosos inocentes, aunque dormía con un solo ojo por si en la noche se les ocurría darle un garrotazo y asarlo a la parrilla.

En América, Américo sintió que perdía la fe. Hasta entonces había creído, al pie de la letra, todo lo que la Biblia decía. Pero viendo lo que vio, ya nunca más creyó en ese cuento del arca de Noé, porque ninguna nave, por inmensa que fuera, podía albergar esos pájaros de mil plumajes y mil cantos y toda esa loca cantidad de prodigiosos bichos, bichitos y bicharracos.

Isabel

Colón partió del pequeño puerto de Palos, y no de Cádiz, como estaba previsto, porque allí no cabía un alfiler. Por el puerto de Cádiz, miles y miles de judíos estaban siendo arrojados fuera de la tierra de sus antepasados y de los antepasados de sus antepasados.

Colón viajó gracias a la reina Isabel. Los judíos también: ella los expulsó.

Los Reyes Católicos eran dos, Isabel y Fernando, pero Fernando estaba más preocupado por las damas y las camas que por las cosas del poder.

Después de los judíos, fue el turno de los musulmanes.

Diez años había luchado Isabel contra el último baluarte islámico de España. Cuando su cruzada culminó, y Granada cayó, hizo todo lo posible por salvar esas almas condenadas a la quemazón eterna. Su infinita misericordia les ofreció el perdón y la conversión. Le contestaron con palos y piedras. Entonces ella no tuvo más remedio: mandó quemar los libros de la secta de Mahoma en la plaza mayor de la ciudad conquistada, y expulsó a los infieles que persistían en su falsa religión y en su manía de hablar árabe.

Otros decretos de expulsión, firmados por monarcas posteriores, culminaron la purga. España envió al exilio, por siempre jamás, a sus hijos de sangre sucia, judíos y musulmanes, y así se vació de sus mejores artesanos, artistas y científicos, de sus agricultores más avanzados y de sus más experimentados banqueros y mercaderes. A cambio, multiplicó sus mendigos y sus guerreros, sus nobles parásitos y sus monjes fanáticos, todos de limpia sangre cristiana.

Isabel, nacida en Jueves Santo, devota de la Virgen de las Angustias, había fundado la Inquisición española y había nombrado a su confesor, el célebre Torquemada, Inquisidor Supremo.

Su testamento, inflamado de místico ardor, insistió en la defensa de la pureza de la fe y la pureza de la raza. A los reyes venideros *rogó y mandó que no cesen de pugnar por la fe contra los infieles y que siempre favorezcan mucho las cosas de la Santa Inquisición.*

Las edades de Juana la Loca

A los dieciséis años, la casan con un príncipe flamenco. La casan sus padres, los Reyes Católicos. Ella nunca había visto a ese hombre.

A los dieciocho, descubre el baño. Una doncella árabe de su séquito le enseña las delicias del agua. Juana, entusiasmada, se baña todos los días. La reina Isabel, espantada, comenta: *Mi hija es anormal.*

A los veintitrés, intenta recuperar a sus hijos, que por razón de estado casi nunca ve. *Mi hija ha perdido el seso*, comenta su papá, el rey Fernando.

A los veinticuatro, en viaje a Flandes, el barco naufraga. Ella, impasible, exige que le sirvan la comida. ¡Estás loca!, le grita el marido, mientras patatea de pánico, metido en un enorme salvavidas.

A los veinticinco, se abalanza sobre unas damas de la corte y tijera en mano les esquila los rizos, por sospechas de traición conyugal.

A los veintiséis, enviuda. El marido, recién proclamado rey, ha bebido agua helada. Ella sospecha que fue veneno. No derrama una lágrima, pero desde entonces viste de negro a perpetuidad.

A los veintisiete, pasa los días sentada en el trono de Castilla, con la mirada perdida en el vacío. Se niega a firmar las leyes, las cartas y todo lo que le traen.

A los veintinueve, su padre la declara demente y la encarcela en un castillo, a orillas del río Duero. Catalina, la menor de sus hijas, la acompaña. La niña crece en la celda de al lado y por una ventana ve jugar a otros niños.

A los treinta y seis, queda sola. Su hijo Carlos, que pronto será emperador, se lleva a Catalina. Ella se declara en huelga de hambre hasta que regrese. La atan, la golpean, la obligan a comer. Catalina no vuelve.

A los setenta y seis, al cabo de casi medio siglo de vida prisionera, muere esta reina que no reinó. Llevaba mucho tiempo sin moverse, mirando nada.

Carlos

El hijo de Juana la Loca fue rey de diecisiete coronas heredadas, conquistadas o compradas.

En 1519, en Francfort, se hizo emperador de Europa convenciendo, mediante dos toneladas de oro, a los electores del trono del Sacro Imperio.

Le prestaron ese argumento decisivo los banqueros alemanes Fugger y Welser, los genoveses Fornari y Vivaldo y el florentino Gualterotti.

Carlos tenía diecinueve años y ya estaba preso de los banqueros.

Fue rey reinante y rey reinado.

La herencia negada

Una noche, en Madrid, pregunté al taxista:

— *¿Qué trajeron los moros a España?*

— *Problemas* — me respondió, sin un instante de duda ni vacilación.

Los llamados moros eran españoles de cultura islámica, que en España habían vivido durante ocho siglos, treinta y dos generaciones, y allí habían brillado como en ninguna otra parte.

Muchos españoles ignoran, todavía, los resplandores que han dejado aquellas luces. La herencia musulmana incluye, entre otras cosas:

la tolerancia religiosa, que sucumbió a manos de los reyes católicos;
los molinos de viento, los jardines y las acequias que todavía dan de beber a varias ciudades y riegan sus campos;
el servicio público de correos;
el vinagre, la mostaza, el azafrán, la canela, el comino, el azúcar de caña, los churros, las albóndigas, los frutos secos;
el ajedrez;
la cifra cero y los números que usamos;
el álgebra y la trigonometría;
las obras clásicas de Anaxágoras, Ptolomeo, Platón, Aristóteles, Euclides, Arquímedes, Hipócrates, Galeno y otros autores, que gracias a sus versiones árabes se difundieron en España y en Europa;
las cuatro mil palabras árabes que integran la lengua castellana;
y varias ciudades de prodigiosa belleza, como Granada, que una copla anónima cantara así:

*Dale limosna, mujer,
que no hay en la vida nada
como la pena de ser
ciego en Granada.*

Maimónides y Averroes

La cultura judía y la cultura musulmana habían florecido, juntas, en la España de los califas.

Dos sabios, Maimónides, judío, y Averroes, musulmán, nacieron casi al mismo tiempo, en Córdoba, en el siglo doce, y fueron caminantes de los mismos caminos.

Los dos fueron médicos.

El sultán de Egipto fue paciente de Maimónides y Averroes cuidó la salud del califa de Córdoba, sin olvidar jamás que, según escribió, la mayoría de las muertes ocurre por causa de la medicina.

Los dos fueron, también, juristas.

Maimónides ordenó la ley hebrea, hasta entonces dispersa, y dio coherencia y unidad a los muchos escritos de los rabinos que se habían ocupado del tema. Averroes fue la máxima autoridad judicial de toda la Andalucía musulmana y sus sentencias sentaron jurisprudencia, durante siglos, en el derecho islámico.

Y los dos fueron filósofos.

Maimónides escribió la «Guía de perplejos», para ayudar a los judíos, que habían descubierto la filosofía griega gracias a las traducciones árabes, a superar la contradicción entre la razón y la fe.

Esa contradicción condenó a Averroes. Los fundamentalistas lo acusaron de poner la razón humana por encima de la revelación divina. Para colmo, él se negaba a limitar el ejercicio de la razón a la mitad masculina de la humanidad, y decía que en algunas naciones islámicas las mujeres parecían vegetales. Pagó pena de exilio.

Ninguno de los dos murió en la ciudad donde había nacido. Maimónides en El Cairo, Averroes en Marrakech. Una mula llevó a Averroes de vuelta a Córdoba. La mula cargó su cuerpo y sus libros prohibidos.

Piedra

Cuando el triunfante poder católico invadió la mezquita de Córdoba, rompió la mitad de las mil columnas que tenía y la llenó de santos sufrientes.

Catedral de Córdoba es, ahora, su nombre oficial, pero nadie la llama así. Es la Mezquita. Este bosque de columnas de piedra, las columnas que sobrevivieron, sigue siendo un templo musulmán, aunque estén prohibidas las plegarias a Alá.

En el centro ceremonial, en el espacio sagrado, hay una gran piedra desnuda.

Los curas la dejaron estar.

Creyeron que era muda.

El agua y la luz

Allá por el mil seiscientos y algo, el escultor Luis de la Peña quiso esculpir la luz. En su taller, en una callecita de Granada, se pasó la vida queriendo, y no pudiendo.

Nunca se le ocurrió alzar la mirada. Allá en lo alto de la colina de tierra roja, otros artistas habían esculpido la luz, y el agua también.

En las torres y en los jardines de la Alhambra, corona del reino musulmán, esos artistas habían hecho posible la hazaña imposible.

La Alhambra no es una escultura quieta. Respira y juega los juegos del agua y de la luz, que se divierten encontrándose: luz viva, agua que viaja.

Prohibido ser

El bisnieto de la reina Isabel, el emperador Felipe II, enemigo del agua y de la luz, reiteró algunas prohibiciones contra los llamados moros, y mientras nacía el año 1567 decidió aplicarlas con puño de hierro.

No se podía:

hablar, leer y escribir en árabe,

vestir según los usos tradicionales,

celebrar fiestas con instrumentos y cantares moriscos,

usar nombres o sobrenombres moros

y bañarse en los baños públicos.

Esta última prohibición prohibía lo que ya no existía.

Un siglo antes, había seiscientos baños públicos sólo en la ciudad de Córdoba.

El hombre más poderoso de este mundo vivía en el otro

El emperador Chin fue el fundador de China, que por él se llama como se llama. El emperador Felipe II fue dueño y señor de medio mundo, desde América hasta las islas Filipinas, que por él se llaman como se llaman. Los dos vivieron para su muerte.

El monarca español dedicaba sus fines de semana a visitar el panteón de El Escorial, diseñado para su descanso eterno, y dormía sus mejores siestas en el ataúd. Así se iba acostumbrando.

Lo demás era lo de menos. Su Armada Invencible había sido vencida y las telarañas habían invadido los cofres del tesoro real, pero los paseos a su templo funerario lo salvaban de la ingratitud del mundo.

El rey Felipe mandó celebrar sesenta mil misas, en homenaje a su propia gloria, cuando partió del trono al sepulcro por última vez.

Último fulgor de los turbantes

La morería estalló. Contra las prohibiciones, se alzaron los hijos de Mahoma que todavía quedaban en tierras de Andalucía.

Pasó más de un año y los soldados de Cristo no conseguían apagar esos fuegos, hasta que recibieron, como en tiempos de las Cruzadas, una ayudita decisiva: se les otorgó derecho al botín, saqueos libres de impuestos y esclavitud de los prisioneros.

Las fuerzas del orden se apoderaron de las cosechas de trigo y cebada, las almendras, las vacas, las ovejas, las sedas, los oros, las ropas, los collares, las niñas y las señoras. Y vendieron en remate público a los hombres que habían cazado.

El Diablo es musulmán

Ya el Dante sabía que Mahoma era terrorista. Por algo lo ubicó en uno de los círculos del Infierno, condenado a pena de taladro perpetuo. Lo vi rajado, celebró el poeta en «La divina comedia», desde la barba hasta la parte inferior del vientre...

Más de un Papa había comprobado que las hordas musulmanas, que atormentaban a la Cristiandad, no estaban formadas por seres de carne y hueso, sino que eran un gran ejército de demonios que más crecía cuanto más sufría los golpes de las lanzas, las espadas y los arcabuces.

Allá por el año 1564, el demonólogo Johann Wier había contado los diablos que estaban trabajando en la tierra, a tiempo completo, por la perdición de las almas cristianas. Había siete millones cuatrocientos nueve mil ciento veintisiete, que actuaban divididos en setenta y nueve legiones.

Muchas aguas hirvientes han pasado, desde aquel censo, bajo los puentes del infierno. ¿Cuántos suman, hoy día, los enviados del reino de las tinieblas? Las artes de teatro dificultan el conteo. Estos engañosos siguen usando turbantes, para ocultar sus cuernos, y largas túnicas tapan sus colas de dragón, sus alas de murciélago y la bomba que llevan bajo el brazo.

El Diablo es judío

Hitler no inventó nada. Desde hace dos mil años, los judíos son los imperdonables asesinos de Jesús y los culpables de todas las culpas.

¿Cómo? ¿Que Jesús era judío? ¿Y judíos eran también los doce apóstoles y los cuatro evangelistas? ¿Cómo dice? No puede ser. Las verdades reveladas están más allá de la duda: en las sinagogas el Diablo dicta clase, y los judíos se dedican desde siempre a profanar hostias, a envenenar aguas benditas, a provocar bancarrotas y a sembrar pestes.

Inglaterra los expulsó, sin dejar ni uno, en el año 1290, pero eso no impidió que Marlowe y Shakespeare, que quizá no habían visto un judío en su vida, crearan personajes obedientes a la caricatura del parásito chupasangre y el avaro usurero.

Acusados de servir al Maligno, estos malditos anduvieron los siglos de expulsión en expulsión y de matanza en matanza. Después de Inglaterra, fueron sucesivamente echados de Francia, Austria, España, Portugal y numerosas ciudades suizas, alemanas e italianas. En España habían vivido durante trece siglos. Se llevaron las llaves de sus casas. Hay quienes las tienen todavía.

La colosal carnicería organizada por Hitler culminó una larga historia.

La caza de judíos ha sido siempre un deporte europeo.

Ahora los palestinos, que jamás lo practicaron, pagan la cuenta.

El Diablo es negro

Como la noche, como el pecado, el negro es enemigo de la luz y de la inocencia.

En su célebre libro de viajes, Marco Polo evocó a los habitantes de Zanzíbar: *Tenían la boca muy grande, labios muy gruesos y nariz como de mono. Iban desnudos y*

eran totalmente negros, de modo que quien los viera en cualquier otra región del mundo creería que eran diablos.

Tres siglos después, en España, Lucifer, pintado de negro, entraba en carro de fuego a los corrales de comedias y a los tablados de las ferias. Santa Teresa nunca pudo sacárselo de encima. Una vez se le paró al lado, y era un negrillo muy abominable. Y otra vez ella vio que le salía una gran llama roja del cuerpo negro, cuando se sentó encima de su libro de oraciones y le quemó los rezos.

En América, que había importado millones de esclavos, se sabía que era Satán quien sonaba tambores en las plantaciones, llamando a la desobediencia, y metía música y meneos y tembladeras en los cuerpos de sus hijos nacidos para pecar. Y hasta Martín Fierro, gaucho pobre y castigado, se sentía bien comparándose con los negros, que estaban más jodidos que él:

— *A éstos los hizo el Diablo* — decía — *para tizón del infierno.*

El diablo es mujer



El libro «*Malleus Maleficarum*», también llamado «El martillo de las brujas», recomendaba el más despiadado exorcismo contra el demonio que lleva tetas y pelo largo.

Dos inquisidores alemanes, Heinrich Kramer y Jakob Sprenger, escribieron, por encargo del papa Inocencio VIII, este fundamento jurídico y teológico de los tribunales de la Santa Inquisición.

Los autores demostraban que las brujas, harén de Satán, representaban a las mujeres en estado natural, porque *toda brujería proviene de la lujuria carnal, que en las mujeres es insaciable*. Y advertían que esos seres de aspecto bello, contacto fétido y mortal compañía encantaban a los hombres y los atraían, silbidos de serpiente, colas de escorpión, para aniquilarlos.

Este tratado de criminología aconsejaba someter a tormento a todas las sospechosas de brujería. Si confesaban, merecían el fuego. Si no confesaban, también, porque sólo una bruja, fortalecida por su amante el Diablo en los aquelarres, podía resistir semejante suplicio sin soltar la lengua.

El papa Honorio III había sentenciado:

— *Las mujeres no deben hablar. Sus labios llevan el estigma de Eva, que perdió a los hombres.*

Ocho siglos después, la Iglesia Católica les sigue negando el púlpito.

El mismo pánico hace que los fundamentalistas musulmanes les mutilen el sexo y les tapen la cara.

Y el alivio por el peligro conjurado mueve a los judíos muy ortodoxos a empezar el día susurrando:

—*Gracias, Señor, por no haberme hecho mujer.*

El Diablo es pobre

En las ciudades de nuestro tiempo, inmensas cárceles que encierran a los prisioneros del miedo, las fortalezas dicen ser casas y las armaduras simulan ser trajes.

Estado de sitio. No se distraiga, no baje la guardia, no se confíe. Los amos del mundo dan la voz de alarma. Ellos, que impunemente violan la naturaleza, secuestran países, roban salarios y asesinan gentíos, nos advierten: cuidado. Los peligrosos acechan, agazapados en los suburbios miserables, mordiendo envidias, tragando rencores.

Los pobres: los pelagatos, los muertos de las guerras, los presos de las cárceles, los brazos disponibles, los brazos desechables.

El hambre, que mata callando, mata a los callados. Los expertos, los pobrólogos, hablan por ellos. Nos cuentan en qué no trabajan, qué no comen, cuánto no pesan, cuánto no miden, qué no tienen, qué no piensan, qué no votan, en qué no creen.

Sólo nos falta saber por qué los pobres son pobres. ¿Será porque su hambre nos alimenta y su desnudez nos viste?

El Diablo es extranjero

El culpómetro indica que el inmigrante viene a robarnos el empleo y el peligrosímetro lo señala con luz roja.

Si es pobre, joven y no es blanco, el intruso, el que vino de afuera, está condenado a primera vista por indigencia, inclinación al caos o portación de piel. Y en cualquier caso, si no es pobre, ni joven, ni oscuro, de todos modos merece la malvenida, porque llega dispuesto a trabajar el doble a cambio de la mitad.

El pánico a la pérdida del empleo es uno de los miedos más poderosos entre todos los miedos que nos gobiernan en estos tiempos del miedo, y el inmigrante está situado siempre a mano a la hora de acusar a los responsables

del desempleo, la caída del salario, la inseguridad pública y otras terribles desgracias.

Antes, Europa derramaba sobre el sur del mundo soldados, presos y campesinos muertos de hambre. Esos protagonistas de las aventuras coloniales han pasado a la historia como agentes viajeros de Dios. Era la Civilización lanzada al rescate de la barbarie.

Ahora, el viaje ocurre al revés. Los que llegan, o intentan llegar, desde el sur al norte, son protagonistas de las desventuras coloniales, que pasarán a la historia como mensajeros del Diablo. Es la barbarie lanzada al asalto de la Civilización.

El Diablo es homosexual

En la Europa del Renacimiento, el fuego era el destino que merecían los hijos del infierno, que del fuego venían. Inglaterra castigaba con *muerte horrible a quienes hubiesen tenido relaciones sexuales con animales, judíos o personas de su mismo sexo.*

Salvo en los reinos de los aztecas y de los incas, los homosexuales eran libres en América. El conquistador Vasco Núñez de Balboa arrojó a los perros hambrientos a los indios que practicaban esta anomalía con toda normalidad. Él creía que la homosexualidad era contagiosa. Cinco siglos después, escuché decir lo mismo al arzobispo de Montevideo.

El historiador Richard Nixon sabía que este vicio era fatal para la Civilización:

— *¿Ustedes saben lo que pasó con los griegos? ¡La homosexualidad los destruyó! Seguro. Aristóteles era homo. Todos lo sabemos. Y también Sócrates. ¿Y ustedes saben lo que pasó con los romanos? Los últimos seis emperadores eran maricones...*

El civilizador Adolf Hitler había tomado drásticas medidas para salvar a Alemania de este peligro. *Los degenerados culpables de aberrante delito contra la naturaleza* fueron obligados a portar un triángulo rosado. ¿Cuántos murieron en los campos de concentración? Nunca se supo.

En el año 2001, el gobierno alemán resolvió rectificar la exclusión de los homosexuales entre las víctimas del Holocausto. Más de medio siglo demoró en corregir la omisión.

El Diablo es gitano

Hitler creía que la plaga gitana era una amenaza, y no estaba solo.

Desde hace siglos, muchos han creído y siguen creyendo que esta raza de origen oscuro y oscuro color lleva el crimen en la sangre: siempre malditos, vagamundos sin más casa que el camino, violadores de doncellas y cerraduras, manos brujas para la baraja y el cuchillo.

En una sola noche de agosto de 1944, dos mil ochocientos noventa y siete gitanos, mujeres, niños, hombres, se hicieron humo en las cámaras de gas de Auschwitz.

Una cuarta parte de los gitanos de Europa fue aniquilada en esos años.

Por ellos, ¿quién preguntó?

El Diablo es indio

Los conquistadores confirmaron que Satán, expulsado de Europa, había encontrado refugio en las islas y las orillas del mar Caribe, besadas por su boca llameante.

Allí habitaban seres bestiales que llamaban juego al pecado carnal y lo practicaban sin horario ni contrato, ignoraban los diez mandamientos y los siete sacramentos y los siete pecados capitales, andaban en cueros y tenían la costumbre de comerse entre sí.

La conquista de América fue una larga y dura tarea de exorcismo. Tan arraigado estaba el Maligno en estas tierras, que cuando parecía que los indios se arrodillaban devotamente ante la Virgen, estaban en realidad adorando a la serpiente que ella aplastaba bajo el pie; y cuando besaban la Cruz estaban celebrando el encuentro de la lluvia con la tierra.

Los conquistadores cumplieron la misión de devolver a Dios el oro, la plata y las otras muchas riquezas que el Diablo había usurpado. No fue fácil recuperar el botín. Menos mal que, de vez en cuando, recibían alguna ayudita de allá arriba. Cuando el dueño del Infierno preparó una emboscada en un desfiladero, para impedir el paso de los españoles hacia el Cerro Rico de Potosí, un arcángel bajó de las alturas y le propinó tremenda paliza.

Fundación de América



En Cuba, según Cristóbal Colón, había sirenas con caras de hombre y plumas de gallo.

En la Guayana, según sir Walter Raleigh, había gente con los ojos en los hombros y la boca en el pecho.

En Venezuela, según fray Pedro Simón, había indios de orejas tan grandes que las arrastraban por los suelos.

En el río Amazonas, según Cristóbal de Acuña, había nativos que tenían los pies al revés, con los talones adelante y los dedos atrás.

Según Pedro Martín de Anglería, que escribió la primera historia de América pero nunca estuvo allí, en el Nuevo Mundo había hombres y mujeres con rabos tan largos que sólo podían sentarse en asientos con agujeros.

El Dragón de la Maldad

En América, Europa encontró la iguana.

Esta bestia diabólica había sido presentida por las imágenes de los dragones. La iguana tiene cabeza de dragón, buche de dragón, cresta y coraza de dragón y garras y cola de dragón.

Pero si el dragón era como la iguana es, se equivocó la lanza de san Jorge.

Ella sólo se pone rara cuando se enamora. Entonces cambia de color y de ánimo, anda nerviosa, pierde el hambre y el rumbo y se vuelve desconfiada. Cuando el amor no la atormenta, se hace amiga de todos, trepa a los árboles en busca de hojas sabrosas, nada en los ríos por puro gusto y se echa a dormir la siesta al sol, sobre las piedras, abrazada a otras iguanas. A nadie amenaza, no sabe defenderse y ni siquiera es capaz de dar dolor de barriga a los humanos que la comen.

Americanos

Cuenta la historia oficial que Vasco Núñez de Balboa fue el primer hombre que vio, desde una cumbre de Panamá, los dos océanos. Los que allí vivían, ¿eran ciegos?

¿Quiénes pusieron sus primeros nombres al maíz y a la papa y al tomate y al chocolate y a las montañas y a los ríos de América? ¿Hernán Cortés, Francisco Pizarro? Los que allí vivían, ¿eran mudos?

Lo escucharon los peregrinos del Mayflower: Dios decía que América era la Tierra Prometida. Los que allí vivían, ¿eran sordos?

Después, los nietos de aquellos peregrinos del norte se apoderaron del nombre y de todo lo demás. Ahora, americanos son ellos. Los que vivimos en las otras Américas, ¿qué somos?

Caras y caretas

En vísperas del asalto de cada aldea, el Requerimiento de Obediencia explicaba a los indios que Dios había venido al mundo y que había dejado en su lugar a san Pedro y que san Pedro tenía por sucesor al Santo Padre y que el Santo Padre había hecho merced a la Reina de Castilla de toda esta tierra y que por eso debían irse de aquí o pagar tributo en oro y que en caso de negativa o demora se les haría la guerra y ellos serían convertidos en esclavos y también sus mujeres y sus hijos.

Este Requerimiento se leía en el monte, en plena noche, en lengua castellana y sin intérprete, en presencia del notario y de ningún indio.

La primera guerra del agua

Del agua había nacido, y de agua era, la gran ciudad de Tenochtitlán.

Diques, puentes, acequias, canales: por las calles de agua, doscientas mil canoas iban y venían entre las casas y las plazas, los templos, los palacios, los mercados, los jardines flotantes, los plantíos.

La conquista de México empezó siendo una guerra del agua, y la derrota del agua anunció la derrota de todo lo demás.

En 1521, Hernán Cortés puso sitio a Tenochtitlán, y lo primero que hizo fue romper a golpes de hacha el acueducto de madera que traía, desde el bosque de Chapultepec, el agua de beber. Y cuando la ciudad cayó, al cabo de mucha matanza, Cortés mandó demoler sus templos y sus palacios, y echó los escombros a las calles de agua.

España se llevaba mal con el agua, que era cosa del Diablo, herejía musulmana, y del agua vencida nació la ciudad de México, alzada sobre las ruinas de Tenochtitlán. Y continuando la obra de los guerreros, los ingenieros fueron bloqueando con piedras y tierras, a lo largo del tiempo, todo el sistema circulatorio de los lagos y ríos de la región.

Y el agua se vengó, y varias veces inundó la ciudad colonial, y eso no hizo más que confirmar que ella era aliada de los indios paganos y enemiga de los cristianos.

Siglo tras siglo, el mundo seco continuó la guerra contra el mundo mojado.

Ahora, la ciudad de México muere de sed. En busca de agua, excava. Cuanto más excava, más se hunde. Donde había aire, hay polvo. Donde había ríos, hay avenidas. Donde corría el agua, corren los autos.

Los aliados

Hernán Cortés conquistó Tenochtitlán con una tropa de seiscientos españoles y una incontable cantidad de indios de Tlaxcala, Chalco, Mixquic, Chimalhuacan, Amecameca, Tlalmanalco y otros pueblos humillados por el imperio azteca, hartos de bañar con su sangre las escalinatas del Templo Mayor.

Ellos creyeron que los guerreros barbudos venían a liberarlos.

El juego de pelota

Hernán Cortés lanzó la pelota al suelo. Y así el emperador Carlos y sus numerosos cortesanos asistieron a un prodigio jamás visto: la pelota rebotó y voló por los aires.

Europa no conocía esa pelota mágica, pero en México y en Centroamérica se usaba el caucho, desde siempre, y el juego de pelota tenía más de tres mil años de edad.

En el juego, ceremonia sagrada, combatían los trece cielos de arriba contra los nueve mundos de abajo, y la pelota, brincona, volandera, iba y venía entre la luz y la oscuridad.

La muerte era la recompensa del triunfador. El que vencía, moría. Él se ofrecía a los dioses, para que no se apagara el sol en el cielo y siguiera lloviendo la lluvia sobre la tierra.

Las otras armas

¿Cómo pudo Francisco Pizarro, con ciento sesenta y ocho soldados, vencer a los ochenta mil hombres del ejército de Atahualpa en el Perú, sin que su tropa sufriera ni una sola baja?

Los invasores, Cortés, Pizarro, supieron explotar hábilmente la división de los invadidos, desgarrados por los odios y las guerras, y con promesas jamás cumplidas pudieron multiplicar sus ejércitos contra los centros de poder de los aztecas y de los incas.

Además, los conquistadores atacaban con armas que América no conocía.

La pólvora, el acero y los caballos eran incomprensibles novedades. Nada podían los garrotes indígenas contra los cañones y los arcabuces, las lanzas y las espadas; ni las corazas de paño contra las armaduras de acero; ni los indios de a pie contra esos guerreros de seis patas que eran la suma del jinete y su caballo. Y no eran menos desconocidas las enfermedades, la viruela, el sarampión, la gripe, el tifus, la peste bubónica y otras involuntarias aliadas de las tropas invasoras.

Y por si todo eso fuera poco, los indios ignoraban las costumbres de la Civilización.

Cuando Atahualpa, rey de los incas, se acercó a dar la bienvenida a sus raros visitantes, Pizarro lo metió preso y prometió liberarlo a cambio del mayor rescate jamás exigido en un secuestro. Pizarro cobró el rescate y desnucó a su prisionero.

Fundación de la guerra bacteriológica

Mortífero fue, para América, el abrazo de Europa. Murieron nueve de cada diez nativos.

Los guerreros más chiquitos fueron los más feroces. Los virus y las bacterias venían, como los conquistadores, desde otras tierras, otras aguas, otros

aires; y los indios no tenían defensas contra ese ejército que avanzaba, invisible, tras las tropas.

Los numerosos pobladores de las islas del Caribe desaparecieron de este mundo, sin dejar ni la memoria de sus nombres, y las pestes mataron a muchos más que los muchos muertos por esclavitud o suicidio.

La viruela mató al rey azteca Cuitláhuac y al rey inca Huayna Cápac, y en la ciudad de México fueron tantas sus víctimas que, para cubrirlas, hubo que voltearles las casas encima.

El primer gobernador de Massachusetts, John Winthrop, decía que la viruela había sido enviada por Dios para limpiar el terreno a sus elegidos. Los indios se habían equivocado de domicilio. Los colonos del norte ayudaron al Altísimo regalando a los indios, en más de una ocasión, mantas infectadas de viruela:

—*Para extirpar esa raza execrable* —explicó, en 1763, el comandante sir Jeffrey Amherst.

En otros mapas, la misma historia.

Casi tres siglos después del desembarco de Colón en América, el capitán James Cook navegó los misteriosos mares del sur del oriente, clavó la bandera británica en Australia y Nueva Zelanda, y abrió paso a la conquista de las infinitas islas de la Oceanía.

Por su color blanco, los nativos creyeron que esos navegantes eran muertos regresados al mundo de los vivos. Y por sus actos, supieron que volvían para vengarse.

Y se repitió la historia.

Como en América, los recién llegados se apoderaron de los campos fértiles y de las fuentes de agua y echaron al desierto a quienes allí vivían.

Y los sometieron al trabajo forzado, como en América, y les prohibieron la memoria y las costumbres.

Como en América, los misioneros cristianos pulverizaron o quemaron las efigies paganas de piedra o madera. Unas pocas se salvaron y fueron enviadas a Europa, previa amputación de los penes para dar testimonio de la guerra contra la idolatría. El dios Rao que ahora se exhibe en el Louvre, llegó a París con una etiqueta que lo definía así: *ídolo de la impureza, del vicio y de la pasión desvergonzada*.

Como en América, pocos nativos sobrevivieron. Los que no cayeron por extenuación o bala, fueron aniquilados por pestes desconocidas, contra las cuales no tenían defensas.

Endemoniados

Vendrán a enseñar el miedo.

Vendrán a castrar el sol.

Los profetas mayas habían anunciado, en Yucatán, este tiempo de la humillación.

Y fue en Yucatán, en 1562, que fray Diego de Landa arrojó al fuego, en larga ceremonia, los libros de los indios.

Y escribió el exorcista:

Hallámosles gran número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del Demonio, se los quemamos todos.

El olor a azufre se sentía de lejos. Los mayas merecían el fuego por preguntones, por curiosos, por perseguir el paso de los días en el tiempo y el paso de los astros en los trece cielos.

Entre muchas otras demonías, habían creado el calendario más preciso de cuantos existen o han existido, y habían sabido predecir mejor que nadie los eclipses del sol y de la luna, y habían descubierto la cifra cero tiempo antes de que los árabes tuvieran la gentileza de llevar esa novedad a Europa.

El arte oficial en los reinos mayas

La conquista española llegó mucho después de la caída de los reinos mayas.

Sólo ruinas quedaban de sus plazas inmensas y de los palacios y los templos donde los reyes, sentados en cuclillas ante los altos sacerdotes y los jefes guerreros, decidían la suerte y la desgracia de todos los demás.

En esos santuarios del poder, los pintores y los escultores se habían consagrado a la exaltación de los dioses, las proezas de los monarcas y la veneración de sus antepasados.

El arte oficial no ofrecía ningún lugarcito a los gentíos que trabajaban y callaban.

Las derrotas de los reyes tampoco figuraban en los códices, ni en los murales, ni en los bajorrelieves.

Un rey de Copan, pongamos por caso, el monarca 18-Conejo, había criado a Cauac Cielo como si fuera su hijo, y le había regalado el trono del vecino reino de Quiriguá. En el año 737, Cauac Cielo le pagó el favor: invadió Copan, humilló a sus guerreros, capturó a su protector y le cortó la cabeza.

El arte de palacio no se enteró. Ninguna corteza fue escrita, ni piedra alguna fue tallada, para ilustrar el triste fin del rey degollado, que en sus tiempos de esplendor había sido retratado varias veces con su bastón de mando y su vestuario de plumas, jades y pieles de jaguar.

Matando bosques murieron

Había cada vez más bocas y menos comida. Cada vez menos bosques y más desiertos. Demasiada lluvia, o lluvia ninguna.

Atados con cuerdas, los campesinos rascaban en vano las paredes desolladas de las montañas. El maíz no encontraba agua ni tierra donde alzar sus hojas. La tierra, sin árboles que la retuvieran, teñía de rojo las aguas del río y se perdía en el viento.

Al cabo de tres mil años de historia, cayó la noche sobre los reinos mayas.

Pero los días mayas siguieron caminando, en las piernas de las comunidades campesinas. Las comunidades se mudaron a otros parajes y sobrevivieron, casi en secreto, sin pirámides de piedra ni pirámides de poder: sin más rey que el sol de cada día.

La isla perdida

Muy lejos de los reinos mayas, y siglos después, la isla de Pascua fue devorada por sus hijos.

Los navegantes europeos que a ella llegaron, en el siglo dieciocho, la encontraron vacía de árboles y de todo lo demás.

Aquello daba espanto. Nunca se había visto soledad tan sola. No había pájaros en el aire, ni pasto en el suelo, ni más animales que las ratas.

De los tiempos antiguos, tiempos verdes, ya no quedaba memoria. La isla era una piedra, habitada por quinientos gigantes de piedra que miraban al horizonte, lejos de todo y de todos.

Quizás esas estatuas pedían socorro a los dioses. Pero ni los dioses podían escuchar sus voces mudas, perdidas en medio de la mar como perdido está el mundo en el cielo infinito.

Los reinos sin rey

Según los historiadores, y según casi todos los demás, la civilización maya desapareció hace siglos.

Después, la nada.

La nada: la realidad comunitaria, nacida del silencio y en el silencio vivida, no ha despertado admiración ni curiosidad.

Asombro sí despertó, al menos en tiempos de la conquista española. Los nuevos señores estaban desconcertados: estos indios sin rey habían perdido la costumbre de obedecer.

Fray Tomás de la Torre contaba, en 1545, que los tzotziles de Zinacatán ponían a uno a dirigir la guerra y cuando no lo hacía bien, quitábanlo y ponían otro. En la guerra y en la paz, la comunidad elegía a la autoridad, que era, entre todos, quien mejor sabía escuchar.

Mucho azote y mucha horca gastó el poder colonial para obligar a los mayas al pago de tributos y al trabajo forzado. En Chiapas, en 1551, el magistrado Tomás López comprobaba que se negaban a la servidumbre, y reprobaba:

—*Es gente que tanto trabaja cuanto ha menester y no más.*

Y un siglo y medio después, en Totonicapán, el corregidor Fuentes y Guzmán no tenía más remedio que reconocer que el nuevo despotismo no había avanzado mucho. Los indios *seguían viviendo sin superior cabeza a quien obedecer, y todo entre ellos son juntas, pláticas, consejos y misterios, y sólo dudas para los nuestros.*

Tu pasado te condena

El maíz, planta sagrada de los mayas, fue bautizado con diversos nombres en Europa. Los nombres inventaban geografías: lo llamaron grano turco, grano árabe, grano de Egipto o grano de la India. Estos errores no contribuyeron para nada a salvarlo de la desconfianza ni del desprecio. Cuando se supo de dónde venía, no fue bienvenido. Lo destinaron a los cerdos. El maíz rendía más que el trigo y crecía más rápido, aguantaba la sequía y daba buen alimento; pero no era digno de las bocas cristianas.

La papa también fue fruto prohibido en Europa. La condenaba, como al maíz, su origen americano. Para peor, la papa era una raíz criada al fondo de la tierra, donde el infierno tiene sus cuevas. Los médicos sabían que producía lepra y sífilis. En Irlanda, si una mujer embarazada la comía en la noche, en la mañana paría un monstruo. Hasta fines del siglo dieciocho, la papa estaba destinada a los presos, a los locos y a los moribundos.

Después, esta raíz maldita salvó del hambre a los europeos. Pero ni así la gente dejó de preguntarse:

— *Si la papa y el maíz no son cosa del Diablo, ¿por qué la Biblia no los menciona?*

Tu futuro te condena

Siglos antes de que naciera la cocaína, ya la coca fue hoja del Diablo.

Como los indios andinos la mascaban en sus ceremonias paganas, la Iglesia incluyó la coca entre las idolatrías a extirpar. Pero las plantaciones, lejos de desaparecer, se multiplicaron por cincuenta desde que se descubrió que la coca era imprescindible. Ella enmascaraba la extenuación y el hambre de la multitud de indios que arrancaban plata a las tripas del Cerro Rico de Potosí.

Algún tiempo después, también los señores de la colonia se acostumbraron a la coca. Convertida en té, curaba indigestiones y resfríos, aliviaba dolores, daba bríos y evitaba el mal de altura.

Hoy en día, la coca sigue siendo sagrada para los indios de los Andes y buen remedio para cualquiera. Pero los aviones exterminan los plantíos, para que la coca no se convierta en cocaína.

Sin embargo, los automóviles matan mucha más gente que la cocaína y a nadie se le ocurre prohibir la rueda.

Ananá

El ananá, o abacaxi, que los españoles llamaron piña, tuvo mejor suerte.

Aunque venía de América, este manjar de alta finura fue cultivado en los invernaderos del rey de Inglaterra y del rey de Francia, y fue celebrado por todas las bocas que tuvieron el privilegio de probarlo.

Y siglos después, cuando ya las máquinas lo despojaban de su penacho y lo desnudaban y le arrancaban los ojos y el corazón y lo despedazaban para meterlo en latas a un ritmo de cien frutas por minuto, Oscar Niemeyer le ofreció, en Brasilia, el homenaje que merecía.

El ananá se convirtió en catedral.

Don Quijote

Marco Polo había dictado su libro de las maravillas en la cárcel de Génova.

Exactamente tres siglos después, Miguel de Cervantes, preso por deudas, engendró a don Quijote de La Mancha en la cárcel de Sevilla.

Y ésa fue otra aventura de la libertad, nacida en prisión.

Metido en su armadura de latón, montado en su rocín hambriento, don Quijote parecía destinado al perpetuo ridículo. Este loquito se creía personaje de novela de caballería y creía que las novelas de caballería eran libros de historia.

Pero los lectores, que desde hace siglos nos reímos de él, nos reímos con él. Una escoba es un caballo para el niño que juega, mientras el juego dura, y mientras dura la lectura compartimos las estafalarias desventuras de don Quijote y las hacemos nuestras. Tan nuestras las hacemos que convertimos en héroe al antihéroe, y hasta le atribuimos lo que no es suyo. *Ladran, Sancho, señal que cabalgamos* es la frase que los políticos citan con más frecuencia. Don Quijote jamás la dijo.

El caballero de la triste figura llevaba más de tres siglos y medio de malandanzas por los caminos del mundo, cuando el Che Guevara escribió la última carta a sus padres. Para decir adiós, no eligió una cita de Marx. Escribió: *Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante. Vuelvo al camino con mi adarga al brazo.*

Navega el navegante, aunque sepa que jamás tocará las estrellas que lo guían.

Derecho laboral

Rocinante, el corcel de don Quijote, era puro hueso:

—*Metafísico estáis.*

—*Es que no como.*

Rocinante rumiaba sus quejas, mientras Sancho Panza alzaba la voz contra la explotación del escudero por el caballero. Él se quejaba del pago que recibía por su mano de obra, no más que palos, hambres, intemperies y promesas, y exigía un salario decoroso en dinero contante y sonante.

A don Quijote le resultaban despreciables esas expresiones de grosero materialismo. Invocando a sus colegas de la caballería andante, el hidalgo caballero sentenciaba:

—*Jamás los escuderos estuvieron a salario, sino a merced.*

Y prometía que Sancho Panza iba a ser gobernador del primer reino que su amo conquistara, y recibiría título de conde o de marqués.

Pero el plebeyo quería una relación laboral estable y con salario seguro.

Han pasado cuatro siglos. En eso estamos todavía.

Hemofobia

Desde el siglo quince, y por mucho tiempo, España practicó las obligatorias probanzas de limpieza de sangre.

Eran limpios de sangre, por linaje heredado o comprado, los cristianos puros. Quien fuera judío, moro o hereje, o descendiente hasta la séptima generación de algún antepasado judío, moro o hereje, no podía desempeñar ningún empleo público civil, militar, ni eclesiástico.

Desde el siglo dieciséis en adelante, esta prohibición se extendió a quienes querían viajar a América. Según parece, fue por eso que Cervantes no pudo marcharse al Nuevo Mundo. Dos veces fue rechazado: *Busque por acá en qué se le haga merced*, sentenció la seca respuesta oficial.

Se sospechaba que algún glóbulo judío navegaba en las venas del papá de don Quijote. Las razas infames eran dadas a las letras.

Morir de médico

A principios del siglo diecinueve, Francia compraba, cada año, más de treinta millones de sanguijuelas vivas.

Desde hacía muchos siglos, los médicos sangraban a los pacientes, por sanguijuela o tajo, para liberar al cuerpo de la sangre mala. La sangría era el remedio que se aplicaba contra la neumonía, la melancolía, el reumatismo, la apoplejía, los huesos rotos, los nervios deshechos y el dolor de cabeza.

La sangría debilitaba a los pacientes. Jamás se registró la menor evidencia de que hacía bien, pero la Ciencia la aplicó como curatodo durante dos mil quinientos años, hasta bien entrado el siglo veinte.

Esta terapia infalible hizo más estragos que todas las pestes juntas.

—*Murió, pero curado* —se podía decir.

Molière

Y por si el azote de las pestes fuera poco castigo, el miedo a la enfermedad se convirtió en una nueva enfermedad.

En Inglaterra, los médicos atendían pacientes que se creían frágiles como cacharros de barro y se apartaban de la gente por no chocar y romperse; y en Francia, Molière dedicó al enfermo imaginario la última de las obras que creó, dirigió y actuó.

Burlándose de sus propias manías y obsesiones, Molière se tomaba el pelo. Él representaba al personaje principal: hundido en los almohadones de su sillón, envuelto en pieles, el gorro hasta las orejas, se sometía a continuas sangrías, purgas y lavativas, recetadas por los médicos que le diagnosticaban brodipepsia, dispepsia, apepsia, lientería, disentería, hidropesía, hipocondría, hipocresía...

Hacía poco que la obra había sido estrenada, y con éxito, cuando una tarde todo el elenco le suplicó que suspendiera la función. Molière estaba muy enfermo, enfermo de veras y no por fiebre de la imaginación. Respiraba poco, tosía mucho, y apenas si podía hablar y caminar.

¿Suspender la función? Ni se tomó el trabajo de contestar. Sus compañeros lo estaban invitando a traicionar el reino donde había nacido y sido, desde el día aquel en que dejó de ser quien era y se convirtió en Molière para divertir a la buena gente.

Y esa noche, el enfermo imaginario hizo reír más que nunca al público que llenaba la sala. Y la risa, por Molière escrita y actuada, lo alzó por encima de sus penurias y de su pánico de morir, y gracias a la risa, que de todo se reía, esa noche hizo el mejor trabajo de su vida. Tosió hasta romperse el pecho, pero no olvidó ni una palabra de sus largos parlamentos, y cuando vomitó sangre y cayó al suelo el público creyó, o supo, que la muerte era parte de la obra, y lo ovacionó mientras el telón caía con él.

Fundación de la anestesia

El carnaval de Venecia duraba cuatro meses, cuando duraba poco.

De todas partes venían saltimbanquis, músicos, teatreros, titiriteros, putas, magos, adivinos y mercaderes que ofrecían el filtro del amor, la pócima de la fortuna y el elixir de la larga vida.

Y de todas partes venían los sacamuelas y los sufrientes de la boca que santa Apolonia no había podido curar. Ellos llegaban en un grito hasta los portales de San Marcos, donde los sacamuelas esperaban, tenaza en mano, acompañados por sus anestésistas.

Los anestésistas no dormían a los pacientes: los divertían. No les daban adormidera, ni mandrágora, ni opio: les daban chistes y piruetas. Y tan milagrosas eran sus gracias, que el dolor se olvidaba de doler.

Los anestésistas eran monos y enanos, vestidos de carnaval.

Fundación de la vacuna

A principios del siglo dieciocho, la viruela mataba medio millón de europeos por año.

Por entonces, lady Mary Montagu, la mujer del embajador inglés en Estambul, intentó difundir en Europa un viejo método preventivo, que se aplicaba en Turquía: un toquecito de pus variólica inmunizaba contra la peste asesina. Pero la gente se burló de esta mujer metida a científica, que traía supercherías de tierras paganas.

Setenta años después, un médico inglés, Edward Jenner, inoculó al hijo de su jardinero, un niño de ocho años, la llamada viruela de las vacas, que diezmaba los establos pero poco daño hacía a los humanos. Y después le aplicó la viruela mortífera. Al niño no le pasó nada.

Así nació la vacuna, que debe su existencia a un niño de la servidumbre, convertido en conejo de laboratorio, y debe su nombre a la palabra latina vacca.

Fundación de las procesiones

En 1576, una peste provocó un choque entre el arzobispo Carlos Borromeo, pecador en tránsito a la santidad, y el gobernador de Milán.

El arzobispo mandaba que los fieles se reunieran en las iglesias y juntos suplicaran a Dios el perdón de los pecados que habían traído la peste. Pero el gobernador prohibía cualquier reunión en lugares cerrados, para evitar contagios.

Entonces el arzobispo Borromeo inventó las procesiones. Ordenó que los santos y sus reliquias fueran sacados de las iglesias y que viajaran, en hombros de la multitud, por todas las calles de la ciudad.

Aquel mar de lirios, cirios y alas de ángeles se detenía ante las puertas de cada iglesia, para entonar cánticos de alabanza a los virtuosos de la cristiandad y para representar escenas de sus vidas y milagros.

Los teatreros morían de envidia.

Máscaras



En Milán, el arzobispo Borromeo denunciaba que *este mundo adúltero, ingrato, enemigo de Dios, mundo ciego y loco, feo y pestífero*, se había entregado, enmascarado, a la lascivia de las fiestas paganas.

Y había dictado sentencia contra las máscaras:

—*Las máscaras deforman el rostro humano y así profanan nuestra divina semejanza con Dios.*

En nombre de Dios, la Iglesia las prohibió. En nombre de la libertad, tiempo después, las prohibió Napoleón.

Las máscaras de la comedia del arte encontraron refugio entre los títeres.

Con cuatro palitos y un trapo, los titiriteros montaban sus teatrinos, en las plazas públicas que compartían con los saltimbanquis, los vagamundos, los músicos nómadas, los cantahistorias y los magos de feria.

Y cuando a los títeres enmascarados se les iba la mano en sus burlas contra los señores, los policías pegaban unos cuantos garrotazos a los titiriteros y se los llevaban presos. Y los títeres quedaban abandonados, guantes sin manos, en la noche de la plaza vacía.

Otras máscaras

Las máscaras africanas no te hacen invisible. No ocultan, no disfrazan, no enmascaran.

Los dioses que en África fundaron nuestra vida terrestre envían las máscaras para transmitir energía a sus hijos. Da fuerza esa máscara de cuernos de toro, brinda velocidad la que ostenta cornamenta de antílope, la que tiene trompa de elefante enseña a resistir, la que tiene alas hace volar.

Cuando una máscara se rompe, el artista mascarero la talla de nuevo, para que su espíritu no quede sin casa y para que la gente no quede sin ayuda.

Pasquines

La palabra pasquín, libelo, escrito injurioso, proviene de una estatua de Roma. En el pecho o en la espalda de ese personaje de mármol, llamado Pasquino, manos anónimas escribían sus homenajes a los Papas.

* Sobre Alejandro VI:

Alejandro vende los clavos y vende a Jesús crucificado.

Tiene derecho: él los habla comprado.

* Sobre León X:

Ha muerto el décimo León,

que siempre dio su afecto

al canalla y al bufón.

Tirano sucio, deshonesto, infecto.

* Sobre Paulo IV, el inquisidor:

Hijos, menos juicio

y más fe, manda el Santo Oficio.

Y de razones nada, desde luego,

que contra la razón existe el fuego.

Y guarden la lengua bien guardada,

porque al papa Paulo le gusta asada.

* Y así habló la estatua de Pasquino al papa Pío V, que mandó a la hoguera a más de un sospechoso de escribir pasquines:

La horca, el fuego lento

y todos tus tormentos

no me asustan, buen Pío.

Puedes mandarme quemar

*pero no me harás callar.
De piedra soy. Me río
y te desafío.*

Actas de las confesiones del Diablo

Fue viejo desde la infancia.

Carlos II, rey de España y de América, tenía más de treinta años y había que darle de comer en la boca y no podía caminar sin caerse.

De nada servían las palomas muertas que los médicos le ponían en la cabeza, ni los capones cebados con carne de víbora que sus sirvientes le metían en la garganta, ni las meadas de vaca que le daban de beber, ni los escapularios rellenos de uñas y de cáscaras de huevos que deslizaban bajo su almohada los frailes que le velaban el sueño.

Dos veces lo habían casado, y ningún príncipe había nacido de sus reinas, aunque ellas desayunaban leche de burra y extracto de hongos agáricos.

Por aquel entonces, el Diablo residía en Asturias, en el cuerpo de una de las monjas del convento de Cangas. El exorcista, fray Antonio Álvarez Argüelles, le arrancó la confesión:

—*Que es verdad que el rey está hechizado* —dijo el exorcista que dijo la monja que dijo el Diablo. Y dijo que el hechizo había sido de restos de cadáver:

—*De los sesos, para dejarlo sin gobierno. De las entrañas, para quitarle la salud. De los riñones, para impedirle la generación.*

Y dijo el exorcista que la monja dijo que el Diablo dijo que había sido hembra la autora del maleficio. La mamá del rey, para más datos.

Teresa

Teresa de Ávila había entrado al convento para salvarse del Infierno conyugal. Más valía ser esclava de Dios que sierva de macho.

Pero san Pablo había otorgado tres derechos a las mujeres: *obedecer, servir y callar*. Y el representante de Su Santidad el Papa condenó a Teresa por ser *fémica inquieta y andariega, desobediente y contumaz, que a título de devoción inventa malas doctrinas contra san Pablo, que mandó que las mujeres no enseñasen*.

Teresa había fundado en España varios conventos donde las monjas dictaban clases y tenían autoridad, y mucho importaba la virtud y nada el linaje, y a ninguna se le exigía limpieza de sangre.

En 1576, fue denunciada ante la Inquisición, porque su abuelo decía ser cristiano viejo pero era judío converso y porque sus trances místicos eran obra del Diablo metido en cuerpo de mujer.

Cuatro siglos después, Francisco Franco se apoderó del brazo derecho de Teresa, para defenderse del Diablo en su lecho de agonía. Por esas vueltas raras de la vida, por entonces Teresa ya era santa y modelo de la mujer ibérica y sus pedazos habían sido enviados a varias iglesias de España, salvo un pie que fue a parar a Roma.

Juana

Como Teresa de Ávila, Juana Inés de la Cruz se hizo monja para evitar la jaula del matrimonio.

Pero también en el convento su talento ofendía. ¿Tenía cerebro de hombre esta cabeza de mujer? ¿Por qué escribía con letra de hombre? ¿Para qué quería pensar, si guisaba tan bien? Y ella, burlona, respondía:

— *¿Qué podemos saber las mujeres, sino filosofías de cocina?*

Como Teresa, Juana escribía, aunque ya el sacerdote Gaspar de Astete había advertido que *a la doncella cristiana no le es necesario saber escribir, y le puede ser dañoso*.

Como Teresa, Juana no sólo escribía, sino que, para más escándalo, escribía indudablemente bien.

En siglos diferentes, y en diferentes orillas de la misma mar, Juana, la mexicana, y Teresa, la española, defendían por hablado y por escrito a la despreciada mitad del mundo.

Como Teresa, Juana fue amenazada por la Inquisición. Y la Iglesia, su Iglesia, la persiguió, por cantar a lo humano tanto o más que a lo divino, y por obedecer poco y preguntar demasiado.

Con sangre, y no con tinta, Juana firmó su arrepentimiento. Y juró por siempre silencio. Y muda murió.

Adiós

Las mejores pinturas de Ferrer Bassa, el Giotto catalán, están en las paredes del convento de Pedralbes, lugar de las piedras albas, en las alturas de Barcelona.

Allí vivían, apartadas del mundo, las monjas de clausura.

Era un viaje sin retorno: a sus espaldas se cerraba el portón, y se cerraba para nunca más abrirse. Sus familias habían pagado altas dotes, para que ellas merecieran la gloria de ser por siempre esposas de Cristo.

Dentro del convento, en la capilla de San Miguel, al pie de uno de los frescos de Ferrer Bassa, hay una frase que ha sobrevivido, como a escondidas, al paso de los siglos.

No se sabe quién la escribió.

Se sabe cuándo. Está fechada, 1426, en números romanos.

La frase casi no se nota. En letras góticas, en lengua catalana, pedía y pide todavía:

*Dile a Juan
que no me olvide (*).*

Tituba

En América del sur había sido cazada, allá en la infancia, y había sido vendida una vez y otra y otra, y de dueño en dueño había ido a parar a la villa de Salem, en América del norte.

Allí, en ese santuario puritano, la esclava Tituba servía en la casa del reverendo Samuel Parris.

Las hijas del reverendo la adoraban. Ellas soñaban despiertas cuando Tituba les contaba cuentos de aparecidos o les leía el futuro en una clara de huevo. Y en el invierno de 1692, cuando las niñas fueron poseídas por Satán y se revolcaron y chillaron, sólo Tituba pudo calmarlas, y las acarició y les susurró cuentos hasta que las durmió en su regazo.

Eso la condenó: era ella quien había metido el infierno en el virtuoso reino de los elegidos de Dios.

Y la maga cuentacuentos fue atada al cadalso, en la plaza pública, y confesó.

* Nom'oblidi
diga.li a Joan

La acusaron de cocinar pasteles con recetas diabólicas y la azotaron hasta que dijo que sí.

La acusaron de bailar desnuda en los aquelarres y la azotaron hasta que dijo que sí.

La acusaron de dormir con Satán y la azotaron hasta que dijo que sí.

Y cuando le dijeron que sus cómplices eran dos viejas que jamás iban a la iglesia, la acusada se convirtió en acusadora y señaló con el dedo a ese par de endemoniadas y ya no fue azotada.

Y después otras acusadas acusaron.

Y la horca no paró de trabajar.

Endiabladas

El teólogo fray Martín de Castañega había confirmado que al Diablo le gustaban más las mujeres que los hombres, porque ellas *son pusilánimes e de corazón más flaco e de cerebro más húmido*.

Satán las seducía acariciándolas con su pata de cabra y su garra de madera o disfrazándose de sapo vestido de rey.

Los exorcismos de las endemoniadas convocaban multitudes que desbordaban las iglesias.

Los escapularios, rellenos de sal consagrada, ruda bendita y pelos y uñas de santos, protegían el pecho del exorcista. Alzando un crucifijo, se lanzaba a pelear contra la brujería. Las poseídas blasfemaban, aullaban, ladraban, mordían, insultaban en las lenguas del infierno y a manotazos se arrancaban la ropa y riendo a carcajadas ofrecían sus partes prohibidas. El momento culminante llegaba cuando el exorcista rodaba por los suelos, abrazado a uno de los cuerpos donde el Diablo había hecho casa, hasta que cesaban las convulsiones y los griteríos.

Después, había quienes buscaban en el piso los clavos y los cristales vomitados por la poseída.

Hendrickje

En el año 1654, la joven Hendrickje Stoffels, notoriamente embarazada, fue juzgada y condenada por el Consejo de Iglesias Protestantes de Amsterdam.

Ella confesó *haber fornicado con Rembrandt, el pintor*, y admitió que compartía su lecho sin estar casada, *como una puta* o, en traducción más literal, *cometiendo putaísmo*.

El Consejo la castigó obligándola al arrepentimiento y la penitencia y excluyéndola para siempre de la mesa de Nuestro Señor Jesucristo.

Rembrandt no fue condenado, quizá porque el jurado tenía muy presente aquel famoso episodio de Eva y la manzana; pero el escándalo derrumbó el precio de sus obras y tuvo que declararse en bancarrota.

El maestro del claroscuro, que había revelado la luz nacida de la oscuridad, pasó en la sombra sus últimos años. Perdió su casa y sus cuadros. Fue enterrado en una tumba de alquiler.

Resurrección de Vermeer

Sus obras se vendían por nada cuando murió. En 1676, la viuda pagó con dos cuadros lo que debía al panadero.

Después, Vermeer van Delft fue castigado con pena de olvido.

Dos siglos demoró en regresar al mundo. Los impresionistas, cazadores de la luz, lo rescataron. Renoir dijo que su retrato de la mujer haciendo encajes era la pintura más bella que había visto.

Vermeer, cronista de la trivialidad, no pintó más que su casa y algo del vecindario. Su mujer y sus hijas eran sus modelos, y sus temas los quehaceres del hogar. Siempre lo mismo, nunca lo mismo: en esa casera rutina, él supo descubrir, como Rembrandt, los soles que el oscuro cielo del norte le negaba.

En sus cuadros, no hay jerarquías. Nada ni nadie es más ni menos luminoso. La luz del universo vibra, secretamente, en la copa de vino tanto como en la mano que la ofrece, en la carta tanto como en los ojos que la leen, en un gastado tapiz tanto como en la cara no usada de esa muchacha que te mira.

Resurrección de Arcimboldo

Cada persona era una fuente de sabores, olores y colores:

la oreja, un tulipán;
las cejas, dos langostinos;
los ojos, dos uvas;
los párpados, picos de pato;
la nariz, una pera;
la mejilla, una manzana;
el mentón, una granada;
y el pelo, un bosque de ramas.

Giuseppe Arcimboldo, pintor de corte, hizo reír a tres emperadores.

Lo celebraron, porque no lo entendieron. Sus obras parecían parques de diversiones. Y así pudo sobrevivir, y darse la gran vida, este artista pagano.

Arcimboldo se dio el lujo de cometer mortales pecados de idolatría, exaltando la comunión humana con la naturaleza exuberante y loca, y pintó retratos que decían ser juegos inofensivos pero eran burlas feroces.

Cuando murió, la memoria del arte lo suprimió, como si fuera pesadilla.

Cuatro siglos después, fue resucitado por los surrealistas, sus hijos tardíos.

Tomás Moro

A Tomás Moro sí lo entendieron, y quizás eso le costó la vida. En 1535, Enrique VIII, el rey glotón, exhibió su cabeza en una pica alzada sobre el río Támesis.

Veinte años antes, el decapitado había escrito un libro que contaba las costumbres de una isla llamada Utopía, donde la propiedad era común, el dinero no existía y no había pobreza ni riqueza.

Por boca de su personaje, un viajero regresado de América, Tomás Moro expresaba sus propias, peligrosas, ideas:

- * Sobre las guerras: *Los ladrones son a veces galantes soldados, los soldados suelen ser valientes ladrones. Las dos profesiones tienen mucho en común.*
- * Sobre el robo: *Ningún castigo, por severo que sea, impedirá que la gente robe si ése es su único medio de conseguir comida.*
- * Sobre la pena de muerte: *Me parece muy injusto robar la vida de un hombre porque él ha robado algún dinero. Nada en el mundo tiene tanto valor como la vida humana. La justicia extrema es una extrema injuria. Ustedes fabrican a los ladrones y después los castigan.*
- * Sobre el dinero: *Tan fácil sería satisfacer las necesidades de la vida de todos, si esta sagrada cosa llamada dinero, que se supone inventada para remediarlas, no fuera realmente lo único que lo impide.*

- * *Sobre la propiedad privada: Hasta que no desaparezca la propiedad, no habrá una justa ni igualitaria distribución de las cosas, ni el mundo podrá ser felizmente gobernado.*

Erasmus

Erasmus de Rotterdam dedicó a su amigo Tomás Moro el «Elogio de la locura».

En esa obra, la Locura hablaba en primera persona. Ella decía que no había alegría ni felicidad que no se debiera a sus favores, exhortaba a desarrugar el entrecejo, proponía la alianza de los niños y los viejos y se burlaba de los arrogantes filósofos, los purpurados reyes, los sacerdotes piadosos, los pontífices tres veces santísimos y toda esa turba de dioses.

Este hombre molesto, irreverente, predicó la comunión del evangelio cristiano con la tradición pagana:

—*San Sócrates, ruega por nosotros.*

Sus insolencias fueron censuradas por la Inquisición, incluidas en el índice católico y mal vistas por la nueva iglesia protestante.

Fundación del ascensor

El monarca inglés Enrique VIII tuvo seis reinas.

Enviudaba fácil.

Devoraba mujeres y banquetes.

Seiscientos lacayos servían sus mesas, rebosantes de pasteles rellenos de perdices, pavos reales servidos con todo su excelso plumaje y cortes de carne de ternero o lechón a los que otorgaba títulos nobiliarios, cuchillo en mano, antes de meterles diente.

Cuando llegó a su última reina, Enrique estaba tan gordo que ya no podía enfrentar la escalinata que iba desde el comedor hasta el lecho nupcial.

El rey no tuvo más remedio que inventar un sillón que mediante un complicado mecanismo de poleas lo subía, sentado, del plato a la cama.

El precursor del capitalismo

Inglaterra, Holanda, Francia y otros países le deben una estatua.

Buena parte del poder de los poderosos proviene del oro y la plata que él robó, de las ciudades que incendió, de los galeones que desvalijó y de los esclavos que cazó.

Algún fino escultor debería modelar la efigie de este funcionario armado del capitalismo naciente: el cuchillo entre los dientes, el parche en el ojo, la pata de palo, la mano de garfio, el papagayo al hombro.

Peligrosas esquinas del Caribe

Los piratas hacían la América. En las islas y en las costas del mar Caribe, ellos eran más temidos que los huracanes.

En su Diario del Descubrimiento, Colón había mencionado 51 veces a Dios y 139 veces al oro, aunque Dios estaba en todas partes y el oro no daba ni para emplomar una muela.

Pero el tiempo había pasado, y en las fértiles tierras americanas florecían el oro, la plata, el azúcar, el algodón y otros prodigios. Los piratas estaban especializados en la usurpación de esos frutos. Y por mérito de sus afanes, estos instrumentos de la acumulación de capitales se incorporaban a la nobleza británica.

La reina Isabel de Inglaterra fue socia del temible Francis Drake, que llegó a darle una ganancia del cuatro mil seiscientos por ciento sobre sus inversiones. Ella lo hizo sir. También hizo sir al tío de Drake, John Hawkins, y se asoció al negocio que Hawkins inauguró cuando compró trescientos esclavos en Sierra Leona, los vendió en Santo Domingo y sus tres naves volvieron a Londres cargadas de azúcar, pieles y jengibre.

A partir de entonces, el tráfico negrero pasó a ser el Cerro Rico de Potosí que Inglaterra no tenía.

Raleigh

Al sur de América, buscó El Dorado. Al norte, encontró el tabaco. Fue navegante, guerrero, explorador y poeta. Y fue pirata.

Sir Walter Raleigh:

el que fumaba en pipa y reveló a la nobleza británica el placer del tabaco;

el que en la corte vestía jubón tachonado de diamantes y en la batalla lucía armadura de plata;

el favorito de la reina Isabel, la Reina Virgen;

el que por ella llamó Virginia a la tierra que se sigue llamando así;

el que para ella asaltó puertos y galeones de España y fue por ella convertido, al toque de la espada, en noble caballero;

el que años después, por los mismos motivos, perdió la cabeza, al golpe del hacha, en la torre de Londres,

Muerta Isabel, el rey inglés Jacobo quiso una reina española, y el pirata Raleigh, el malo de la película, fue condenado por alta traición.

La viuda recibió, como era costumbre, la cabeza embalsamada.

Retrato de familia en Inglaterra

Quizá las rencillas entre la familia York y la familia Lancaster no hubieran sido más que un conflicto vecinal, si no hubieran dado tema a la pluma de William Shakespeare.

Seguramente el poeta no imaginó que por virtud de su talento cobraría dimensión universal esa guerra de dinastías entre la rosa blanca y la rosa roja.

En la historia inglesa y en la obra de Shakespeare, el rey Ricardo III, profeta de los asesinos seriales, dejó un río de sangre en su camino a la corona. Mató al rey Enrique VI y también al príncipe Eduardo. A su hermano, Clarence, lo ahogó en un barril de vino; y ya que estaba, acabó con la vida de sus sobrinos. A dos de esos principitos, niños todavía, los encerró en la torre de Londres, los ahogó con sus almohadas y los enterró en secreto, al pie de una escalera. También ahorcó a lord Hastings y decapitó al duque de Buckingham, su mejor amigo, su otro yo, por si se les ocurría conspirar.

Ricardo III fue el último monarca inglés que murió en batalla.

Shakespeare le regaló la frase que le dio perpetuidad:

— *¡Mi reino por un caballo!*

Mare nostrum

Más de un siglo había pasado desde que el Papa de Roma había repartido medio mundo entre España y Portugal, cuando en 1635 el jurista inglés John Selden publicó «Mare clausum».

Este tratado demostraba que no sólo la tierra tenía dueño, sino también la mar, y Su Majestad el Rey de Inglaterra era, por derecho natural, el legítimo propietario de las tierras y las aguas de su imperio en expansión.

El derecho británico de propiedad se fundaba en el dios Neptuno, Noé y sus tres hijos, el Génesis, el Deuteronomio, los Salmos y las profecías de Isaías y de Ezequiel.

Trescientos setenta años después, los Estados Unidos reivindicaron plenos derechos sobre el espacio sideral y los cuerpos celestes, pero no invocaron fuentes tan prestigiosas.

Gracias

Año tras año, a fines de noviembre, los Estados Unidos celebran el día de Acción de Gracias. Así la nación expresa su gratitud a Dios y a los indios que colaboraron con Dios en la salvación de los conquistadores.

El invierno de 1620 había matado a la mitad de los europeos llegados en el navío Mayflower. Al año siguiente, Dios decidió salvar a los sobrevivientes. Los indios les dieron amparo, cazaron y pescaron para ellos, les enseñaron a cultivar maíz, a distinguir las plantas venenosas, a descubrir las plantas medicinales y a encontrar nueces y arándanos y otros frutos silvestres.

Los salvados ofrecieron a los salvadores una fiesta de Acción de Gracias. Se celebró en la aldea inglesa de Plymouth, que hasta poco antes se había llamado Patuxet y era una aldea indígena devastada por la viruela, la difteria, la fiebre amarilla y otras novedades venidas de Europa.

Ése fue el primer y último Día de Acción de Gracias de los tiempos coloniales.

Cuando los colonos invadieron las tierras indígenas, llegó la hora de la verdad. Los invasores, que se llamaban a sí mismos santos y también elegidos, dejaron de llamar nativos a los indios, que pasaron a ser *salvajes*.

«Esta execrable banda de carniceros»

A principios del siglo dieciocho, Jonathan Swift retrató la aventura colonial en el último capítulo de «Los viajes de Gulliver»:

Los piratas desembarcan para robar y saquear; descubren gente inofensiva, que los recibe amablemente; bautizan a ese país con un nuevo nombre y toman posesión en nombre de su rey; dejan constancia del hecho en un tablón podrido o en una piedra.

Aquí comienza un nuevo dominio, adquirido por derecho divino. Los nativos son expulsados o aniquilados; sus príncipes torturados para que confiesen dónde está el oro; hay patente de corso para todos los actos de inhumanidad y lujuria; la tierra apesta a sangre; y esta execrable banda de carniceros consagrada a tan piadosa expedición es una colonia moderna enviada para convertir y civilizar a un pueblo idólatra y bárbaro.

El papá de Gulliver

La primera edición de «Los viajes de Gulliver» se publicó con otro título y sin autor.

Los tropiezos obligaban a caminar con cuidado. Otras obras anteriores de Jonathan Swift, sacerdote de alta jerarquía, deán de la catedral de San Patricio en Irlanda, le habían valido varias denuncias por sedición y habían arrojado al editor a la cárcel.

El éxito clamoroso de «Gulliver» hizo posible que Swift firmara con su nombre las ediciones siguientes. Y firmó también su nueva obra. «Una modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o su país y para que resulten de público beneficio» fue el larguísimo título del más feroz panfleto político del que se tenga noticia.

En el helado lenguaje de los expertos en la ciencia económica, el autor demostraba, objetivamente, la conveniencia de enviar al matadero a los hijos de los pobres. *Estos niños podían convertirse en el más delicioso, nutritivo y completo alimento, estofado, asado, horneado o hervido, y además se podía aprovechar la piel para fabricar guantes de señoras.*

Esto se publicó en 1729, cuando hasta los espectros deambulaban por las calles de Dublín en busca de comida. No cayó muy bien.

Swift se había especializado en formular preguntas insoportables:

¿Por qué provocaba horror su proyecto de canibalismo si Irlanda era un país comido por Inglaterra y a nadie se le movía un pelo?

¿Los irlandeses morían de hambre por culpa del clima o por la asfixia colonial?

¿Por qué él era un hombre libre cuando estaba en Inglaterra y se convertía en esclavo no bien pisaba Irlanda?

¿Por qué los irlandeses no se negaban a comprar ropas inglesas y muebles ingleses y aprendían a amar a su patria?

¿Por qué no quemaban todo lo que viniera de Inglaterra, excepto la gente?

Lo declararon loco.

Sus ahorros habían financiado el primer manicomio público de Dublín, pero no se pudo internarlo allí. Murió antes de que terminaran las obras.

Cielos y suelos

Inglaterra, siglo dieciocho: todo subía.

Subía el humo de las chimeneas de las fábricas,

subía el humo de los cañones victoriosos,

subía el oleaje de los siete mares dominados por los cien mil marineros del rey inglés,

subía el interés de los mercados por todo lo que Inglaterra vendía

y subían los intereses del dinero que Inglaterra prestaba.

Cualquier inglés, por ignorante que fuera, sabía que alrededor de Londres giraban el mundo y el sol y las estrellas.

Pero William Hogarth, el artista inglés del siglo, no se había distraído contemplando los esplendores de Londres en lo alto del universo. Más lo atraían las bajuras que las alturas. En sus pinturas y grabados, todo caía. Se arrastraban por los suelos los borrachos y las botellas,

las máscaras rotas,

las espadas rotas,

los contratos rotos,

las pelucas,

los corsés,

las ropas íntimas de las damas,

el honor de los caballeros,

los votos comprados por los políticos,

los títulos de nobleza comprados por los burgueses,

los naipes de las fortunas perdidas,

las cartas del amor mentido

y la basura de la ciudad.

El filósofo de la libertad

Han pasado los siglos y sigue creciendo la influencia del filósofo inglés John Locke en el pensamiento universal.

No es para menos. Gracias a Locke, sabemos que Dios otorgó el mundo a sus legítimos propietarios, *los hombres industriosos y racionales*, y fue Locke quien dio fundamento filosófico a la libertad humana en todas sus variantes: la libertad de empresa, la libertad de comercio, la libertad de competencia, la libertad de contratación.

Y la libertad de inversión. Mientras escribía su «Ensayo sobre el entendimiento humano», el filósofo contribuyó al entendimiento humano invirtiendo sus ahorros en la compra de un paquete de acciones de la Royal África Company.

Esta empresa, que pertenecía a la corona británica y a *los hombres industriosos y racionales*, se ocupaba de atrapar esclavos en África para venderlos en América.

Según la Royal África Company, sus esfuerzos aseguraban un constante y suficiente suministro de negros a precios moderados.

Contratos

Mientras nacía el siglo dieciocho, un rey borbón se sentó por primera vez en el trono de Madrid.

No bien estrenó la corona, Felipe V se hizo traficante de negros.

Firmó contrato con la Compagnie de Guinée, francesa, y con su primo, el rey de Francia.

El contrato otorgaba a cada monarca el 25% de las ganancias por la venta de cuarenta y ocho mil esclavos en las colonias españolas de América durante los diez años siguientes, y establecía que el tráfico debía realizarse en buques católicos, con capitanes católicos y marineros católicos.

Doce años después, el rey Felipe firmó contrato con la South Sea Company, inglesa, y con la reina de Inglaterra.

El contrato otorgaba a cada monarca el 25% de las ganancias por la venta de ciento cuarenta y cuatro mil esclavos en las colonias españolas de América, durante los treinta años siguientes, y establecía que los negros no podían ser viejos ni defectuosos, que debían tener todos los dientes y llevar en lugar visible los sellos de la corona española y de la empresa británica, marcados a fuego.

Los propietarios garantizaban la calidad del producto.

Breve historia del intercambio entre África y Europa

Nada de nuevo tenía la esclavitud hereditaria, que venía de los tiempos de Grecia y Roma. Pero Europa aportó, a partir del Renacimiento, algunas novedades: nunca antes se había determinado la esclavitud por el color de la piel, y nunca antes la venta de carne humana había sido el más brillante negocio internacional.

Durante los siglos dieciséis, diecisiete y dieciocho, África vendía esclavos y compraba fusiles: cambiaba brazos por violencia.

Después, durante los siglos diecinueve y veinte, África entregaba oro, diamantes, cobre, marfil, caucho y café y recibía Biblias: cambiaba la riqueza de la tierra por la promesa del Cielo.



Agua bendita

Un mapa, publicado en París en 1761, reveló el origen del horror africano. Las bestias salvajes acudían en tropel a beber agua en los raros manantiales del desierto. Los animales más diversos disputaban el agua escasa. Excitados por el calor y por la sed, se montaban entre sí, cualquiera con cualquiera sin mirar a quién, y el cruzamiento de especies muy diferentes generaba los monstruos más espantosos del mundo.

Gracias a los traficantes, los esclavos tenían la suerte de salvarse de ese infierno. El bautismo les abría las puertas del Paraíso.

El Vaticano lo había previsto. En 1454, el papa Nicolás V había autorizado al rey de Portugal a practicar la esclavitud siempre y cuando evangelizara a los negros. Y un par de años después, otra bula, del papa Calixto III, había establecido que la captura del África era una Cruzada de la Cristiandad.

Por entonces, la mayor parte de esas costas estaba, todavía, prohibida por el miedo: las aguas hervían, en la mar acechaban serpientes que asaltaban los barcos y los marineros blancos se volvían negros apenas desembarcaban en tierra africana.

Pero durante los siglos siguientes, todas o casi todas las coronas europeas instalaron fortines y factorías a lo largo de esas costas de mala fama. Desde allí,

manejaban el comercio más lucrativo de todos; y por cumplir con la voluntad divina, rociaban con agua bendita a los esclavos.

En los contratos y en los libros de contabilidad, los esclavos eran llamados piezas o mercancías, aunque el bautismo metía almas en esos cuerpos vacíos.

Europa caníbal

Los esclavos subían temblando a los barcos. Creían que iban a ser comidos. Tan equivocados no estaban. Al fin y al cabo, el tráfico negrero fue la boca que devoró al África.

Ya desde antes los reyes africanos tenían esclavos y peleaban entre sí, pero la captura y venta de gente se convirtió en el centro de la economía, y de todo lo demás, sólo a partir del momento en que los reyes europeos descubrieron el negocio. A partir de entonces, la sangría de jóvenes vació el África negra y selló su destino.

Malí es ahora uno de los países más pobres del mundo. En el siglo dieciséis, era un reino opulento y culto. La universidad de Tombuctú tenía veinticinco mil estudiantes. Cuando el sultán de Marruecos invadió Malí, no encontró el oro que buscaba, porque poco oro amarillo quedaba, pero vendió el oro negro a los traficantes europeos, y así ganó mucho más: sus prisioneros de guerra, entre los cuales había médicos, juristas, escritores, músicos y escultores, fueron esclavizados y marcharon rumbo a las plantaciones de América.

La máquina esclavista exigía brazos y la cacería de brazos exigía guerras. La economía guerrera de los reinos africanos pasó a depender más y más de todo lo que venía de afuera. Una guía comercial publicada en Holanda, en 1655, enumeraba las armas más codiciadas en las costas del África, y también las mejores ofrendas para halagar a esos reyes de utilería. La ginebra era muy valorada, y un puñado de cristales de Murano era el precio de siete hombres.

Fashion

La venta de esclavos descargó una lluvia de productos importados.

Aunque el África producía hierros y aceros de buena calidad, las espadas europeas eran codiciados objetos de ostentación para los monarcas y los

cortesianos de los muchos reinos y reinitos que vendían negros a las empresas blancas.

Lo mismo ocurría con las telas africanas, hechas de fibras diversas, desde el algodón hasta la corteza de árbol. A principios del siglo dieciséis, el navegante portugués Duarte Pacheco había comprobado que los vestidos del Congo, hechos de palma, eran *suaves como terciopelo y tan hermosos que no los hay mejores en Italia*. Pero las ropas importadas, que costaban el doble, daban prestigio. El precio dictaba el valor. Cuesta tanto, tanto vale. Baratos y abundantes eran los esclavos, y por lo tanto no valían nada. Cuanto más caray más rara era alguna cosa, más valor tenía, y cuanto menos se necesitaba, mejor era: la fascinación por lo que venía de afuera daba preferencia a las novelorías inútiles, modas cambiantes, hoy esto, mañana aquello, pasado mañana quién sabe.

Esos brillos fugaces, símbolos de poder, distinguían a los mandones de los mandados.

Como ahora.

Jaulas navegantes

El traficante de esclavos que más amaba la libertad había llamado *Voltaire* y *Rousseau* a sus mejores navíos.

Algunos negreros habían bautizado sus barcos con nombres religiosos: *Almas, Misericordia, Profeta David, Jesús, San Antonio, San Miguel, San Tiago, San Felipe, Santa Ana y Nuestra Señora de la Concepción*.

Otros daban testimonio de amor a la humanidad, a la naturaleza y a las mujeres: *Esperanza, Igualdad, Amistad, Héroe, Arcoiris, Paloma, Ruiseñor, Picaflor, Deseo, Adorable Betty, Pequeña Polly, Amable Cecilia, Prudente Hannah*.

Las naves más sinceras se llamaban *Subordinador* y *Vigilante*.

Estos cargamentos de mano de obra no anunciaban con sirenas ni con cohetes su llegada a los puertos. No era necesario. Desde lejos se sabía, por el olor.

En las bodegas, se amontonaba su mercadería pestilente. Los esclavos yacían juntos día y noche, sin moverse, bien pegados para no desperdiciar ni un poquito de espacio, meándose encima, cagándose encima, encadenados unos a otros, pescuezos con pescuezos, muñecas con muñecas, tobillos con tobillos, y encadenados todos a largas barras de hierro.

Muchos morían en la travesía del océano.

Cada mañana, los guardias arrojaban esos bultos a la mar.

Hijos del camino

Las pateras, barquitos mamarrachos que la mar devora, son nietas de aquellos navíos negreros.

Los esclavos de ahora, que ya no se llaman así, tienen la misma libertad que tenían sus abuelos arrojados, a golpes de látigo, a las plantaciones de América.

No se van: los empujan. Nadie emigra porque quiere.

Desde el África y desde muchos otros lugares, los desesperados huyen de las guerras y las sequías y las tierras extenuadas y los ríos envenenados y las barrigas vacías.

Las ventas de carne humana son, hoy por hoy, las exportaciones más exitosas del sur del mundo.

Primera rebelión de los esclavos en América

Ocurre a principios del siglo dieciséis.

Un par de días después de la Navidad, los esclavos negros se alzan en un molino de azúcar de Santo Domingo, que es propiedad del hijo de Cristóbal Colón.

Tras la victoria de la Divina Providencia y del apóstol Santiago, los caminos se pueblan de negros ahorcados.

Porfiada libertad

Ocurre a mediados del siglo dieciséis.

Los esclavos que fracasan en la primera tentativa de fuga sufren castigos de mutilación, corte de una oreja, o tendón, o pie, o mano, y en vano el rey de España prohíbe cortarlas partes que no se pueden nombrar.

A los reincidentes les cortan lo que les queda, y por fin acaban en la horca, el fuego o el hacha. Sus cabezas se exhiben, clavadas en estacas, en las plazas de los pueblos.

Pero en toda América se multiplican los baluartes de los libres, metidos en lo hondo de la selva o en los vericuetos de las montañas, rodeados de arenas movedizas que simulan ser terreno firme y de falsos caminos sembrados de estacas en punta.

Allí llegan los venidos de muchas patrias del África, que se han hecho compatriotas de tanto compartir humillaciones.

Reino de los libres

Ocurre todo a lo largo del siglo diecisiete.

Como hongos brotan los refugios de esclavos fugados. En Brasil, se llaman quilombos. Esta palabra africana significa comunidad, aunque el racismo la traduce como relajo, gresca o casa de putas.

En el quilombo de Palmares, los que habían sido esclavos viven libres de sus amos y también libres de la tiranía del azúcar, que nada deja crecer. Ellos cultivan de todo, y de todo comen. El menú de sus amos viene de los barcos. El de ellos viene de la tierra. Sus forjas, hechas al estilo africano, les dan azadas, picos y palas para trabajar la tierra, y cuchillos, hachas y lanzas para defenderla.

Reina de los libres

Ocurre en la primera mitad del siglo dieciocho.

La división internacional del trabajo ha decidido que Jamaica existe para endulzar la mesa europea. La tierra produce azúcar y azúcar y azúcar.

En Jamaica, como en Brasil, la diversidad del menú es un privilegio de los esclavos fugados. Aunque la tierra fértil no abunda en estos altos picos, los cimarrones se las arreglan para plantar de todo, y hasta crían cerdos y gallinas.

Aquí metidos, ven sin ser vistos, muerden y se desvanecen.

En estas montañas azules de Barlovento, Nanny tiene templo y trono. Ella es la reina de los libres. Era una máquina de parir esclavos y ahora luce collares de dientes de soldados ingleses.

Arte de los libres

Ocurre a mediados del siglo dieciocho.

Los santuarios libres de Surinam resisten cambiando de lugar. Cuando las tropas holandesas los descubren, después de mucho penar, no encuentran más que cenizas de lo que fue una aldea.

¿Cuáles son sus productos de primera necesidad? Agujas de coser, hilos de colores. Los cimarrones piden eso a los raros mercachifles que por error o locura se cruzan con ellos. ¿Qué sería de sus vidas sin esas ropas de colores vivos, hechas de retazos de telas rotas sabiamente combinadas y cosidas?

De las aspas de los molinos de las plantaciones, rotas en pedazos, hacen anillos, brazaletes y ornamentos de la dignidad guerrera. Y con lo que el bosque ofrece, inventan instrumentos de música, para dar ritmo al cuerpo que exige bailar.

Rey de los libres

Ocurre a fines del siglo dieciocho.

El poder colonial ha ahorcado muchas veces a Domingo Bioho, pero él sigue reinando.

Aquí, en Palenque, no lejos del puerto de Cartagena de Indias, los cimarrones eligen al más valiente, el que merece ese nombre que de rey en rey se hereda. Domingo Bioho es muchos.

En busca de la propiedad fugada

Ocurre a principios del siglo diecinueve.

En sus sobremesas, la aristocracia habla de bodas, herencias y perros negreros.

Los diarios de Mississippi, Tennessee o Carolina del Sur ofrecen los servicios de los nigger dogs a unos cinco dólares por día. Los anuncios exaltan

las virtudes de estos mastines, que persiguen a los esclavos fugados, los atrapan y los devuelven, intactos, a sus amos.

El olfato es fundamental. El buen perro cazador puede seguir la pista muchas horas después de que la presa ha pasado. También son muy apreciadas la velocidad y la tenacidad, porque para borrar el olor los esclavos nadan ríos y arroyos o siembran el camino de pimienta, y la fiera que sabe ganarse el hueso jamás se da por vencida, y no deja de rastrear hasta que recupera la huella perdida.

Pero lo más importante de todo es el largo entrenamiento para que la bestia no haga picadillo la carne negra. Sólo el legítimo propietario tiene el derecho de castigar la mala conducta de sus animales.

Harriet

Ocurre a mediados del siglo diecinueve.

Se fuga. Harriet Tubman se lleva de recuerdo las cicatrices en la espalda y una hendidura en el cráneo.

Al marido no se lo lleva. Él prefiere seguir siendo esclavo y padre de esclavos:

—*Estás loca —le dice—. Podrás escaparte, pero no podrás contarlo.*

Ella se escapa, lo cuenta, regresa, se lleva a sus padres, vuelve a regresar y se lleva a sus hermanos. Y hace diecinueve viajes desde las plantaciones del sur hasta las tierras del norte, y atravesando la noche, de noche en noche, libera a más de trescientos negros.

Ninguno de sus fugitivos ha sido capturado. Dicen que Harriet resuelve con un tiro los agotamientos y los arrepentimientos que ocurren a medio camino. Y dicen que ella dice:

—*A mí no se me pierde ningún pasajero.*

Es la cabeza más cara de su tiempo. Cuarenta mil dólares fuertes se ofrecen en recompensa.

Nadie los cobra.

Sus disfraces de teatro la hacen irreconocible y ningún cazador puede competir con su maestría en el arte de despistar pistas y de inventar caminos.

¡No se lo pierda!

Ningún abogado los defiende. Ellos tampoco pueden defenderse, porque la ley no cree en juramentos de negros.

El juez los condena en un parpadeo.

Unos cuantos incendios en la ciudad de Nueva York, durante todo el año 1741, exigen mano de hierro contra los esclavos corrompidos por exceso de libertad. Si los condenados tienen la culpa de estos incendios, será justo el castigo. Si ellos no tienen la culpa, el castigo servirá de advertencia.

Trece negros serán encadenados a las estacas y quemados vivos, diecisiete negros serán ahorcados y de las horcas seguirán colgados hasta que se pudran, y también marcharán al muere cuatro blancos, pobres pero blancos, porque alguien tiene que haber puesto inteligencia, que es cosa de blancos, en esta infernal conspiración.

Falta una semana para el espectáculo, y ya la multitud acampa disputando los mejores lugares.

Las edades de Rosa María

Cuando tenía seis años, en 1725, un navío negrero la trajo del África, y en Río de Janeiro fue vendida.

Cuando tenía catorce, el amo le abrió las piernas y le enseñó un oficio.

Cuando tenía quince, fue comprada por una familia de Ouro Preto, que desde entonces alquiló su cuerpo a los mineros del oro.

Cuando tenía treinta, esa familia la vendió a un sacerdote, que con ella practicaba sus métodos de exorcismo y otros ejercicios nocturnos.

Cuando tenía treinta y dos, uno de los demonios que le habitaban el cuerpo fumó por su pipa y aulló por su boca y la revolcó por los suelos. Y ella fue por eso condenada a cien azotes en la plaza de la ciudad de Mariana, y el castigo le dejó un brazo paralizado para siempre.

Cuando tenía treinta y cinco, ayunó y rezó y mortificó su carne con cilicio, y la mamá de la Virgen María le enseñó a leer. Según dicen, Rosa María Egipcíaca da Vera Cruz fue la primera negra alfabetizada en Brasil.

Cuando tenía treinta y siete, fundó un asilo para esclavas abandonadas y putas en desuso, que ella financiaba vendiendo bizcochos amasados con su saliva, infalible remedio contra cualquier enfermedad.

Cuando tenía cuarenta, numerosos fieles asistían a sus trances, donde ella bailaba al ritmo de un coro de ángeles, envuelta en humo de tabaco, y el Niño Jesús mamaba de sus pechos.

Cuando tenía cuarenta y dos, fue acusada de brujería y encerrada en la cárcel de Río de Janeiro.

Cuando tenía cuarenta y tres, los teólogos confirmaron que era bruja porque pudo soportar sin una queja, durante largo rato, una vela encendida bajo la lengua.

Cuando tenía cuarenta y cuatro, fue enviada a Lisboa, a la cárcel de la Santa Inquisición. Entró en las cámaras de tormento, para ser interrogada, y nunca más se supo.

Dormía Brasil en lecho de oro

Brotaba de la tierra, como si fuera pasto.

Atraía gentíos, como si fuera imán.

Brillaba, como si fuera oro.

Y oro era.

Los banqueros ingleses celebraban cada nuevo hallazgo, como si el oro fuera de ellos.

Y de ellos era.

Lisboa, que nada producía, enviaba a Londres el oro del Brasil a cambio de nuevos préstamos, ropas de lujo y todos los consumos de la vida parásita.

Ouro Preto, *Oro Negro*, se llamaba el centro de los esplendores del oro, porque negras eran las piedras que contenían el oro, noches con soles adentro, aunque bien podía llamarse así porque negros eran los brazos que arrancaban el oro de las montañas y de las orillas de los ríos.

Esos brazos costaban cada vez más caros. Los esclavos, amplia mayoría en la región minera, eran los únicos que trabajaban.

Y mucho más caros eran los alimentos. Nadie cultivaba nada.

En los primeros años de la euforia minera, el precio de un gato equivalía al oro que recogía un esclavo en dos días de trabajo. La carne de gallina era más barata: no costaba más que el oro de un día.

Al cabo de más de un siglo, seguían siendo astronómicos los precios de la comida y los despilfarros de las fiestas de los mineros ricos, que vivían en farra continua, pero el manantial del oro, que parecía inagotable, brotaba cada vez con menos fuerza. Y cada vez resultaba más difícil cobrar los impuestos que exprimían las minas para financiar las fatigas de la corte portuguesa, cansada de tanto descansar al servicio de los banqueros ingleses.

En 1750, cuando murió el rey de Portugal, las arcas reales estaban vacías. Y fueron ellos, los banqueros ingleses, quienes pagaron los funerales.

Digestiones

Potosí, Guanajuato y Zacatecas comían indios. Ouro Preto comía negros.

En suelo español, rebotaba la plata que venía del trabajo forzado de los indios de América. En Sevilla, la plata estaba de paso. Iba a parar a la panza de los banqueros flamencos, alemanes y genoveses, y de los mercaderes florentinos, ingleses y franceses, que tenían hipotecada la corona española y todos sus ingresos.

Sin la plata de Bolivia y de México, puente de plata que atravesó la mar, ¿habría podido Europa ser Europa?

En suelo portugués, rebotaba el oro que venía del trabajo esclavo en Brasil. En Lisboa, el oro estaba de paso. Iba a parar a la panza de los banqueros y los mercaderes británicos, acreedores del reino, que tenían hipotecada la corona portuguesa y todos sus ingresos.

Sin el oro de Brasil, puente de oro que atravesó la mar, ¿habría sido posible la revolución industrial en Inglaterra?

Y sin la compra y venta de negros, ¿habría sido Liverpool el puerto más importante del mundo y la empresa Lloyd's la reina de los seguros?

Sin los capitales del tráfico negrero, ¿quién hubiera financiado la máquina de vapor de James Watt? ¿En qué hornos se hubieran fabricado los cañones de George Washington?

El papá de las marionetas

Antonio José da Silva, nacido en Brasil, vive en Lisboa. Sus muñecos dan de reír a los escenarios portugueses.

Hace nueve años que no puede usar los dedos, machacados en las cámaras de tortura de la Santa Inquisición, pero sus personajes de madera, medeas, quijotes, proteos, siguen ofreciendo consuelos al gentío que los ama.

Temprano acaba. Acaba en la hoguera: por judío y por burlón, porque sus marionetas no guardan el debido respeto a la Corona ni a la Iglesia, ni a los verdugos encapuchados que hacen el ridículo persiguiéndolas en el escenario.

Desde el palco de honor, João V, rey de Portugal, llamado el Magnánimo, contempla el auto de fe donde arde el rey de los titiriteros.

Y así dice adiós al mundo este Antonio, mientras otro Antonio dice hola, el mismo día del año 1730, al otro lado de la mar.

Antonio Francisco Lisboa nace en Ouro Preto. Será llamado Aleijadinho, Tullidito. Y también él perderá los dedos pero no será por torturas sino por misteriosa maldición.

Aleijadinho

El hombre más feo de Brasil crea la más alta hermosura del arte colonial americano.

El Aleijadinho talla en piedra la gloria y la agonía de Ouro Preto, la Potosí de oro.

Hijo de una esclava africana, este mulato tiene esclavos que lo mueven, lo lavan, le dan de comer y le atan el cincel a los muñones.

Atacado por la lepra, la sífilis o quién sabe qué, el Aleijadinho ha perdido un ojo y los dientes y los dedos, pero este resto de él talla piedras con las manos que le faltan.

Noche y día trabaja, como vengándose, y brillan más que el oro sus cristos, sus vírgenes, sus santos, sus profetas, mientras la fuente del oro es cada vez más avara en fortunas y más pródiga en desventuras y revueltas.

Ouro Preto y la región entera quieren dar la razón a la temprana sentencia del conde de Assumar, que fue su gobernador.

Parece que la tierra exhala tumultos y el agua, motines; las nubes vomitan insolencias y los astros, desórdenes; el clima es tumba de paz y cuna de rebeliones.

El arte oficial en Brasil

El pincel de Pedro Américo de Figueiredo e Meló, artista del género épico, ha retratado para la inmortalidad el sagrado instante.

En su cuadro, un airoso jinete desenvaina la espada y lanza el grito vibrante que da nacimiento a la patria brasileña, mientras posan para la ocasión los Dragones de la Guardia de Honor, armas en alto, y flamean al viento los plumajes de los cascos de guerra y las crines de los caballos.

Las versiones de la época no coinciden exactamente con estas pinceladas.

Según esas versiones, el héroe, Pedro, príncipe portugués, se agachó a orillas del arroyo Ipiranga. Le había caído mal la cena y estaba quebrando el

cuerpo para responder al llamado de la naturaleza, al decir de una de las crónicas, cuando un mensajero trajo una carta de Lisboa. Sin interrumpir su tarea, el príncipe se hizo leer la carta, que contenía ciertas insolencias de sus reales parientes, quizás agravadas por su dolor de barriga. Y en medio de la lectura, se alzó y echó una larga blasfemia que la historia oficial tradujo, abreviada, en el famoso grito:

—*Independência ou morte!*

Y así, esa mañana de 1822, el príncipe arrancó de su casaca las insignias portuguesas y se convirtió en emperador del Brasil.

Años antes, otras independencias habían querido ser. En Ouro Preto y en Salvador de Bahía. Habían querido ser, pero no fueron.

Las edades de Pedro

Con nueve años y dieciocho nombres, Pedro de Alcântara Francisco Antônio João Carlos Xavier de Paula Miguel Rafael Joaquim José Gonzaga Pasqual Sipriano Serafim de Bragança y Borbón, príncipe heredero de la corona portuguesa, desembarcó en Brasil. Lo trajeron los ingleses, con toda la corte, para ponerlo a salvo de las embestidas de Napoleón. Por entonces, Brasil era colonia de Portugal y Portugal era colonia de Inglaterra, aunque eso no se decía.

A los diecinueve años, Pedro fue casado con Leopoldina, archiduquesa de Austria. Él ni se dio cuenta. Como muchos otros turistas de épocas posteriores, vivía persiguiendo mulatas en las noches ardientes de Río de Janeiro.

A los veinticuatro, proclamó la independencia del Brasil y pasó a ser el emperador Pedro I. Acto seguido, firmó los primeros empréstitos con la banca británica. La nueva nación y la deuda externa nacieron juntas. Siguen siendo inseparables.

A los treinta y tres, se le ocurrió la loca idea de abolir la esclavitud. Él mojó la pluma en el tintero, pero no alcanzó a firmar el decreto. Un golpe de estado lo dejó sin trono y sentado en el aire.

A los treinta y cuatro, regresó a Lisboa y pasó a ser el rey Pedro (V de Portugal).

A los treinta y seis, este rey de dos tronos murió en Lisboa. Fue su tumba la tierra que había sido su madre y su enemiga.

La libertad traiciona

La historia oficial de Brasil sigue llamando inconfidencias, deslealtades, a los primeros alzamientos por la independencia nacional.

Antes de que el príncipe portugués se convirtiera en emperador brasileño, hubo varias tentativas patrióticas. Las más importantes fueron la *Inconfidencia mineira*, en Ouro Preto, que en 1789 murió en el huevo, y la *Inconfidencia bahiana*, que estalló en 1794, en Salvador de Bahía, y se prolongó durante cuatro años.

El único protagonista de la Inconfidencia mineira que fue ahorcado y descuartizado era un militar de baja graduación, Tiradentes, el sacamuelas. Los demás conspiradores, señores de la alta sociedad minera hartos de pagar impuestos coloniales, fueron indultados.

La Inconfidencia bahiana duró más y llegó más lejos. No sólo luchó por una república independiente, sino también por la igualdad de derechos sin distinción de razas.

Quando ya había corrido mucha sangre y la rebelión había sido vencida, el poder colonial indultó a los protagonistas, con cuatro excepciones: Manoel Lira, João do Nascimento, Luis Gonzaga y Lucas Dantas fueron ahorcados y descuartizados. Los cuatro eran negros, hijos o nietos de esclavos.

Hay quienes creen que la Justicia es ciega.

Resurrección de Túpac Amaru

Túpac Amaru había sido el último rey de los incas, que durante cuarenta años había peleado en las montañas del Perú. En 1572, cuando el sable del verdugo le partió el pescuezo, los profetas indios anunciaron que alguna vez la cabeza se juntaría con el cuerpo.

Y se juntó. Dos siglos después, José Gabriel Condorcanqui encontró el nombre que lo estaba esperando. Convertido en Túpac Amaru, él encabezó la más numerosa y peligrosa rebelión indígena en toda la historia de las Américas.

Ardieron los Andes. Desde la cordillera hasta la mar se alzaron las víctimas del trabajo forzado en las minas, las haciendas y los talleres. De victoria en victoria, amenazaban el menú colonial los sublevados que avanzaban, a paso imparable, vadeando ríos, trepando montañas, atravesando valles, pueblo tras pueblo. Y a punto estuvieron de conquistar el Cuzco.

La ciudad sagrada, el corazón del poder, estaba ahí: desde las cumbres se veía, se tocaba.

Habían pasado dieciocho siglos y medio, y se repetía la historia de Espartaco, que tuvo a Roma al alcance de la mano. Y tampoco Túpac Amaru se decidió a atacar. Tropas indias, al mando de un cacique vendido, defendían el

Cuzco, ciudad sitiada, y él no mataba indios: eso no, eso nunca. Bien sabía que era necesario, que no había otra, pero...

Mientras él dudaba, que sí, que no, que quién sabe, pasaron los días y las noches y los soldados españoles, muchos, bien armados, iban llegando desde Lima.

En vano le enviaba desesperados mensajes su mujer, Micaela Bastidas, que comandaba la retaguardia:

- *Tú me has de acabar de pesadumbres...*
- *Yo ya no tengo paciencia para aguantar todo esto...*
- *Bastantes advertencias te di...*
- *Si tú quieres nuestra ruina, puedes echarte a dormir.*

En 1781, el jefe rebelde entro en el Cuzco. Entró encadenado, apedreado, insultado.

Lluvia

En la cámara de torturas, lo interrogó el enviado del rey.

— *¿Quiénes son tus cómplices?* —le preguntó

Y Tupac Amaru contestó:

— *Aquí no hay más cómplices que tú y yo. Tú por opresor y yo por libertador, merecemos la muerte.*

Fue condenado a morir descuartizado. Lo ataron a cuatro caballos, brazos y piernas en cruz, y no se partió. Las espuelas desgarraban los vientres de los caballos, que en vano pujaban, y no se partió.

Hubo que recurrir al hacha del verdugo.

Era un mediodía de sol feroz, tiempo de larga sequía en el valle del Cuzco, pero el cielo fue negro de pronto y se rompió y descargó una lluvia de esas que ahogan al mundo.

También fueron descuartizados los otros jefes y jefas rebeldes, Micaela Bastidas, Túpac Catari, Bartolina Sisa, Gregoria Apaza... Y sus pedazos fueron paseados por los pueblos que habían sublevado, y fueron quemados, y sus cenizas arrojadas al aire, para que de ellos no quede memoria.

Los pocos y los todos

En 1776, la independencia de los Estados Unidos anticipó lo que después iba a ocurrir, de México al sur, con otras independencias de naciones americanas.

Para que no quedaran dudas sobre la función de los indios, George Washington propuso la total destrucción de los poblados indígenas, Thomas Jefferson opinó que esa infortunada raza había justificado su exterminio y Benjamín Franklin sugirió que el ron podía ser un medio adecuado para extirpar a esos salvajes.

Para que no quedaran dudas sobre la función de las mujeres, Constitución del estado de Nueva York agregó el adjetivo *masculino* al derecho de voto.

Para que no quedaran dudas sobre la función de los blancos pobres, los firmantes de la Declaración de Independencia fueron todos blancos ricos.

Y para que no quedaran dudas sobre la función de los negros, había seiscientos cincuenta mil esclavos que siguieron siendo esclavos en la nación recién nacida. Brazos negros edificaron la Casa Blanca.

Padre ausente

La Declaración de Independencia afirmó que todos los hombres son creados iguales.

Poco después, la primera Constitución nacional de los Estados Unidos aclaró el concepto: estableció que cada esclavo equivalía a las tres quintas partes de una persona.

Se opuso, en vano, el redactor de la Constitución, Gouverneur Morris. Poco antes, él había intentado, en vano, que el estado de Nueva York aboliera la esclavitud, y al menos había logrado la promesa constitucional de que en el futuro *cada persona que respire el aire de este estado disfrutará los privilegios de un hombre libre*.

Morris, que tanta importancia tuvo a la hora de dar rostro y alma a los Estados Unidos, fue uno de los padres fundadores que la historia olvidó.

En el año 2006, el periodista español Vicente Romero buscó su tumba. La encontró detrás de una iglesia, al sur del Bronx. La lápida, borrada por las lluvias y los soles, servía de apoyo a dos grandes tarros de basura.

Otro padre ausente

Robert Cárter fue enterrado en el jardín.

En su testamento, había pedido *descansar bajo un árbol de sombra, durmiendo en paz y en oscuridad. Ninguna piedra, ninguna inscripción.*

Este patricio de Virginia fue uno de los más ricos, quizás el más, entre todos aquellos prósperos propietarios que se independizaron de Inglaterra.

Aunque algunos padres fundadores tenían mala opinión de la esclavitud, ninguno liberó a sus esclavos. Cárter fue el único que desencadenó a sus cuatrocientos cincuenta negros para *dejarlos vivir y trabajar según su propia voluntad y placer.* Los liberó gradualmente, cuidando de que ninguno fuera arrojado al desamparo, setenta años antes de que Abraham Lincoln decretara la abolición.

Esta locura lo condenó a la soledad y al olvido.

Lo dejaron solo sus vecinos, sus amigos y sus parientes, todos convencidos de que los negros libres amenazaban la seguridad personal y nacional.

Después, la amnesia colectiva fue la recompensa de sus actos.

Sally

Cuando Jefferson enviudó, fueron suyos los bienes de su mujer. Entre otras propiedades, heredó a Sally.

Hay testimonios de su belleza en los años tempranos.

Después, nada.

Sally nunca habló, y si habló no fue escuchada, o nadie se tomó el trabajo de registrar lo que dijo.

En cambio, del presidente Jefferson tenemos unos cuantos retratos y muchas palabras. Sabemos que tenía fundadas sospechas de que *los negros son inferiores a los blancos en los dones naturales del cuerpo y de la mente,* y que siempre expresó su gran aversión a la mezcla de sangre blanca y sangre negra, que le resultaba moralmente repugnante. Él creía que si alguna vez los esclavos iban a ser liberados, había que evitar el peligro de la contaminación trasladándolos *más allá de todo riesgo de mezcla.*

En 1802, el periodista James Callender publicó en el «Recorder» de Richmond un artículo que repetía lo que se sabía: el presidente Jefferson era el padre de los hijos de su esclava Sally.

Muera el té, viva el café

La corona británica había decretado que sus colonias debían pagar un impuesto impagable. En 1773, los furiosos colonos del norte de América arrojaron cuarenta toneladas de té, venido de Londres, al fondo de la bahía del puerto. La operación fue cómicamente llamada *Boston Tea Party*. Y estalló la guerra de independencia.

El café se convirtió en un emblema patrio, aunque de producto patrio no tenía nada. Había sido descubierto, a saber cuándo, en una montaña de Etiopía, donde las cabras comieron unos frutos rojos que las pusieron a bailar toda la noche, y al cabo de un viaje de siglos había llegado a las islas del mar Caribe.

En 1776, las cafeterías de Boston se convirtieron en centros de conspiración contra la corona británica. Y no bien se proclamó la independencia, el presidente Washington atendía en una cafetería que vendía esclavos y café cultivado por esclavos en las islas del Caribe.

Un siglo después, los conquistadores del *Far West* bebían café, no té, a la luz de las hogueras de sus campamentos.

¿En Dios confiamos?

Los presidentes de los Estados Unidos suelen hablar en nombre de Dios, aunque ninguno ha revelado si se comunica con él por mail, por fax, por teléfono o por telepatía. Con o sin su aprobación, en el año 2006 Dios fue proclamado presidente del Partido Republicano en Texas.

Sin embargo, el Todopoderoso, que ahora figura hasta en los dólares, brillaba por su ausencia en los tiempos de la independencia. La primera Constitución ni siquiera lo mencionaba. Cuando alguien preguntó por qué, Alexander Hamilton explicó:

—*No necesitamos ayuda exterior.*

En su lecho de agonía, George Washington no quiso oraciones, ni sacerdote, ni pastor, ni nada.

Benjamín Franklin decía que las revelaciones divinas eran pura superstición.

Mi propia mente es mi Iglesia, afirmaba Thomas Paine, y el presidente John Adams creía que *éste sería el mejor de los mundos posibles si no hubiera religión*.

Según Thomas Jefferson, los sacerdotes católicos y los pastores protestantes eran *adivinos y nigromantes* que habían dividido a la humanidad en dos, una mitad de tontos y otra mitad de hipócritas.

Un prólogo de la revolución francesa

Por la calle principal de Abbeville desfiló la procesión. Desde las aceras, todos se quitaban el sombrero al paso de la hostia,alzada sobre las cruces y los santos. Todos, salvo tres muchachos que tenían los ojos puestos en el público femenino y ni cuenta se dieron.

Y fueron denunciados. Ellos no sólo se habían negado a descubrirse ante la blanca carne de Jesús, sino que además le habían dedicado sonrisas burlonas. Y los testigos agregaron otras evidencias graves: la hostia había sido rota, para hacerla sangrar, y una cruz de madera había aparecido, mutilada, en una zanja.

El tribunal concentró los rayos de la ira sobre uno de los tres muchachos, Jean François La Barre. Aunque recién había cumplido veinte años, este insolente se jactaba de haber leído a Voltaire y desafiaba a los jueces con su estúpida arrogancia.

El día de la ejecución, una mañana del año 1766, nadie faltó a la plaza del mercado. Jean François subió al cadalso con un cartel colgado del pescuezo:

Impío, blasfemador, sacrílego, execrable, abominable.

Y el verdugo arrancó la lengua del condenado y le cortó el pescuezo y le partió el cuerpo y arrojó sus pedazos a la hoguera. Y con sus pedazos echó al fuego unos libros de Voltaire, para que juntos ardieran el autor y el lector.

Aventuras de la razón en tiempos de cerrazón

Veintisiete volúmenes.

La cifra no impresiona mucho, si se tienen en cuenta los setecientos cuarenta y cinco volúmenes de la enciclopedia china, publicada pocos años antes.

Pero la enciclopedia francesa, l'Encyclopédie, marcó con su sello el Siglo de las Luces, que de alguna manera le debe su nombre. El Papa de Roma mandó quemarla y dictó la excomunión de quien tuviera algún ejemplar de obra tan blasfema. Los autores, Diderot, D'Alembert, Jaucourt, Rousseau, Voltaire y unos cuantos más, arriesgaron o padecieron cárcel y exilio para que su gran trabajo colectivo pudiera influir, como influyó, sobre la historia siguiente de las naciones europeas.

Dos siglos y medio después, esta invitación a pensar sigue resultando asombrosa. Algunas definiciones, entresacadas de sus páginas:

Autoridad: Ningún hombre ha recibido de la naturaleza el derecho de mandar sobre otros.

Censura: No hay nada más peligroso para la fe, que hacerla depender de una opinión humana.

Clítoris: Centro del placer sexual de la mujer.

Cortesano: Se aplica a quienes han sido colocados entre los reyes y la verdad, con el fin de impedir que la verdad llegue a los reyes.

Hombre: El hombre no vale nada sin la tierra. La tierra no vale nada sin el hombre.

Inquisición: Moctezuma fue condenado por sacrificar prisioneros a sus dioses. ¿Qué habría dicho si hubiera visto alguna vez un auto de fe?

Esclavitud: Comercio odioso, contra la ley natural, en el que unos hombres compran y venden a otros como si fueran animales.

Orgasmo: ¿Existe algo que merezca tanto ser logrado?

Usura: Los judíos no practicaban la usura. Fue la opresión cristiana la que forzó a los judíos a convertirse en prestamistas.

Mozart

El hombre que fue música creaba música todo el día y toda la noche y más allá del día y de la noche, como corriendo contra la muerte, como sabiendo que ella se lo llevaría temprano.

A ritmo de fiebre componía sus obras, una tras otra, y en sus partituras dejaba líneas desnudas que abrían espacio para improvisar en el piano sus aventuras de la libertad.

No se sabe de dónde sacaba tiempo, pero en su vida fugaz pasó largas horas metido en los libros de su vasta biblioteca o enredado en animadas

discusiones con gente muy mal vista por la policía imperial, como Joseph von Sonnenfels, el jurista que logró que en Viena se prohibiera la tortura por primera vez en Europa. Sus amigos eran enemigos del despotismo y de la estupidez. Hijo del Siglo de las Luces, lector de la enciclopedia francesa, Mozart compartió las ideas que sacudieron su época.

A los veinticinco años perdió su empleo de músico del rey, y nunca más volvió a la corte. Desde entonces, vivió de sus conciertos y de la venta de sus obras, que eran muchas y tenían mucho valor pero poco precio.

Fue un artista independiente, cuando la independencia era cosa rara, y cara le costó. Por castigo de su libertad, murió ahogado en deudas: tanta música le debía el mundo, y él murió debiendo.

Pelucas



En la corte de Versalles, más de cien *perruquiers* se ocupaban de estos artificios, que de un salto habían atravesado el Canal de la Mancha para aterrizar en los cráneos del rey de Inglaterra, el duque de York y otros traficantes de esclavos que imponían la moda francesa a la alta nobleza británica.

Las pelucas masculinas habían nacido en Francia para exhibir el privilegio de clase, y no para ocultar la calvicie. Las de pelo natural, regadas de talco, eran las más caras, y las que más horas de trabajo exigían cada mañana.

Clase alta, altas torres: las damas, ayudadas por los postizos, que ahora se llaman extensiones, lucían complicadas armazones de alambre que elevaban sus cabezas en pisos sucesivos, exuberantes de plumas y de flores. La azotea capilar podía estar decorada por barquitos de vela o granjas con animalitos y todo. No resultaba fácil construir todo eso, y sostenerlo en la cabeza era una hazaña. Y por si fuera poco, ellas debían arreglárselas para moverse metidas en enormes miriñaques que las obligaban a caminar chocándose.

El peinado y el vestido ocupaban casi todo el tiempo y la energía de la aristocracia. El resto se consagraba a los banquetes. Tanto sacrificio había dejado exhaustos a las damas y a los caballeros. Escasa resistencia encontró la revolución francesa cuando les atragantó la comilona y suprimió las pelucas y los miriñaques.

La despreciable mano humana

En 1783, el rey de España decretó que los oficios manuales no eran deshonrosos.

Hasta entonces, no merecían el trato de don quienes hubieran vivido o vivieran del trabajo de sus manos, ni quienes tuvieran padre, madre o abuelos dedicados a oficios bajos y viles.

Desempeñaban oficios bajos y viles
los que trabajaban la tierra,
los que trabajaban la piedra,
los que trabajaban la madera,
los que vendían al por menor,
los sastres,
los barberos,
los especieros
y los zapateros.
Estos seres degradados pagaban impuestos.
En cambio, estaban exentos de impuestos
los militares,
los nobles
y los curas.

La revolucionaria mano humana

En 1789, la cárcel de la Bastilla fue asaltada, y conquistada, por el pueblo en furia.

Y en toda Francia los productores se alzaron contra los parásitos. La población se negó a seguir pagando los tributos y los diezmos que habían engordado a la monarquía, a la aristocracia y a la Iglesia, venerables instituciones a las que nadie había podido encontrar, nunca, ninguna utilidad.

El rey y la reina huyeron. El carruaje emprendió viaje hacia el norte, hacia la frontera. Los principitos iban vestidos de nenas. La institutriz, disfrazada de

baronesa, llevaba un pasaporte ruso. El rey, Luis XVI, era su mayordomo. La reina, María Antonieta, su mucama.

Se había hecho noche cuando llegaron a Varennes.

De pronto, una multitud emergió de las sombras, rodeó el carruaje, atrapó a los monarcas y los devolvió a París.

María Antonieta

Poca importancia tenía el rey. La reina, María Antonieta, era la odiada. Odiada por extranjera, porque bostezaba durante las ceremonias reales, porque no usaba corset y porque tenía amantes Y por sus despilfarros. La llamaban *Madame Déficit*.

Fue muy concurrido el espectáculo. La multitud rugió una ovación cuando la cabeza de María Antonieta rodó a los pies del verdugo.

La cabeza desnuda. Sin collar.

Toda Francia estaba convencida de que la reina había comprado la joya más cara de Europa, un collar de seiscientos cuarenta y siete diamantes. También creían todos que ella había dicho que si el pueblo no tenía pan, bien podía comer tortas.

La Marsellesa

El himno más famoso del mundo nació de un famoso momento de la historia universal. Pero también nació de la mano que lo escribió y de la boca que por primera vez lo tarareó: la mano y la boca de su nada famoso autor, el capitán Rouget de Lisle, que lo compuso en una noche.

Dictaron la letra las voces de la calle, y la música brotó como si el autor la hubiera tenido adentro, desde siempre, esperando salir.

Corría el año 1792, horas turbulentas: las tropas prusianas avanzaban contra la revolución francesa. Arengas y proclamas alborotaban las calles de Estrasburgo:

—¡A las armas, ciudadanos!

En defensa de la revolución acosada, el recién reclutado ejército del Rin partió hacia el frente. El himno de Rouget dio brío a las tropas. Sonó, emocionó;

y un par de meses después reapareció, quién sabe cómo, en la otra punta de Francia. Los voluntarios de Marsella marcharon al combate entonando esa canción poderosa, que pasó a llamarse la Marsellesa, y toda Francia le hizo coro. Y el pueblo asaltó, cantándola, el palacio de las Tullerías.

El autor marchó preso. El capitán Rouget era sospechoso de traición a la patria, porque había cometido la insensatez de discrepar con doña Guillotina, la más afilada ideóloga de la revolución.

Por fin, salió de la cárcel. Sin uniforme, sin salario.

Durante años arrastró su vida, comido por las pulgas, corrido por la policía. Cuando decía que él era el papá del himno de la revolución, la gente se le reía en la cara.

Himnos

El primer himno nacional del que se tenga noticia nació en Inglaterra, de padres desconocidos, en 1745. Sus versos anunciaban que el reino iba a aplastar a los rebeldes escoceses, para desbaratar los trucos de esos bribones.

Medio siglo después, la Marsellesa advertía que la revolución iba a regar *los campos de Francia con la sangre impura de los invasores*.

A principios del siglo diecinueve, el himno de los Estados Unidos profetizaba su vocación imperial, por Dios bendita: *Conquistar debemos, cuando nuestra causa es justa*. Y a fines de ese siglo, los alemanes consolidaban su tardía unidad nacional erigiendo trescientas veintisiete estatuas al emperador Guillermo y cuatrocientas setenta al príncipe Bismarck, mientras cantaban el himno que ponía a Alemania *über alles*, por encima de todos.

Por regla general, los himnos confirman la identidad de cada nación por medio de las amenazas, los insultos, el autoelogio, la alabanza de la guerra y el honroso deber de matar y morir.

En América Latina, estas liturgias, consagradas a los laureles de los próceres, parecen obra de los empresarios de pompas fúnebres:

el himno uruguayo nos invita a elegir entre la patria y la tumba
y el paraguayo entre la república y la muerte,
el argentino nos exhorta a que juremos con gloria morir,
el chileno anuncia que su tierra será tumba de los libres,
el guatemalteco llama a vencer o morir,
el cubano asegura que morir por la patria es vivir,
el ecuatoriano comprueba que el holocausto de los héroes es germen
fecundo,
el peruano exalta el terror de sus cañones,

el mexicano aconseja empapar los patrios pendones en olas de sangre y en sangre de héroes se baña el himno colombiano, que con geográfico entusiasmo combate en las Termópilas.

Olympia

Son femeninos los símbolos de la revolución francesa, mujeres de mármol o bronce, poderosas tetas desnudas, gorros frigos, banderas al viento.

Pero la revolución proclamó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, y cuando la militante revolucionaria Olympia de Gouges propuso la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, marchó presa, el Tribunal Revolucionario la sentenció y la guillotina le cortó la cabeza.

Al pie del cadalso, Olympia preguntó.

—*Si las mujeres estamos capacitadas para subir a la guillotina, ¿porqué no podemos subir a las tribunas públicas?*

No podían. No podían hablar, no podían votar. La Convención, el Parlamento revolucionario, había clausurado todas las asociaciones políticas femeninas y había prohibido que las mujeres discutieran con los hombres en pie de igualdad.

Las compañeras de lucha de Olympia de Gouges fueron encerradas en el manicomio. Y poco después de su ejecución, fue el turno de Manon Roland. Manon era la esposa del ministro del Interior, pero ni eso la salvó. La condenaron por su *antinatural tendencia a la actividad política*. Ella había traicionado su naturaleza femenina, hecha para cuidar el hogar y parir hijos valientes, y había cometido la mortal insolencia de meter la nariz en los masculinos asuntos de estado.

Y la guillotina volvió a caer.

La guillotina

Una alta puerta sin puerta, un marco vacío. En lo alto, suspendido, el filo mortal.

Tuvo varios nombres: la Máquina, la Viuda, la Afeitadora. Cuando decapitó al rey Luis, pasó a llamarse la Luisita. Y por fin fue bautizada, para siempre, la Guillotina.

En vano protestó Joseph Guillotin. Una y mil veces alegó que no era hija suya esa verduga que sembraba el terror y atraía multitudes. Nadie escuchaba las razones de este médico, enemigo jurado de la pena de muerte: dijera lo que dijera, la gente seguía creyendo que era el papá de la primera actriz del espectáculo más popular de las plazas de París.

Y la gente también creyó, y sigue creyendo, que Guillotin murió guillotinado. En realidad, él echó el último suspiro en la paz del lecho, con la cabeza bien pegada al cuerpo.

La guillotina trabajó hasta 1977, cuando un modelo ultrarrápido, con mando eléctrico, ejecutó a un inmigrante árabe en el patio de la prisión de París.

La revolución perdió la cabeza

Para sabotear la revolución, los dueños de la tierra incendiaban sus propias cosechas. El fantasma del hambre rondaba las ciudades. Los reinos de Austria, Prusia, Inglaterra, España y Holanda se alzaban en pie de guerra contra la contagiosa revolución francesa, que ofendía las tradiciones y amenazaba la santísima trinidad de la corona, la peluca y la sotana.

Acosada por dentro y por fuera, la revolución hervía. El pueblo era el público que veía lo que se estaba haciendo en su nombre. No mucha gente asistía a los debates. El tiempo no daba. Había que hacer cola para comer.

Las divergencias conducían al cadalso. Porque todos los dirigentes de la revolución francesa eran enemigos de la monarquía, pero algunos tenían un rey adentro, y por derecho revolucionario, nuevo derecho divino, eran dueños de la verdad absoluta y exigían el poder absoluto. Y quien osara discrepar era contrarrevolucionario, aliado del enemigo, espía extranjero y traidor a la causa.

Marat se salvó de la guillotina porque una señorita chiflada lo apuñaló cuando se estaba bañando.

Saint Just, inspirado por Robespierre, acusó a Danton.

Danton, condenado a muerte, pidió que no se olvidaran de exhibir su cabeza a la curiosidad pública y dejó su par de huevos, en herencia, a Robespierre. Dijo que los iba a necesitar.

Tres meses después, Saint Just y Robespierre fueron decapitados.

Sin quererlo ni saberlo, la república, caótica, desesperada, trabajaba por la restauración del orden monárquico. La revolución que había anunciado

libertad, igualdad y fraternidad terminó abriendo paso al despotismo de Napoleón Bonaparte, que fundó su propia dinastía.

Büchner

En 1835, los diarios alemanes publicaron este anuncio de las autoridades:

SE BUSCA
Georg Büchner, estudiante de medicina de Darmstadt,
21 años de edad, ojos grises, frente prominente, nariz grande,
boca pequeña, miope.

Büchner, agitador social, organizador de campesinos pobres, traidor a su clase, huía de la policía.

Poco después, a los veintitrés años, murió.

Murió de fiebres: tanta vida en tan poquito tiempo. Entre salto y salto de su vida fugitiva, Büchner escribió, con un siglo de anticipación, las obras que iban a fundar el teatro moderno: «Woyzzek», «Leoncio y Lena», «La muerte de Dantón».

En «La muerte de Dantón», este revolucionario alemán tuvo el coraje de poner en escena, desde el dolor y sin consuelo, el trágico destino de la revolución francesa, que había empezado anunciando el despotismo de la libertad y había acabado imponiendo el despotismo de la guillotina.

La maldición blanca

Los esclavos negros de Haití propinaron tremenda paliza al ejército de Napoleón Bonaparte; y en 1804 la bandera de los libres se alzó sobre las ruinas.

Pero Haití fue, desde el pique, un país arrasado. En los altares de las plantaciones francesas de azúcar se habían inmolido tierras y brazos, y las calamidades de la guerra habían exterminado a la tercera parte de la población.

El nacimiento de la independencia y la muerte de la esclavitud, hazañas negras, fueron humillaciones imperdonables para los blancos dueños del mundo.

Dieciocho generales de Napoleón habían sido enterrados en la isla rebelde. La nueva nación, parida en sangre, nació condenada al bloqueo y a la soledad: nadie le compraba, nadie le vendía, nadie la reconocía. Por haber sido infiel al amo colonial, Haití fue obligada a pagar a Francia una indemnización gigantesca. Esa expiación del pecado de la dignidad, que estuvo pagando durante cerca de un siglo y medio, fue el precio que Francia le impuso para su reconocimiento diplomático.

Nadie más la reconoció. Tampoco la Gran Colombia de Simón Bolívar, aunque él le debía todo. Barcos, armas y soldados le había dado Haití, con la sola condición de que liberara a los esclavos, una idea que al Libertador no se le había ocurrido. Después, cuando Bolívar triunfó en su guerra de independencia, se negó a invitar a Haití al congreso de las nuevas naciones americanas.

Haití siguió siendo la leprosa de las Américas.

Thomas Jefferson había advertido, desde el principio, que había que confinar la peste en esa isla, porque de allí provenía el mal ejemplo.

La peste, el mal ejemplo: desobediencia, caos, violencia. En Carolina del Sur, la ley permitía encarcelar a cualquier marinero negro, mientras su barco estuviera en puerto, por el riesgo de que pudiera contagiar la fiebre antiesclavista que amenazaba a todas las Américas. En Brasil, esa fiebre se llamaba haitianismo.

Toussaint

Nace esclavo, hijo de esclavos.

Es raquítrico y feo.

Pasa la infancia charlando con los caballos y las plantas.

Los años lo hacen cochero del amo y médico de sus jardines.

No ha matado ni una mosca cuando las cosas de la guerra lo ponen donde está. Ahora lo llaman Toussaint L'Ouverture, porque a golpes de espada abre las defensas enemigas. Este general improvisado adoctrina a sus soldados, esclavos analfabetos, explicándoles el porqué y el cómo de la revolución, mediante los cuentos que aprendió o inventó cuando era chico.

En 1803, ya el ejército francés está en las últimas.

El general Leclerc, cuñado de Napoleón, le ofrece:

—*Conversemos.*

Toussaint acude.
Lo atrapan, lo encadenan, lo embarcan.
Preso en el castillo más frío de Francia, de frío muere.

Muchas veces murió la esclavitud

Consulte cualquier enciclopedia. Pregunte cuál fue el primer país que abolió la esclavitud. La enciclopedia responderá: Inglaterra.

Es verdad que un buen día cambió de opinión el imperio británico, campeón mundial del tráfico negrero, cuando haciendo números advirtió que ya no era tan rentable la venta de carne humana. Pero Londres descubrió que la esclavitud era mala en 1807, y tan poco convincente resultó la noticia, que treinta años después tuvo que repetirla dos veces.

También es verdad que la revolución francesa había liberado a los esclavos de las colonias, pero el decreto libertador, que se llamó inmortal, murió poco después, asesinado por Napoleón Bonaparte.

El primer país libre, de veras libre, fue Haití. Abolió la esclavitud tres años antes que Inglaterra, en una noche iluminada por el sol de las hogueras, mientras celebraba su recién ganada independencia y recuperaba su olvidado nombre indígena.

La muerta que habla

La abolición de la esclavitud también se fue repitiendo, todo a lo largo del siglo diecinueve, en las nuevas patrias latinoamericanas.

La repetición era la prueba de su impotencia. En 1821, Simón Bolívar declaró muerta la esclavitud. Treinta años después, la difunta seguía gozando de buena salud, y nuevas leyes de abolición fueron dictadas en Colombia y en Venezuela.

En los días en que se promulgó la Constitución de 1830, los diarios del Uruguay publicaban ofertas así:

Se vende muy barato un negro zapatero.

Se vende una criada recién parida, propia para ama.

Se vende una negra joven, de 17 años, sin vicios.

Se vende una parda muy ladina para todo trabajo de estancia, y un tacho grande.

Cinco años antes, en 1825, se había promulgado la primera ley uruguaya contra la venta de gente, que tuvo que ser repetida en 1842, 1846 y 1853.

Brasil fue el último país de las Américas y el penúltimo del mundo. Allí, hubo esclavitud legal hasta fines del siglo diecinueve. Después también hubo, pero ilegal; y sigue habiendo. En 1888, el gobierno brasileño mandó quemar toda la documentación existente sobre el tema. Así, el trabajo esclavo fue oficialmente borrado de la historia patria. Murió sin haber existido, y existe aunque murió.

Las edades de Iqbal

En Pakistán, como en otros países, la esclavitud sobrevive.

Los niños pobres son objetos descartables.

Cuando Iqbal Maiz tenía cuatro años, sus padres lo vendieron por quince dólares.

Lo compró un fabricante de alfombras. Encadenado al telar, trabajaba catorce horas por día. A los diez años, Iqbal tenía espalda de jorobado y pulmones de viejo.

Entonces huyó y viajó y se convirtió en el portavoz de los niños esclavos de Pakistán.

En 1995, cuando tenía doce años, un balazo lo volteó de la bicicleta.

Prohibido ser mujer

En 1804, Napoleón Bonaparte se consagró emperador y dictó un Código Civil, el llamado Código Napoleón, que todavía sirve de modelo jurídico al mundo entero.

Esta obra maestra de la burguesía en el poder consagró la doble moral y elevó el derecho de propiedad al más alto sitio en el altar de las leyes.

Las mujeres casadas fueron privadas de derechos, como los niños, los criminales y los débiles mentales. Ellas debían obediencia al marido. Estaban obligadas a seguirlo, dondequiera que fuese, y necesitaban su autorización para casi todo, excepto para respirar.

El divorcio, que la revolución francesa había reducido a un trámite simple, fue limitado por Napoleón a las faltas graves. El marido se podía divorciar por adulterio de su esposa. La esposa sólo se podía divorciar si el entusiasta había acostado a su amante en el lecho conyugal.

El marido adúltero pagaba una multa, en el peor de los casos. La esposa adúltera iba a la cárcel, en cualquier caso.

El Código no otorgaba permiso para matar a la infiel si era sorprendida en falta. Pero cuando el marido traicionado la ejecutaba, los jueces, siempre hombres, silbaban y miraban para otro lado.

Estas disposiciones, estas costumbres, rigieron en Francia durante más de un siglo y medio.

El arte oficial en Francia

En plena conquista de Europa, al frente de su inmenso ejército Napoleón cruzó los Alpes.

Lo pintó Jacques Louis David.

En el cuadro, Napoleón luce su vistoso uniforme de gala de general en jefe del ejército francés. La capa dorada ondula, con oportuna elegancia, al viento. Él alza la mano, señalando al cielo. Su brioso corcel blanco, crines y cola enrollados en la peluquería, acompaña el gesto parándose en dos patas. Las rocas del suelo llevan grabados los nombres de Bonaparte y sus colegas Aníbal y Carlomagno.

En realidad, Napoleón no llevaba uniforme militar. Él atravesó esas heladas alturas temblando de frío, envuelto en un grueso abrigo gris que le tapaba los ojos, a lomo de una muía parda que hacía lo posible por no caerse en las resbalosas rocas anónimas.

Beethoven

Vivió una infancia prisionera, y creyó en la libertad como si fuera religión.

Por ella dedicó a Napoleón su tercera sinfonía y después borró la dedicatoria,

inventó música sin miedo al qué dirán,

se burló de los príncipes,
vivió en perpetuo desacuerdo con todo el mundo,
fue solo y fue pobre, y tuvo que mudarse de casa más de sesenta veces.
Y odió la censura.

La censura cambió el nombre de la «Oda a la libertad», del poeta Friedrich von Schiller, que pasó a ser la «Oda a la alegría» de la Novena Sinfonía.

En el estreno de la Novena, en Viena, Beethoven se vengó. Dirigió la orquesta y el coro con tan desenfrenado brío que la censurada «Oda» se convirtió en un himno a la alegría de la libertad.

Ya la obra había concluido y él seguía de espaldas al público, hasta que alguien lo dio vuelta y él pudo ver la ovación que no podía escuchar.

Fundación de las agencias de noticias

Napoleón fue definitivamente aniquilado por los ingleses en la batalla de Waterloo, al sur de Bruselas.

El mariscal Arthur Wellesley, duque de Wellington, se adjudicó la victoria, pero el vencedor fue el banquero Nathan Rothschild, que no disparó ni un tiro y estaba muy lejos de allí.

Rothschild operó al mando de una minúscula tropa de palomas mensajeras. Las palomas, veloces y bien amaestradas, le llevaron la noticia a Londres. Él supo antes que nadie que Napoleón había sido derrotado, pero hizo correr la voz de que la victoria francesa había sido fulminante, y despistó al mercado desprendiéndose de todo lo que fuera británico, bonos, acciones, dinero. Y en un santiamén todos lo imitaron, porque él siempre sabía lo que hacía, y a precio de basura vendieron los valores de la nación que creían vencida. Y entonces Rothschild compró. Compró todo, a cambio de nada.

Así Inglaterra triunfó en el campo de batalla y fue derrotada en la Bolsa de Valores.

El banquero Rothschild multiplicó por veinte su fortuna y se convirtió en el hombre más rico del mundo.

Algunos años después, a mediados del siglo diecinueve, nacieron las primeras agencias internacionales de prensa: Havas, que ahora se llama France Presse, Reuter, Associated Press...

Todas usaban palomas mensajeras.

Fundación del *croissant*

Napoleón, símbolo de Francia, nació en Córcega. Su padre, enemigo de Francia, lo bautizó Napoleone.

Otro símbolo de Francia, el *croissant*, nació en Viena. Por algo tiene nombre y forma de luna creciente. La luna creciente era, y es, emblema musulmán. Las tropas turcas habían puesto sitio a Viena. La ciudad rompió el cerco, un día de 1683, y esa misma noche, en el horno de una pastelería, Peter Wender inventó el *croissant*: para comer a los vencidos.

Y Franz Georg Koltschitzky, un cosaco que se había batido por Viena, pidió en recompensa las bolsas de granos de café que los turcos habían abandonado en la retirada, y abrió la primera cafetería de la ciudad: para beber a los vencidos.

Fundación de la mesa francesa

Jean Anthelme Brillat-Savarin, revolucionario desilusionado, y Grimod de la Reynière, nostálgico monárquico, fundaron la mesa que hoy por hoy es el emblema de Francia.

Ya la revolución había quedado atrás, ya los siervos habían cambiado de señores. Un nuevo orden nacía, una nueva clase mandaba, y ellos se dedicaron a educar los paladares de la burguesía triunfante.

A Brillat-Savarin, autor del primer tratado de gastronomía, se le atribuye la frase: *Dime qué comes y te diré quién eres*, que tan repetida ha sido por tantos, y también: *Un plato nuevo contribuye a la felicidad humana más que una nueva estrella*. Su sabiduría provenía de Aurora, la mamá, una especialista que a los noventa y nueve años murió en la mesa: se sintió mal, apuró el vaso de vino y suplicó que le trajeran con urgencia el postre.

Grimod de la Reynière fue el fundador del periodismo gastronómico. Sus artículos, publicados en periódicos y almanaques, orientaron las cocinas de los restaurantes donde el arte de buen comer había dejado de ser un lujo reservado a los salones de la nobleza. No tenía manos el que más mano tenía: Reynière, el gran maestro de la pluma y del cucharón, había nacido sin manos y con garfios escribía, cocinaba y comía.

Goya

En 1814, Fernando VII posó para Francisco de Goya. Eso nada tenía de raro. Goya, artista oficial de la corona española, estaba pintando el retrato del nuevo monarca. Pero el artista y el rey se detestaban.

El rey sospechaba, con toda razón, que era mentirosamente amable esa pintura cortesana. El artista no tenía más remedio que cumplir con su trabajo ganapán, que le daba de comer y le brindaba una buena armadura contra los embates de la Santa Inquisición. Al Tribunal de Dios no le faltaban ganas de quemar vivo al autor de *La maja desnuda* y de numerosas obras que hacían mofa de la virtud de los frailes y de la bravura de los guerreros.

El rey tenía el poder y el artista no tenía nada. Fernando había llegado al trono para restablecer la Inquisición y los privilegios del señorío, en andas de una multitud que lo aclamaba gritando:

—¡Vivan las cadenas!

A la corta, más que a la larga, Goya perdió su puesto de pintor del rey, y fue sustituido por Vicente López, obediente burócrata del pincel.

Entonces el artista desempleado buscó refugio en una quinta, a orillas del río Manzanares, y en esas paredes nacieron las obras maestras de la llamada *pintura negra*.

Goya las pintó para él, por su puro gusto o disgusto, en las noches de soledad y desesperación, a la luz de las velas que erizaban su sombrero.

Y así este sordo de absoluta sordera fue capaz de escuchar las voces rotas de su tiempo, y les dio forma y color.



Mariana

En 1814, el rey Fernando mató a la Pepa.

Pepa era el nombre que el pueblo daba a la Constitución de Cádiz, que dos años antes había abolido la Inquisición y había consagrado la libertad de prensa, el derecho de voto y otras insolencias.

El rey decidió que la Pepa no había sido. *La declaró nula y de ningún valor ni efecto, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, que debían quitarse de enmedio del tiempo.*

Y después, para quitar de enmedio del tiempo a los enemigos del despotismo monárquico, se alzaron patíbulos en toda España.

Una mañana de 1831, bien tempranito, ante una de las puertas de la ciudad de Granada, el verdugo dio vueltas al torniquete hasta que el collar de hierro rompió el cuello de Mariana Pineda.

Ella fue culpable. Por bordar una bandera, por no delatar a los conspiradores de la libertad y por negar el favor de sus amores al juez que la condenó.

Mariana tuvo vida breve. Le gustaban las ideas prohibidas, los hombres prohibidos, las mantillas negras, el chocolate y las canciones suavécitas.

Abanicos

Las liberalas, que así les decían los policías de Cádiz, conspiraban en clave.

De sus abuelas andaluzas habían aprendido el lenguaje secreto del abanico, que lo mismo servía para desobedecer al marido o al rey: esos lentos despliegues y súbitos repliegues, esas ondulaciones, esos aleteos.

Si las damas se quitaban el pelo de la frente con el abanico cerrado, decían: *No me olvidés*.

Si escondían los ojos detrás del abanico abierto: *Te amo*.

Si despleaban el abanico sobre los labios: *Bésame*.

Si apoyaban los labios sobre el abanico cerrado: *No me fio*.

Si con un dedo rozaban las varillas: *Tenemos que hablar*.

Si abanicándose se asomaban al balcón: *Nos vemos afuera*.

Si cerraban el abanico al entrar: *Hoy no puedo salir*.

Si se abanicaban con la mano izquierda: *No creas en ésa*.

El arte oficial en Argentina

25 de mayo de 1810: llueve en Buenos Aires. Bajo los paraguas, hay una multitud de sombreros de copa. Se reparten escarapelas celestes y blancas. Reunidos en la que hoy se llama Plaza de Mayo, los señores de levita claman que viva la patria y exigen que se vaya el virrey.

En la realidad real, no maquillada por las litografías escolares, no hubo sombreros de copa, ni escarapelas, ni levitas, y parece que ni siquiera hubo

lluvia ni paraguas. Hubo un coro de gente reclutada para apoyar, desde afuera, a los pocos que dentro del Cabildo discutían la independencia.

Esos pocos, tenderos, contrabandistas, ilustrados doctores y jefes militares, fueron los próceres que dieron nombre a las avenidas y a las calles principales.

No bien declararon la independencia, implantaron el comercio libre.

Así el puerto de Buenos Aires asesinó en el huevo a la industria nacional, que estaba naciendo en las hilanderías, tejedurías, destilerías, talabarterías y demás talleres artesanales de Córdoba, Catamarca, Tucumán, Santiago del Estero, Corrientes, Salta, Mendoza, San Juan...

Pocos años después, el canciller británico George Canning brindó celebrando la libertad de las colonias españolas en América:

—*Hispanoamérica es inglesa* —comprobó, alzando la copa.

Inglesas eran hasta las piedras de las veredas.

La independencia que no fue

Así acabaron sus días los héroes de la emancipación latinoamericana.

Fusilados: Miguel Hidalgo, José María Morelos, José Miguel Carrera y Francisco de Morazán.

Asesinado: Antonio José de Sucre.

Ahorcado y descuartizado: Tiradentes.

Exiliados: José Artigas, José de San Martín, Andrés de Santa Cruz y Ramón Betances.

Encarcelados: Toussaint L'Ouverture y Juan José Castelli.

José Martí cayó en batalla.

Simón Bolívar murió en soledad.

El 10 de agosto de 1809, mientras la ciudad de Quito celebraba la liberación, alguna mano anónima había escrito en un muro:

Último día del despotismo

y primero de lo mismo.

Dos años después, Antonio Nariño comprobó en Bogotá:

—*Hemos mudado de amos.*

El perdedor

Predicó en el desierto y murió solo.

Simón Rodríguez, que había sido maestro de Bolívar, anduvo medio siglo por los caminos de América, a lomo de mula, fundando escuelas y diciendo lo que nadie quería escuchar.

Un incendio se llevó casi todos sus papeles. Éstas son algunas de las palabras que sobrevivieron.

- * Sobre la independencia: *Somos independientes, pero no libres. Hágase algo por unos pobres pueblos que han venido a ser menos libres que antes. Antes tenían un rey pastor, que no se los comía sino después de muertos. Ahora se los come vivos el primero que llega.*
- * Sobre el colonialismo mental: *La sabiduría de Europa y la prosperidad de los Estados Unidos son, en América, dos enemigos de la libertad de pensar. Nada quieren las nuevas repúblicas admitir, que no traiga el pase... ¡Imiten la originalidad, ya que tratan de imitar todo!*
- * Sobre el colonialismo comercial: *Unos toman por prosperidad el ver sus puertos llenos de barcos... ajenos, y sus casas convertidas en almacenes de efectos... ajenos. Cada día llega una remesa de ropa hecha, y hasta de gorras para los indios. En breve se verán paquetitos dorados, con las armas de la corona, conteniendo greda preparada «por un nuevo proceder», para los muchachos acostumbrados a comer tierra.*
- * Sobre la educación popular: *Mandar recitar de memoria lo que no se entiende, es hacer papagayos. Enseñen a los niños a ser preguntones, para que se acostumbren a obedecer a la razón: no a la autoridad como los limitados, ni a la costumbre como los estúpidos. Al que no sabe, cualquiera lo engaña. Al que no tiene, cualquiera lo compra.*

Artigas

La arquitectura de la muerte es una especialidad militar. En 1977, la dictadura uruguaya erigió un monumento funerario en memoria de José Artigas.

Este enorme adefesio fue una cárcel de lujo: había fundadas sospechas de que el héroe podía escaparse, un siglo y medio después de su muerte.

Para decorar el mausoleo, y disimular la intención, la dictadura buscó frases del prócer. Pero el hombre que había hecho la primera reforma agraria de América, el general que se hacía llamar ciudadano Artigas, había dicho que los más infelices debían ser los más privilegiados, había afirmado que jamás iba a

vender nuestro rico patrimonio al bajo precio de la necesidad, y una y otra vez había repetido que su autoridad emanaba del pueblo y ante el pueblo cesaba.

Los militares no encontraron ninguna frase que no fuera peligrosa.

Decidieron que Artigas era mudo.

En las paredes, de mármol negro, no hay más que fechas y nombres.

Dos traidores

Domingo Faustino Sarmiento odió a José Artigas. A nadie odió tanto.

Traidor a su raza, lo llamó, y era verdad. Siendo blanco y de ojos claros, Artigas se batió junto a los gauchos mestizos y a los negros y a los indios. Y fue vencido y marchó al exilio y murió en la soledad y el olvido.

Sarmiento también era traidor a su raza. No hay más que ver sus retratos. En guerra contra el espejo, predicó y practicó el exterminio de los argentinos de piel oscura, para sustituirlos por europeos blancos y de ojos claros. Y fue presidente de su país y egregio prócer, gloria y loor, héroe inmortal.

Constituciones

La principal avenida de Montevideo se llama 18 de Julio, en homenaje al nacimiento de la Constitución del Uruguay, y el estadio donde se jugó el primer campeonato mundial de fútbol fue construido para celebrar el primer siglo de vida de esa ley fundacional.

El magno texto de 1830, calcado del proyecto de la Constitución argentina, negaba la ciudadanía a las mujeres, a los analfabetos, a los esclavos *y a quien fuera sirviente a sueldo, peón jornalero o simple soldado de línea*. Sólo uno de cada diez uruguayos tuvo el derecho de ser ciudadano del nuevo país, y el noventa y cinco por ciento no votó en las primeras elecciones.

Y así fue en toda América, de norte a sur. Todas nuestras naciones nacieron mentidas. La independencia renegó de quienes, peleando por ella, se habían jugado la vida; y las mujeres, los pobres, los indios y los negros no fueron invitados a la fiesta. Las Constituciones dieron prestigio legal a esa mutilación.

Bolivia demoró ciento ochenta y un años en enterarse de que era un país de amplia mayoría indígena. La revelación ocurrió en el año 2006, cuando Evo

Morales, indio aymara, pudo consagrarse presidente por una avalancha de votos.

Ese mismo año, Chile se enteró de que la mitad de los chilenos eran chilenas, y Michelle Bachelet fue presidenta.

América según Humboldt

Mientras el siglo diecinueve daba sus primeros pasos, Alexander von Humboldt entró en América y descubrió sus adentros. Años después, escribió:

- * Sobre las clases sociales: *México es el país de la desigualdad. Salta a la vista la desigualdad monstruosa de los derechos y las fortunas. La piel más o menos blanca decide la clase que ocupa el hombre en la sociedad.*
- * Sobre los esclavos: *En ningún lugar uno se avergüenza tanto de ser europeo como en las Antillas, sean francesas, inglesas, danesas o españolas. Discutir sobre qué nación trata mejor a los negros es como elegir entre ser acuchillado o desollado.*
- * Sobre los indios: *Entre todas las religiones, ninguna enmascara tanto la infelicidad humana como la religión cristiana. Quien visite a los desafortunados americanos sujetos al látigo de los frailes, no querrá volver a saber nada más de los europeos y su teocracia.*
- * Sobre la expansión de los Estados Unidos: *Las conquistas de los norteamericanos me disgustan mucho. Les deseo lo peor en el México tropical. Y lo mejor sería que se quedaran en casa, en lugar de difundir su loca esclavitud.*

Fundación de la ecología

Este alemán curioso y valiente estaba preocupado por el desarrollo sostenible, mucho antes de que eso se llamara así. En todas partes lo maravillaba la diversidad de los recursos naturales, y lo horrorizaba el poco respeto que se les tenía.

En la isla Uruana, en el río Orinoco, Humboldt advirtió que los indios no recogían una buena parte de los huevos que las tortugas dejaban en la playa,

para que la reproducción continuara, pero los europeos no habían imitado esa buena costumbre y su voracidad estaba extinguiendo una riqueza que la naturaleza había puesto al alcance de la mano.

¿Por qué descendían las aguas en el lago venezolano de Valencia? Porque las plantaciones coloniales habían arrasado los bosques nativos. Humboldt decía que los viejos árboles demoraban la evaporación del agua de lluvia, evitaban la erosión del suelo y garantizaban el equilibrio armonioso de los ríos y las lluvias. Su asesinato era la causa de las sequías feroces y las inundaciones imparables:

—No sólo el lago de Valencia —decía—. Todos los ríos de la región son cada vez menos caudalosos. La cordillera está deforestada. Los colonos europeos destruyen los bosques. Los ríos se secan, durante buena parte del año, y cuando en la cordillera llueve se convierten en torrentes que arrasan los campos.

A Bolivia la borraron del mapa

Una noche de 1867, el embajador del Brasil prendió al pecho del dictador de Bolivia, Mariano Melgarejo, la Gran Cruz de la Orden Imperial del Crucero. Melgarejo tenía la costumbre de obsequiar pedazos de país a cambio de condecoraciones o caballos. Aquella noche, se le saltaron las lágrimas y ahí nomás regaló al embajador sesenta y cinco mil kilómetros cuadrados de selva boliviana rica en caucho. Con ese regalo, y doscientos mil kilómetros cuadrados más de selva conquistada por guerra, Brasil se quedó con los árboles que lloraban goma para el mercado mundial.

En 1884, Bolivia perdió otra guerra, esta vez contra Chile. La llamaron Guerra del Pacífico, pero fue la Guerra del Salitre. El salitre, vasta alfombra de brillante blancura, era el más codiciado fertilizante de la agricultura europea y un ingrediente importante de la industria militar. El empresario inglés John Thomas North, que en las fiestas se disfrazaba de Enrique VIII, devoró todo el salitre que había sido de Perú y de Bolivia. Chile ganó la guerra y él la cobró. Perú perdió mucho y también perdió mucho Bolivia, que quedó sin salida al mar, sin cuatrocientos kilómetros de costa, sin cuatro puertos, sin siete caletas y sin ciento veinte mil kilómetros cuadrados de desiertos ricos en salitre.

Pero este país tantas veces mutilado no fue oficialmente borrado del mapa hasta que ocurrió un incidente diplomático en la ciudad de La Paz.

Puede que sí, puede que no. Muchas veces me lo contaron, y así lo cuento: Melgarejo, el dictador borracho, dio la bienvenida al representante de Inglaterra ofreciéndole un vaso de chicha, el maíz fermentado que era y es la bebida nacional. El diplomático agradeció y elogió las virtudes de la chicha, pero dijo

que prefería chocolate. Entonces el presidente lo convidó, amablemente, con una enorme tinaja llena de chocolate. Toda la noche pasó el embajador, prisionero, obligado a beber este castigo hasta la última gota, y al amanecer fue paseado en burro, montado al revés, por las calles de la ciudad.

Cuando la reina Victoria se enteró del asunto, en su palacio de Buckingham, mandó traer un mapamundi. Preguntó dónde diablos quedaba Bolivia, tachó el país con una cruz de tiza y sentenció:

—*Bolivia no existe.*

A México le comieron el mapa

Entre 1833 y 1855, Antonio López de Santa Anna fue once veces presidente de México.

En ese período, México perdió Texas, California, Nuevo México, Arizona, Nevada, Utah y buena parte de Colorado y de Wyoming.

México se redujo a la mitad al módico precio de quince millones de dólares y una cantidad de soldados muertos, indios y mestizos, que nunca fueron contados.

La mutilación había empezado en Texas, que por entonces se llamaba Tejas. Allí la esclavitud estaba prohibida. Sam Houston y Stephen Austin, dueños de negros, encabezaron la invasión que restableció la esclavitud.

Estos ladrones de tierras ajenas son ahora héroes de la libertad y próceres de la patria. La salud y la cultura llevan sus nombres. Houston brinda curación o consuelo a los enfermos graves y Austin otorga lustre a los intelectuales.

A Centroamérica le rompieron el mapa

Francisco Morazán no murió en la primera descarga. Se levantó, como pudo, y él mismo mandó corregir la puntería y dio la orden de fuego.

Después, el tiro de gracia le partió la cabeza.

Partida quedó, también, Centroamérica. Cinco pedazos, que ahora son seis. Estos seis países, que se ignoran y se malquieren, habían sido, en tiempos de Morazán, una sola república.

Él había presidido Centroamérica desde 1830 hasta 1838. La había querido unida, y por ella peleó.

En su última batalla, reunió a ochenta hombres contra cinco mil.

Cuando entró en San José de Costa Rica, atado al caballo, una multitud lo miró pasar en silencio.

Al rato nomás, recibió sentencia y fue fusilado y durante muchas horas siguió acribillándolo la lluvia.

Cuando Morazán nació, en Honduras, no había allí ni una sola escuela pública y ningún hospital donde los pobres pudieran entrar antes de pasar al cementerio.

Morazán convirtió los conventos en escuelas y hospitales, en Honduras y en toda Centroamérica, y el alto clero denunció que este Satán expulsado del Cielo tenía la culpa de la viruela y de la sequía y de la guerra que la Iglesia hizo contra él.

Trece años después de la caída de Morazán, William Walker invadió estas tierras.

El Predestinado

En 1856, William Walker se proclama presidente de Nicaragua. La ceremonia incluye discursos, desfile militar, misa y banquete con cincuenta y tres brindis de vinos europeos.

Una semana después, el embajador de los Estados Unidos, John H. Wheeler, reconoce oficialmente al nuevo presidente, y en su discurso lo compara con Cristóbal Colón.

Walker impone a Nicaragua la Constitución de Louisiana y restablece la esclavitud, que treinta años antes había sido abolida en toda Centroamérica. Lo hace por el bien de los negros, porque *las razas inferiores no pueden competir con la raza blanca, si no se les da un amo blanco que dirija sus energías.*

Este caballero de Tennessee, el Predestinado, recibe órdenes directas de Dios. Cavernoso, patibulario, siempre vestido de luto, encabeza una banda de mercenarios, reclutados en los muelles, que dicen ser los Caballeros del Círculo Dorado y también se hacen llamar, modestamente, Falange de los Inmortales.

Five or none, proclama Walker, que emprende la conquista de toda América Central.

Y los cinco países centroamericanos, divorciados, peleados, envenenados por los rencores mutuos, recuperan, al menos por un rato, su perdida unidad: se unen contra él.

En 1860, lo fusilan.

Mudanza de mapa

En 1821, la American Colonization Society compró un pedazo del África.

En Washington bautizaron al nuevo país, lo llamaron Liberia, y llamaron Monrovia a la capital en homenaje a James Monroe, que por entonces era presidente de los Estados Unidos. Y en Washington también diseñaron la bandera, igualita a la propia pero con una sola estrella, y eligieron las autoridades. En Harvard elaboraron la Constitución.

Los ciudadanos de la recién nacida nación eran esclavos liberados, o más bien expulsados, de las plantaciones del sur de los Estados Unidos.

Los que habían sido esclavos se convirtieron en amos no bien desembarcaron en tierra africana. La población nativa, negros salvajes de la selva, debía obediencia a estos recién llegados que venían de ser los últimos y pasaban a ser los primeros.

Al amparo de las cañoneras, ellos se apoderaron de las mejores tierras y se adjudicaron, en exclusiva, el derecho de voto.

Después, con el paso de los años, concedieron el caucho a las empresas Firestone y Goodrich y obsequiaron el petróleo, el hierro y los diamantes a otras empresas norteamericanas.

Sus herederos, cinco por ciento de la población total, siguen administrando esta base militar extranjera en África. Cada tanto, cuando el pobrerío entra en turbulencia, llaman a los *marines* para poner orden.

Mudanza de nombre

Aprendió a leer leyendo números. Jugar con números era lo que más la divertía y en las noches soñaba con Arquímedes.

El padre prohibía:

—*No son cosas de mujeres* —decía.

Cuando la revolución francesa fundó la Escuela Politécnica, Sophie Germain tenía dieciocho años. Quiso entrar. Le cerraron la puerta en las narices:

—*No son cosas de mujeres* —dijeron.

Por su cuenta, solita, estudió, investigó, inventó.

Enviaba sus trabajos, por correo, al profesor Lagrange. Sophie firmaba Monsieur Antoine-August Le Blanc, y así evitaba que el eximio maestro contestara:

—*No son cosas de mujeres.*

Llevaban diez años carteándose, de matemático a matemático, cuando el profesor supo que él era ella.

A partir de entonces, Sophie fue la única mujer aceptada en el masculino Olimpo de la ciencia europea: en las matemáticas, profundizando teoremas, y después en la física, donde revolucionó el estudio de las superficies elásticas.

Un siglo después, sus aportes contribuyeron a hacer posible, entre otras cosas, la torre Eiffel.

La torre lleva grabados los nombres de varios científicos.

Sophie no está.

En su certificado de defunción, de 1831, figuró como rentista, no como científica:

—*No son cosas de mujeres* —dijo el funcionario.

Las edades de Ada

A los dieciocho años, se fuga en brazos de su preceptor.

A los veinte se casa, o la casan, a pesar de su notoria incompetencia para los asuntos domésticos.

A los veintiuno, se pone a estudiar, por su cuenta, lógica matemática. No son ésas las labores más adecuadas para una dama, pero la familia le acepta el capricho, porque quizás así pueda entrar en razón y salvarse de la locura a la que está destinada por herencia paterna.

A los veinticinco, inventa un sistema infalible, basado en la teoría de las probabilidades, para ganar dinero en las carreras de caballos. Apuesta las joyas de la familia. Pierde todo.

A los veintisiete, publica un trabajo revolucionario. No firma con su nombre. ¿Una obra científica firmada por una mujer? Esa obra la convierte en la primera programadora de la historia: propone un nuevo sistema para dictar tareas a una máquina que ahorra las peores rutinas a los obreros textiles.

A los treinta y cinco, cae enferma. Los médicos diagnostican histeria. Es cáncer.

En 1852, a los treinta y seis años, muere. A esa misma edad había muerto su padre, lord Byron, poeta, a quien nunca vio.

Un siglo y medio después, se llama Ada, en su homenaje, uno de los lenguajes de programación de computadoras.

Ellos son ellas

En 1847, tres novelas conmueven a los lectores ingleses.

«*Cumbres borrascosas*», de Ellis Bell, cuenta una devastadora historia de pasión y venganza. «*Agnes Grey*», de Acton Bell, desnuda la hipocresía de la institución familiar. «*Jane Eyre*», de Currer Bell, exalta el coraje de una mujer independiente.

Nadie sabe que los autores son autoras. Los hermanos Bell son las hermanas Brontë.

Estas frágiles vírgenes, Emily, Anne, Charlotte, alivian la soledad escribiendo poemas y novelas en un pueblo perdido en los páramos de Yorkshire. Intrusas en el masculino reino de la literatura, se han puesto máscaras de hombres para que los críticos les disculpen el atrevimiento, pero los críticos maltratan sus obras *rudas, crudas, groseras, salvajes, brutales, libertinas...*

Flora

Flora Tristán, abuela de Paul Gauguin, errante militante, peregrina de la revolución, dedicó su turbulenta vida a pelear contra el derecho de propiedad del marido sobre la mujer, del patrón sobre el obrero y del amo sobre el esclavo.

En 1833, viajó al Perú. En las afueras de Lima, visitó un ingenio azucarero. Conoció los molinos que trituraban la caña, las calderas que hervían la melaza, la refinería que hacía el azúcar. Por todas partes vio esclavos negros que iban y venían, trabajando en silencio. Ni se enteraron de su presencia.

El dueño le dijo que tenía novecientos. En mejores tiempos había tenido el doble:

—*Es la ruina* —se quejó.

Y dijo todo lo que estaba previsto que dijera: que los negros eran holgazanes como los indios, que sólo a latigazos trabajaban, que...

Cuando ya se estaba marchando, Flora descubrió una cárcel a un costado de la plantación.

Sin pedir permiso, se metió.

Allí, en la cerrada sombra de un calabozo, alcanzó a distinguir dos negras desnudas, agazapadas en un rincón.

—*Ni bestias son* —despreció el guardián—. *Las bestias no matan a sus cachorros.*

Estas esclavas habían matado a sus cachorros.

Las dos miraron a esa mujer, que las miraba desde el otro lado del mundo.

Concepción

Pasó la vida luchando con alma y vida contra el infierno de las cárceles y por la dignidad de las mujeres, presas de cárceles disfrazadas de hogares.

Contra la costumbre de absolver generalizando, ella llamaba al pan pan y al vino, vino:

—*Cuando la culpa es de todos, es de nadie* —decía. Así se ganó unos cuantos enemigos.

Y aunque a la larga su prestigio ya era indiscutible, a su país le costaba creérselo. Y no sólo a su país: a su época también.

Allá por 1840 y algo, Concepción Arenal había asistido a los cursos de la Facultad de Derecho, disfrazada de hombre, el pecho aplastado por un doble corsé.

Allá por 1850 y algo, seguía disfrazándose de hombre para poder frecuentar las tertulias madrileñas, donde se debatían temas impropios a horas impropias.

Y allá por 1870 y algo, una prestigiosa organización inglesa, la Sociedad Howard para la Reforma de las Prisiones, la nombró representante en España. El documento que la acreditó fue expedido a nombre de *sir Concepción Arenal*.

Cuarenta años después, otra gallega, Emilia Pardo Bazán, fue la primera mujer catedrática en una universidad española. Ningún alumno se dignaba escucharla. Daba clases a nadie.



Venus

Fue arrancada de África del Sur y vendida en Londres.

Y fue burlescamente bautizada Venus de los hotentotes.

Por dos chelines se podía verla, encerrada en una jaula, desnuda, con sus tetas tan largas que daban de mamar por la espalda. Y pagando el doble se podía tocarle el culo, que era el más grande del mundo.

Un cartel explicaba que esta salvaje era mitad humana y mitad animal, *la encarnación de todo lo que los civilizados ingleses, felizmente, no son.*

De Londres pasó a París. Los expertos del Museo de Historia Natural querían averiguar si esta Venus pertenecía a una especie ubicada entre el hombre y el orangután.

Tenía veintipocos años cuando murió. Georges Cuvier, célebre naturalista, hizo la disección. Informó que ella tenía cráneo de mono, cerebro escaso y culo de mandril.

Cuvier desprendió el labio inferior de la vagina, colgajo enorme, y lo metió en un frasco.

Dos siglos después, el frasco seguía en exhibición, en París, en el Museo del Hombre, junto a los genitales de otra africana y de una india peruana.

Muy cerquita estaban, en otra serie de frascos, los cerebros de algunos científicos europeos.

América profunda

La reina Victoria los recibió en el palacio de Buckingham, pasearon por las cortes europeas, en Washington fueron invitados a la Casa Blanca.

Bartola y Máximo eran de una pequeñez jamás vista. John Henry Anderson, que los había comprado, los exhibía bailando en las palmas de sus manos.

La publicidad de los circos los llamaba aztecas, aunque según Anderson venían de una ciudad maya escondida en la selva de Yucatán, donde los gallos cacareaban bajo tierra y los nativos llevaban turbantes y comían carne humana.

Los científicos europeos que estudiaron sus raros cráneos diagnosticaron que en esos cerebritos no cabían los principios morales, y que Bartola y Máximo provenían de ancestros americanos incapaces de pensar y de hablar. Por eso sólo podían repetir algunas palabras, como los loros, y no entendían más que las órdenes del amo.

Dieta de aire

A mediados del siglo diecinueve, Bernard Cavanagh atrajo gentíos en Inglaterra. Anunció que no comería bocado ni bebería una gota durante siete días y siete noches, y por si fuera poco informó que llevaba cinco años y medio con ese menú.

Cavanagh no cobraba entradas, pero aceptaba donaciones que iban directamente a manos del Espíritu Santo y de la Santísima Virgen.

Después de Londres, ofreció su conmovedor espectáculo en otras ciudades, ayuno tras ayuno, siempre encerrado en jaulas o en habitaciones herméticamente clausuradas, siempre sometido a controles médicos y vigilancias policiales y siempre rodeado por ávidas multitudes.

Cuando murió, el cadáver desapareció y nunca se encontró. Muchos creyeron que Cavanagh se había comido a sí mismo. Él era irlandés, y en aquellos años eso no tenía nada de raro.

Una colonia superpoblada

No salía humo de las chimeneas. En 1850, al cabo de cuatro años de hambres y plagas, los campos de Irlanda se habían despoblado, y poquito a poco se desmoronaban las casas sin nadie. La gente se había marchado al cementerio o a los puertos del norte de América.

La tierra no daba papas ni nada. Sólo crecía la producción de locos. El manicomio de Dublín, pagado por Jonathan Swift, tenía noventa huéspedes cuando fue inaugurado. Un siglo después, había más de tres mil.

En plena hambruna, Londres envió alguna ayuda de emergencia; pero en unos meses se acabó la caridad. El imperio se negó a seguir socorriendo a esta colonia incómoda. Según explicó el primer ministro, lord Russell, el pueblo irlandés, ingrato, pagaba la generosidad con rebeliones y difamaciones, y a la opinión pública eso le caía muy mal.

Y Charles Trevelyan, alto funcionario encargado de la crisis irlandesa, atribuyó el hambre a la Divina Providencia. Irlanda tenía la más alta densidad demográfica de toda Europa, y ya que el exceso de población no podía ser evitado por los hombres, Dios lo estaba resolviendo con *toda su sabiduría, de modo imprevisto, inesperado, pero con gran eficacia.*

Fundación de los cuentos de hadas

En la primera mitad del siglo diecisiete, Jaime I y Carlos I, reyes de Inglaterra, Escocia e Irlanda, dictaron unas cuantas medidas destinadas a proteger la naciente industria británica. Prohibieron la exportación de lana sin elaborar, hicieron obligatorio el uso de textiles nacionales hasta en la ropa de luto, y cerraron la puerta a buena parte de las manufacturas que provenían de Francia y Holanda.

A principios del siglo dieciocho, Daniel Defoe, el creador de Robinson Crusoe, escribió algunos ensayos sobre temas de economía y comercio. En uno de sus trabajos más difundidos, Defoe exaltó la función del proteccionismo estatal en el desarrollo de la industria textil británica: si no hubiera sido por esos reyes que tanto ayudaron al florecimiento fabril con sus barreras aduaneras y sus impuestos, Inglaterra hubiera seguido siendo una proveedora de lana virgen a la industria extranjera. A partir del crecimiento industrial de Inglaterra, Defoe podía imaginar el mundo del futuro como una inmensa colonia sometida a sus productos.

Después, a medida que el sueño de Defoe se iba haciendo realidad, la potencia imperial fue prohibiendo, por asfixia o a cañonazos, que otros países siguieran su camino.

—*Cuando llegó arriba, pateó la escalera* —dijo el economista alemán Friedrich List.

Entonces, Inglaterra inventó la libertad de comercio: en nuestros días, los países ricos siguen contando ese cuento a los países pobres, en las noches de insomnio.

Una colonia porfiada

La India vendía a Inglaterra sus tejidos finos de algodón y de seda, y el gobierno inglés buscaba la manera de evitar esa invasión. A partir de 1685, las telas hindúes fueron castigadas con pesadas tarifas. Después los gravámenes siguieron aumentando, hasta llegar a muy altos niveles, y alternaron con períodos de puertas cerradas.

Pero el tiempo fue pasando y las barreras y las prohibiciones no conseguían desalojar la competencia. Medio siglo después de las máquinas de vapor y de la revolución industrial inglesa, todavía los tejedores de la India eran duros de pelar. A pesar de sus primitivos medios técnicos, sus telas de alta calidad y bajo precio seguían encontrando clientes.

Estos tozudos competidores no fueron aniquilados hasta que por fin, a principios del siglo diecinueve, el imperio británico culminó a sangre y fuego su

conquista militar de casi todo el territorio hindú y obligó a los tejedores a pagar impuestos astronómicos.

Después, tuvo la gentileza de vestir a los sobrevivientes de la hecatombe. A mediados del siglo diecinueve, cuando ya los telares de la India yacían ahogados en el fondo del río Támesis, los hindúes eran los mejores clientes de la industria textil de Manchester.

Para entonces Dacca, que el legendario Clive de la India había comparado con Londres y Manchester, estaba vacía. De cada cinco habitantes, cuatro se habían ido. Dacca era el centro industrial de Bengala, y Bengala ya no producía tejidos, sino opio. Clive, su conquistador, había muerto de sobredosis, pero los cultivos de amapola gozaban de buena salud en medio de la ruina general.

Ahora Dacca es la capital de Bangladesh, país pobre entre los pobres.

Taj Mahal

A mediados del siglo diecisiete, los talleres hindúes y chinos producían, sumados, más de la mitad de todas las manufacturas del mundo.

En aquellos tiempos, tiempos de esplendor, el emperador Shah Jahan alzó el Taj Mahal, a orillas del río Yamuna, para que su mujer, la preferida entre todas sus mujeres, tuviera casa en la muerte.

El viudo decía que ella y su casa se parecían, porque el templo cambiaba, como ella cambiaba, según la hora del día o de la noche.

Dicen que el Taj Mahal fue diseñado por Ustad Ahmad, persa, arquitecto, astrólogo, también llamado por muchos otros nombres.

Dicen que fue construido por veinte mil obreros, a lo largo de veinte años.

Dicen que fue hecho de mármol blanco, arena roja, jade y turquesa que mil elefantes acarrearón desde las lejanías.

Dicen. Pero quienes lo ven, leve hermosura, blancura flotante, se preguntan si el Taj Mahal no habrá sido hecho de aire.

A fines del año 2000, el mago más famoso de la India lo hizo desaparecer, durante dos minutos, ante una multitud boquiabierta.

Él dijo que fue arte de su magia:

—*Lo desvanecí*— dijo.

¿Lo desvaneció, o al aire lo devolvió?

Música para las horas de la vida

Como el Taj Mahal, las ragas cambian. No suenan en cualquier momento. Dependen de cuándo, y para quién.

Desde hace más de dos mil años, las ragas de la India ofrecen música al nacimiento del día y a cada paso del día hacia la noche, y suenan según la estación del tiempo o del alma.

Sobre una nota, que se repite, descansan las melodías que suben y bajan libremente, cambiando siempre, como cambian los colores del mundo y los paisajes del ánimo.

No hay dos ragas iguales.

Nacen y mueren y renacen cada vez que suenan.

A las ragas no les gusta que las escriban. Han fracasado los expertos que han intentado definir las, codificarlas, clasificarlas.

Ellas son misteriosas, como el silencio de donde vienen.

Hokusai

Hokusai, el más famoso artista de toda la historia del Japón, decía que su país era tierra flotante. Con laconica elegancia, él supo verla y ofrecerla.

Había nacido llamándose Kawamura Tokitaro y murió llamándose Fujiwara Iitsu. En el camino, cambió de nombre y apellido treinta veces, por sus treinta renacimientos en el arte o en la vida, y noventa y tres veces se mudó de casa.

Nunca salió de pobre, aunque trabajando desde el amanecer hasta la noche creó nada menos que treinta mil pinturas y grabados.

Sobre su obra, escribió:

De todo lo que dibujé antes de mis setenta años, no hay nada que valga la pena. A la edad de setenta y dos, finalmente he aprendido algo sobre la verdadera calidad de los pájaros, animales, insectos y peces, y sobre la vital naturaleza de las hierbas y los árboles. Cuando tenga cien años, seré maravilloso.

De los noventa no pasó.

Fundación del Japón moderno

A mediados del siglo diecinueve, amenazado por los buques de guerra que apuntaban contra sus costas, el Japón aceptó tratados inaceptables.

Contra esas humillaciones, impuestas por las potencias occidentales, nació el Japón moderno.

Un nuevo emperador inauguró la era Meiji, y el estado japonés, encarnado en su sagrada figura,

creó y protegió fábricas, de propiedad pública, que desarrollaron sesenta sectores de la actividad industrial,

contrató técnicos europeos que adiestraron a los técnicos japoneses y los pusieron al día,

fundó una red pública de trenes y telégrafos,

nacionalizó la tierra de los señores feudales,

organizó un ejército nuevo, que derrotó a los samuráis y los obligó a mudar de oficio,

impuso la enseñanza pública gratuita y obligatoria

y multiplicó los astilleros y los bancos.

Fukuzama Yukichi, que fundó la universidad más importante de la era Meiji, resumió así ese programa de gobierno:

—Ningún país debería tener miedo de defender su libertad contra toda interferencia, aunque el mundo entero sea hostil.

Y así Japón pudo anular los tratados maltratantes que le habían sido impuestos, y el país humillado se convirtió en potencia humillante. Bien lo supieron, más temprano que tarde, China, Corea y otros vecinos.

¿Libertad de comercio? No, gracias

Cuando la era Meiji estaba dando sus primeros pasos, Ulises Grant, presidente de los Estados Unidos, visitó al emperador del Japón.

Grant le aconsejó que no cayera en la trampa de la banca británica, porque no es por pura generosidad que a ciertas naciones les gusta mucho prestar dinero, y lo felicitó por su política proteccionista.

Antes de las elecciones que lo hicieron presidente, Grant había sido el general triunfante en la guerra que el norte industrial ganó contra el sur de las grandes plantaciones, y bien sabía él que las tarifas aduaneras habían sido una razón de guerra tan importante como la esclavitud. El sur había demorado cuatro años y seiscientos mil muertos en enterarse de que los Estados Unidos habían roto sus lazos de servidumbre colonial ante Inglaterra.

Ya siendo presidente, Grant había respondido así a las continuas presiones británicas:

—*Dentro de doscientos años, cuando hayamos obtenido del proteccionismo todo lo que nos puede ofrecer, también nosotros adoptaremos la libertad de comercio.*

Así pues, en el año 2075, la nación más proteccionista del mundo adoptará la libertad de comercio.



La letra con sangre entra

Mientras Estados Unidos y Japón llevaban adelante sus independencias, otro país, Paraguay, fue aniquilado por hacer eso mismo.

Paraguay era el único país latinoamericano que se negaba a comprar salvavidas de plomo a los mercaderes y banqueros ingleses. Sus tres vecinos, Argentina, Brasil y Uruguay, tuvieron que dictarle, a sangre y fuego, un curso sobre *los usos de las naciones civilizadas*, como explicó el diario inglés «Standard», que se publicaba en Buenos Aires.

Todos acabaron mal.

Los alumnos, exterminados.

Los profesores, fundidos.

Se había anunciado que en tres meses Paraguay recibiría su merecida lección, pero las clases duraron cinco años.

La banca británica financió esa misión pedagógica, y la cobró muy cara. Los países vencedores terminaron debiendo el doble de lo que debían cinco años antes, y el país vencido, que no debía un centavo a nadie, fue obligado a inaugurar su deuda externa: Paraguay recibió un préstamo de un millón de libras esterlinas. El préstamo estaba destinado al pago de indemnización a los países vencedores. El país asesinado pagaba a los países asesinos, por lo mucho que les había costado asesinarlo.

De Paraguay desaparecieron las tarifas aduaneras que protegían a la industria nacional;

desaparecieron las empresas del estado, las tierras públicas, los hornos siderúrgicos, el ferrocarril que había sido uno de los primeros de América del Sur;

desapareció el archivo nacional, quemado con todos sus tres siglos de historia;

y desaparecieron los hombres.

El presidente argentino, Domingo Faustino Sarmiento, educado educador, comprobó en 1870:

—*Se acabó la guerra. Ya no queda ningún paraguayo mayor de diez años.*

Y celebró:

—*Era preciso purgar la tierra de toda esa excrecencia humana.*

Prendas típicas

América del Sur era el mercado que siempre decía sí.

Aquí se daba la bienvenida a todo lo que de Inglaterra venía.

Brasil compraba patines para hielo. Bolivia, sombreros de copa y sombreros hongo que ahora son prendas típicas de sus mujeres indígenas.

Y la prenda típica de los jinetes pastores de Argentina y de Uruguay, infaltable en las Fiestas de la Tradición, había sido fabricada por la industria textil británica para el ejército turco. Cuando la guerra de Crimea concluyó, los mercaderes ingleses derivaron al río de la Plata sus miles y miles de bombachudos sobrantes, que se convirtieron en la bombacha gaucha.

Una década después, Inglaterra vistió con esos uniformes turcos a las tropas brasileñas, argentinas y uruguayas que le hicieron el mandado de exterminar a Paraguay.

Aquí fue Paraguay

El imperio del Brasil estaba habitado por un millón y medio de esclavos y un puñado de duques, marqueses, condes, vizcondes y barones.

Para culminar la liberación del Paraguay, este imperio esclavista puso al mando de las tropas al conde d' Eu, nieto del rey de Francia y marido de la heredera del trono.

En los retratos, mentón en fuga, nariz alzada, pecho sembrado de medallas, el llamado Mariscal de la Victoria no conseguía disimular el asco que le daba este desagradable asunto de la guerra.

Él supo ubicarse siempre a prudente distancia de los campos de batalla, donde sus heroicos soldados enfrentaban a feroces niños paraguayos provistos de barbas de utilería y armados de palos. Y desde lejos cumplió su hazaña final: cuando el pueblo de Piribebuy se negó a rendirse, ordenó tapiar las ventanas y las puertas del hospital, lleno de heridos, y lo mandó incendiar con todos adentro.

Estuvo en la guerra poco más de un año, pero al regreso confesó:

—*La guerra del Paraguay creó en mí una repugnancia invencible por cualquier trabajo prolongado.*

Fundación del lenguaje

Del Paraguay exterminado, sobrevivió lo primero: entre tanta muerte, sobrevivió el nacimiento.

Sobrevivió la lengua original, la lengua guaraní, y con ella la certeza de que la palabra es sagrada.

La más antigua de las tradiciones cuenta que en esta tierra cantó la cigarra colorada y cantó el saltamontes verde y cantó la perdiz y entonces cantó el cedro: desde el alma del cedro resonó el canto que en lengua guaraní llamó a los primeros paraguayos.

Ellos no existían.

Nacieron de la palabra que los nombró.

Fundación de la libertad de presión

El opio estaba prohibido en China.

Los mercaderes británicos metían de contrabando el opio que traían desde la India. Gracias a sus esfuerzos, iba creciendo la cantidad de chinos enganchados a esa droga, madre de la heroína y de la morfina, que les mentía felicidad y les rompía la vida.

Los contrabandistas estaban hartos de las molestias que les causaban las autoridades chinas. El desarrollo del mercado exigía libertad de comercio y la libertad de comercio exigía la guerra.

El bondadoso William Jardine era el narcotraficante más poderoso y dirigía la Sociedad Médica Misionera, que en China brindaba tratamiento a las víctimas del opio que él vendía.

Jardine se ocupó de comprar, en Londres, a algunos influyentes escritores y periodistas, para crear un ambiente propicio a la guerra. El *best-seller* Samuel Warren y otros profesionales de la comunicación pusieron por los cielos a los adalides de la libertad. La libertad de expresión al servicio de la libertad de comercio: una lluvia de folletos y de artículos se descerrajó sobre la opinión pública británica, exaltando el sacrificio de los honestos ciudadanos que estaban desafiando el despotismo chino y arriesgaban la cárcel, la tortura y la muerte en aquel reino de la crueldad.

Creado el clima, se desató la tormenta. La guerra del opio se prolongó, con unos años de interrupción, desde 1839 hasta 1860.

Señora de los mares, reina del narcotráfico

La venta de gente había sido el más jugoso negocio del Imperio Británico; pero ya se sabe que la felicidad no dura. Al cabo de tres siglos de prosperidad, la Corona tuvo que retirarse del tráfico de esclavos, y la venta de drogas pasó a ser la más lucrativa fuente de la gloria imperial.

La reina Victoria no tuvo más remedio que voltear las puertas cerradas de China. En los buques de la Royal Navy, los misioneros de Cristo acompañaban a los guerreros de la libertad de comercio. Tras ellos, venían los barcos que antes habían transportado negros y ahora llevaban veneno.

En la primera etapa de la guerra del opio, el imperio británico se apoderó de la isla de Hong Kong. El flamante gobernador, sir John Bowring, declaró:

—El comercio libre es Jesucristo y Jesucristo es el comercio libre.

Aquí fue China

Fuera de fronteras, los chinos comerciaban poco y no tenían la costumbre de la guerra.

Ellos despreciaban a los mercaderes y a los guerreros, y llamaban bárbaros a los ingleses y a los pocos europeos que conocían.

Así que estaba cantado. China debía caer vencida ante la marina de guerra más mortífera del mundo y ante esos obuses, que de un solo disparo podían perforar doce enemigos en fila.

En 1860, después de arrasarse muchos puertos y ciudades, los británicos entraron en Pekín, acompañados por los franceses, se lanzaron a saquear el Palacio de Verano y ofrecieron algunos restos del botín a sus soldados coloniales reclutados en la India y en Senegal.

El Palacio, centro de poder de la dinastía manchú, era en realidad muchos palacios, más de doscientas residencias y pagodas entre lagos y jardines muy parecidos al paraíso. Los vencedores robaron todo, todito, muebles y cortinados, esculturas de jade, vestidos de seda, collares de perlas, relojes de oro, prendedores de diamantes... Lo único que se salvó fue la biblioteca, y un telescopio y un fusil que el rey inglés había obsequiado a China sesenta años antes.

Entonces, quemaron los edificios vaciados. Las llamas enrojecieron la tierra y el cielo durante muchos días y noches, y fue no más que ceniza todo eso que tanto había sido.

Botincito

Lord Elgin, que ordenó la quemazón del palacio imperial, llegó a Pekín en brazos de ocho portadores, vestidos con libreas de color escarlata, y escoltado por cuatrocientos jinetes. Este lord Elgin, hijo del lord Elgin que había vendido al British Museum las esculturas del Partenón, donó al British Museum toda la biblioteca del palacio, que para eso había sido salvada del saqueo y del incendio. Y al poco tiempo otro palacio, el Buckingham Palace, ofreció a la reina Victoria el cetro de oro y jade del rey vencido y el primer perrito pekinés que viajó a Europa. El perrito también era parte del botín. Lo habían bautizado *Lootie*, Botincito.

China fue obligada a pagar una inmensa indemnización a sus verdugos, por lo costosa que había resultado su incorporación a la comunidad de las naciones civilizadas, y al poco tiempo se convirtió en el principal mercado del opio y en el mayor comprador de telas inglesas de Lancashire.

A principios del siglo diecinueve, los talleres chinos producían un tercio de toda la industria mundial. A fines del siglo diecinueve, producían el seis por ciento.

Por entonces, China fue invadida por Japón. No resultó difícil. Era una nación dopada y humillada y arruinada.

Desastres naturales

Un desierto vacío de pasos y de voces, no más que polvo batido por el viento.

Muchos chinos se ahorcan, antes de matar por hambre o antes de que el hambre los mate.

Los mercaderes británicos triunfantes en la guerra del opio fundan en Londres el Fondo de Socorro para el Hambre en China.

Esta institución de caridad promete evangelizar al país pagano por la vía digestiva: desde el Cielo lloverán los alimentos, enviados por Jesús.

En 1879, al cabo de tres inviernos sin lluvias, los chinos son quince millones menos.

Otros desastres naturales

En 1879, al cabo de tres inviernos sin lluvias, los hindúes son nueve millones menos.

La naturaleza tiene la culpa:

— *Son desastres naturales* — dicen los que saben.

Pero en la India, en estos años atroces, más castiga el mercado que la sequía.

Por ley del mercado, la libertad oprime. La libertad de comercio, que obliga a vender, prohíbe comer.

La India es una plantación colonial, no una casa de caridad. El mercado manda. Sabia es su mano invisible, que hace y deshace; y nadie tiene por qué meterse a corregirla.

El gobierno británico se limita a ayudar a morir a unos cuantos moribundos, en sus campos de trabajo llamados Campos de Socorro, y a exigir los impuestos que los campesinos no pueden pagar. Los campesinos pierden sus tierras, que se venden por nada; y por nada se venden los brazos que las trabajan, mientras la escasez envía a las nubes el precio de los granos que los empresarios acaparan.

Los exportadores venden más que nunca. Montañas de trigo y de arroz se vuelcan en los muelles de Londres y Liverpool. La India, colonia hambrienta, no come pero da de comer. Los británicos comen el hambre de los hindúes.

Se cotiza bien en el mercado esta mercancía llamada hambre, que amplía las oportunidades de inversión, reduce los costos de producción y eleva los precios de los productos.

Glorias naturales

La reina Victoria era la más entusiasta admiradora, y la única lectora, de los versos de lord Lytton, su virrey en la India.

Movido por la gratitud literaria o por el fervor patrio, el poeta virrey ofreció un gigantesco banquete en su honor. Cuando Victoria se proclamó emperatriz, lord Lytton recibió en su palacio de Delhi a setenta mil invitados, durante siete días y siete noches.

Según alardeó el diario «The Times», ésta fue la *más cara y colosal comida de toda la historia universal*.

En plena sequía, mientras el sol freía los campos y la noche los congelaba, el virrey leyó en el banquete el alentador mensaje de la emperatriz Victoria, que auguraba a sus súbditos hindúes *felicidad, prosperidad y bienestar*.

El periodista inglés William Digby, que andaba por allí, calculó que unos cien mil hindúes habían muerto de hambre durante los siete días y las siete noches de la gran comilona.

Pisos de arriba y pisos de abajo

En lenta y complicada ceremonia, vaivén de discursos, entrega de emblemas, intercambio de ofrendas, los príncipes hindúes se convertían en caballeros ingleses y juraban obediencia a la reina Victoria. Príncipes vasallos: el trueque de regalos era, según un embajador de Su Majestad, *un canje de sobornos por tributos*.

Los numerosos príncipes moraban en la cumbre. El poder colonial reproducía, en versión perfeccionada, la pirámide del sistema de castas.

El imperio no necesitaba dividir para reinar. Las fronteras sociales, raciales y culturales venían regaladas por la historia y sacralizadas por la herencia.

Desde 1872, los censos británicos clasificaron a la población de la India de acuerdo con las castas. El orden extranjero no sólo confirmó, así, la legitimidad de esta tradición nacional, sino que además la usó para organizar una sociedad aún más estratificada y más rígida. Ningún policía podía imaginar nada mejor para controlar la función y el destino de cada persona. El imperio codificó esas jerarquías y esas servidumbres, y prohibió que nadie se moviera de su sitio.

Manos callosas

Los príncipes, al servicio de la corona británica, vivían angustiados por la escasez de tigres en la selva y las crisis de celos que perturbaban el harén.

En pleno siglo veinte, se consolaban como podían:

el marajá de Bharatpur compró todos los Rolls-Royce disponibles en Londres y los destinó a la recolección de la basura en sus dominios;

el de Junagadh tenía muchos perros con habitación propia, teléfono y sirviente;

el de Alwar incendió el hipódromo cuando su pony perdió una carrera;

el de Kapurthala construyó una copia exacta del palacio de Versalles;

el de Mysore construyó una copia exacta del palacio de Windsor;

el de Gwalior compró un trencito de oro y plata que recorría el comedor del palacio llevando sal y especias a sus invitados;

los cañones del marajá de Baroda eran de oro macizo

y el de Hyderabad usaba de pisapapeles un diamante de ciento ochenta y cuatro quilates.

Florence

Florence Nightingale, la enfermera más famosa del mundo, dedicó a la India la mayor parte de sus noventa años de vida, aunque nunca pudo viajar a ese país que amó.

Florence era una enfermera enferma. Había contraído una enfermedad incurable en la guerra de Crimea. Pero desde su dormitorio de Londres escribió una infinidad de artículos y cartas que quisieron revelar la realidad hindú ante la opinión pública británica.

- * Sobre la indiferencia imperial ante las hambrunas: Cinco veces más muertos que en la guerra franco-prusiana. Nadie se entera. No decimos nada de la hambruna en Orissa, cuando un tercio de su población fue deliberadamente autorizada a blanquear los campos con sus huesos.
- * Sobre la propiedad rural: El tambor paga por ser golpeado. El campesino pobre paga por todo lo que hace, y por todo lo que el terrateniente no hace y hace que el campesino pobre haga en su lugar.
- * Sobre la justicia inglesa en la India: Nos dicen que el campesino pobre tiene la justicia inglesa para defenderse. No es así. Ningún hombre tiene lo que no puede usar.
- * Sobre la paciencia de los pobres: Las revueltas agrarias pueden convertirse en algo normal en toda la india. No tenemos ninguna seguridad de que todos esos millones de hindúes silenciosos y

pacientes seguirán por siempre viviendo en el silencio y la paciencia.
Los mudos hablarán y los sordos escucharán.

El viaje de Darwin

El joven Charles Darwin no sabía qué hacer con su vida. El padre lo estimulaba:

— *Serás una desgracia para ti y para tu familia.*

A fines de 1831, se fue.

Regresó a Londres después de cinco años de navegaciones por el sur de América, las islas Galápagos y otros parajes. Trajo tres tortugas gigantes, una de las cuales murió en el año 2007, en un zoológico de Australia.

Volvió cambiado. Hasta el padre se dio cuenta:

— *¡Tu cráneo tiene otra forma!*

No sólo traía tortugas. También traía preguntas. Tenía la cabeza llena de preguntas.

Las preguntas de Darwin



¿Por qué el mamut estaba cubierto de espeso pelaje? ¿No habrá sido el mamut un elefante que se abrigó cuando empezaba la era del hielo?

¿Por qué es tan largo el pescuezo de la jirafa? ¿No será porque a lo largo del tiempo se ha ido estirando para alcanzar los frutos más altos en las copas de los árboles?

Los conejos que corren en la nieve, ¿fueron siempre blancos o se fueron blanqueando para engañar a los zorros?

¿Por qué el pájaro pinzón tiene picos diferentes, según el lugar donde vive? ¿No será que esos picos se fueron adaptando al ambiente, a lo largo del proceso evolutivo, para cascar frutos, atrapar larvas o succionar néctar?

El larguísimo pistilo de esa orquídea, ¿no indica que andan volando, en las cercanías, mariposas cuya larguísima lengua mide tanto como ese pistilo que las espera?

Quizá fueron mil y una preguntas como éstas las que se fueron convirtiendo, al paso de los años y de las dudas y de las contradicciones, en las

páginas del explosivo libro sobre el origen de las especies y la evolución de la vida en el mundo.

Blasfema idea, insoportable lección de humildad: Darwin reveló que Dios no inventó el mundo en una semana, ni nos modeló a su imagen y semejanza.

La pésima noticia no fue bien recibida. ¿Quién se creía que era este señor, para corregir la Biblia?

El obispo de Oxford preguntaba a los lectores de Darwin:

— *¿Usted desciende del mono por su abuelo o por su abuela?*

Te muestro el mundo

Darwin solía citar los apuntes de viaje de James Colman.

Nadie describió mejor que él la fauna del océano índico,

el cielo del Vesubio en llamas,

el fulgor de las noches de Arabia,

el color del calor de Zanzíbar,

el aire de Ceilán, que es de canela,

las sombras del invierno de Edimburgo

y la grisura de las cárceles rusas.

Precedido por su blanco bastón, Colman dio la vuelta al mundo, de punta a punta.

Este viajero, que tanto nos ayudó a ver, era ciego.

— *Yo veo con los pies* —decía.

Humanitos

Darwin nos informó que somos primos de los monos, no de los ángeles. Después supimos que veníamos de la selva africana y que ninguna cigüeña nos había traído desde París. Y no hace mucho nos enteramos de que nuestros genes son casi igualitos a los genes de los ratones.

Ya no sabemos si somos obras maestras de Dios o chistes malos del Diablo. Nosotros, los humanitos:

los exterminadores de todo,

los cazadores del prójimo,

los creadores de la bomba atómica, la bomba de hidrógeno y la bomba de neutrones, que es la más saludable de todas porque liquida a las personas pero deja intactas las cosas,
los únicos animales que inventan máquinas,
los únicos que viven al servicio de las máquinas que inventan,
los únicos que devoran su casa,
los únicos que envenenan el agua que les da de beber y la tierra que les da de comer,
los únicos capaces de alquilarse o venderse y de alquilar o vender a sus semejantes,
los únicos que matan por placer,
los únicos que torturan,
los únicos que violan.
Y también
los únicos que ríen,
los únicos que sueñan despiertos,
los que hacen seda de la baba del gusano,
los que convierten la basura en hermosura,
los que descubren colores que el arcoiris no conoce, los que dan nuevas músicas a las voces del mundo y crean palabras, para que no sean mudas la realidad ni su memoria.

La locura de la libertad

Ocurrió en Washington, en 1840.

Un censo oficial midió la demencia de los negros en los Estados Unidos.

Según el censo, había nueve veces más locos entre los negros libres que entre los negros esclavos.

El norte era un vasto manicomio; y cuanto más al norte, peor. Desde el norte hacia el sur, en cambio, se iba pasando de la chifladura a la cordura. Entre los esclavos que trabajaban en las prósperas plantaciones de algodón, tabaco y arroz, la locura era poca o ninguna.

El censo confirmaba las certezas de los amos. La esclavitud, buena medicina, desarrollaba el equilibrio moral y la sensatez. La libertad, en cambio, generaba chiflados.

En veinticinco ciudades del norte no se había encontrado ni un solo negro cuerdo, y en treinta y nueve ciudades del estado de Ohio y veinte ciudades de Nueva York los negros locos sumaban más que todos los negros.

El censo no parecía muy digno de fe, pero siguió siendo verdad oficial durante un cuarto de siglo, hasta que Abraham Lincoln emancipó a los esclavos, ganó la guerra y perdió la vida.

El huracán del oro

Ocurrió en Washington, en 1880.

Desde hacía años, John Sutter deambulaba, arrastrando los pies, por los alrededores del Capitolio y de la Casa Blanca, con su remendado uniforme de coronel y su bolsa repleta de documentos. Cuando por milagro encontraba quien lo escuchara, desenvainaba sus títulos de propiedad sobre la ciudad de San Francisco y sus vastos suburbios, y contaba la historia del millonario que fue desnudado por el huracán del oro.

Él había fundado su imperio en el valle de Sacramento y había comprado numerosos vasallos indios y un título de coronel y un piano Pleyel, cuando el oro brotó como trigo y sus tierras y sus casas fueron invadidas y fueron comidas sus vacas y sus ovejas y arrasados sus plantíos.

Perdió todo, y desde entonces pasó la vida pleiteando. Cuando un juez le dio la razón, un gentío incendió el Palacio de Justicia.

Se mudó a Washington.

Allí, vivió esperando, y esperando murió.

Ahora, una calle de la ciudad de San Francisco se llama Sutter.

Tarde llegó el consuelo.

Whitman

Ocurrió en Boston, en 1882.

La Sociedad de Nueva Inglaterra por la Supresión del Vicio logró evitar la distribución de la nueva edición de «Hojas de hierba».

Unos años antes, Walt Whitman, el autor, había perdido su empleo cuando apareció la primera edición.

Su exaltación de los goces de la noche resultaba insoportable para la moral pública.

Y eso a pesar de que Whitman se las arregló bastante bien para ocultar lo más prohibido. En algún tramo de «Hojas de hierba» alcanzó a insinuarlo, pero en los demás poemas, y hasta en sus diarios íntimos, se tomó el trabajo de corregir *his* por *her*, escribiendo *ella* donde había escrito *él*.

El gran poeta, el que cantó a la desnudez resplandeciente, no tuvo más remedio que disfrazarse para sobrevivir. Inventó seis hijos que nunca tuvo, mintió aventuras con mujeres que jamás existieron y se retrató a sí mismo como el barbudo pisafuerte que encarnaba la virilidad de América abriendo muchachas intactas y praderas vírgenes.

Emily

Ocurrió en Amherst, en 1886.

Cuando Emily Dickinson murió, la familia descubrió mil ochocientos poemas guardados en su dormitorio.

En puntas de pie había vivido, y en puntas de pie escribió. No publicó más que once poemas en toda su vida, casi todos anónimos o firmados con otro nombre.

De sus antepasados puritanos heredó el aburrimiento, marca de distinción de su raza y de su clase: prohibido tocarse, prohibido decirse.

Los caballeros hacían política y negocios y las damas perpetuaban la especie y vivían enfermas.

Emily habitó la soledad y el silencio. Encerrada en su dormitorio, inventaba poemas que violaban las leyes, las leyes de la gramática y las leyes de su propio encierro, y allí escribía una carta por día a su cuñada, Susan, y se la enviaba por correo, aunque ella vivía en la casa de al lado.

Esos poemas y esas cartas fundaron su santuario secreto, donde quisieron ser libres sus dolores escondidos y sus prohibidos deseos.

La tarántula universal

Ocurrió en Chicago, en 1886.

El primero de mayo, cuando la huelga obrera paralizó Chicago y otras ciudades, el diario «Philadelphia Tribune» diagnosticó: *El elemento laboral ha sido picado por una especie de tarántula universal, y se ha vuelto loco de remate.*

Locos de remate estaban los obreros que luchaban por la jornada de trabajo de ocho horas y por el derecho a la organización sindical.

Al año siguiente, cuatro dirigentes obreros, acusados de asesinato, fueron sentenciados sin pruebas en un juicio mamarracho. Georg Engel, Adolf Fischer, Albert Parsons y Auguste Spies marcharon a la horca. El quinto condenado, Louis Linng, se había volado la cabeza en su celda.

Cada primero de mayo, el mundo entero los recuerda.

Con el paso del tiempo, las convenciones internacionales, las constituciones y las leyes les han dado la razón.

Sin embargo, las empresas más exitosas siguen sin enterarse. Prohíben los sindicatos obreros y miden la jornada de trabajo con aquellos relojes derretidos que pintó Salvador Dalí.

Señor Corporación

Ocurrió en Washington, en 1886.

Los empresas gigantes conquistaron los mismos derechos legales que los ciudadanos vulgares y silvestres.

La Suprema Corte de Justicia anuló más de doscientas leyes que regulaban y limitaban la actividad empresarial, y al mismo tiempo extendió los derechos humanos a las corporaciones privadas. La ley reconoció a las grandes empresas los mismos derechos de las personas, como si ellas también respiraran: derecho a la vida, a la libre expresión, a la privacidad...

A principios del siglo veintiuno, así sigue siendo.

No me pisen las flores



En 1871, una revolución dejó a París, por segunda vez, en manos de los comuneros.

Charles Baudelaire comparó a la policía con el dios Júpiter, y advirtió que el culto de la belleza desaparece cuando no hay aristocracia.

Théophile Gautier dio testimonio:

—*Las bestias malolientes, con sus aullidos salvajes, nos invaden.*

El efímero gobierno de la Comuna quemó la guillotina, ocupó los cuarteles, separó la Iglesia del Estado, entregó a los obreros las fábricas cerradas por los patronos, prohibió el trabajo nocturno y estableció la enseñanza laica, gratuita y obligatoria.

—*La enseñanza laica, gratuita y obligatoria no hará más que aumentar el número de los imbéciles* —profetizó Gustave Flaubert.

Poco duró la Comuna. Dos meses y algo. Las tropas que habían huido a Versalles volvieron al ataque y, tras varios días de combate, arrasaron las barricadas obreras y fusilando celebraron la victoria. Durante una semana fusilaron noche y día, ráfagas de ametralladoras que mataban de a veinte en veinte. Entonces Flaubert aconsejó no tener compasión con los perros rabiosos y como primer remedio recomendó *acabar con el sufragio universal, que es una vergüenza del espíritu humano.*

También Anatole France celebró la carnicería:

—*Los comuneros son un comité de asesinos, una partida de bribones. Por fin el gobierno del crimen y de la demencia se está pudriendo ante los pelotones de fusilamiento.*

Emile Zola anunció:

—*El pueblo de París calmará sus fiebres y crecerá en sabiduría y esplendor.*

Los vencedores erigieron la Basílica del Sacré-Coeur, en la colina de Montmartre, para agradecer a Dios la victoria concedida.

Mucho atrae a los turistas esa gran torta de crema.

Comuneras

Todo el poder a los barrios. Cada barrio era una asamblea.

Y en todas partes, ellas: obreras, costureras, panaderas, cocineras, floristas, niñeras, limpiadoras, planchadoras, cantineras. El enemigo llamaba *petroleuses*, incendiarias, a estas fogosas que exigían los derechos negados por la sociedad que tantos deberes les exigía.

El sufragio femenino era uno de esos derechos. En la revolución anterior, la de 1848, el gobierno de la Comuna lo había rechazado por ochocientos noventa y nueve votos en contra y uno a favor. (Unanimidad menos uno).

Esta segunda Comuna seguía sorda a las demandas de las mujeres, pero mientras duró, lo poco que duró, ellas opinaron en todos los debates y alzaron barricadas y curaron heridos y dieron de comer a los soldados y empuñaron las

armas de los caídos y peleando cayeron, con el pañuelo rojo al cuello, que era el uniforme de sus batallones.

Después, en la derrota, cuando llegó la hora de la venganza del poder ofendido, más de mil mujeres fueron procesadas por los tribunales militares.

Una de las condenadas a deportación fue Louise Michel. Esta institutriz anarquista había ingresado a la lucha con una vieja carabina y en combate había ganado un fusil Remington, nuevito. En la confusión final, se salvó de morir; pero la mandaron muy lejos. Fue a parar a la isla de Nueva Caledonia.

Louise

—*Quiero saber lo que saben* —explicó ella.

Sus compañeros de destierro le advirtieron que esos salvajes no sabían nada más que comer carne humana:

—*No saldrás viva.*

Pero Louise Michel aprendió la lengua de los nativos de Nueva Caledonia y se metió en la selva y salió viva.

Ellos le contaron sus tristezas y le preguntaron por qué la habían mandado allí:

—*¿Mataste a tu marido?*

Y ella les contó todo lo de la Comuna:

—*Ah* —le dijeron—. *Eres una vencida.* Como nosotros.

Víctor Hugo

Él fue su época. Él fue su nación.

Fue monárquico y fue republicano.

Encarnó los ideales de la revolución francesa y por arte de su pluma supo convertirse en el miserable que roba por hambre y en el jorobado de Notre Dame, pero también creyó en la misión redentora de las armas francesas en el mundo.

En 1871, condenó, en soledad, la represión contra los comuneros.

Antes había aplaudido, muy acompañado, las conquistas coloniales:

—Es la civilización que marcha sobre la barbarie. Es un pueblo iluminado que va a encontrar un pueblo en la oscuridad. Nosotros somos los griegos del mundo, nos toca iluminar el mundo.

Lección de cultura colonial

En 1856, el gobierno francés contrató a Robert Houdin, mago maestro de magos, para iluminar Argelia.

Había que dar una lección a los brujos argelinos. Estos engañeros, que tragaban vidrio y curaban heridas con sólo tocarlas, andaban sembrando semillas de rebelión contra el poder colonial.

Houdin exhibió sus prodigios. Los jeques principales y los brujos locales más populares fueron apabullados por esos poderes sobrenaturales.

En el momento cumbre de la ceremonia, el enviado de Europa depositó un pequeño cofre en el suelo y pidió al forzudo más forzudo de Argelia que lo levantara. El musculoso no pudo. Probó una vez, y otra, y otra, y no hubo caso. Y en el último tirón cayó de culo al suelo, sacudido por violentos temblores, y huyó despavorido.

Concluida la humillación, Houdin quedó solo en la carpa. Recogió el cofre y se llevó su poderoso electroimán, escondido bajo un tablón del suelo, y la manivela que descargaba choques eléctricos.

Aquí fue la India

Pierre Loti, un escritor que vendía exotismos asiáticos al público francés, visitó la India en 1899.

Viajó en tren.

En cada estación, lo esperaban los coros del hambre.

Más penetrante que el estrépito de la locomotora sonaba aquella letanía de niños, o más bien esqueletos de niños, labios violetas, ojos desorbitados, acribillados por las moscas, suplicando limosna. Dos o tres años antes, una niña o niño costaba una rupia, pero ya ni regalados los quería nadie.

El tren no sólo cargaba pasajeros. Detrás llevaba varios vagones repletos de arroz y de mijo para exportación. Los guardias vigilaban, con el dedo en el

gatillo. Allí no se arrimaba nadie. Sólo las palomas, que picoteaban las bolsas y se alejaban volando.

China servida en la mesa de Europa

China producía hambres, pestes y sequías de nunca acabar.

Los llamados boxers, que empezaron siendo una sociedad secreta, querían restaurar la rota dignidad nacional expulsando a los extranjeros y a las iglesias cristianas.

—Si no llueve —decían—, por algo será. Las iglesias son capaces de embotellar el cielo.

Al fin del siglo, iniciaron desde el norte una rebelión que incendió los campos chinos y llegó hasta Pekín.

Entonces, ocho naciones, Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia, Austria, Rusia, Japón y Estados Unidos, enviaron naves cargadas de soldados que restablecieron el orden decapitando todo lo que tenía cabeza.

Y acto seguido, recortaron a China como si fuera *pizza* y se repartieron puertos, tierras y ciudades que la fantasmal dinastía china otorgó en concesiones de hasta noventa y nueve años.

África servida en la mesa de Europa

Siguiendo los pasos de Inglaterra, un buen día Europa descubrió que la esclavitud era ofensiva a los ojos de Dios.

Entonces Europa emprendió, África adentro, la conquista colonial. Antes, los hombres de las tierras frías no habían pasado más allá de los puertos donde compraban negros, pero en esos años los exploradores se abrieron paso en las tierras calientes, y tras ellos llegaron los guerreros, montados en los cañones, y tras ellos los misioneros, armados de cruces, y tras ellos los mercaderes. Las cataratas más prodigiosas y el lago más inmenso del África se llamaron Victoria, en homenaje a una reina no muy africana, y los invasores bautizaron ríos y montañas, creyéndose el cuento de que descubrían lo que veían. Y ya no se llamaron esclavos los negros sometidos al trabajo esclavo.

En 1885, en Berlín, al cabo de un año de mucho pugilato, los conquistadores pudieron ponerse de acuerdo en el reparto.

Tres décadas después, Alemania perdió la primera guerra mundial y de paso perdió también las colonias africanas que le habían tocado: británicos y franceses se repartieron Togo y Camerún, la actual Tanzania pasó a manos británicas y Bélgica se quedó con Ruanda y Burundi.

Para entonces, ya hacía rato que Friedrich Hegel había explicado que África no tenía historia y que sólo podía resultar interesante *para el estudio de la barbarie y el salvajismo*, y otro pensador, Herbert Spencer, había sentenciado que la Civilización debía borrar del mapa a las razas inferiores, *porque sea humano o bruto, todo obstáculo debe ser eliminado*.

Se llamaron *era de paz mundial* las tres décadas que desembocaron en la guerra de 1914. En esos dulces años, la cuarta parte del planeta fue a parar al buche de media docena de naciones.

El capitán de las tinieblas

En el reparto del África, el rey Leopoldo de Bélgica recibió el Congo como propiedad privada.

Fusilando elefantes, el rey convirtió su colonia en la más pródiga fuente de marfil; y azotando y mutilando negros, brindó caucho abundante y barato a las ruedas de los automóviles que habían empezado a rodar por los caminos del mundo.

Él nunca estuvo en el Congo, por los mosquitos. En cambio, el escritor Joseph Conrad sí estuvo. Y en «El corazón de las tinieblas», su novela más famosa, Kurtz fue el nombre literario del capitán León Rom, oficial distinguido de la tropa colonial. Los nativos recibían sus órdenes en cuatro patas, y él los llamaba *bestias estúpidas*. A la entrada de su casa, entre las flores del jardín, se alzaban veinte picas que completaban la decoración. Cada una sostenía la cabeza de un negro rebelde. Y a la entrada de su oficina, entre las flores de su otro jardín, se alzaba una horca que la brisa balanceaba.

En las horas libres, cuando no cazaba negros ni elefantes, el capitán pintaba paisajes al óleo, escribía poemas y coleccionaba mariposas.

Dos reinas

Poco antes de morir, la reina Victoria tuvo la alegría de incorporar otra perla a su poblada corona. El reino ashanti, vasta mina de oro, pasó a ser colonia británica.

Varias guerras había costado, durante todo un siglo, esa conquista.

La batalla final estalló cuando los ingleses exigieron que los ashantis les entregaran el trono sagrado, donde residía el alma de la nación.

Los ashantis eran tipos muy belicosos, que más valía perderlos que encontrarlos, pero fue una mujer quien encabezó la batalla final. La reina madre, Yaa Asantewaa, desalojó a los jefes guerreros:

— *¿Dónde está la valentía? En ustedes no está.*

Fue dura la pelea. Al cabo de tres meses, los cañones británicos impusieron sus razones.

Victoria, la reina triunfante, murió en Londres.

Yaa Asantewaa, la reina vencida, murió lejos de su tierra.

Los vencedores nunca encontraron el trono sagrado.

Años después, el reino ashanti, llamado Ghana, fue la primera colonia del África negra que conquistó la independencia.

Wilde

El lord chambelán del reino británico era bastante más que un camarero. Entre otras cosas, tenía a su cargo la censura del teatro. Con ayuda de sus expertos, decidía qué obras debían ser cortadas o prohibidas para proteger al público contra los riesgos de la inmoralidad.

En 1892, Sarah Bemhardt anunció que una nueva obra de Oscar Wilde, «Salomé», iba a inaugurar su temporada en Londres. Dos semanas antes del estreno, la obra fue prohibida.

Nadie protestó, salvo el autor. Wilde recordó que él era un irlandés viviendo en una nación de tartufos, pero los ingleses le festejaron el chiste. Este panzón ingenioso, que llevaba una flor blanca en el ojal y en la lengua una navaja, era el personaje más venerado en los teatros y en los salones de Londres.

Wilde se burlaba de todos, y también de sí mismo:

— *Yo puedo resistir todo, menos la tentación* —decía.

Y una noche compartió su lecho con el hijo del marqués de Queensberry, fascinado por su belleza lánguida, misteriosamente juvenil y a la vez crepuscular; y ésa fue la primera noche de otras noches. El marqués se enteró, y le declaró la guerra. Y la ganó.

Al cabo de tres procesos humillantes, que ofrecieron cotidianos banquetes a la prensa y desataron la indignación de los ciudadanos contra este corruptor de

costumbres, el jurado lo condenó, por haber cometido actos de grosera indecencia con los jovencitos que tuvieron el placer de denunciarlo.

Dos años estuvo en la cárcel, trabajando a pico y pala. Sus acreedores remataron todo lo que tenía. Cuando salió, sus libros habían desaparecido de las librerías y sus obras de los escenarios. Nadie lo aplaudía, nadie lo invitaba.

Vivía solo y a solas bebía, pronunciando, para nadie, sus frases brillantes.

La muerte fue amable. No demoró.

La moral frigidísima

El doctor Watson no decía nada, pero Sherlock Holmes le respondía. Contestaba sus silencios, mientras iba adivinando, uno tras otro, todos sus pensamientos.

Este brillante festival de deducciones inició dos de las aventuras del detective inglés. En las dos se repitió, palabra por palabra; y no fue por descuido del autor.

El relato original, «La caja de cartón», contaba la historia de un marinero que mataba a su esposa y al amante. A la hora de reunir en libro los relatos publicados en revistas, el autor, Arthur Conan Doyle, prefirió no herir la sensibilidad de sus lectores ni disgustar a la reina.

La época, *good manners*, exigía cortesía y silencio. No había por qué nombrar el adulterio, porque el adulterio no existía. Conan Doyle suprimió su pecaminoso relato, aplicando la autocensura, pero salvó el monólogo del comienzo metiéndolo en otra historia de su famoso detective.

Sin embargo, Sherlock Holmes se inyectaba cocaína, en sus días aburridos, cuando Londres no le ofrecía nada más que cadáveres mediocres y ningún enigma digno de su superior inteligencia. Y Conan Doyle jamás sintió el menor reparo en incluir esta costumbre en varias aventuras del detective más famoso del mundo.

Con las drogas, no había problema. La moral victoriana no se metía en eso. La reina no escupía donde comía. La época que llevaba su nombre prohibía pasiones pero vendía consuelos.

El papá de los Boy Scouts

Arthur Conan Doyle recibió el título de *sir*, y no fue por los méritos de Sherlock. El escritor ingresó a la nobleza por las obras de propaganda que había escrito al servicio de la causa imperial.

Uno de sus héroes era el coronel Baden-Powell, el fundador de los Boy Scouts. Él lo había conocido combatiendo contra los salvajes africanos:

—*Siempre había algo de deportista en su aguda apreciación de la guerra* —decía sir Arthur.

Habilidoso en el arte de rastrear huellas ajenas y borrar las propias, Baden-Powell había practicado exitosamente el deporte de la cacería de leones, jabalíes, venados, zulúes, ashantis y ndebeles.

Contra los ndebeles había librado una dura batalla en África del Sur.

Murieron doscientos nueve negros y un inglés.

El coronel se llevó de recuerdo el cuerno que el enemigo soplabá para dar la voz de alarma. Y ese cuerno en espiral, del antílope kudu, fue incorporado a las costumbres de los Boy Scouts, y pasó a ser símbolo de los muchachos que aman la vida sana.

El papá de la Cruz Roja

La Cruz Roja nació en Ginebra. Fue fruto de la iniciativa de algunos banqueros suizos, que quisieron brindar socorro a los heridos que las guerras abandonaban en los campos de batalla.

Gustave Moynier, el primer presidente, encabezó durante más de cuarenta años el Comité Internacional. Él explicaba que la Cruz Roja, institución inspirada en la moral evangélica, era bien recibida en los países civilizados, pero encontraba ingratitud en los países colonizados.

—*La compasión* —escribió— *es desconocida por esas tribus salvajes, que practican el canibalismo. Tan extraña les resulta la compasión, que sus lenguas no tienen ninguna palabra que exprese esa idea.*

Churchill

Todopoderosa era la influencia de los herederos de lord Marlborough, llamado Mambrú; y el joven Winston Churchill consiguió meterse, gracias a su familia, en uno de los batallones de lanceros que iban a pelear en Sudán.

Él fue soldado y cronista de la batalla de Omdurman, en 1898, en las cercanías de Jartum, a orillas del río Nilo.

La corona británica estaba armando un corredor de colonias que atravesaba África desde El Cairo, en el norte, hasta Ciudad del Cabo, en el extremo sur. La conquista de Sudán era fundamental para ese proyecto de expansión imperial, que Londres explicaba diciendo:

—*Estamos civilizando el África a través del comercio,*
en vez de confesar:

—*Estamos comercializando el África a través de la Civilización.*

A sangre y fuego se abría paso esta misión redentora. Como los raquíuticos cerebros africanos no podían comprenderla, nadie se tomaba el trabajo de preguntarles qué opinaban.

En los bombardeos de la ciudad de Omdurman, reconoció Churchill, *murió un gran número de infortunados no combatientes*, víctimas de eso que un siglo después pasó a llamarse daños colaterales. Pero, por fin, las armas imperiales lograron, según sus palabras, *el más elocuente triunfo jamás alcanzado por las armas de la Ciencia contra las armas de la barbarie, la derrota del más poderoso y mejor armado ejército salvaje jamás alzado contra un moderno poder europeo.*

Según los datos oficiales de los vencedores, éste fue el resultado de la batalla de Omdurman:

en las tropas civilizadas, un dos por ciento de bajas;

en las tropas salvajes, un noventa por ciento de bajas.

El Coloso de Rhodes

Tenía un humilde proyecto de vida:

—*Si pudiera, conquistaría otros planetas.*

Su energía venía de la cuna:

—*Somos la primera raza del mundo. Cuanto más mundo habitemos, mejor será para la raza humana.*

Cecil Rhodes, el hombre más rico del África, rey de los diamantes y dueño del único ferrocarril que tenía acceso a las minas de oro, hablaba claro:

—*Debemos apoderarnos de nuevos territorios —explicaba—. Allí enviaremos nuestro exceso de población y allí encontraremos nuevos mercados para los productos de*

nuestras fábricas y de nuestras minas. El imperio, lo he dicho siempre, es una cuestión de estómago.

Los domingos, Rhodes se divertía arrojando monedas a la piscina, para que sus vasallos negros las recogieran con los dientes, pero en los días de semana se dedicaba a la devoración de tierras. Este angurriente amplió cinco veces el mapa de Inglaterra, despojando a los negros, por derecho natural, y desalojando a otros blancos, los llamados boers, por competencia colonial. Para llevar adelante la tarea, fue necesario inventar los campos de concentración en versión rudimentaria que los alemanes perfeccionaron en Namibia y después desarrollaron en Europa.

En homenaje a las hazañas del conquistador inglés, dos países africanos se llamaron Rhodesia.

Rudyard Kipling, la lira siempre pronta al pie del cañón, escribió su epitafio.

Trono de oro

Unos añitos antes que Cecil Rhodes, Midas, rey de Frigia, había querido que el mundo fuera oro por magia de su mano.

Él necesitaba convertir en oro cuanto cosa tocara, y pidió al dios Dioniso que le otorgara ese poder. Y Dioniso, que creía en el vino y no en el oro, se lo otorgó.

Entonces Midas arrancó una rama de fresno y la rama se convirtió en vara de oro. Tocó un ladrillo y se hizo lingote. Lavó sus manos y una lluvia de oro brotó de la fuente. Y cuando se sentó a comer, el manjar le rompió los dientes y ninguna bebida pudo pasar por su garganta. Y abrazó a su hija y ella era estatua de oro.

Midas iba a morir de hambre, sed y soledad.

Dioniso se apiadó y lo sumergió en el río Pactolo.

Desde entonces, el río tuvo arenas de oro y Midas, que perdió la magia y salvó la vida, tuvo orejas de burro, mal disimuladas bajo un bonete rojo.

Fundación de los campos de concentración

Cuando Namibia conquistó la independencia, en 1990, se siguió llamando Göring la principal avenida de su capital. No por Hermann, el célebre jefe nazi, sino en homenaje a su papá, Heinrich Göring, que fue uno de los autores del primer genocidio del siglo veinte.

Aquel Göring, representante del imperio alemán en ese país africano, había tenido la bondad de confirmar, en 1904, la orden de exterminio dictada por el general Lothar von Trotha.

Los hereros, negros pastores, se habían alzado en rebelión. El poder colonial los expulsó a todos, y advirtió que mataría a los hereros que encontrara en Namibia, hombres, mujeres o niños, armados o desarmados.

De cada cuatro hereros, murieron tres. Los abatieron los cañones o los soles del desierto adonde fueron arrojados.

Los sobrevivientes de la carnicería fueron a parar a los campos de concentración, que Göring programó. Entonces, el canciller Von Bülow tuvo el honor de pronunciar por primera vez la palabra *Konzentrationslager*.

Los campos, inspirados en el antecedente británico de África del Sur, combinaban el encierro, el trabajo forzado y la experimentación científica. Los prisioneros, que extenuaban la vida en las minas de oro y diamantes, eran también cobayos humanos para la investigación de las razas inferiores. En esos laboratorios trabajaban Theodor Mollison y Eugen Fischer, que fueron maestros de Joseph Mengele.

Mengele pudo desarrollar sus enseñanzas a partir de 1933. Ese año, Göring hijo fundó los primeros campos de concentración en Alemania, siguiendo el modelo que su papá había ensayado en África.

Fundación del Far West

Los escenarios de las películas del Oeste, donde cada revólver disparaba más balas que una ametralladora, eran pueblitos de morondanga, donde lo único sonoro eran los bostezos y los bostezos duraban mucho más que las parrandas.

Los *cowboys*, esos taciturnos caballeros, jinetes erguidos que atravesaban el universo rescatando doncellas, eran peones muertos de hambre, sin más compañía femenina que las vacas que arreaban, a través del desierto, arriesgando la vida a cambio de una paga miserable. Y no se parecían ni un poquito a Gary Cooper, ni a John Wayne, ni a Alan Ladd, porque eran negros o mexicanos o blancos desdentados que nunca habían pasado por las manos de una maquilladora.

Y los indios, condenados a trabajar de extras en el papel de malos malísimos, nada tenían que ver con esos débiles mentales, emplumados, pintarrajeados, que no sabían hablar y ululaban en torno de la diligencia acribillada a flechazos.

La gesta del Far West fue el invento de un puñado de empresarios venidos de Europa oriental. Buen ojo para el negocio tenían estos inmigrantes, Laemmle, Fox, Warner, Mayer, Zukor, que en los estudios de Hollywood fabricaron el mito universal más exitoso del siglo veinte.

Buffalo Bill

En el siglo dieciocho, la colonia de Massachusetts pagaba cien libras esterlinas por cada cuero cabelludo arrancado a un indio.

Cuando los Estados Unidos conquistaron su independencia, los cueros cabelludos, *scalps*, se cotizaban en dólares.

En el siglo diecinueve, Buffalo Bill se consagró como el mayor desollador de indios y el gran exterminador de los búfalos que le dieron fama y nombre.

Cuando los sesenta millones de búfalos habían sido reducidos a menos de mil y los últimos indios rebeldes se habían rendido por hambre, Buffalo Bill paseó por el mundo su gran espectáculo, el Wild West Circus. A un ritmo de una ciudad cada dos días, él rescataba diligencias acosadas por los salvajes, cabalgaba potros indomables y disparaba balazos que partían una mosca por la mitad.

El héroe interrumpió su *show* para pasar en familia la primera Navidad del siglo veinte.

Rodeado por los suyos, en el calor del hogar, alzó la copa, brindó, bebió y cayó frito al suelo.

En la demanda de divorcio, acusó de envenenamiento a su esposa Lulú.

Ella confesó que algo le había metido en el trago, pero dijo que era un elixir de amor, marca Sangre de Dragón, que un gitano le había vendido.

Las edades de Toro Sentado

A los treinta y dos años, bautismo de fuego. Toro Sentado defiende a los suyos ante un ataque de tropas enemigas.

A los treinta y siete, su nación indígena lo elige jefe.

A los cuarenta y uno, Toro Sentado se sienta. En plena batalla, a orillas del río Yellowstone, camina hacia los soldados que disparan y se sienta en el suelo. Enciende su pipa. Zumban las balas, como avispas. Él, inmóvil, fuma.

A los cuarenta y tres, se entera de que los blancos han encontrado oro en las Black Hills, en tierras reservadas a los indios, y han empezado la invasión.

A los cuarenta y cuatro, durante una larga danza ritual, tiene una visión: miles de soldados caen como saltamontes desde el cielo. Esa noche, un sueño le anuncia: *Tu gente derrotará al enemigo.*

A los cuarenta y cinco, su gente derrota al enemigo. Los sioux y los cheyennes, unidos, propinan tremenda paliza al general George Custer con todos sus soldados.

A los cincuenta y dos, tras unos años de exilio y cárcel, acepta leer un discurso de homenaje al tren del Pacífico Norte, que ha culminado la construcción de sus vías. Sobre el fin del discurso, hace a un lado los papeles y, encarando al público, dice:

—*Los blancos son todos ladrones y mentirosos.*

El intérprete traduce:

—*Nosotros damos gracias a la Civilización.*

El público aplaude.

A los cincuenta y cuatro, trabaja en el show de Buffalo Bill. En la arena del circo, Toro Sentado representa a Toro Sentado. Hollywood todavía no es Hollywood, pero ya la tragedia se repite como espectáculo.

A los cincuenta y cinco, un sueño le anuncia: *Tu gente te matará.*

A los cincuenta y nueve, su gente lo mata. Indios que visten uniforme policial traen orden de arresto. En el tiroteo, cae.

Fundación de las desapariciones

Miles de muertos sin sepultura deambulan por la pampa argentina. Son los desaparecidos de la última dictadura militar.

La dictadura del general Videla aplicó en escala jamás vista la desaparición como arma de guerra. La aplicó, pero no la inventó. Un siglo antes, el general Roca había utilizado contra los indios esta obra maestra de la crueldad, que obliga a cada muerto a morir varias veces y que condena a sus queridos a volverse locos persiguiendo su sombra fugitiva.

En la Argentina, como en toda América, los indios fueron los primeros desaparecidos. Desaparecieron antes de aparecer. El general Roca llamó conquista del desierto a su invasión de las tierras indígenas. La Patagonia era un espacio vacío, un reino de la nada, habitado por nadie.

Y los indios siguieron desapareciendo después. Los que se sometieron y renunciaron a la tierra y a todo, fueron llamados *indios reducidos*: reducidos hasta desaparecer. Y los que no se sometieron y fueron vencidos a balazos y sablazos, desaparecieron convertidos en números, muertos sin nombre, en los partes militares. Y sus hijos desaparecieron también: repartidos como botín de guerra, llamados con otros nombres, vaciados de memoria, esclavitos de los asesinos de sus padres.

La estatua más alta

A fines del siglo diecinueve culminó, a tiros de Remington, el vaciamiento de la Patagonia argentina.

Los pocos indios que sobrevivieron a la matanza cantaron, al irse:

*Tierra mía: no te alejes de mí,
por más lejos que me vaya yo.*

Ya Charles Darwin había advertido, en su viaje a la región, que los indios no se extinguían por *selección natural*, sino porque su exterminio respondía a una política de gobierno. Domingo Faustino Sarmiento creía que las tribus salvajes constituían un peligro para la sociedad, y el autor del safari final, el general Julio Argentino Roca, llamaba *animales salvajes* a sus víctimas.

El ejército llevó adelante la cacería en nombre de la seguridad pública. Los indios eran una amenaza y sus tierras, una tentación. Cuando la Sociedad Rural lo felicitó por la misión cumplida, el general Roca anunció:

—Están libres para siempre del dominio del indio esos vastísimos territorios que se presentan ahora llenos de deslumbradoras promesas al inmigrante y al capital extranjero.

Seis millones de hectáreas pasaron a manos de sesenta y siete propietarios. Cuando murió, en 1914, Roca dejó a sus herederos sesenta y cinco mil hectáreas de tierras arrancadas a los indios.

En vida, no todos los argentinos habían sabido valorar la abnegación de este guerrero de la patria, pero la muerte lo mejoró mucho: ahora tiene la estatua más alta del país y otros treinta y cinco monumentos, su efigie decora el

billete más valioso y llevan su nombre una ciudad y numerosas avenidas, parques y escuelas.

La avenida más larga

Una matanza de indios inauguró la independencia del Uruguay.

En julio de 1830, se aprobó la Constitución nacional, y un año después el nuevo país fue bautizado con sangre.

Unos quinientos charrúas, que habían sobrevivido a siglos de conquista, vivían al norte del río Negro, perseguidos, acosados, exiliados en su propia tierra.

Las nuevas autoridades los convocaron a una reunión. Les prometieron paz, trabajo, respeto. Los caciques acudieron, seguidos por su gente.

Comieron, bebieron y volvieron a beber hasta caer dormidos. Entonces fueron ejecutados a punta de bayoneta y tajos de sable.

Esta traición se llamó batalla. Y se llamó Salsipuedes, desde entonces, el arroyo donde ocurrió.

Muy pocos hombres lograron huir. Hubo reparto de mujeres y niños. Las mujeres fueron carne de cuartel y los niños, esclavitos de las familias patricias de Montevideo.

Fructuoso Rivera, primer presidente del Uruguay, planificó y celebró esta obra civilizadora, *para terminar con las correrías de las hordas salvajes*.

Anunciando el crimen, había escrito: *Será grande, será lindísimo*.

La avenida más larga del país, que atraviesa la ciudad de Montevideo, lleva su nombre.

Martí

Paseaban el padre y el hijo por las calles floridas de La Habana, cuando se cruzaron con un señor flaquito, calvo, que caminaba como si estuviera llegando tarde.

Y el padre advirtió al hijo:

—*Ojo con ése. Es blanco por fuera, pero por dentro es negro.*

El hijo, Fernando Ortiz, tenía catorce años.

Tiempo después, Fernando iba a ser el hombre que supo rescatar, contra siglos de negación racista, las ocultas raíces negras de la cubanía.

Y aquel peligroso señor, el flaquito, el calvo, el que caminaba como si estuviera llegando tarde, se llamaba José Martí. Era hijo de españoles el más cubano de los cubanos, el que denunció:

—*Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España.*

Y repudió la falsa erudición llamada Civilización, y exigió:

—*Basta de togas y de charreteras,*

y comprobó:

—*Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz.*

Poco después de aquel cruce en La Habana, Martí se echó al monte. Y estaba peleando por Cuba cuando, en plena batalla, una bala española lo volteó del caballo.

Músculos



José Martí lo había anunciado y denunciado: la joven nación norteamericana se convertía en imperio glotón y era insaciable su hambre de mundo. Ya había devorado todo el territorio indígena y se había comido medio México y no podía parar.

—*Ningún triunfo de la paz es tan grandioso como el triunfo supremo de la guerra* —proclamaba Teddy Roosevelt, que recibió el premio Nobel de la Paz.

Don Teddy fue presidente hasta 1909, cuando se dejó de invadir países y se marchó a combatir contra los rinocerontes del África.

Su sucesor, William Taft, invocaba el orden natural:

—*Todo el hemisferio será nuestro en los hechos, como ya es nuestro moralmente en virtud de nuestra superioridad racial.*

Mark Twain

Cuando el presidente George W. Bush invadió Irak, declaró que la guerra de liberación de las islas Filipinas era su modelo.

Ambas guerras habían sido inspiradas desde el Cielo.

Bush reveló que Dios le había ordenado hacer lo que hizo. Y un siglo antes, el presidente William McKinley también había escuchado la voz del Más Allá:

—Dios me dijo que no podemos dejar a los filipinos en manos de ellos mismos, porque no están capacitados para el autogobierno, y que nada podemos hacer salvo hacernos cargo de ellos y educarlos y elevarlos y civilizarlos y cristianizarlos.

Así, las Filipinas fueron liberadas del peligro filipino, y de paso, los Estados Unidos salvaron también a Cuba, Puerto Rico, Honduras, Colombia, Panamá, República Dominicana, Hawai, Guam, Samoa...

Por entonces, el escritor Ambrose Bierce comprobó:

—La guerra es el camino que Dios ha elegido para enseñarnos geografía.

Y su colega Mark Twain, dirigente de la Liga Antiimperialista, diseñó una nueva bandera nacional, que lucía calaveritas en lugar de estrellas.

El general Frederick Funston opinó que ese señor merecía la horca por traición a la patria.

Tom Sawyer y Huck Finn defendieron al papá.

Kipling

En cambio, las guerras de conquista entusiasman a Rudyard Kipling. Este escritor, nacido en Bombay pero fabricado en Londres, publicó por entonces su exitoso poema «La carga del hombre blanco».

En sus versos, Kipling exhortaba a las naciones invasoras a quedarse en las tierras invadidas, hasta cumplir su misión civilizadora:

*Asume la carga del Hombre Blanco.
Envía a tus hijos mejores,
oblígalos al exilio
al servicio de las necesidades de tus cautivos,
aceptando el pesado yugo
que te imponen tus recién capturados pueblos,
salvajes, rencorosos,
mitad demonios, mitad niños.*

El poeta hindú advertía que los siervos son tan ignorantes que hasta ignoran lo que necesitan, y tan ingratos que jamás valoran los sacrificios que sus amos hacen por ellos:

*Asume la carga del Hombre Blanco
a cambio de la antigua recompensa:*

*la maldición de los mejor tratados,
el odio de los mejor cuidados,
la queja de los mejor llevados
(¡ay, lentamente!) hacía la luz...*

La espada del Imperio

En Wounded Knee, el general Nelson Miles solucionó el problema indio, acribillando a las mujeres y a los niños.

En Chicago, el general Nelson Miles solucionó el problema obrero, enviando al cementerio a los dirigentes de la huelga de la empresa Pullman.

En San Juan de Puerto Rico, el general Nelson Miles solucionó el problema colonial, arriando la bandera de España y alzando en su lugar la bandera de las barras y las estrellas. Y por todas partes clavó carteles que advertían *English spoken here*, por si alguno no se había dado cuenta. Y se proclamó gobernador. Y explicó a los invadidos que los invasores no habían venido a hacer la guerra, *sino, por el contrario, a brindarles protección, no sólo a ustedes, sino también a sus propiedades, y a promover su prosperidad, y a...*

El arroz civilizado

La redención de las islas Filipinas contó, desde el principio, con el invalorable aporte de las damas de caridad.

Estas buenas almas, señoras de los altos funcionarios y de los jefes militares de las fuerzas invasoras, empezaron visitando la cárcel de Manila. Allí advirtieron que los presos estaban bastante flacos. Cuando entraron en la cocina y vieron lo que aquellos desgraciados comían, se les cayó el alma a los pies. Era el arroz salvaje, típico de los pueblos primitivos: granos de todos los tamaños, opacos, oscuros, con cascara y germen y todo.

Imploraron ayuda a sus maridos, que no se negaron a la buena acción. Y el primer barco trajo, desde los Estados Unidos, un cargamento de arroz civilizado, granos todos igualitos y descascarados y pulidos y brillantes y blanqueados con talco.

Desde fines de 1901, los presos filipinos comieron eso. En los diez primeros meses, una peste enfermó a 4.825 y mató a 216.

Los médicos norteamericanos atribuyeron el desastre a algún microbio de esos que genera la falta de higiene en los países atrasados; pero, por las dudas, mandaron que las cárceles regresaran a la dieta anterior.

Cuando los presos volvieron a comer arroz salvaje, se acabó la peste.

Fundación de la democracia

En 1889, murió la monarquía en Brasil.

Esa mañana, los políticos monárquicos despertaron siendo republicanos.

Un par de años después, se promulgó la Constitución que implantó el voto universal. Todos podían votar, menos los analfabetos y las mujeres.

Como casi todos los brasileños eran analfabetos o mujeres, casi nadie votó.

En esa primera elección democrática, noventa y ocho de cada cien brasileños no acudieron al llamado de las urnas.

Un poderoso hacendado del café, Prudente de Moraes, fue elegido presidente de la nación. Llegó de San Pablo a Río y nadie se enteró. Nadie fue a recibirlo, nadie lo reconoció.

Ahora goza de cierta fama, por ser calle de la elegante playa de Ipanema.

Fundación de la Universidad

En la época colonial, las familias brasileñas que podían darse ese lujo mandaban a sus hijos a estudiar a la Universidad de Coimbra, en Portugal.

Después, hubo en Brasil algunas escuelas para formar doctores en derecho o en medicina: pocos doctores, porque pocos eran sus posibles clientes en un país donde muchos eran los que no tenían ningún derecho, ni más medicina que la muerte.

Universidad, no había.

Pero en 1922, el rey belga Leopoldo III anunció su visita al país y tan augusta presencia merecía el título de doctor honoris causa, que sólo la institución universitaria podía otorgar.

Para eso nació la Universidad. Fue inventada de apuro, en la casona que ocupaba el Instituto Imperial de Ciegos. Lamentablemente, no hubo más remedio que echar a los ciegos.

Y así Brasil, que debe a los negros lo mejor de su música, su fútbol, su comida y su alegría, pudo doctorar a un rey cuyo único mérito era ser el heredero de una familia especializada en el exterminio de negros en el Congo.

Fundación de la tristeza

Montevideo no era gris. Fue agrisada.

Allá por 1890, uno de los viajeros que visitaron la capital de Uruguay pudo rendir homenaje a *la ciudad donde triunfan los colores vivos*. Las casas tenían, todavía, caras rojas, amarillas, azules...

Poco después, los entendidos explicaron que esa costumbre bárbara no era digna de un pueblo europeo. Para ser europeo, dijera lo que dijera el mapa, había que ser civilizado. Para ser civilizado, había que ser serio. Para ser serio, había que ser triste.

Y en 1911 y 1913, las ordenanzas municipales dictaron que debían ser grises las baldosas de las veredas y se fijaron normas obligatorias para los frentes de las casas, donde *sólo será permitida la pintura que imite materiales de construcción, como ser arenisca, ladrillo y piedras en general*.

El pintor Pedro Figari se burlaba de esta estupidez colonial:

—*La moda exige que hasta las puertas, ventanas y celosías se pinten de gris. Nuestras ciudades quieren ser Parises... A Montevideo, ciudad luminosa, la embadurnan, la trituran, la castran...*

Y Montevideo sucumbió a la copiandería.

En aquellos años, sin embargo, Uruguay era el centro latinoamericano de la audacia y probaba con hechos su energía creadora. El país tuvo educación laica y gratuita antes que Inglaterra, voto femenino antes que Francia, jornada de trabajo de ocho horas antes que los Estados Unidos y ley de divorcio setenta años antes de que la ley se restableciera en España. El presidente José Batlle, don Pepe, nacionalizó los servicios públicos, separó la Iglesia del Estado y cambió los nombres del almanaque. La Semana Santa todavía se llama, en el Uruguay, Semana de Turismo, como si Jesús hubiera tenido la mala suerte de ser torturado y asesinado en una fecha así.

Fuera de lugar

Una típica escena de domingo es el cuadro que da fama a Edouard Manet: dos hombres y dos mujeres en un picnic sobre la hierba, en las afueras de París.

Nada de raro, salvo un detalle. Ellos están vestidos, impecables caballeros, y ellas están completamente desnudas. Ellos conversan entre sí, algún tema serio, cosa de hombres, y ellas tienen menos importancia que los árboles del paisaje.

La mujer que aparece en primer plano nos está mirando. Quizá nos pregunta, desde su ajenidad, *dónde estoy, qué hago yo aquí*.

Ellas sobran. Y no sólo en el cuadro.

Desalmadas

Aristóteles sabía lo que decía:

—*La hembra es como un macho deforme. Le falta un elemento esencial: el alma.*

Las artes plásticas eran reinos prohibidos a los seres sin alma.

En el siglo dieciséis, había en Bolonia quinientos veinticuatro pintores y una pintora.

En el siglo diecisiete, en la Academia de París había cuatrocientos treinta y cinco pintores y quince pintoras, todas esposas o hijas de los pintores.

En el siglo diecinueve, Suzanne Valadon fue verdulera, acróbata de circo y modelo de Toulouse-Lautrec. Usaba corsés hechos de zanahorias y compartía su estudio con una cabra. A nadie sorprendió que ella fuera la primera artista que se atrevió a pintar hombres desnudos. Tenía que ser una chilflada.

Erasmus de Rotterdam sabía lo que decía:

—*Una mujer es siempre mujer, es decir: loca.*

Resurrección de Camille

La familia la declaró loca y la metió en un manicomio.

Camille Claudel pasó allí, prisionera, los últimos treinta años de su vida.

Fue por su bien, dijeron.
En el manicomio, cárcel helada, se negó a dibujar y a esculpir.
La madre y la hermana jamás la visitaron.
Alguna que otra vez se dejó ver su hermano Paul, el virtuoso.
Cuando Camille, la pecadora, murió, nadie reclamó su cuerpo.
Años demoró el mundo en descubrir que Camille no sólo había sido la humillada amante de Auguste Rodin.
Casi medio siglo después de su muerte, sus obras renacieron y viajaron y asombraron: bronce que baila, mármol que llora, piedra que ama. En Tokio, los ciegos pidieron permiso para palpar las esculturas. Pudieron tocarlas. Dijeron que las esculturas respiraban.

Van Gogh

Cuatro tíos y un hermano estaban dedicados al comercio de obras de arte, pero él consiguió vender un cuadro, sólo uno, en toda su vida. Por admiración o por lástima, la hermana de un amigo le pagó cuatrocientos francos por un óleo, El viñedo rojo, pintado en Arles.

Más de un siglo después, sus obras son noticia en las páginas financieras de diarios que jamás leyó,
son las pinturas más cotizadas en galerías de arte donde nunca entró,
las más vistas en museos que ignoraron su existencia
y las más admiradas en academias que le aconsejaron que se dedicara a otra cosa.

Ahora Van Gogh decora restaurantes que le negarían comida,
consultorios de médicos que lo encerrarían en el manicomio
y estudios de abogados que lo meterían preso.

Ese grito

Edvard Munch escuchó que el cielo gritaba.
Ya había pasado el crepúsculo pero el sol persistía, en lenguas de fuego que subían desde el horizonte, cuando el cielo gritó.
Munch pintó ese grito.

Ahora, quien ve su cuadro se tapa los oídos.
El nuevo siglo nacía gritando.

Profetas del siglo veinte

Carlos Marx y Federico Engels habían escrito el «Manifiesto comunista» a mediados del siglo diecinueve. No lo habían escrito para interpretar el mundo, sino para ayudar a cambiarlo. Un siglo después, un tercio de la humanidad vivía en sociedades inspiradas por este panfleto de apenas veintitrés páginas.

El «Manifiesto» fue una certera profecía. El capitalismo es un brujo incapaz de controlar las fuerzas que desata, dijeron los autores, y en nuestros días puede comprobarlo, a simple vista, cualquiera que tenga ojos en la cara.

Pero a los autores no se les pasó por la cabeza que el brujo pudiera tener más vidas que un gato,

ni que las grandes fábricas pudieran dispersar la mano de obra para reducir sus costos de producción y sus amenazas de sublevación,

ni que las revoluciones sociales pudieran ocurrir en las naciones que eran llamadas bárbaras, más frecuentemente que en las llamadas *civilizadas*,

ni que la unidad de los proletarios de todos los países pudiera resultar menos frecuente que su división,

ni que la dictadura del proletariado pudiera ser el nombre artístico de la dictadura de la burocracia.

Y así, por lo que sí y por lo que no, el «Manifiesto» confirmó la más profunda certeza de sus autores: la realidad es más poderosa y asombrosa que sus intérpretes. *Gris es la teoría y verde el árbol de la vida*, había dicho Goethe por boca del Diablo. Y Marx solía advertir que él no era marxista, anticipándose así a quienes iban a convertir el marxismo en ciencia infalible o religión indiscutible.

Fundación de la publicidad

El médico ruso Iván Pavlov descubrió los reflejos condicionados.
Él llamó *aprendizaje* a este proceso de estímulos y respuestas:
la campanilla suena, el perro recibe comida, el perro segrega saliva;

horas después, la campanilla suena, el perro recibe comida, el perro segrega saliva;

al día siguiente, la campanilla suena, el perro recibe comida, el perro segrega saliva;

y se repite la operación, horas tras horas, día tras día, hasta que la campanilla suena, el perro no recibe comida pero segrega saliva.

Horas después, días después, el perro sigue segregando saliva, cuando la campanilla suena, ante el plato vacío.

Pócimas

Los cereales Postum te conducían por el Camino de la Felicidad hacia la Ciudad del Bienestar y la Luz del Sol. Sus copos flotantes tenían propiedades religiosas, que por algo se llamaban *Maná de Elías* (el profeta), y sus nueces conjuraban la apendicitis, la tuberculosis, la malaria y la caída de los dientes.

En 1883, el profesor Holloway gastó cincuenta mil libras en la publicidad de un producto, a base de jabón y de aloe, que era infalible contra cincuenta enfermedades, enumeradas en el prospecto.

Los polvos estomacales del Dr. Gregory te dejaban la barriga nueva gracias a la exótica combinación de ruibarbo turco, magnesia calcinada y jengibre de Jamaica, y el linimento del Dr. Veron, reconocido por miembros de la Real Academia de Medicina, derrotaba los catarros, el asma y el sarampión.

El aceite de serpientes del Dr. Stanley, que no tenía nada que ver con las serpientes, era una mezcla de querosén, alcanfor y trementina que mataba el reuma. A veces también mataba a los reumáticos, pero ese dato no aparecía en los anuncios.

La publicidad no mencionaba la morfina que contenía el jarabe de la Sra. Winslow, que calmaba los nervios, porque lo elaboraba una familia de serenas costumbres. Y la publicidad tampoco decía a qué coca se refería el nombre de la Coca-Cola, el tónico ideal para el cerebro que vendía el Dr. Pemberton.

Marketing

A fines de los años veinte, la publicidad difundió esta maravillosa novedad, a tambor batiente: *¡Usted puede volar!* La gasolina con plomo corría más, y quien más corría triunfaba en la vida. Los anuncios mostraban a un niño avergonzado, en un coche que andaba a paso de tortuga: *¡Ay, Papi, te están pasando todos!*

La gasolina con plomo agregado fue inventada en los Estados Unidos, y desde los Estados Unidos el bombardeo de la publicidad la impuso en el mundo. En 1986, cuando por fin el gobierno de ese país decidió prohibirla, eran incalculables las víctimas de envenenamiento en el planeta entero. Se sabía, eso sí, que la gasolina con plomo estaba matando adultos estadounidenses a un ritmo de cinco mil por año, y que durante sesenta años había provocado daños al sistema nervioso y al nivel mental de muchos millones de niños.

Los principales autores del crimen fueron dos ejecutivos de la General Motors, Charles Kettering y Alfred Sloan. Ellos han pasado a la historia como benefactores de la humanidad, porque fundaron un gran hospital.

Marie

Fue la primera mujer que recibió el premio Nobel, y lo recibió dos veces.

Fue la primera mujer catedrática de la Sorbona, y durante muchos años la única.

Y después, cuando ya no podía celebrarlo, fue la primera mujer aceptada en el Panteón, el portentoso mausoleo reservado a los grandes hombres de Francia, aunque no era hombre y había nacido y crecido en Polonia.

A fines del siglo diecinueve, Marie Sklodowska y su marido, Pierre Curie, descubrieron una sustancia que emitía cuatrocientas veces más radiación que el uranio. La llamaron *polonio*, en homenaje al país de Marie. Poco después, inventaron la palabra *radiactividad* y comenzaron sus experimentos con el radio, tres mil veces más poderoso que el uranio. Y juntos recibieron el premio Nobel.

Pierre ya tenía sus dudas: ¿eran ellos portadores de una ofrenda del cielo o del infierno? En su conferencia de Estocolmo, advirtió que el caso del propio Alfred Nobel, inventor de la dinamita, había sido ejemplar:

—*Los poderosos explosivos han permitido a la humanidad llevar a cabo trabajos admirables. Pero también son un medio temible de destrucción en manos de los grandes criminales que arrastran a los pueblos a la guerra.*

Muy poco después, Pierre murió atropellado por un carro que cargaba cuatro toneladas de material militar.

Marie lo sobrevivió, y su cuerpo pagó el precio de sus éxitos. Las radiaciones le provocaron quemaduras, llagas y fuertes dolores, hasta que por fin murió de anemia perniciosa.

A la hija, Irene, que también fue premio Nobel por sus conquistas en el nuevo reino de la radiactividad, la mató la leucemia.

El papá de las lamparitas

Vendía diarios en los trenes. A los ocho años, entró en la escuela. Duró tres meses. El maestro lo devolvió a la casa: *Este niño es hueco*, explicó.

Cuando Thomas Alva Edison creció, patentó mil cien invenciones: la lámpara incandescente, la locomotora eléctrica, el fonógrafo, el proyector de cine...

En 1880, fundó la empresa General Electric y creó la primera estación central de energía eléctrica.

Treinta años después, este iluminador de la vida moderna conversó con el periodista Elbert Hubbard.

Dijo:

—*Algún día, alguien inventará una manera de concentrar y almacenar la luz del sol, en lugar de este viejo, absurdo, prometeico esquema del fuego.*

Y también dijo:

—*La luz del sol es una forma de energía, y los vientos y las mareas son manifestaciones de energía. ¿Acaso las estamos usando? ¡Oh, no! Quemamos madera y carbón, como inquilinos que echan al fuego la cerca del frente de la casa.*

Tesla

Nikolai Tesla siempre dijo que él había inventado la radio, pero el Nobel se lo llevó Guglielmo Marconi. En 1943, al cabo de un pleito de muchos años, la Suprema Corte de los Estados Unidos reconoció que la patente de Tesla era anterior, pero él no se enteró. Hacía cinco meses que dormía en su tumba.

Tesla siempre dijo que él había inventado el generador de corriente alterna, que hoy ilumina las ciudades del mundo, pero la invención se estrenó achicharrando condenados en la silla eléctrica, y eso le dio mala fama.

Tesla siempre dijo que él era capaz de encender una lámpara sin cables y a cuarenta kilómetros de distancia, pero cuando lo logró hizo estallar la usina de Colorado Springs y los vecinos lo corrieron a palos.

Tesla siempre dijo que él había inventado hombrecitos de acero guiados por control remoto y rayos que fotografiaban el cuerpo por dentro, pero pocos tomaban en serio a este mago de circo que conversaba con su difunto amigo Mark Twain y recibía mensajes de Marte.

Tesla murió en un hotel de Nueva York, con los bolsillos tan vacíos como estaban sesenta años antes, cuando bajó del barco que lo trajo de Croacia. Ahora se llama Tesla, en su memoria, la unidad de medida del flujo magnético y la bobina que produce más de un millón de voltios.

Fundación de los bombardeos aéreos

En 1911, los aviones italianos arrojaron granadas contra algunas poblaciones del desierto de Libia.

Ese ensayo demostró que desde el cielo los ataques eran más devastadores, más rápidos y más baratos que las ofensivas terrestres. El mando de la fuerza aérea informó:

—El bombardeo ha tenido un maravilloso efecto para desmoralizar al enemigo.

Las experiencias siguientes fueron, también, matanzas europeas contra civiles árabes. En 1912, los aviones franceses atacaron Marruecos y eligieron lugares con mucha gente, para no errar el blanco. Y al año siguiente, la aviación española estrenó, también en Marruecos, la novedad recién llegada de Alemania: unas exitosas bombas de fragmentación que desparramaban mortíferas astillas de acero por todas partes.

Después...

Las edades de Santos Dumont

A los treinta y dos años, el argonauta brasileño Alberto Santos Dumont, inexplicablemente vivo al cabo de muchos desastres volanderos, recibe el título de Caballero de la Legión de Honor de Francia. La prensa lo consagra como el hombre más elegante de París.

A los treinta y tres, es el padre del avión moderno. Inventa un pájaro a motor, que despega sin catapulta y se eleva y vuela a seis metros del suelo. Al aterrizar, declara:

— *Tengo la mayor confianza en el futuro del aeroplano.*

A los cuarenta y nueve, poco después de la primera guerra mundial, advierte a la Liga de las Naciones:

— *Las proezas de las máquinas aéreas nos permiten entrever, con horror, el gran poder de destrucción que ellas podrán alcanzar, como sembradoras de muerte, no sólo entre las fuerzas combatientes sino también, infelizmente, entre la gente indefensa.*

A los cincuenta y tres:

— *No veo por qué razón no se puede prohibir a los aeroplanos que arrojen explosivos, cuando se prohíbe arrojar veneno al agua.*

Y a los cincuenta y nueve años, se pregunta:

— *¿Por qué habré inventado esto, que en vez de ayudar al amor se convierte en una maldita arma de guerra?*

Y se ahorca. Como es tan minúsculo, casi nada pesa, casi nada mide, con la corbata le alcanza.

Fotos: Uno de muchos

Munich, Odeonplatz, agosto de 1914.

La bandera imperial flamea en las alturas. A su amparo, una multitud se junta en el éxtasis de la germanidad.

Alemania ha declarado la guerra. *Guerra, guerra*, grita la gente, loca de alegría, ansiosa por llegar cuanto antes a los campos de batalla.

En un ángulo inferior de la foto, perdido en el gentío, asoma un hombre en estado de gracia, los ojos al cielo, la boca abierta. Quienes lo conocen podrían contarnos que se llama Adolf, es austríaco, feúcho, que habla con voz chillona y está siempre al borde de un ataque de nervios, que duerme en un altillo y que malvive vendiendo en los bares, mesa por mesa, las acuarelas que pinta copiando paisajes de almanaques.

El fotógrafo, Heinrich Hoffmann, no lo conoce. No tiene la menor idea de que en ese mar de cabezas, su cámara ha registrado la presencia del mesías, el redentor de la raza de los nibelungos y las valkirias, el Sigfrido que vengará la derrota y la humillación de esta Gran Alemania, que cantando marcha desde el manicomio hacia el matadero.

Kafka

Cuando los tambores de la primera carnicería mundial andaban sonando cerca, Franz Kafka escribió «La metamorfosis». Y poco después, ya con la guerra empezada, nació «El proceso».

Son dos pesadillas colectivas:

un hombre despierta convertido en un enorme escarabajo, y no consigue entender por qué, hasta que al fin lo barren con una escoba;

y otro hombre es apresado, acusado, juzgado y condenado, y no consigue entender por qué, hasta que al fin lo apuñalan los verdugos.

De alguna manera esas historias, esas obras, continuaban cada día en las páginas de los diarios, que daban noticia de la buena marcha de la máquina de la guerra.

El autor, fantasma de ojos febriles, sombra sin cuerpo, escribía en la frontera última de la angustia.

Poca cosa publicó, casi nadie lo leyó.

Se fue en silencio, como había vivido. En su dolorosa agonía, sólo habló para pedir al médico:

— *Si usted no es un asesino, máteme.*

Nijinsky

En Suiza, en 1919, en un salón del hotel Suvretta de Saint Moritz, Vaclav Nijinsky bailó por última vez.

Ante un público de millonarios, el bailarín más famoso del mundo anunció que iba a danzar la guerra. Y a la luz de los candelabros, la bailó.

Nijinsky giraba en furiosos torbellinos y se desprendía del suelo y en el aire se partía y al suelo caía, fulminado, y se revolcaba como si fuera de barro el piso de mármol y otra vez se echaba a girar y subiendo se rompía, una vez y otra y otra, hasta que por fin ese resto de él, ese mudo alarido, se estrelló contra la ventana y se perdió en la nieve.

Nijinsky entró en el reino de la locura, su tierra de exilio. Nunca volvió.

Fundación del *jazz*

Corría el año 1906. La gente iba y venía, como cualquier día, a lo largo de la calle Perdido, en un barrio pobre de Nueva Orleans. Un niño de cinco años, asomado a la ventana, contemplaba aquel aburrimiento, con los ojos y los oídos muy abiertos, como esperando algo que iba a ocurrir.

Y ocurrió. La música estalló desde la esquina y ocupó toda la calle. Un hombre soplaba su corneta, alzada al cielo, y a su alrededor la multitud batía palmas y cantaba y bailaba. Y Louis Armstrong, el niño de la ventana, se meneaba tanto que por poco no se cayó desde allá arriba.

Unos días después, el hombre de la corneta fue a parar al manicomio. Lo encerraron en el sector reservado a los negros.

Ésa fue la única vez que su nombre, Buddy Bolden, apareció en los diarios. Murió un cuarto de siglo después, en ese mismo manicomio, y los diarios ni se enteraron. Pero su música, nunca escrita ni grabada, siguió sonando dentro de quienes la habían gozado en fiestas o funerales.

Según dicen los que saben, ese fantasma fue el fundador del *jazz*.

Resurrección de Django

Nació en una caravana de gitanos. Pasó sus primeros años en los caminos de Bélgica, acompañando con el banjo los bailes de un oso y una cabra.

Tenía dieciocho años cuando su carreta se incendió. Quedó más muerto que vivo. Perdió una pierna. Perdió una mano. Adiós al camino, adiós a la música, dijeron los médicos. Pero recuperó la pierna, cuando se la iban a amputar, y de la mano perdida consiguió salvar dos dedos. Y con eso le alcanzó para convertirse en uno de los mejores guitarristas de toda la historia del *jazz*.

Había un pacto secreto entre Django Reinhardt y su guitarra. Para que él la tocara, ella le daba los dedos que le faltaban.

Fundación del tango

Había nacido en el río de la Plata, en los puteros de los suburbios. Los hombres lo bailaban entre ellos, para entretener la espera, mientras las mujeres atendían otros clientes en la cama. Sus sonos, lentos, tartamudos, se perdían en los callejones donde reinaban el cuchillo y la tristeza.

El tango llevaba la marca de su origen en la frente, los bajos fondos, la mala vida, y por eso tenía prohibido salir.

Pero el impresentable se abrió paso. En 1917, de la mano de Carlos Gardel, el tango irrumpió en el centro de Buenos Aires y subió al escenario del teatro Esmeralda y se presentó por su nombre. Gardel cantó «Mi noche triste» y fue ovacionado. Y se acabó el exilio del tango. Bañada en lágrimas, la pacata clase media le dio clamorosa bienvenida y le otorgó certificado de buena conducta.

Ése fue el primer tango que Gardel grabó en disco. Sigue sonando, y cada día suena mejor. A Gardel lo llaman el Mago. No exageran ni un poquito.

Fundación del samba

Como el tango, el samba no era decente: música barata, cosa de negros.

En 1917, el mismo año en que Gardel abrió la puerta grande para que el tango entrara, ocurrió la primera explosión del samba en el carnaval de Río de Janeiro. Esa noche, que duró años, cantaron los mudos y danzaron los faroles de las esquinas.

No mucho después, el samba viajó a París. Y París enloqueció. Era irresistible esa música donde se encontraban todas las músicas de una nación prodigiosamente musical.

Pero al gobierno brasileño, que por entonces no aceptaba negros en la selección nacional de fútbol, esa bendición europea no le cayó nada bien. Eran músicos negros los más famosos, y se corría el peligro de que Europa creyera que Brasil estaba en África.

El más músico de esos músicos, Pixinguinha, maestro de la flauta y el saxo, había creado un estilo inconfundible. Los franceses nunca habían escuchado nada igual. Más que tocar, jugaba. Y jugando invitaba a jugar.

Fundación de Hollywood

Cabalgan los enmascarados, túnicas blancas, blancas cruces, antorchas en alto: los negros, hambrientos de blancas doncellas, tiemblan ante estos jinetes vengadores de la virtud de las damas y el honor de los caballeros.

En pleno auge de los linchamientos, la película de D. W. Griffith, «El nacimiento de una nación», eleva su himno de alabanza al Ku Klux Klan.

Ésta es la primera superproducción de Hollywood y el mayor éxito de taquilla de todos los años del cine mudo. Es, también, la primera película estrenada en la Casa Blanca. El presidente, Woodrow Wilson, la aplaude de pie. La aplaude, se aplaude: este abanderado de la libertad es el autor de los principales textos que acompañan las épicas imágenes.

Las palabras del presidente explican que la emancipación de los esclavos ha sido un *verdadero derrocamiento de la Civilización en el Sur, el Sur blanco bajo los talones del Sur negro*.

Desde entonces, el caos reina, porque *los negros son hombres que ignoran los usos de la autoridad, excepto sus insolencias*.

Pero el presidente enciende la luz de la esperanza: Por fin *ha nacido a la vida un gran Ku Klux Klan*.

Y hasta Jesús en persona baja del cielo, al fin de la película, para dar su bendición.

Fundación del arte moderno

Desde siempre, los escultores africanos tallan cantando. Y no paran de cantar hasta que concluyen sus obras, para que la música se meta en ellas y en ellas siga sonando.

En 1910, Leo Frobenius quedó bizco ante las antiguas esculturas que encontró en la Costa de los Esclavos.

Tan alta era su belleza que el explorador alemán creyó que ésas eran obras griegas, traídas desde Atenas, o quizá creaciones de la perdida Atlántida. Y sus colegas coincidieron: África, hija del desprecio, madre de esclavos, no podía ser la autora de esas maravillas.

Pero sí. Esas efigies llenas de música habían sido creadas, hacía unos cuantos siglos, en el ombligo del mundo, en Ifé, el sagrado lugar donde los dioses yorubas habían dado nacimiento a las mujeres y a los hombres.

Y en África había seguido naciendo un manantial incesante de arte digno de ser celebrado. Y digno de ser robado.

Parece que Paul Gauguin, hombre bastante distraído, puso su firma a un par de esculturas del Congo. El error fue contagioso. A partir de entonces,

Picasso, Modigliani, Klee, Giacometti, Ernst, Moore y muchos otros artistas europeos también se equivocaron, y con frecuencia.

Saqueada por derecho colonial, África ni se enteró de lo mucho que le debían las más deslumbrantes conquistas de la pintura y la escultura en la Europa del siglo veinte.

Fundación de la novela moderna

Hace mil años, dos mujeres japonesas escribieron como si fuera ahora.

Según Jorge Luis Borges y Marguerite Yourcenar, nadie nunca ha escrito una novela mejor que la «Historia de Genji», de Murasaki Shikibu, magistral recreación de aventuras masculinas y humillaciones femeninas.

Otra japonesa, Sei Shônagon, compartió con Murasaki el raro honor de ser elogiada un milenio después. Su «Libro de la almohada» dio nacimiento al género *zuihitsu*, que literalmente significa *al correr del pincel*. Era un mosaico multicolor, hecho de breves relatos, apuntes, reflexiones, noticias, poemas: esos fragmentos, que parecen dispersos pero son diversos, nos invitan a penetrar en aquel lugar y en aquel tiempo.

El Soldado Desconocido

Francia perdió un millón y medio de hombres en la primera guerra mundial.

Cuatrocientos mil, casi un tercio, fueron muertos sin nombre.

En homenaje a esos mártires anónimos, el gobierno resolvió abrir una tumba al Soldado Desconocido.

Se eligió, al azar, uno de los caídos en la batalla de Verdún.

Al ver el cadáver, alguien advirtió que era un soldado negro, de un batallón de la colonia francesa de Senegal.

El error fue corregido a tiempo.

Otro muerto anónimo, pero de piel blanca, fue enterrado bajo el Arco de Triunfo, el 11 de noviembre de 1920. Envuelto en la bandera patria, recibió discursos y honores militares.

Prohibido ser pobre

El criminal nace, no se hace, decía el médico italiano Cesare Lombroso, que se vanagloriaba de reconocer al delincuente, por sus rasgos físicos, a simple vista.

Para confirmar que el homo criminalis nacía predestinado al Mal, el médico brasileño Sebastião Leão midió y estudió a los presos de la cárcel de Porto Alegre. Pero sus investigaciones revelaron

que la fuente de la delincuencia era la pobreza, no la biología;

que los presos negros, miembros de una raza que se consideraba inferior, eran tanto o más inteligentes que los otros;

que los presos mulatos, miembros de una raza que se consideraba débil y degradada, habían llegado tan campantes a la vejez;

que bastaba leer los versos escritos en las paredes para comprobar que no todos los delincuentes eran brutos;

que los estigmas físicos que Lombroso atribuía a los amigos del cuchillo, mentón prominente, orejas aladas, colmillos salientes, eran menos frecuentes en la cárcel que en la calle;

que la falta de barba no podía ser una característica de los enemigos del orden público, como Lombroso afirmaba, porque entre los muchos presos de Porto Alegre no había más de diez lampiños;

y que el clima ardiente no favorecía el delito, porque los índices de criminalidad no aumentaban en verano.

Los invisibles

En 1869, el canal de Suez hizo posible la navegación entre dos mares.

Sabemos que Ferdinand de Lesseps fue autor del proyecto, que el pacha Said y sus herederos vendieron el canal a los franceses y a los ingleses a cambio de poco o nada,

que Giuseppe Verdi compuso la ópera «Aída» para que fuera cantada en la inauguración

y que noventa años después, al cabo de una larga y dolida pelea, el presidente Gamal Abdel Nasser logró que el canal fuera egipcio.

¿Quién recuerda a los ciento veinte mil presidiarios y campesinos, condenados a trabajos forzados, que construyendo el canal cayeron asesinados por el hambre, la fatiga y el cólera?

En 1914, el canal de Panamá abrió un tajo entre dos océanos.
Sabemos que Ferdinand de Lesseps fue autor del proyecto,
que la empresa constructora quebró, en uno de los más sonados escándalos
de la historia de Francia,
que el presidente de los Estados Unidos, Teddy Roosevelt, se apoderó del
canal y de Panamá y de todo lo que encontró en el camino
y que sesenta años después, al cabo de una larga y dolida pelea, el
presidente Omar Torrijos logró que el canal fuera panameño.
¿Quién recuerda a los obreros antillanos, hindúes y chinos que cayeron
construyéndolo? Por cada kilómetro murieron setecientos, asesinados por el
hambre, la fatiga, la fiebre amarilla y la malaria.

Las invisibles

Mandaba la tradición que los ombligos de las recién nacidas fueran enterrados bajo la ceniza de la cocina, para que temprano aprendieran cuál es el lugar de la mujer, y que de allí no se sale.

Cuando estalló la revolución mexicana, muchas salieron, pero llevando la cocina a cuestas. Por las buenas o por las malas, por secuestro o por ganas, siguieron a los hombres de batalla en batalla. Llevaban el bebé prendido a la teta y a la espalda las ollas y las cazuelas. Y las municiones: ellas se ocupaban de que no faltaran tortillas en las bocas ni balas en los fusiles. Y cuando el hombre caía, empuñaban el arma.

En los trenes, los hombres y los caballos ocupaban los vagones. Ellas viajaban en los techos, rogando a Dios que no lloviera.

Sin ellas, soldaderas, cucarachas, adelitas, vivanderas, galletas, juanas, pelonas, guachas, esa revolución no hubiera existido.

A ninguna se le pagó pensión.

Prohibido ser campesino

Mientras Pancho Villa, eufórico cuatrero, incendiaba el norte de México, Emiliano Zapata, melancólico arriero, encabezaba la revolución del sur.

En todo el país, los campesinos se alzaban en armas:

—*La justicia se subió al cielo. Aquí ya no está* —decían.

Para bajarla, peleaban.

Qué más remedio.

Al sur, el azúcar reinaba, tras las murallas de sus castillos, y el maíz malvivía en los pedregales. El mercado mundial humillaba al mercadito local, y los usurpadores de la tierra y del agua aconsejaban a sus despojados:

—*Siembren en macetas.*

Los alzados eran gente de la tierra, no de la guerra, que suspendían la revolución por siembra o por cosecha.

Sentado entre los vecinos que charlaban de gallos y caballos a la sombra de los laureles, Zapata escuchaba mucho y poco decía. Pero este callado logró que la buena nueva de su reforma agraria alborotara las comarcas más lejanas.

Nunca la nación mexicana fue tan cambiada.

Nunca la nación mexicana fue tan castigada por cambiar.

Un millón de muertos. Todos, o casi todos, campesinos, aunque algunos vistieran uniforme militar.

Fotos: El trono

Ciudad de México, Palacio Nacional, diciembre de 1914.

El campo, alzado en revolución, invade el planeta urbano. El norte y el sur, Pancho Villa y Emiliano Zapata, conquistan la ciudad de México.

Mientras sus soldados, perdidos como ciego en tiroteo, dan vueltas por las calles pidiendo comida y esquivando máquinas jamás vistas, Villa y Zapata entran al palacio de gobierno.

Y Villa ofrece a Zapata la dorada silla presidencial.

Zapata no la acepta.

—*Deberíamos quemarla* —dice—. *Está embrujada. Cuando un hombre bueno se sienta aquí, se vuelve malo.*

Villa se ríe, como si fuera chiste, desparrama sobre la silla su grande humanidad y posa ante la cámara de Agustín Víctor Casasola.

A su lado, Zapata se ve ajeno, ausente, pero mira la cámara como si disparara balas, no flashes, y con los ojos dice:

—*Lindo lugar para irse.*

Y al rato nomás, el jefe del sur se vuelve al pueblo de Anenecuilco, su cuna, su santuario, para seguir rescatando, desde allá, las tierras robadas.

Villa no demora en imitarlo:

—*Este rancho está muy grande para nosotros.*

Los que después se sientan en la codiciada silla, la de los dorados oropeles, presiden las matanzas que restablecen el orden.

Zapata y Villa caen, asesinados a traición.

Resurrección de Zapata

Nació, dicen, con una manito tatuada en el pecho.

Murió acribillado por siete balazos.

El asesino recibió cincuenta mil pesos y el grado de general de brigada.

El asesinado recibió a una multitud de campesinos, que sombrero en mano visitaron su muerte.

De sus abuelos indios habían heredado el silencio.

No decían nada, o decían:

—*Pobrecito.*

Nada más decían.

Pero después, poco a poco, en las plazas de los pueblos se fueron soltando las lenguas:

—*No era él.*

—*Otro era.*

—*Muy gordo lo vi.*

—*Le faltaba el lunar de arriba del ojo.*

—*Se fue en un barco, salió de Acapulco.*

—*En la noche se voló, en un caballo blanco.*

—*Se fue para Arabia.*

—*Por allá, por Arabia, está.*

—*Arabia queda muy lejos, más lejos que Oaxaca.*

—*Ahorita vuelve.*

Lenin

Nunca escribió, y quién sabe si dijo, su frase más célebre:

—*El fin justifica los medios.*

También se le atribuyen otras maldades.

En todo caso, no hay duda de que hizo lo que hizo porque sabía lo que quería hacer y para hacerlo vivió. Pasaba sus días y sus noches organizando, polemizando, estudiando, escribiendo, conspirando. Se daba permiso para respirar y comer. Dormir, nunca.

Llevaba diez años de exilio en Suiza, su segundo exilio: era austero, vestía ropas viejas y botas impresentables, vivía en el cuarto de arriba de un zapatero remendón y le daba náuseas el olor a salchichas que subía desde la carnicería de al lado. Se pasaba todo el día en la biblioteca pública, y tenía más contacto con Hegel y Marx que con los obreros y campesinos de su patria y de su tiempo.

En 1917, cuando subió al tren que lo devolvió a San Petersburgo, la ciudad que después se llamó con su nombre, pocos rusos sabían quién era. El partido que él fundó, y que iba a conquistar el poder absoluto, tenía todavía escaso arraigo popular y estaba más bien a la izquierda de la luna.

Pero Lenin supo, mejor que nadie, qué era lo que el pueblo ruso más necesitaba, *paz y tierra*, y no bien bajó del tren y echó su primer discurso en la primera estación, un gentío harto de guerras y de humillaciones pudo reconocer en él a su intérprete y a su instrumento.

Alexandra

Para que el amor sea natural y limpio, como el agua que bebemos, ha de ser libre y compartido; pero el macho exige obediencia y niega placer. Sin una nueva moral, sin un cambio radical en la vida cotidiana, no habrá emancipación plena. Sí la revolución social no miente, debe abolir, en la ley y en las costumbres, el derecho de propiedad del hombre sobre la mujer y las rígidas normas enemigas de la diversidad de la vida.

Palabra más, palabra menos, esto exigía Alexandra Kollontai, la única mujer con rango de ministro en el gobierno de Lenin.

Gracias a ella, la homosexualidad y el aborto dejaron de ser crímenes, el matrimonio ya no fue una condena a pena perpetua, las mujeres tuvieron derecho al voto y a la igualdad de salarios, y hubo guarderías infantiles gratuitas, comedores comunales y lavanderías colectivas.

Años después, cuando Stalin decapitó la revolución, Alexandra consiguió conservar la cabeza. Pero dejó de ser Alexandra.

Stalin

Aprendió a escribir en la lengua de Georgia, su tierra, pero los monjes lo obligaron a hablar ruso en el seminario.

Años después, en Moscú, todavía delataba su acento del sur del Cáucaso.

Entonces decidió ser el más ruso de los rusos. ¿Acaso Napoleón, que era corso, no había sido el más francés de los franceses? ¿Y la reina Catalina de Rusia, que era alemana, no había sido la más rusa de los rusos?

El georgiano Iósif Dzhughashvili eligió un nombre ruso. Se llamó Stalin, que significa acero.

Y de acero había de ser el heredero del hombre de acero: Yakov, el hijo de Stalin, fue templado desde la infancia en el fuego y en el hielo, y a golpes de martillo fue modelado.

No hubo caso. Había salido a la madre. Y a los diecinueve años, Yakov no quiso, no pudo, más.

Apretó el gatillo.

El balazo no lo mató.

Despertó en el hospital.

Al pie de la cama, el papá comentó:

—*Ni siquiera eso sabes hacer.*

Coartadas

Se dijo, se dice: las revoluciones sociales, atacadas por los poderosos de adentro y los imperialistas de afuera, no pueden darse el lujo de la libertad.

Sin embargo, fue en los primeros tiempos de la revolución rusa, en pleno acoso enemigo, años de guerra civil y de invasión extranjera, cuando más libremente floreció su energía creadora.

Después, en tiempos mejores, cuando ya los comunistas controlaban el país, la dictadura burocrática impuso su verdad única y condenó la diversidad como herejía imperdonable.

Marc Chagall y Wassily Kandinsky, pintores, se marcharon y nunca más volvieron.

Vladimir Maiakovsky, poeta, se disparó un balazo al corazón.

Sergei Esenin, también poeta, se ahorcó.

Isaac Babel, narrador, fue fusilado.

Vsevolod Meyerhold, que había hecho la revolución en sus desnudos escenarios del teatro, también fue fusilado.

Y fusilados fueron Nikolai Bujarin, Grigori Zinoviev y Lev Kamenev, jefes revolucionarios de la primera hora, mientras León Trotski, fundador del Ejército Rojo, caía asesinado en el exilio.

De los revolucionarios de la primera hora, nadie quedó. Fueron todos purgados: enterrados, encerrados o desterrados. Y fueron borrados de las fotos heroicas y suprimidos de los libros históricos.

La revolución elevó al trono al más mediocre de sus jefes.

Stalin sacrificó a los que le hacían sombra, a los que decían no, a los que no decían sí, a los peligrosos de hoy y a los peligrosos de mañana, por lo que hiciste o por lo que harás, por castigo o por las dudas.

Fotos: Los enemigos del pueblo

Moscú, plaza del Teatro Bolshoi, mayo de 1920.

Lenin arenga a los soldados soviéticos, que parten a luchar contra el ejército polaco en el frente de Ucrania.

Al costado de Lenin, en el podio alzado sobre la multitud, se ve a León Trotski, el otro orador de esta jornada, y a Lev Kamenev.

La foto, de G. R. Goldshtein, se convierte en un símbolo universal de la revolución comunista.

Pero en pocos años más, Trotski y Kamenev desaparecen de la foto y de la vida.

De la foto los borran los retocadores, que los sustituyen por cinco escalones de madera, y de la vida los borran los verdugos.

La Inquisición en tiempos de Stalin

Isaac Babel era un escritor prohibido. Él explicaba:

— *Es que he inventado un género nuevo: el silencio.*

En 1939, fue preso.

Al año siguiente, fue juzgado.

El juicio duró veinte minutos.

Confesó que había escrito libros en los que su visión pequeño-burguesa distorsionaba la realidad revolucionaria.

Confesó que había cometido crímenes contra el Estado soviético.

Confesó que había hablado con espías extranjeros.

Confesó que en sus viajes al exterior había tenido contactos con trotskistas.

Confesó que estaba enterado de un complot para asesinar al camarada Stalin, y no lo había denunciado.

Confesó que se había sentido atraído por los enemigos de la patria.

Confesó que era falso todo lo que había confesado.

Lo fusilaron en la noche de ese día.

Su mujer se enteró quince años después.

Rosa

Nació en Polonia, vivió en Alemania. A la revolución social consagró su vida, hasta que cayó asesinada. A principios de 1919, los ángeles guardianes del capitalismo alemán le partieron el cráneo a golpes de culata de fusil.

Poco antes, Rosa Luxemburgo había escrito un artículo sobre los primeros pasos de la revolución rusa. El artículo, nacido en la cárcel alemana donde estaba presa, se oponía al divorcio del socialismo y la democracia.

- * Sobre la nueva democracia: *La democracia socialista no es algo que empieza en la tierra prometida sólo cuando han sido echados los fundamentos de la economía socialista. No llega como una especie de regalo de Navidad para la gente que la merece por haber soportado, en el ínterin, a un puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista empieza simultáneamente con el comienzo de la destrucción de la clase dominante y de la construcción del socialismo.*
- * Sobre la energía del pueblo: *El remedio que han encontrado Trotski y Lenin, la eliminación de la democracia como tal, es peor que la enfermedad que se proponen curar, porque taponan la única fuente de corrección de todas las limitaciones de las instituciones sociales. Esa fuente es la activa, irrestricta, energizante vida política de las más amplias masas del pueblo.*
- * Sobre el control público: *El control público es indispensablemente necesario. Cuando no existe, el intercambio de experiencias se reduce al cerrado círculo de los dirigentes del nuevo régimen. La corrupción resulta inevitable.*
- * Sobre la libertad: *La libertad sólo para los partidarios del gobierno, sólo para los miembros de un partido, por numeroso que sea, no es libertad. La libertad es siempre y exclusivamente libertad para quien opina diferente.*
- * Sobre la dictadura burocrática: *Sin elecciones generales, sin irrestricta libertad de prensa y libertad de reunión, sin un libre debate de opiniones, la vida muere en las instituciones públicas, se convierte en una caricatura de vida donde sólo la burocracia es elemento activo. La vida pública cae gradualmente dormida, y unos pocos líderes del partido, dotados de incansable*

energía y de ilimitada experiencia, gobiernan y mandan. Entre ellos, no más que una docena de cabezas dirigen realmente, y una minoría selecta de la clase trabajadora es invitada, de tiempo en tiempo, a reuniones donde aplaude los discursos de los líderes y aprueba las resoluciones por unanimidad.

Fundación de dos países

Dicen que Churchill dijo:

—Jordania fue una idea que se me ocurrió en primavera, a eso de las cuatro y media de la tarde.

El hecho es que en el mes de marzo de 1921, en apenas tres días, el ministro de Colonias Winston Churchill y sus cuarenta asesores inventaron un nuevo mapa del Medio Oriente, crearon dos países, los bautizaron, designaron a sus monarcas y dibujaron sus fronteras con un dedo en la arena. Y fue llamada Irak la tierra abrazada por los ríos Tigris y Éufrates, el barro de los primeros libros, y se llamó Jordania el nuevo país amputado de Palestina.

Era urgente que las colonias cambiaran de nombre y fueran, o parecieran, reinos árabes. Y era urgente, también, dividir esas colonias, romperlas: la memoria imperial lo había enseñado así.

Mientras Francia inventaba el Líbano, Churchill otorgó a Feisal, el príncipe errante, la corona de Irak; y un plebiscito lo ratificó, sospechoso entusiasmo, con un noventa y seis por ciento de aprobación. Su hermano, el príncipe Abdullah, fue rey de Jordania. Ambos monarcas pertenecían a una familia incorporada al presupuesto británico, por recomendación de Lawrence de Arabia.

Los fabricantes de países firmaron las partidas de nacimiento de Irak y de Jordania en el hotel Semíramis, en El Cairo, y se marcharon a dar un paseo entre las pirámides.

Churchill se cayó del camello y se lastimó una mano.

Afortunadamente, la herida fue leve: el artista que Churchill más admiraba pudo seguir pintando paisajes.

El rey ingrato

En 1932, Ibn Saud culminó su larga guerra de conquista de la Meca y Medina, y se proclamó rey y sultán de esas ciudades santas y todo el vasto desierto a su alrededor.

En un acto de humildad, Ibn Saud bautizó a su reino con el nombre de su familia, Arabia Saudí; y en un acto de amnesia entregó el petróleo a la Standard Oil, olvidando así que entre 1917 y 1924 él y su familia habían comido de la mano del imperio británico, según consta en la contabilidad oficial.

Arabia Saudí se convirtió en el modelo de democracia en Medio Oriente. Sus cinco mil príncipes demoraron setenta y tres años en organizar las primeras elecciones. En esos comicios, municipales, no participaron los partidos políticos, porque estaban prohibidos. Las mujeres tampoco, porque también estaban prohibidas.

Las edades de Josephine

A los nueve años, trabaja limpiando casas en Saint Louis, a orillas del Mississippi.

A los diez, empieza a bailar, por monedas, en las calles.

A los trece, se casa.

A los quince, otra vez. Del primer marido, no le queda ni siquiera un mal recuerdo. Del segundo, guarda el apellido, porque le gusta cómo suena.

A los diecisiete, Josephine Baker baila charleston en Broadway.

A los dieciocho, cruza el Atlántico y conquista París. La Venus negra aparece desnuda en el escenario, sin más ropa que un cinturón de bananas.

A los veintiuno, su rara mezcla de payasa y mujer fatal la convierte en la vedette más admirada y mejor pagada de toda Europa.

A los veinticuatro, es la mujer más fotografiada del planeta. Pablo Picasso, arrodillado, la pinta. Por parecerse a ella, las pálidas damiselas de París se frotan con crema de nuez, que oscurece la piel.

A los treinta, tiene problemas en algunos hoteles, porque viaja acompañada por un chimpancé, una serpiente, una cabra, dos loros, varios peces, tres gatos, siete perros, una leoparda llamada Chiquita, que luce collar de diamantes, y un cerdito, Albert, que ella baña con el perfume *Je reviens*, de Worth.

A los cuarenta, recibe la Legión de Honor por sus servicios a la resistencia francesa durante la ocupación nazi.

A los cuarenta y uno, cuando ya va por el cuarto marido, adopta doce niños de diversos colores y diversos lugares, que ella llama *mi tribu del arcoiris*.

A los cuarenta y cinco, regresa a los Estados Unidos. Exige que a sus espectáculos asistan, todos mezclados, blancos y negros. Si no, no actúa.

A los cincuenta y siete, comparte el estrado con Martin Luther King y habla contra la discriminación racial ante la inmensa Marcha sobre Washington.

A los sesenta y ocho, se recupera de una estrepitosa bancarrota y celebra, en el teatro Bobino de París, su medio siglo de actuación en este mundo.

Y se va.

Sarah

—Actúo siempre —decía—. En el teatro y fuera del teatro, actúo. Yo soy mi doble.

No se sabía si Sarah Bernhardt era la mejor actriz de la historia o la mayor mentirosa del mundo, o ambas cosas a la vez.

A principios de los años veinte, al cabo de más de medio siglo de monarquía absoluta, ella seguía reinando en los teatros de París y programando giras de nunca acabar. Ya rondaba los ochenta años, estaba tan flaca que ni sombra hacía y los cirujanos le habían cortado una pierna: todo París lo sabía. Pero todo París creía que esa muchacha irresistible, que arrancaba suspiros a su paso, estaba representando estupendamente a una pobre anciana mutilada.

Rendición de París

Cuando era un chiquilín descalzo., que pateaba pelotas de trapo en calles sin nombre, se frotaba las rodillas y los tobillos con grasa de lagartija. Eso decía, y de ahí le venía la magia de sus piernas.

José Leandro Andrade era de poco hablar. No festejaba sus goles ni sus amores. Con el mismo andar altivo, y aire ausente, llevaba la pelota atada al pie, bailando rivales, y a la mujer atada al cuerpo, bailando tango.

En las Olimpíadas de 1924, deslumbró a París. El público deliró, la prensa lo llamó *La Maravilla Negra*. De la fama brotaban las damas. Le llovían cartas, que él no podía leer, escritas en papel perfumado por señoras que mostraban las rodillas y echaban humo en aros desde sus largas boquillas doradas.

Cuando regresó al Uruguay, trajo kimono de seda, guantes de color patito y un reloj que le adornaba la muñeca.

Poco duró todo.

En aquellos tiempos, el fútbol se jugaba a cambio del vino y la comida y la alegría.

Vendió diarios en las calles.

Vendió sus medallas.

Había sido la primera estrella negra del fútbol internacional.

Noches de harén

La escritora Fátima Mernissi vio, en los museos de París, las odaliscas turcas pintadas por Henri Matisse.

Eran carne de harén: voluptuosas, indolentes, obedientes.

Fátima miró las fechas de los cuadros, comparó, comprobó: mientras Matisse las pintaba así, en los años veinte y treinta, las mujeres turcas se hacían ciudadanas, entraban en la Universidad y en el Parlamento, conquistaban el divorcio y se arrancaban el velo.

El harén, prisión de mujeres, había sido prohibido en Turquía, pero no en la imaginación europea. Los virtuosos caballeros, monógamos en la vigilia y polígamos en el sueño, tenían entrada libre a ese exótico paraíso, donde las hembras, bobas, mudas, estaban encantadas de dar placer al macho carcelero. Cualquier mediocre burócrata cerraba los ojos y en el acto se convertía en un poderoso califa, acariciado por una multitud de vírgenes desnudas que, bailando la danza del vientre, suplicaban la gracia de una noche junto a su dueño y señor.

Fátima había nacido y crecido en un harén.

Las personas de Pessoa

Era uno, era muchos, era todos, era ninguno.

Fernando Pessoa, burócrata triste, prisionero del reloj, solitario autor de cartas de amor jamás enviadas, tenía un manicomio dentro de sí.

De sus habitantes conocemos los nombres, las fechas y hasta las horas de nacimiento, los horóscopos, los pesos y las estaturas.

Y las obras, porque todos eran poetas.

Alberto Caeiro, pagano, burlón de la metafísica y demás acrobacias de los intelectuales que reducen la vida a los conceptos, escribía erupciones;

Ricardo Reis, monárquico, helenista, hijo de la cultura clásica, que nació varias veces y tuvo varios horóscopos, escribía construcciones;

Álvaro de Campos, ingeniero de Glasgow, vanguardista, estudioso de la energía y temeroso del cansancio de vivir, escribía sensaciones;

Bernardo Soares, maestro de la paradoja, poeta en prosa, erudito que decía ser esforzado ayudante de algún bibliotecario, escribía contradicciones;

y Antonio Mora, psiquiatra y demente, internado en Cascáis, escribía lucubraciones y locobraciones.

Pessoa también escribía. Cuando ellos dormían.

War Street

Desde principios del siglo veinte, las campanas mecánicas saludan el principio y el fin de cada jornada en la Bolsa de Nueva York. Esos sones rinden homenaje a la abnegada labor de los especuladores que timbean el planeta, deciden el valor de las cosas y de las naciones, fabrican millonarios y mendigos y son capaces de matar más gente que cualquier guerra, peste o sequía.

El 24 de octubre de 1929, las campanas sonaron alborozadas como siempre, pero ése fue el peor día en toda la historia de la catedral de las finanzas. Su caída cerró bancos y fábricas, lanzó el desempleo a las nubes y arrojó los salarios al sótano, y el mundo entero pagó la cuenta.

El Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, Andrew Mellon, consoló a las víctimas. Dijo que la crisis tenía su lado positivo, *porque así la gente va a trabajar más duro y va a vivir una vida más moral.*

Prohibido ganar elecciones

Para que la gente trabajara más duro y viviera una vida más moral, la crisis de Wall Street volteó el precio del café y volteó el gobierno civil de El Salvador.

Tomó las riendas del país el general Maximiliano Hernández Martínez, que usaba un péndulo mágico para descubrir el veneno en la sopa y al enemigo en el mapa.

El general llamó a elecciones democráticas, pero el pueblo hizo mal uso de la oportunidad brindada. La mayoría votó al Partido Comunista. El general no tuvo más remedio que anular la votación, y estalló la sublevación popular y estalló a la vez el volcán Izalco, que llevaba muchos años dormido.

Las ametralladoras restablecieron la paz. Miles murieron. Cuántos, no se sabe. Eran peones, eran pobres, eran indios: la economía los llamaba mano de obra y la muerte los llamaba NN.

Al jefe indígena José Feliciano Ama ya lo habían matado varias veces cuando fue colgado de una rama de olivo. Y ahí quedó, meciéndose al viento, para que lo vieran los niños de las escuelas, venidos de todas partes del país para asistir a esa clase de educación cívica.

Prohibido ser fértil

Para que la gente trabajara más duro y viviera una vida más moral, la crisis de Wall Street desplomó también el precio del azúcar.

Ese desastre castigó fuerte a las islas del mar Caribe y descerrajó el tiro de gracia al nordeste del Brasil.

El nordeste ya no era el centro azucarero del mundo, ni mucho menos, pero sí era el más trágico heredero del monocultivo de la caña.

Tiempo antes de que lo sacrificaran en los altares del mercado mundial, había sido verde este inmenso desierto. El azúcar había asesinado los bosques y las tierras fértiles. El nordeste producía cada vez menos azúcar y cada vez más espinas y criminales.

En estas soledades habitaban el dragón de la sequía y el bandido Lampiào.

Antes de cada faena, Lampiào besaba el puñal:

— *¿Usted tiene coraje?*

— *Coraje, no sé. Tengo costumbre.*

Por fin, perdió la costumbre y la cabeza. Lo decapitó el teniente João Bezerra, a cambio de doce automóviles de recompensa. Entonces el gobierno olvidó que había otorgado a Lampiào el grado de capitán de ejército, para que cazara comunistas, y triunfalmente exhibió sus bienes confiscados: un sombrero napoleónico llovido de moneditas, cinco anillos de diamantes falsos, una botella de whisky *White Horse*, un frasquito de perfume *Fleurs d'Amour*, una capa impermeable y otros adornos.

Prohibido ser patria

Bajo su sombrero aludo, ni se ve.

Desde 1926, una pulga llamada Augusto César Sandino está volviendo loco al gigante invasor.

Miles de marines llevan años en Nicaragua, pero la pesada máquina militar de los Estados Unidos no consigue aplastar al saltarín ejército de los campesinos patriotas.

—*Dios y las montañas son nuestros aliados* —dice Sandino.

Y dice que Nicaragua y él tienen, además, la buena suerte de padecer latinoamericanitis aguda.

Sandino cuenta con dos secretarios, dos brazos derechos: uno es salvadoreño, Agustín Farabundo Martí, y el otro hondureño, José Esteban Pavletich. El general Manuel María Girón Ruano, guatemalteco, es el único que entiende el cañoncito llamado la Chula, que en sus manos es capaz de voltear aviones. En batalla han ganado posiciones de mando José León Díaz, salvadoreño, Manuel González, hondureño, el venezolano Carlos Aponte, el mexicano José de Paredes, el dominicano Gregorio Urbano Gilbert y los colombianos Alfonso Alexander y Rubén Ardila Gómez.

Los invasores llaman bandido a Sandino.

Él les agradece el chiste:

—*¿Así que era bandido George Washington, que peleaba por lo mismo?*

Y les agradece las donaciones: los rifles Browning, las ametralladoras Thompson y todas las armas y municiones que abandonan en sus valientes huidas.

Resurrección de Sandino

En 1933, los marines, humillados, se fueron de Nicaragua.

Se fueron, pero se quedaron. En su lugar, dejaron a Anastasio Somoza y a sus soldados, entrenados por los invasores para ejercer la suplencia.

Y Sandino, victorioso en la guerra, en la traición fue derrotado.

En 1934, cayó en una emboscada. Por la espalda tenía que ser.

—*A la muerte no hay que tomarla en serio* —gustaba decir—. *No es más que un momentito de disgusto.*

Y pasó el tiempo, y aunque su nombre fue prohibido, y prohibida fue su memoria, cuarenta y cinco años después los sandinistas voltearon la dictadura de su asesino y de los hijos de su asesino.

Y entonces Nicaragua, país chiquito, país descalzo, pudo cometer la insolencia de resistir durante diez años la embestida de la mayor potencia militar del mundo. Esto ocurrió a partir de 1979, gracias a esos músculos secretos que no figuran en ningún tratado de anatomía.

Breve historia de la siembra de la Democracia en América

En 1915, los Estados Unidos invadieron Haití. En nombre del gobierno, Robert Lansing explicó que la raza negra era incapaz de gobernarse a sí misma, por *su tendencia inherente a la vida salvaje y su incapacidad física de Civilización*. Los invasores se quedaron diecinueve años. El jefe patriota Charlemagne Peralte fue clavado en cruz contra una puerta.

Veintiún años duró la ocupación de Nicaragua, que desembocó en la dictadura de Somoza, y nueve años la ocupación de la República Dominicana, que desembocó en la dictadura de Trujillo.

En 1954, los Estados Unidos inauguraron la democracia en Guatemala, mediante bombardeos que acabaron con las elecciones libres y otras perversiones. En 1964, los generales que acabaron con las elecciones libres y otras perversiones en Brasil recibieron dinero, armas, petróleo y felicitaciones de la Casa Blanca. Y algo parecido ocurrió en Bolivia, donde algún estudioso llegó a la conclusión de que los Estados Unidos eran el único país donde no había golpes de estado, porque allí no había embajada de los Estados Unidos.

Esa conclusión fue confirmada cuando el general Pinochet obedeció la voz de alarma de Henry Kissinger, y evitó que Chile se volviera comunista por *la irresponsabilidad de su propio pueblo*.

Poco antes o poco después, los Estados Unidos bombardearon a tres mil panameños pobres para capturar a un funcionario infiel, desembarcaron tropas en Santo Domingo para evitar el regreso de un presidente votado por el pueblo, y no tuvieron más remedio que atacar Nicaragua para evitar que Nicaragua invadiera los Estados Unidos vía Texas.

Por entonces, ya Cuba había recibido la cariñosa visita de aviones, buques, bombas, mercenarios y millonarios enviados desde Washington en misión pedagógica. No pudieron pasar más allá de la Bahía de los Cochinos.

Prohibido ser obrero

Carlitos levanta un trapo rojo caído en la calle. Se pregunta qué será eso, y de quién será, cuando súbitamente se encuentra encabezando, sin saber cómo, sin saber por qué, una manifestación obrera que choca con la policía.

«Tiempos modernos» es la última película de este personaje. Y Chaplin, el papá, no sólo está diciendo adiós a su querido criatura. También se despide, para siempre, del cine mudo.

La película no merece ni una sola nominación al Oscar. A Hollywood no le gusta nada la desagradable actualidad del tema. Ésta es la epopeya de un hombrecito atrapado por los engranajes de la era industrial, en los años siguientes a la crisis del 29.

Una tragedia que hace reír, implacable y entrañable retrato de los tiempos que corren: las máquinas comen gente y roban empleos, la mano humana no se distingue de las demás herramientas, y los obreros, que imitan a las máquinas, no se enferman: se oxidan.

A principios del siglo diecinueve, ya había comprobado lord Byron:

— *Ahora es más fácil fabricar personas que fabricar máquinas.*

Prohibido ser anormal

Los anormales físicos, mentales o morales, asesinos, depravados, deformes, imbéciles, locos, masturbadores, borrachos, vagos, mendigos y prostitutas estaban al acecho, listos para plantar su mala semilla en la virtuosa tierra de los Estados Unidos.

En 1907, el estado de Indiana fue el primer lugar del mundo donde la ley autorizó la esterilización compulsiva.

En 1942, ya habían sido obligados a esterilizarse cuarenta mil pacientes de hospitales públicos en veintisiete estados. Todos pobres o muy pobres; muchos negros y también unos cuantos portorriqueños y no pocos indios.

Suplicaban auxilio las cartas que desbordaban los buzones de la Human Betterment Foundation, organización consagrada a la salvación de la especie. Una estudiante contaba que iba a casarse con un joven de apariencia normal, pero cuyas orejas eran demasiado pequeñas y parecían puestas al revés:

— *El médico me advirtió que podemos tener hijos degenerados.*

Una pareja de altos altísimos pedía ayuda:

—*No queremos traer al mundo niños anormalmente altos.*

En una carta de junio de 1941, una estudiante delató a una compañera de clase que era débil mental y la denunció porque se corría peligro de que pariera bobitos.

Harry Laughlin, el ideólogo de la fundación, recibió en 1936 el doctorado honoris causa de la Universidad de Heidelberg por su contribución a la causa del Reich en la higiene racial.

Laughlin tenía una obsesión contra los epilépticos. Sostenía que eran equivalentes a los débiles mentales pero más peligrosos, y que no había ningún lugar para ellos en una sociedad normal. La ley de Hitler *para la Prevención de la Progenie Defectuosa* obligaba a la esterilización de los débiles mentales, los esquizofrénicos, los maníaco-depresivos, los deformes físicos, los sordos, los ciegos... y los epilépticos.

Laughlin era epiléptico. No se sabía.

Prohibido ser judío

En 1935, la Ley para la Protección de la Sangre y el Honor de Alemania y otras leyes simultáneas fundaron la base biológica de la identidad nacional.

Quienes tuvieran sangre judía, aunque fueran gotitas nomás, no podían ser ciudadanos alemanes ni podían casarse con ciudadanos alemanes.

Según las autoridades, los judíos no eran judíos por su religión, ni por su idioma, sino por su raza. Definirlos no resultaba nada fácil. Los expertos nazis encontraron inspiración en la frondosa historia del racismo universal y contaron con la invaluable ayuda de la empresa IBM.

Los ingenieros de la IBM diseñaron los formularios y las tarjetas perforadas que definían las características físicas y la historia genética de cada persona. Y pusieron en marcha un sistema automatizado, de alta velocidad y enorme alcance, que permitió identificar a los judíos totales, a los semijudíos y a los que tenían más de una decimosexta parte de sangre judía circulando por sus venas.

Higiene social, pureza racial

Unos doscientos cincuenta mil alemanes fueron esterilizados entre 1935 y 1939.

Después, vino el exterminio.

Los deformes, los retardados mentales y los locos estrenaron las cámaras de gas en los campos de Hitler.

Setenta mil enfermos psiquiátricos fueron asesinados entre 1940 y 1941.

Acto seguido, *la solución final* se aplicó contra los judíos, los rojos, los gitanos, los homosexuales...



Peligro en el camino

Alrededores de Sevilla, invierno de 1936: se acercan las elecciones españolas.

Anda un señor recorriendo sus tierras, cuando un andrajoso se le cruza en el camino.

Sin bajarse del caballo, el señor lo llama y le pone en la mano una moneda y una lista electoral.

El hombre deja caer las dos, la moneda y la lista, y dándole la espalda dice:
— *En mi hambre, mando yo.*

Victoria

Madrid, invierno de 1936: Victoria Kent es elegida diputada.

Su popularidad proviene de la reforma de las cárceles.

Cuando inició esa reforma, sus enemigos, numerosos, la acusaron de entregar a España, inerme, en manos de los delincuentes. Pero Victoria, que había trabajado en las prisiones y no conocía de oídas el dolor humano, siguió adelante con su programa:

cerró las prisiones inhabitables, que eran la mayoría;
inauguró los permisos de salida;
liberó a todos los presos mayores de setenta años;
creó campos de deportes y talleres de trabajo voluntario;
suprimió las celdas de castigo;
fundió todas las cadenas, grilletes y rejas

y convirtió todo ese hierro en una gran escultura de Concepción Arenal.

El Diablo es rojo

Melilla, verano de 1936: estalla el golpe de estado contra la república española.

El trasfondo ideológico será explicado, tiempo después, por el ministro de Información, Gabriel Arias Salgado:

— *El Diablo vive en un pozo de petróleo, en Bakú, y desde allí da instrucciones a los comunistas.*

El incienso contra el azufre, el Bien contra el Mal, los cruzados de la Cristiandad contra los nietos de Caín. Hay que acabar con los rojos, antes de que los rojos acaben con España: los presos se dan la gran vida, los maestros desalojan a los curas de las escuelas, las mujeres votan como si fueran varones, el divorcio profana el sagrado matrimonio, la reforma agraria amenaza el señorío de la Iglesia sobre las tierras...

El golpe nace matando, y desde el principio es muy expresivo.

Generalísimo Francisco Franco:

— *Salvaré a España del marxismo al precio que sea.*

— *¿Y si eso significa fusilar a media España?*

— *Cueste lo que cueste.*

General José Millán-Astray:

— *¡Viva la muerte!*

General Emilio Mola:

— *Cualquiera que sea, abierta o secretamente, defensor del Frente Popular, debe ser fusilado.*

General Gonzalo Queipo de Llano:

— *¡Id preparando sepulturas!*

Guerra Civil es el nombre del baño de sangre que el golpe de estado desata. El lenguaje pone, así, el signo de la igualdad entre la democracia que se defiende y el cuartelazo que la ataca, entre los milicianos y los militares, entre el gobierno elegido por el voto popular y el caudillo elegido por la gracia de Dios.

Última voluntad

La Coruña, verano de 1936: Bebel García muere fusilado.

Bebel es zurdo para jugar y para pensar.

En el estadio, se pone la camiseta del Depor. A la salida del estadio, se pone la camiseta de la Juventud Socialista.

Once días después del cuartelazo de Franco, cuando acaba de cumplir veintidós años, enfrenta el pelotón de fusilamiento:

—*Un momento* — manda.

Y los soldados, gallegos como él, futboleros como él, obedecen.

Entonces Bebel se desabrocha la bragueta, lentamente, botón tras botón, y de cara al pelotón echa una larga meada.

Después, se abrocha la bragueta:

—*Ahora sí.*

Rosario

Villarejo de Salvanés, verano de 1936: Rosario Sánchez Mora marcha al frente.

Ella está en clase de Corte y Confección cuando unos milicianos vienen a buscar voluntarias. Arroja al suelo las costurerías y de un salto trepa al camión, con sus diecisiete años recién cumplidos, su falda de volados recién estrenada y un mosquetón de siete kilos que carga, como un bebé, entre los brazos.

En el frente, se hace dinamitera. Y en alguna batalla, cuando enciende la mecha de una bomba casera, un envase de leche condensada relleno de clavos, la bomba estalla antes de ser arrojada. Ella pierde la mano pero no la vida, gracias a que un compañero le ata un torniquete con las cintas de sus alpargatas.

Después, Rosario quiere seguir en las trincheras, pero no la dejan. Las milicias republicanas necesitan convertirse en ejército, y en el ejército las mujeres no tienen lugar. Tras mucho discutir consigue que al menos la dejen repartir cartas, con grado de sargenta, en las trincheras.

Al fin de la guerra, sus vecinos del pueblo le hacen el favor de denunciarla a las autoridades, que la condenan a muerte.

Antes de cada amanecer, espera el fusilamiento.

Pasa el tiempo.

No la fusilan.

Años después, cuando sale de la cárcel, vende cigarrillos de contrabando en Madrid, en los alrededores de la diosa Cibeles.

Guernica

París, primavera de 1937: Pablo Picasso despierta y lee.

Lee el diario mientras desayuna, en su taller.

El café se le enfría en la taza.

La aviación alemana ha arrasado la ciudad de Guernica. Durante tres horas, los aviones nazis han perseguido y ametrallado al gentío que huía de la ciudad en llamas.

El general Franco asegura que Guernica ha sido incendiada por dinamiteros asturianos y pirómanos vascos enrolados en las filas comunistas.

Dos años después, en Madrid, Wolfram von Richthofen, comandante de las tropas alemanas en España, acompaña a Franco en el palco de la victoria: matando españoles, Hitler ha ensayado su próxima guerra mundial.

Muchos años después, en Nueva York, Colin Powell pronuncia un discurso, en las Naciones Unidas, anunciando la inminente aniquilación de Irak.

Mientras él habla, el fondo de la sala no se ve, Guernica no se ve. La reproducción del cuadro de Picasso, que decora la pared, ha sido completamente cubierta por un enorme paño azul.

Las autoridades de las Naciones Unidas han decidido que ése no es el acompañamiento más adecuado para la proclamación de una nueva carnicería.

El comandante que vino de lejos

Brunete, verano de 1937: en plena batalla, un balazo parte el pecho de Oliver Law.

Oliver era negro y rojo y obrero. Desde Chicago, se había venido a pelear por la república española, en las filas de la Brigada Lincoln.

En la brigada, los negros no integran un regimiento aparte. Por primera vez en la historia de los Estados Unidos, blancos y negros están mezclados. Y por primera vez en la historia de los Estados Unidos, soldados blancos han obedecido las órdenes de un comandante negro.

Un comandante raro: cuando Oliver Law daba orden de ataque, no contemplaba a sus hombres con prismáticos, sino que se lanzaba a la pelea antes que ellos.

Pero raros son, al fin y al cabo, todos estos voluntarios de las brigadas internacionales, que no combaten por ganar medallas, ni por conquistar territorios, ni por capturar pozos de petróleo.

A veces, Oliver se preguntaba:

—*Si ésta es una guerra entre blancos, y los blancos nos han esclavizado durante siglos, ¿qué hago yo aquí? ¿Qué hago yo, un negro, aquí?*

Y se contestaba:

—*Hay que barrer a los fascistas.*

Y riendo agregaba, como si fuera chiste:

—*Algunos de nosotros tendrán que morir haciendo este trabajo.*

Ramón

Mar Mediterráneo, otoño de 1938: Ramón Franco estalla en el aire.

En 1926, había atravesado el océano desde Huelva hasta Buenos Aires, en un avión llamado Plus Ultra. Y mientras el mundo entero aplaudía su hazaña, él la celebraba en noches de juerga, bebiéndose la gloria y cantando la Marsellesa y maldiciendo a los reyes y a los papas.

Y no mucho después, en alguna borrachera, lanzó su avión sobre el Palacio Real de Madrid, y no echó las bombas porque había niños jugando en los jardines.

Y sumó y siguió: alzó la bandera republicana, participó en una sublevación anarquista, fue elegido diputado por el nacionalismo catalán y una mujer lo denunció por bigamia, aunque en realidad era trígamo.

Pero cuando su hermano Francisco se alzó, Ramón Franco sufrió un súbito ataque de familismo y se incorporó a las filas de la cruz y la espada.

Al cabo de dos años de guerra, los restos del avión, su avión, se pierden en las aguas del Mediterráneo. Ramón, cargado de bombas, se dirigía a Barcelona. Iba a matar a los que habían sido sus compañeros y al loco lindo que él había sido.

Machado

La frontera, invierno de 1939: la república española se está desmoronando.
Desde Barcelona, desde las bombas, Antonio Machado consigue llegar a Francia.

Está más viejo que sus años.

Tose, camina con bastón.

Se asoma a la mar.

En un papelito, escribe:

Este sol de la infancia.

Es lo último que escribe.

Matilde

Cárcel de Palma de Mallorca, otoño de 1942: la oveja descarriada.

Está todo listo. En formación militar, las presas aguardan. Llegan el obispo y el gobernador civil. Hoy Matilde Landa, roja y jefa de rojos, atea convicta y confesa, será convertida a la fe católica y recibirá el santo sacramento del bautismo. La arrepentida se incorporará al rebaño del Señor y Satanás perderá a una de las suyas.

Se hace tarde.

Matilde no aparece.

Está en la azotea, nadie la ve.

Desde allá arriba se arroja.

El cuerpo estalla, como una bomba, contra el patio de la prisión.

Nadie se mueve.

Se cumple la ceremonia prevista.

El obispo hace la señal de la Cruz, lee una página de los evangelios, exhorta a Matilde a renunciar al Mal, recita el Credo y toca su frente con agua consagrada.

Las cárceles más baratas del mundo

Franco firmaba las sentencias de muerte, cada mañana, mientras desayunaba.

Los que no fueron fusilados, fueron encerrados. Los fusilados cavaban sus propias fosas y los presos construían sus propias cárceles.

Costo de mano de obra, no hubo. Los presos republicanos, que alzaron la célebre prisión de Carabanchel, en Madrid, y muchas más por toda España, trabajaban, nunca menos de doce horas al día, a cambio de un puñado de monedas, casi todas invisibles. Además, recibían otras retribuciones: la satisfacción de contribuir a su propia regeneración política y la reducción de la pena de vivir, porque la tuberculosis se los llevaba más temprano.

Durante años y años, miles y miles de delincuentes, culpables de oponer resistencia al golpe militar, no sólo construyeron cárceles. Fueron también obligados a reconstruir pueblos derruidos y a hacer embalses, canales de riego, puertos, aeropuertos, estadios, parques, puentes, carreteras; y tendieron nuevas vías de tren y dejaron los pulmones en las minas de carbón, mercurio, amianto y estaño.

Y empujados a bayonetazos erigieron el monumental Valle de los Caídos, en homenaje a sus verdugos.

Resurrección del carnaval

El sol salía de noche,
los muertos huían de sus sepulturas,
cualquier bufón era rey,
el manicomio dictaba las leyes,
los mendigos eran señores
y las damas echaban llamas.

Y al final, cuando llegaba el miércoles de ceniza, la gente se arrancaba las máscaras, que no mentían, y volvía a ponerse las caras, hasta el año siguiente.

En el siglo dieciséis, el emperador Carlos dictó en Madrid el castigo del carnaval y sus desenfrenos: *Si fuera persona baja, cien azotes públicos; si noble, lo destierren seis meses...*

Cuatro siglos después, el generalísimo Francisco Franco prohibió el carnaval en uno de sus primeros decretos de gobierno.

Invencible fiesta pagana:, cuanto más la prohibían, con más ganas volvía.

Prohibido ser negro

Haití y la República Dominicana son dos países separados por un río que se llama Masacre.

Ya se llamaba así en 1937, pero el nombre resultó una profecía: a la orilla de ese río cayeron, asesinados a machete, miles de obreros haitianos que estaban trabajando, del lado dominicano, en el corte de caña de azúcar. El generalísimo Rafael Leónidas Trujillo, cara de ratón, sombrero de Napoleón, dio la orden de exterminio de esos negros, para blanquear la raza y exorcizar su propia sangre impura.

Los diarios dominicanos no se enteraron de la novedad. Los diarios haitianos, tampoco. Al cabo de tres semanas de silencio, algo se publicó, unas pocas líneas, y Trujillo advirtió que no había que exagerar, que los muertos no eran más de dieciocho mil.

Después de mucho discutir, acabó pagando veintinueve dólares por muerto.

Insolencia

En las Olimpiadas de 1936, el país natal de Hitler fue derrotado por la selección peruana de fútbol.

El árbitro, que anuló tres goles peruanos, hizo todo lo que pudo, y más, para evitar ese disgusto al Führer, pero Austria perdió 4 a 2.

Al día siguiente, las autoridades olímpicas y futboleras pusieron las cosas en su sitio.

El partido fue anulado. No porque la derrota aria resultara inadmisibile ante una línea de ataque que por algo se llamaba el Rodillo Negro, sino porque,

según las autoridades, el público había invadido la cancha antes del fin del partido.

Perú abandonó las Olimpiadas y el país de Hitler conquistó el segundo puesto en el torneo.

Italia, la Italia de Mussolini, ganó el primer puesto.

Negro alado

En esas Olimpiadas que Hitler había organizado para consagrar la superioridad de su raza, la estrella más brillante fue un negro, nieto de esclavos, nacido en Alabama.

Hitler no tuvo más remedio que tragarse cuatro sapos: las cuatro medallas de oro que Owens conquistó en velocidad y salto largo.

El mundo entero celebró esas victorias de la democracia contra el racismo.

Cuando el campeón regresó a su país, no recibió ninguna felicitación del presidente, ni fue invitado a la Casa Blanca. Volvió a lo de siempre:

entró a los autobuses por la puerta de atrás,
comió en restaurantes para negros,
usó baños para negros,
se hospedó en hoteles para negros.

Durante años, se ganó la vida corriendo por dinero. Antes de que comenzaran los partidos de béisbol, el campeón olímpico entretenía al público corriendo contra caballos, perros, autos o motocicletas.

Después, cuando las piernas ya no eran lo que habían sido, Owens se convirtió en conferencista. Tuvo bastante éxito exaltando las virtudes de la Patria, la Religión y la Familia.

Estrella negra

El béisbol era cosa de blancos.

En la primavera de 1947, Jackie Robinson, también nieto de esclavos, violó esa ley no escrita, jugó en las Grandes Ligas y fue el mejor de los mejores.

Lo pagó caro. Sus errores costaban el doble, sus aciertos valían la mitad. Sus compañeros no le hablaban, el público lo invitaba a regresar a la jungla y su mujer y sus hijos recibían amenazas de muerte.

Él tragaba veneno.

Y al cabo de dos años, el Ku Klux Klan prohibió el partido que los Dodgers de Brooklyn, el equipo de Jackie, iba a disputar en Atlanta. Pero la prohibición no funcionó. Negros y blancos ovacionaron a Jackie Robinson, al entrar al campo de juego, y a la salida, una multitud lo persiguió.

Para abrazarlo, no para lincharlo.

Sangre negra

Era de cordero la sangre de las primeras transfusiones; y corría el rumor de que esa sangre hacía crecer lana en el cuerpo. En 1670, Europa prohibió las experiencias.

Mucho tiempo después, hacia 1940, las investigaciones de Charles Drew aportaron técnicas nuevas para el procesamiento y almacenamiento del plasma. En mérito a sus hallazgos, que salvaron millones de vidas durante la segunda guerra mundial, Drew fue el primer director del Banco de Sangre de la Cruz Roja en los Estados Unidos.

Ocho meses duró en el cargo.

En 1942, una orden militar prohibió que la sangre negra se mezclara con la sangre blanca en las transfusiones.

¿Sangre negra? ¿Sangre blanca? Esto es pura estupidez, dijo Drew, y se negó a discriminar la sangre.

Él entendía del asunto: era científico, y era negro.

Y entonces renunció, o fue renunciado.

Voz negra

La empresa Columbia se negó a grabar esa canción, y el autor tuvo que firmar con otro nombre.

Pero cuando Billie Holiday cantó *Strange fruit*, cayeron las barreras de la censura y el miedo. Ella cantó con los ojos cerrados y la canción fue un himno

religioso por obra y gracia de esa voz nacida para cantarlo, y desde entonces cada negro linchado pasó a ser mucho más que un extraño fruto colgado de un árbol, pudriéndose al sol.

Billie,

la que a los catorce años lograba el milagro del silencio en los ruidosos puteros de Harlem donde cambiaba música por comida,
la que bajo la falda escondía una navaja,
la que no supo defenderse de las palizas de sus amantes y sus maridos,
la que vivió presa de las drogas y de la cárcel,
la que tenía el cuerpo hecho un mapa de pinchazos y cicatrices,
la que siempre cantaba como nunca.

La impunidad es hija del olvido

El imperio otomano se caía a pedazos y los armenios pagaron el pato. Mientras ocurría la primera guerra mundial, una carnicería programada por el gobierno acabó con la mitad de los armenios de Turquía:

casas saqueadas y quemadas,
caravanas de desnudos arrojados al camino sin agua ni nada,
mujeres violadas a la luz del día en la plaza del pueblo,
cuerpos mutilados flotando en los ríos.

Quien no murió de sed o hambre o frío, murió de cuchillo o bala. O de horca. O de humo: en el desierto de Siria, los armenios expulsados de Turquía fueron encerrados en cuevas y asfixiados con humo, en lo que fue algo así como una profecía de las cámaras de gas de la Alemania nazi.

Veinte años después, Hitler estaba programando, con sus asesores, la invasión de Polonia. Midiendo los pros y los contras de la operación, Hitler advirtió que habría protestas, algún escándalo internacional, algún griterío, pero aseguró que ese ruido no duraría mucho. Y preguntando comprobó:

— *¿Quién se acuerda de los armenios?*

El engranaje

Los batallones alemanes barrieron Polonia, aldea por aldea, exterminando judíos a la luz del sol o a la luz de los faros de los camiones.

Los soldados, casi todos civiles, funcionarios, obreros, estudiantes, eran actores de una tragedia escrita de antemano. Iban a convertirse en verdugos, y podían sufrir vómitos o diarreas. Pero cuando se abría el telón y entraban en escena, actuaban.

En el pueblo de Josefów, en julio del 42, el Batallón Policial de Reserva 101 tuvo su bautismo de fuego contra mil quinientos viejos, mujeres y niños que no ofrecieron la menor resistencia.

El comandante reunió a los soldados, novatos en estas lides, y les dijo que si alguno no se sentía en condiciones de realizar esta tarea, podía no hacerla. Bastaba con que diera un paso al frente. El comandante lo dijo, y esperó. Muy pocos dieron el paso.

Las víctimas esperaron la muerte desnudos, acostados boca abajo.

Los soldados les clavaron las bayonetas entre los omóplatos y dispararon todos a la vez.

Prohibido ser ineficiente

El hogar estaba pegado a la fábrica. Desde la ventana del dormitorio, se veían las chimeneas.

El director regresaba a casa cada mediodía, se sentaba junto a su mujer y sus cinco hijos, rezaba el Padrenuestro, almorzaba y después recorría el jardín, los árboles, las flores, las gallinas y los pájaros cantores, pero ni por un instante perdía de vista la buena marcha de la producción industrial.

Era el primero en llegar a la fábrica y el último en irse. Respetado y temido, aparecía a cualquier hora, sin aviso, en cualquier parte.

No soportaba el desperdicio de recursos. Los costos altos y la productividad baja le amargaban la vida. Le daban náuseas la falta de higiene y el desorden. Podía perdonar cualquier pecado. La ineficiencia, no.

Fue él quien sustituyó el ácido sulfúrico y el monóxido de carbono por el fulminante gas Zyklon B, fue él quien creó hornos crematorios diez veces más productivos que los hornos de Treblinka, fue él quien logró producir la mayor cantidad de muerte en el menor tiempo y fue él quien creó el mejor centro de exterminio de toda la historia de la humanidad.

En 1947, Rudolf Höss fue ahorcado en Auschwitz, el campo de concentración que él había construido y dirigido, entre los árboles en flor a los que había dedicado algunos poemas.

Mengele

Por razones de higiene, a la entrada de las cámaras de gas había rejillas de hierro. Ahí los funcionarios limpiaban el barro de sus botas.

Los condenados, en cambio, entraban descalzos. Entraban por la puerta y salían por las chimeneas, después de ser despojados de los dientes de oro, la grasa, el pelo y todo lo que pudiera tener valor.

Allí, en Auschwitz, el doctor Josef Mengele hacía sus experimentos.

Como otros sabios nazis, él soñaba con criaderos capaces de generar la súper raza del futuro. Para estudiar y evitar las taras hereditarias, trabajaba con moscas de cuatro alas, ratones sin patas, enanos y judíos. Pero nada excitaba tanto su pasión científica como los niños gemelos.

Mengele repartía chokolatines y afectuosas palmadas entre sus cobayos infantiles, aunque en la mayoría de los casos no resultaron útiles al progreso de la Ciencia.

Intentó convertir a algunos gemelos en hermanos siameses, y les abrió las espaldas para conectarles las venas: murieron despegados y aullando de dolor.

A otros trató de cambiarles el sexo: murieron mutilados.

A otros les operó las cuerdas vocales, para cambiarles la voz: murieron mudos.

Para embellecer la especie, inyectó tintura azul en gemelos de ojos oscuros: murieron ciegos.

Dios

En el campo de concentración de Flossenbürg, está preso Dietrich Bonhoeffer.

Los guardias obligan a todos los presos a asistir a la ejecución de tres condenados.

Al lado de Dietrich, alguien susurra:

—Y Dios, ¿dónde está?

Y él, que es teólogo, señala a los ahorcados que se balancean a la luz del amanecer:

—Ahí.

Días después, llega su turno.

Quiéreme mucho

Los amigos de Adolf Hitler tienen mala memoria, pero la aventura nazi no hubiera sido posible sin la ayuda que de ellos recibió.

Como sus colegas Mussolini y Franco, Hitler contó con el temprano beneplácito de la Iglesia Católica.

Hugo Boss vistió su ejército.

Bertelsmann publicó las obras que instruyeron a sus oficiales.

Sus aviones volaban gracias al combustible de la Standard Oil y sus soldados viajaban en camiones y jeeps marca Ford.

Henry Ford, autor de esos vehículos y del libro *El judío internacional*, fue su musa inspiradora. Hitler se lo agradeció condecorándolo.

También condecoró al presidente de la IBM, la empresa que hizo posible la identificación de los judíos.

La Rockefeller Foundation financió investigaciones raciales y racistas de la medicina nazi.

Joe Kennedy, padre del presidente, era embajador de los Estados Unidos en Londres, pero más parecía embajador de Alemania. Y Prescott Bush, padre y abuelo de presidentes, fue colaborador de Fritz Thyssen, quien puso su fortuna al servicio de Hitler.

El Deutsche Bank financió la construcción del campo de concentración de Auschwitz.

El consorcio IGFarben, el gigante de la industria química alemana, que después pasó a llamarse Bayer, Basf o Hoechst, usaba como conejillos de Indias a los prisioneros de los campos, y además los usaba de mano de obra. Estos obreros esclavos producían de todo, incluyendo el gas que iba a matarlos.

Los prisioneros trabajaban también para otras empresas, como Krupp, Thyssen, Siemens, Varta, Bosch, Daimler Benz, Volkswagen y BMW, que eran la base económica de los delirios nazis.

Los bancos suizos ganaron dinerales comprando a Hitler el oro de sus víctimas: sus alhajas y sus dientes. El oro entraba en Suiza con asombrosa facilidad, mientras la frontera estaba cerrada a cal y canto para los fugitivos de carne y hueso.

Coca-Cola inventó la Fanta para el mercado alemán en plena guerra. En ese período, también Unilever, Westinghouse y General Electric multiplicaron allí sus inversiones y sus ganancias. Cuando la guerra terminó, la empresa ITT recibió una millonaria indemnización porque los bombardeos aliados habían dañado sus fábricas en Alemania.

Fotos: La bandera de la victoria

Isla de Iwo Jima, volcán Suribachi, febrero de 1945.

Seis *marines* plantan la bandera de los Estados Unidos en la cumbre del volcán, que acaban de tomar tras un duro combate contra los japoneses.

Esta foto de Joe Rosenthal se convertirá en el símbolo de la patria victoriosa en esta guerra y en las guerras siguientes, y será multiplicada millones de veces en carteles y sellos de correos y hasta en los bonos del Tesoro.

En realidad, ésta es la segunda bandera del día. La primera, bastante más pequeña y poco adecuada para las imágenes épicas, ha sido plantada unas horas antes, sin ninguna espectacularidad. Y cuando la foto registra el triunfo, esta batalla no ha concluido, sino que recién comienza. Tres de esos seis soldados no regresarán vivos, y siete mil *marines* más morirán en esta minúscula isla del Pacífico.

Fotos: Mapamundi

Costa de Crimea, Yalta, febrero de 1945.

Se reúnen los vencedores de la segunda guerra mundial.

Churchill, Roosevelt y Stalin firman acuerdos secretos. Las grandes potencias deciden el destino de varios países, que demorarán dos años en enterarse. Unos seguirán siendo capitalistas y otros serán comunistas, como si tan tremendo salto histórico pudiera reducirse a un cambio de nombre que se decide desde afuera y desde arriba.

Tres personas dibujan el nuevo mapa del mundo, fundan las Naciones Unidas y se atribuyen el derecho de veto, que les garantiza el poder absoluto.

Las cámaras de Richard Samo y Robert Hopkins registran la impasible sonrisa de Churchill, el rostro de Roosevelt, ya visitado por la muerte, y los ojos astutos de Stalin.

Stalin todavía es el Tío Joe, pero pronto trabajará de villano en la película llamada Guerra Fría, de inminente estreno.

Fotos: Otra bandera de la victoria

Berlín, Reichstag, mayo de 1945.

Dos soldados plantan la bandera de la Unión Soviética en la cúpula del poder alemán.

Esta foto, de Evgeni Jaldei, retrata el triunfo de la nación que más hijos perdió en la guerra.

La agencia Tass difunde la foto. Pero antes, la corrige. El soldado ruso que tenía dos relojes pasa a tener uno solo. Los guerreros del proletariado no andan saqueando cadáveres.

El papá y la mamá de la penicilina

Él se burlaba de su fama. Alexander Fleming decía que la penicilina había sido inventada por un microbio, que se había colado en un cultivo ajeno aprovechando el caos que reinaba en su laboratorio. Y decía que el mérito de los antibióticos no era suyo, sino de los investigadores que habían convertido esa curiosidad científica en una droga práctica.

Con ayuda del microbio intruso, Fleming había descubierto la penicilina en 1928. Nadie le hizo caso. La penicilina se desarrolló años después. Fue hija de la segunda guerra mundial. Las infecciones mataban más que las bombas, y los alemanes llevaban ventaja desde que Gerhard Domagk había inventado las sulfamidas. Para los aliados, la producción de penicilina pasó a ser asunto urgente. La industria química, convertida en industria militar, fue obligada a salvar vidas además de matarlas.

Resurrección de Vivaldi

Antonio Vivaldi y Ezra Pound, hombres de cabellera llameante y flameante, han dejado honda huella de sus pasos. El mundo sería bastante menos vivible si no tuviera la música de Vivaldi y la poesía de Pound.

La música de Vivaldi estuvo callada durante dos siglos.

Pound la recuperó. Esos sones que el mundo había olvidado abrían y cerraban el programa de radio del poeta, que trasmitía propaganda fascista, desde Italia, en lengua inglesa.

El programa ganó pocos simpatizantes para Mussolini, si es que alguno ganó; pero conquistó muchos fervorosos para el músico de Venecia.

Cuando el poder fascista se derrumbó, Pound cayó preso. Los militares de Estados Unidos, su país, lo encerraron en una jaula de alambre de púas, a la intemperie, para que la gente le arrojara monedas y escupidas, y después lo mandaron al manicomio.

Fotos: Un hongo grande como el cielo

Cielo de Hiroshima, agosto de 1945.

El avión B-29 se llama Enola Gay, como la mamá del piloto.

Enola Gay trae un niño en la barriga. La criatura, llamada Little Boy, mide tres metros y pesa más de cuatro toneladas.

A las ocho y cuarto de la mañana, cae. Demora un minuto en llegar. La explosión equivale a cuarenta millones de cartuchos de dinamita.

Allí donde Hiroshima era, se alza la nube atómica. Desde la cola del avión, George Carón, fotógrafo militar, dispara su cámara.

Este inmenso, hermoso, hongo blanco, se convierte en el logotipo de cincuenta y cinco empresas de Nueva York y del concurso de Miss Bomba Atómica, en Las Vegas.

En 1970, un cuarto de siglo después, se publican por vez primera algunas fotos de las víctimas de las radiaciones, que eran secreto militar.

En 1995, la Smithsonian Institution anuncia en Washington una gran exposición sobre las explosiones de Hiroshima y Nagasaki.

El gobierno la prohíbe.

El otro hongo

Tres días después de Hiroshima, otro avión B-29 vuela sobre Japón.

El regalo que trae, más gordo, se llama Fat Man.

Los expertos quieren probar suerte con el plutonio, después del uranio ensayado en Hiroshima. Un techo de nubes tapa a Kokura, la ciudad elegida. Después de dar tres vueltas en vano, el avión cambia de rumbo. El mal tiempo y el poco combustible deciden el exterminio de Nagasaki.

Como en Hiroshima, los miles y miles de muertos en Nagasaki son todos civiles. Como en Hiroshima, otros muchos miles morirán después. La era nuclear está amaneciendo y una nueva enfermedad nace, el último grito de la Civilización: el envenenamiento por radiaciones que, después de cada explosión, siguen matando gente por los siglos de los siglos.

El papá de la bomba

La primera bomba atómica fue ensayada en el desierto de Nuevo México. El cielo se incendió, y Robert Oppenheimer, que había dirigido los experimentos, sintió orgullo de su trabajo bien hecho.

Pero tres meses después de las explosiones en Hiroshima y en Nagasaki, Oppenheimer dijo al presidente Harry Truman:

— *Siento que mis manos están manchadas de sangre.*

Y el presidente Truman dijo a su secretario de Estado, Dean Acheson:

— *Nunca más quiero ver a este hijo de puta en mi oficina.*

Fotos: Los ojos más tristes del mundo

Nueva Jersey, Princeton, mayo de 1947. El fotógrafo, Philippe Halsman, le pregunta:

— *¿Cree usted que habrá paz?*

Y mientras la cámara hace clic, Albert Einstein dice, o musita:

— *No.*

Según cree la gente, Einstein recibió el premio Nobel por su teoría de la relatividad, fue el autor de la famosa frase: *Todo es relativo*, y fue el inventor de la bomba atómica.

La verdad es que no le dieron el Nobel por su teoría de la relatividad y nunca dijo la frase ésa. Y tampoco inventó la bomba, aunque Hiroshima y Nagasaki no hubieran sido posibles si él no hubiera descubierto lo que descubrió.

Y bien sabía él que sus hallazgos, nacidos de la celebración de la vida, habían servido para aniquilarla.

No eran héroes de Hollywood

La Unión Soviética puso los muertos.

En eso coinciden todas las estadísticas de la segunda guerra mundial.

En esta guerra, la más sangrienta de la historia, el pueblo que había humillado a Napoleón hizo morder a Hitler el polvo de la derrota. Alto fue el precio: los soviéticos sumaron más de la mitad de todos los muertos de los países aliados y más del doble de todos los muertos del eje enemigo.

Algunos ejemplos, en números redondos:

el cerco de Leningrado mató de hambre a un millón;

la batalla de Stalingrado dejó un tendal de ochocientos mil soviéticos muertos o heridos;

en la defensa de Moscú, cayeron setecientos mil, y seiscientos mil en Kursk;

en la toma de Berlín, trescientos mil;

el cruce del río Dniéper cobró cien veces más víctimas que el desembarco de Normandía, pero fue cien veces menos famoso.

Zares

Iván el Terrible, primer zar de todas las Rusias, inició su carrera en la infancia, cuando mandó matar al príncipe que le hacía sombra, y la culminó, cuarenta años más tarde, partiendo de un bastonazo el cráneo de su hijo.

Entre esas dos puntas del camino, le dieron fama sus guerreros de la guardia negra, negros caballos, largas capas negras, que daban pánico a las piedras,

sus enormes cañones,

sus invencibles fortalezas,

su costumbre de llamar *traidores* a quienes no se inclinaban a su paso,

su tendencia a cortar el pescuezo de sus más talentosos cortesanos,

su catedral de san Basilio, símbolo de Moscú, por él alzada para ofrecer a

Dios sus conquistas imperiales,

su voluntad de ser el bastión del cristianismo en Oriente

y sus largas crisis místicas, cuando arrepentido lloraba sangre, se golpeaba el pecho, arañaba las paredes y aullando suplicaba perdón por sus pecados.

Cuatro siglos después, en las horas más trágicas de la segunda guerra mundial, en plena invasión alemana, Stalin encomendó a Sergei Eisenstein una película sobre Iván el Terrible.

Eisenstein hizo una obra de arte.

A Stalin no le gustó ni un poquito.

Él había encargado una obra de propaganda, y Eisenstein no lo había entendido: Stalin el Terrible, último zar de todas las Rusias, implacable látigo de sus enemigos, quería convertir en hazaña personal la resistencia patriótica contra la avalancha nazi. Ese sacrificio de todos no era una epopeya de la dignidad colectiva, sino la inspiración genial de un elegido, la obra maestra del sumo sacerdote de una religión llamada Partido y de un dios llamado Estado.

Moría una guerra, otras guerras nacían

El 28 de abril de 1945, mientras Mussolini se balanceaba, colgado boca abajo, en una plaza de Milán, Hitler estaba acorralado en su bunker de Berlín. La ciudad ardía en llamas y las bombas estallaban cerquita, pero él golpeaba el escritorio con el puño y gritaba órdenes para nadie, con un dedo en el mapa mandaba desplegar tropas que no existían y por un teléfono que no funcionaba convocaba a sus generales muertos o fugados.

El 30 de abril, Hitler se pegó un balazo, cuando ya la bandera soviética flameaba en las alturas del Reichstag; y en la noche del 7 de mayo, Alemania se rindió.

El 8, desde muy temprano en la mañana, las multitudes inundaron las calles de las ciudades del mundo. Era el fin de la pesadilla universal, al cabo de seis años y cincuenta y cinco millones de muertos.

También Argelia fue una fiesta. Muchos soldados argelinos habían dado la vida por la libertad, la libertad de Francia, en las dos guerras mundiales.

En la ciudad de Sétif, en plena celebración se alzó, entre las banderas triunfantes, la bandera prohibida por el poder colonial. La enseña verdiblanca, símbolo nacional de Argelia, fue aclamada por la manifestación, y un muchacho argelino llamado Saâl Bouzid cayó, envuelto en ella, acribillado a balazos. La ráfaga lo mató por la espalda.

Y estalló la furia.

En Argelia y en Vietnam y en todas partes.

El fin de la guerra mundial estaba alumbrando el alzamiento de las colonias. Los súbditos, que habían sido carne de cañón en las trincheras europeas, se levantaban contra sus amos.

Ho

Nadie faltó.

Todo Vietnam en una plaza.

Un campesino esmirriado, huesudo, barba de chivo, habló a la multitud reunida en Hanoi.

Él había tenido muchos nombres. Ahora lo llamaban Ho Chi Minh.

Era hombre de palabra pausada y suave, como sus pasos. Sin apuro había andado mucho mundo y había sobrevivido a muchas desventuras. Parecía estar charlando con los vecinos de la aldea cuando dijo a la inmensa multitud:

—*Bajo la bandera de la libertad, la igualdad y la fraternidad, Francia ha construido en nuestro país más prisiones que escuelas.*

Él había escapado de la guillotina y había estado varias veces preso, y con grilletes en los pies. Su país seguía preso todavía, pero ya no, ya nunca: aquella mañana de setiembre de 1945, Ho Chi Minh declaró la independencia. Serenamente, sencillamente, dijo:

—*Somos libres.*

Y anunció:

—*Nunca más seremos humillados. ¡Nunca!*

La plaza se vino abajo.

La poderosa fragilidad de Ho Chi Minh contenía la energía de su tierra, armada, como él, de dolor y de paciencia.

Desde su cabaña de madera, Ho dirigió dos largas guerras de liberación.

La tuberculosis lo mató antes de la victoria final.

Él quería que sus cenizas fueran arrojadas libremente al viento, pero sus camaradas lo convirtieron en momia y lo encerraron en un sarcófago de cristal.

No fue un regalo

A lo largo de treinta años de guerra, Vietnam propinó tremendas palizas a dos potencias imperiales: derrotó a Francia y derrotó a los Estados Unidos.

Grandeza y horror de la independencia nacional:

Vietnam sufrió más bombas que todas las que cayeron en la segunda guerra mundial;

sobre sus junglas y sus campos se derramaron ochenta millones de litros de exterminadores químicos;

dos millones de vietnamitas murieron;

y fueron incontables los mutilados, las aldeas aniquiladas, los bosques arrasados, las tierras esterilizadas y los envenenamientos heredados por las generaciones siguientes.

Los invasores actuaron con la impunidad que la historia otorga y el poder garantiza.

Tardía revelación: en el año 2006, tras casi cuarenta años de secreto, se supo que existía un informe de nueve mil páginas de minuciosas investigaciones del Pentágono. El informe comprobaba que habían cometido crímenes de guerra contra la población civil todas las divisiones militares de los Estados Unidos en Vietnam.

La información objetiva



En los países democráticos, el deber de objetividad guía los medios masivos de comunicación.

La objetividad consiste en difundir los puntos de vista de cada una de las partes implicadas en situaciones de conflicto.

En los años de la guerra de Vietnam, los medios masivos de comunicación de los Estados Unidos dieron a conocer a la opinión pública la posición de su gobierno y también la posición del enemigo.

George Bayley, curioso de estos asuntos, midió el tiempo dedicado a una y otra parte en las cadenas televisivas ABC, CBS y NBC entre 1965 y 1970: el punto de vista de la nación invasora ocupó el noventa y siete por ciento del espacio y el punto de vista de la nación invadida ocupó el tres por ciento.

Noventa y siete a tres.

Para los invadidos, el deber de sufrir la guerra; para los invasores, el derecho de contarla.

La información hace la realidad, y no al revés.

La sal de esta tierra

En 1947, la India se convirtió en país independiente.

Entonces cambiaron de opinión los grandes diarios hindúes, escritos en inglés, que se habían burlado de Mahatma Gandhi, *personajito ridículo*, cuando lanzó, en 1930, la marcha de la sal.

El imperio británico había alzado una muralla de troncos de cuatro mil seiscientos kilómetros de largo, entre el Himalaya y la costa de Orissa, para impedir el paso de la sal de esta tierra. La libre competencia prohibía la libertad: la India no era libre de consumir su propia sal, aunque era mejor y más barata que la sal importada desde Liverpool.

A la larga, la muralla envejeció y murió. Pero la prohibición continuó, y contra ella lanzó su marcha un hombre chiquito, huesudo, miope, que andaba medio desnudo y caminaba apoyado en un bastón de bambú.

A la cabeza de unos pocos peregrinos, Mahatma Gandhi inició una caminata hacia la mar. Al cabo de un mes, tras mucho andar, una multitud lo acompañaba. Cuando llegaron a la playa, cada uno recogió un puñado de sal. Así, cada uno violó la ley. Era la desobediencia civil contra el imperio británico.

Unos cuantos desobedientes cayeron ametrallados y más de cien mil marcharon presos.

Presa estaba, también, su nación.

Diecisiete años después, la desobediencia la liberó.

La educación en tiempos de Franco

Andrés Sopena Monsalve ha hecho un repaso de sus libros escolares:

- * Sobre los españoles, los árabes y los judíos: *Proclamemos también en alto que España no ha sido nunca un país atrasado, pues desde los primeros tiempos realizó inventos tan útiles como la herradura, que enseñó a los pueblos más adelantados de la tierra.*
Aunque los árabes, al venir a España, eran simples y feroces guerreros del desierto, el contacto con los españoles despertó en ellos ilusiones de arte y saber.
En varias ocasiones, los judíos habían martirizado a niños cristianos con horribles suplicios. Por todo esto, el pueblo les odiaba.

- * Sobre América: *Un día se presentó a Doña Isabel la Católica un marinero, que se llamaba Cristóbal Colón, diciéndole que él quería recorrer los mares y buscar las tierras que hubiera en ellos y enseñar a todas las gentes a ser buenos y rezar.*
A España le dio mucha pena de aquellas pobres gentes de América.
- * Sobre el mundo: *El Inglés y el francés son lenguas tan gastadas, que van camino de una disolución completa.*
Los chinos no tienen descanso semanal y son fisiológica y espiritualmente inferiores a los demás hombres.
- * Sobre los ricos y los pobres: *Como todo está cubierto de nieve y hielo, los pajaritos no pueden encontrar nada y ahora son pobres. Por esto les doy de comer, de la misma manera que los ricos sostienen y alimentan a los pobres.*
El socialismo organiza a los pobres para que destruyan a los ricos.
- * Sobre la misión del generalísimo Franco: *Rusia había soñado con clavar la hoz ensangrentada de su emblema en este hermoso pedazo de Europa, y todas las masas comunistas y socialistas de la tierra, unidas con masones y judíos, anhelaban triunfar en España... Y entonces surgió el hombre, el salvador, el Caudillo. Encomendar al pueblo, que no ha estudiado ni aprendido el difícil arte de gobernar, la responsabilidad de dirigir un Estado, es una insensatez o una maldad.*
- * Sobre la buena salud: *Los excitantes como el café, el tabaco, el alcohol, los periódicos, la política, el cine y el lujo minan y gastan sin cesar nuestro organismo.*

La justicia en tiempos de Franco

Arriba, en lo alto del estrado, enfundado en su toga negra, el presidente del tribunal. A la derecha, el abogado. A la izquierda, el fiscal.

Escalones abajo, el banquillo de los acusados, todavía vacío. Un nuevo proceso va a comenzar.

Dirigiéndose al ujier, el juez, Alfonso Hernández Pardo, ordena:

—*Que pase el condenado.*

Doria

En El Cairo, en 1951, mil quinientas mujeres invadieron el Parlamento.

Durante horas estuvieron allí, y no había manera de sacarlas. Clamaban que el Parlamento era mentira, porque la mitad de la población no podía votar ni ser votada.

Los líderes religiosos, representantes del cielo, en el cielo pusieron el grito: *¡El voto degrada a la mujer y contradice a la naturaleza!*

Los líderes nacionalistas, representantes de la patria, denunciaron por traición a la patria a las militantes del sufragio femenino.

El derecho al voto costó, pero a la larga salió. Fue una de las conquistas de la Unión de Hijas del Nilo. Entonces el gobierno prohibió que se convirtieran en partido político, y condenó a prisión domiciliaria a Doria Shafik, que era el símbolo vivo del movimiento.

Eso nada tenía de raro. Casi todas las mujeres egipcias estaban condenadas a prisión domiciliaria. No podían moverse sin permiso del padre o del marido, y muchas eran las que sólo salían de casa en tres ocasiones: para ir a La Meca, para ir a su boda y para ir a su entierro.

Retrato de familia en Jordania

Un día del año 1998, Yasmin Abdullah entró en su casa llorando. Sólo atinaba a decir y repetir:

— *Ya no soy niña.*

Había ido a visitar a su hermana mayor.

La violó el cuñado.

Yasmin fue a parar a la cárcel de Jweidah, hasta que el padre la sacó de allí comprometiéndose a cuidarla y pagando la fianza correspondiente.

Para entonces, ya el padre, la madre, los tíos y setecientos vecinos habían resuelto, en asamblea, que el honor de la familia debía ser lavado con sangre.

Yasmin tenía dieciséis años.

Su hermano, Sarhan, le metió cuatro balas en la cabeza.

Sarhan estuvo seis meses en prisión. Fue tratado como héroe. También fueron tratados como héroes otros veintisiete hombres presos por casos semejantes.

De cada cuatro crímenes cometidos en Jordania, uno es crimen de honor.

Phoolan

Phoolan Devi tuvo la mala ocurrencia de nacer pobre y mujer, y en una de las castas más bajas de la India.

En 1974, a los once años de edad, sus padres la casaron con un señor de casta no tan baja, a quien dieron por dote una vaca.

Como Phoolan ignoraba los deberes conyugales, su marido la instruía torturándola y violándola. Y cuando huyó, él la denunció, y los policías la torturaron y la violaron. Y cuando volvió a su aldea, el buey, su buey, fue el único que no la acusó de ser impura.

Y se fue. Y conoció a un ladrón de frondoso prontuario, y ése fue el único hombre que le preguntó si tenía frío y si se sentía bien.

Su amante ladrón cayó acribillado en la aldea de Behmai, y ella fue arrastrada por las calles y torturada y violada por unos cuantos dueños de tierras. Y algún tiempo después, Phoolan volvió a Behmai, en plena noche, y al frente de una banda de forajidos buscó a esos hombres, casa por casa, y encontró a veintidós y los despertó, uno por uno, y los mató.

Por entonces, Phoolan Devi tenía dieciocho años. Toda la región bañada por el río Yamuna sabía que ella era hija de la diosa Durga, bella y violenta como la mamá.

Mapa de la Guerra Fría

Macho, lo que se dice macho, hombre de pelo en pecho, es el senador Joseph MacCarthy. A mediados del siglo veinte, aporrea la mesa con el puño y ruge denunciando que la patria corre grave peligro de caer en las garras del totalitarismo rojo, como esos reinos del terror tras la Cortina de Hierro donde

se asfixia la libertad,

se prohíben libros,

se prohíben ideas,

los ciudadanos denuncian antes de ser denunciados,

quien piensa atenta contra la seguridad nacional

y quien discrepa es un espía al servicio del enemigo imperialista.

El senador MacCarthy siembra el miedo en los Estados Unidos. Y por orden del miedo, que manda asustando,

se asfixia la libertad,

se prohíben libros,

se prohíben ideas,

los ciudadanos denuncian antes de ser denunciados,

quien piensa atenta contra la seguridad nacional

y quien discrepa es un espía al servicio del enemigo comunista.

El papá de las computadoras

Por no ser macho, lo que se dice macho, hombre de pelo en pecho, Alan Turing fue condenado.

Él chillaba, graznaba, tartamudeaba. Usaba una vieja corbata a modo de cinturón. Dormía poco y pasaba días sin afeitarse y corriendo atravesaba las ciudades de punta a punta, mientras mentalmente iba elaborando complicadas fórmulas matemáticas.

Trabajando para la inteligencia británica, unos años atrás, había ayudado a abreviar la segunda guerra mundial cuando inventó la máquina capaz de descifrar los indescifrables códigos del alto mando militar de Alemania.

Para entonces, ya había imaginado un prototipo de computadora electrónica y había echado las bases teóricas de la informática moderna. Después, dirigió la construcción de la primera computadora que operó con programas integrados. Con ella jugaba interminables partidas de ajedrez y le formulaba preguntas que la volvían loca y le exigía que le escribiera cartas de amor. La máquina obedecía emitiendo mensajes más bien incoherentes.

Pero fueron policías de carne y hueso los que en 1952 se lo llevaron preso, en Manchester, por indecencia grave.

Sometido a juicio, Turing se declaró culpable de homosexualidad.

Para que lo dejaran libre, aceptó someterse a un tratamiento de curación.

El bombardeo de drogas lo dejó impotente. Le crecieron tetas. Se encerró. Ya no iba ni a la universidad. Escuchaba murmullos, sentía miradas que lo fusilaban por la espalda.

Antes de dormir, era costumbre, comía una manzana.

Una noche, inyectó cianuro en la manzana que iba a comer.

La mamá y el papá de los derechos civiles

En un autobús que circulaba por las calles de Montgomery, Alabama, una pasajera negra, Rosa Parks, se negó a ceder su asiento a un pasajero blanco.

El chófer llamó a la policía.

Llegaron los agentes, dijeron: La ley es la ley, y arrestaron a Rosa por perturbar el orden.

Entonces un pastor desconocido, Martin Luther King, lanzó, desde su iglesia, un boicot contra los autobuses. Lo propuso así:

La Cobardía pregunta:

— *¿Es seguro?*

La Conveniencia pregunta:

— *¿Es oportuno?*

Y la Vanidad pregunta:

— *¿Es popular?*

Pero la Conciencia pregunta:

— *¿Es justo?*

Y también él marchó preso. El boicot duró más de un año y desencadenó un oleaje incontenible, de costa a costa, contra la discriminación racial.

En 1968, en la ciudad sureña de Memphis, un balazo rompió la cara del pastor King, cuando estaba denunciando que la máquina militar comía negros en Vietnam.

Según el FBI, él era un tipo peligroso.

Como Rosa. Y como muchos otros pulmones del viento.

Los derechos civiles en el fútbol

El pasto crecía en los estadios vacíos.

Pie de obra en pie de lucha: los jugadores uruguayos, esclavos de sus clubes, simplemente exigían que los dirigentes reconocieran que su sindicato existía y tenía el derecho de existir. La causa era tan escandalosamente justa que la gente apoyó a los huelguistas, aunque el tiempo pasaba y cada domingo sin fútbol era un insoportable bostezo.

Los dirigentes no daban el brazo a torcer, y sentados esperaban la rendición por hambre. Pero los jugadores no aflojaban. Mucho los ayudó el ejemplo de un hombre de frente alta y pocas palabras, que se crecía en el castigo y levantaba a los caídos y empujaba a los cansados: Obdulio Varela, negro, casi analfabeto, jugador de fútbol y peón de albañil.

Y así, al cabo de siete meses, los jugadores uruguayos ganaron la huelga de las piernas cruzadas.

Un año después, también ganaron el campeonato mundial de fútbol.

Brasil, el dueño de casa, era el favorito indiscutible. Venía de golear a España 6 a 1 y 7 a 1 a Suecia. Por veredicto del destino, Uruguay iba a ser la víctima sacrificada en sus altares en la ceremonia final. Y así estaba ocurriendo,

y Uruguay iba perdiendo, y doscientas mil personas rugían en las tribunas, cuando Obdulio, que estaba jugando con un tobillo inflamado, apretó los dientes. Y el que había sido capitán de la huelga fue entonces capitán de una victoria imposible.

Maracaná

Los moribundos demoraron su muerte y los bebés apresuraron su nacimiento.

Río de Janeiro, 16 de julio de 1950, estadio de Maracaná.

La noche anterior, nadie podía dormir.

La mañana siguiente, nadie quería despertar.

Pelé

Dos clubes británicos disputaban el último partido del campeonato. No faltaba mucho para el pitazo final, y seguían empatados, cuando un jugador chocó con otro y cayó despatarrado al piso.

Una camilla lo retiró de la cancha y en un santiamén todo el equipo médico puso manos a la obra, pero el desmayado no reaccionaba.

Pasaban los minutos, los siglos, y el entrenador se estaba tragando el reloj con agujas y todo. Ya había hecho los cambios reglamentarios. Sus muchachos, diez contra once, se defendían como podían, pero no era mucho lo que podían.

La derrota se veía venir, cuando de pronto el médico corrió hacia el entrenador y le anunció, eufórico:

—*¡Lo logramos! ¡Está despertando!*

Y en voz baja, agregó:

—*Pero no sabe quién es.*

El entrenador se acercó al jugador, que balbuceaba incoherencias mientras intentaba levantarse, y al oído le informó:

—*Tú eres Pelé.*

Ganaron cinco a cero.

Hace años escuché, en Londres, esta mentira que decía la verdad.

Maradona

Ningún futbolista consagrado había denunciado sin pelos en la lengua a los amos del negocio del fútbol. Fue el deportista más famoso y más popular de todos los tiempos quien rompió lanzas en defensa de los jugadores que no eran famosos ni populares.

Este ídolo generoso y solidario había sido capaz de cometer, en apenas cinco minutos, los dos goles más contradictorios de toda la historia del fútbol. Sus devotos lo veneraban por los dos: no sólo era digno de admiración el gol del artista, bordado por las diabluras de sus piernas, sino también, y quizá más, el gol del ladrón, que su mano robó. Diego Armando Maradona fue adorado no sólo por sus prodigiosos malabarismos sino también porque era un dios sucio, pecador, el más humano de los dioses. Cualquiera podía reconocer en él una síntesis ambulante de las debilidades humanas, o al menos masculinas: mujeriego, tragón, borrachín, tramposo, mentiroso, fanfarrón, irresponsable.

Pero los dioses no se jubilan, por humanos que sean.

Él nunca pudo regresar a la anónima multitud de donde venía.

La fama, que lo había salvado de la miseria, lo hizo prisionero.

Maradona fue condenado a creerse Maradona y obligado a ser la estrella de cada fiesta, el bebé de cada bautismo, el muerto de cada velorio.

Más devastadora que la cocaína es la exitoína. Los análisis, de orina o de sangre, no delatan esta droga.

Fotos: El escorpión

Londres, estadio de Wembley, otoño de 1995.

La selección colombiana de fútbol desafía al venerable fútbol inglés en su templo mayor, y René Higuita se manda una atajada jamás vista.

Un delantero inglés dispara un tiro fulminante. Con el cuerpo horizontal en el aire, el arquero deja pasar la pelota y la devuelve con los tacos, doblando las piernas como el escorpión tuerce la cola.

Vale la pena detenerse a mirar las fotos de este documento de identidad colombiana. Su fuerza de revelación no está en la proeza deportiva, sino en la sonrisa que cruza la cara de Higuita, de oreja a oreja, mientras comete su sacrilegio imperdonable.

Brecht

Bertolt Brecht adoraba burlarse de las máscaras que usa la realidad.

En 1953, estalló la protesta obrera en la Alemania comunista.

Los trabajadores se lanzaron a las calles y los tanques soviéticos se ocuparon de callarles la boca. El diario oficial publicó, entonces, una carta de Brecht apoyando al partido gobernante. La carta, mutilada, no decía lo que él había dicho. Pero Brecht se las arregló para burlar la censura difundiendo, por vías subterráneas, un poema que proponía:

*Tras el alzamiento del 17 de junio
el Secretario del Sindicato de Escritores
hizo distribuir en la Avenida Stalin unos volantes
donde podía leerse que el pueblo
había perdido la confianza del gobierno
y que sólo con mucho esfuerzo
podría recobrarla.
¿No sería más fácil
que el gobierno disuelva al pueblo
y elija otro?*

Cien flores y un solo jardinero

En China, en los últimos años de Mao, cometía traición a la patria quien se atreviera a comprobar que la realidad era como era, y no como el Partido mandaba que fuese.

Pero en otros tiempos, Mao no había sido el que terminó siendo. Cuando tenía veintipocos años, él proponía una síntesis de Lao Tsé y Carlos Marx, y se atrevía a formularla así: *La imaginación es pensamiento, el presente es pasado y futuro, lo pequeño es grande, lo masculino es femenino, muchos son uno y el cambio es permanencia.*

Por entonces, había sesenta comunistas en toda China.

Cuarenta años después, la revolución había conquistado el poder, con Mao a la cabeza. Ya no había mujeres caminando a duras penas con sus pies

atrofiados por mandato de una tradición atroz, ni parques donde los carteles advertían:

Prohibida la entrada a chinos y perros

La revolución estaba cambiando la vida de la cuarta parte de la humanidad y Mao no ocultaba sus divergencias con las costumbres heredadas de Stalin, para quien las contradicciones no eran pruebas de vida ni vientos de historia, sino molestias que sólo existían para ser eliminadas.

Mao decía:

—*La disciplina que asfixia la creatividad y la iniciativa debe ser abolida.*

Y decía:

—*El miedo no es solución. Cuanto más asustado estés, más fantasmas vendrán a visitarte.*

Y lanzó la consigna:

—*Que cien flores florezcan, que se enfrenten cien escuelas de pensamiento.*

Pero poco duró la floración.

En 1957, el Gran Timonel puso en práctica su Gran Salto Adelante, y anunció que muy pronto la economía china iba a humillar a las economías más ricas del mundo. A partir de entonces, la divergencia y la duda fueron prohibidas. Era obligatorio creer en los números que los burócratas mentían para no perder el empleo o la vida.

Mao sólo escuchaba los ecos de su voz, que le decían lo que quería escuchar. El Gran Salto Adelante saltó al vacío.

El emperador rojo

Tres años después del fracaso del Gran Salto Adelante, estuve en China. Nadie hablaba del asunto. Era secreto de estado.

Vi a Mao rindiendo homenaje a Mao. Parado en las alturas del pórtico de la Paz Celestial, Mao presidía el inmenso desfile que la inmensa estatua de Mao encabezaba. Mao, el de yeso, alzaba la mano, y Mao, el de carne y hueso, le respondía el saludo. La multitud ovacionaba a los dos, desde un océano de flores y globos de colores.

Mao era China, y China era su santuario. Mao exhortaba a seguir el ejemplo de Lei Feng y Lei Feng exhortaba a seguir el ejemplo de Mao. Lei Feng, el joven apóstol del comunismo, de existencia más bien dudosa, pasaba los días dando

consuelo a los enfermos, trabajando para las viudas y regalando su comida a los huérfanos, y en las noches leía las obras completas de Mao. Cuando dormía, soñaba con Mao, que en los días guiaba sus pasos. Lei Feng no tenía novia ni novio, porque no perdía el tiempo en frivolidades, y ni se le pasaba por la cabeza la idea de que la vida pudiera ser contradictoria y la realidad, diversa.

El emperador amarillo

Pu Yi tenía tres años de edad cuando en 1908 se sentó en el trono reservado a los Hijos del Cielo. El minúsculo emperador era el único chino que podía usar el color amarillo. La gran corona de perlas le escondía los ojos, pero no había mucho que mirar: hundido en túnicas de seda y oro, se aburría en la inmensidad de la Ciudad Prohibida, su palacio, su prisión, siempre rodeado por una multitud de eunucos.

Cuando la monarquía cayó, Pu Yi pasó a llamarse Henry, al servicio de los ingleses. Después, los japoneses lo sentaron en el trono de Manchuria y tuvo trescientos cortesanos que comían las sobras de sus noventa platos.

Las tortugas y las grullas simbolizan, en China, la vida eterna. Pero Pu Yi, que no era tortuga ni grulla, había logrado conservar la cabeza sobre sus hombros, lo que era más bien raro en su peligrosa profesión.

En 1949, cuando Mao tomó el poder, Pu Yi culminó su carrera convirtiéndose al marxismo-leninismo.

A fines de 1963, cuando lo entrevisté en Pekín, vestía como todos los demás, uniforme azul abotonado hasta el cuello, y por las mangas asomaban los puños raídos de la camisa. Se ganaba la vida podando plantas en el Jardín Botánico de Pekín.

Estaba sorprendido de que alguien pudiera tener interés en hablar con él. Me entonó su mea culpa, soy un traidor, soy un traidor, y con voz monocorde me recitó consignas durante un par de horas.

De vez en cuando, pude interrumpirlo. De su tía, la emperatriz, el Ave Fénix, sólo recordaba que tenía cara de muerta. Cuando la vio, se asustó y lloró. Ella le dio un caramelo y él lo tiró al suelo. De sus mujeres, me dijo que siempre las había conocido por fotos que le daban a elegir los mandarines o los ingleses o los japoneses. Hasta que por fin, gracias al presidente Mao, había podido casarse con un amor de verdad.

— *¿Con quién, si no es indiscreción?*

— *Una trabajadora, una enfermera del hospital. Nos casamos un primero de mayo.*

Le pregunté si era miembro del Partido Comunista. No, no era.

Le pregunté si quería ser.

El intérprete se llamaba Wang, no Freud. Pero se ve que estaba cansado, porque tradujo:

— *Sería para mí un grande horno.*

Prohibido ser independiente

A mediados de 1960, se celebró la ceremonia de la independencia del Congo, que había sido, hasta entonces, colonia belga.

Discurso tras discurso, el público se derretía de calor y de aburrimiento. El Congo, alumno agradecido, prometía buena conducta. Bélgica, maestra severa, advertía contra los peligros de la libertad.

Entonces estalló el discurso de Patricio Lumumba. Habló contra *el imperio del silencio*, y por su boca hablaron los callados. Este aguafiestas rindió homenaje a los autores de la independencia, los asesinados, los presos, los torturados y los exiliados que a lo largo de tantos años se habían batido contra la *humillante esclavitud del poder colonial*.

Sus palabras, recibidas por el silencio de hielo del estrado europeo, fueron interrumpidas ocho veces por las ovaciones del público africano.

Ese discurso selló su destino.

Lumumba, recién salido de la cárcel, había ganado las primeras elecciones libres en la historia del Congo y encabezaba su primer gobierno, pero la prensa belga lo llamó *delirante y ladrón analfabeto*. En las comunicaciones de los servicios belgas de inteligencia, Lumumba fue nombrado Satán. El director de la CIA, Allen Dulles, envió instrucciones a sus funcionarios:

— *La destitución de Lumumba debe ser nuestro objetivo urgente.*

Dwight Eisenhower, presidente de los Estados Unidos, dijo al canciller británico lord Home:

— *Deseo que Lumumba caiga en un río lleno de cocodrilos.*

A Lord Home le llevó una semana contestar:

— *Ha llegado el momento de deshacernos de él.*

Y el ministro de Asuntos Africanos del gobierno belga aportó lo suyo a la ronda de opiniones:

— *Lumumba debe ser eliminado de una vez y para siempre.*

Oficiales belgas, al mando de ocho soldados y nueve policías, lo fusilaron, a principios de 1961, junto a sus dos colaboradores más cercanos.

Temiendo un levantamiento popular, el gobierno belga y sus instrumentos congoleños, Mobutu y Tshombé, ocultaron el crimen.

Quince días después, el nuevo presidente de los Estados Unidos, John Kennedy, anunció:

—No aceptaremos que Lumumba vuelva al gobierno.

Y Lumumba, que para entonces había sido ya fusilado y disuelto en un barril de ácido sulfúrico, no volvió al gobierno.

Resurrección de Lumumba

El asesinato de Lumumba fue un acto de reconquista colonial.

Las riquezas minerales, cobre, cobalto, diamantes, oro, uranio, petróleo, dictaban órdenes desde el fondo de la tierra.

La sentencia fue ejecutada con la complicidad de las Naciones Unidas. Lumumba tenía buenas razones para desconfiar de los oficiales de las tropas que decían ser internacionales, y denunciaba *el racismo y el paternalismo de esta gente que reduce el África a la cacería de leones, los mercados de esclavos y la conquista colonial. Naturalmente, se entenderán con los belgas. Tienen la misma historia y la misma codicia por nuestras riquezas.*

Mobutu, héroe del mundo libre, que atrapó a Lumumba y lo mandó triturar, disfrutó el poder durante más de treinta años. Los organismos internacionales de crédito reconocieron sus méritos y fueron generosos con él. Cuando murió, su fortuna personal equivalía a poco menos que el total de la deuda externa del país al que había consagrado sus mejores energías.

Lumumba había anunciado:

—*Algún día la historia tendrá la palabra. No la historia enseñada por las Naciones Unidas, Washington, París o Bruselas. África escribirá su propia historia.*

El árbol donde Lumumba fue atado y fusilado sigue estando en el bosque de Mwadingusha. Acribillado a balazos, como él, sigue estando.

Mau-mau

En los años cincuenta el terror era negro, se llamaba Mau-mau y acechaba en las negruras de la selva de Kenia.

La opinión pública mundial creía que los Mau-mau danzaban degollando ingleses, los hacían picadillo y en satánicas ceremonias bebían su sangre.

En 1964, el jefe de estos salvajes, Jomo Kenyatta, recién salido de la cárcel, fue el primer presidente de su país libre.

Después, se supo: en los años de la guerra de la independencia, menos de doscientos británicos habían caído, sumando militares y civiles. Los nativos ahorcados, fusilados o muertos en los campos de concentración sumaban quinientas veces más.

La herencia europea

En el Congo, Bélgica dejó un total de tres negros en puestos de responsabilidad en la administración pública.

En Tanzania, Gran Bretaña dejó dos ingenieros y doce médicos.

En el Sahara Occidental, España dejó un médico, un abogado y un perito mercantil.

En Mozambique, Portugal dejó noventa y nueve por ciento de analfabetos, ningún bachiller y ninguna universidad.

Sankara

Thomas Sankara cambió el nombre del Alto Volta. La antigua colonia francesa pasó a llamarse Burkina Faso, *tierra de hombres honestos*.

Tras el largo dominio colonial, los hombres honestos heredaron el desierto: campos exhaustos, ríos secos, bosques devastados. Uno de cada dos nacidos no llegaba vivo a los tres meses.

Sankara encabezó el cambio. La energía comunitaria se puso al servicio de la multiplicación de los alimentos, la alfabetización, el renacimiento de los bosques nativos y la defensa del agua, escasa y sagrada.

La voz de Sankara multiplicó sus ecos desde el África hacia el mundo:

—*Proponemos que se destine a la salvación de la vida en este planeta al menos el uno por ciento de las fabulosas sumas que se gastan estudiando la vida en otros planetas.*

—*El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional nos niegan fondos para buscar agua a cien metros, pero nos ofrecen excavar pozos de tres mil metros para buscar petróleo.*

—*Queremos crear un mundo nuevo. Nos negamos a elegir entre el infierno y el purgatorio.*

—*Denunciamos a los hombres cuyo egoísmo causa el infortunio del prójimo. Sigue impune en el mundo la destrucción de la biósfera, con esos ataques asesinos contra la tierra y el aire.*

En 1987, la llamada comunidad internacional decidió deshacerse de este nuevo Lumumba.

Se encomendó la tarea a su mejor amigo, Blaise Campaoré.

El crimen le otorgó poder perpetuo.

Fundación de Cuba

Revolución, revelación: los negros entraban en las playas, antes prohibidas para quienes teñían el agua, y todas las Cubas que Cuba escondía estallaban a plena luz.

Sierra adentro, Cuba adentro, niños que nunca habían visto cine se hacían amigos de Carlitos Chaplin, y los alfabetizadores llevaban letras a perdidos lugares donde esas cosas raras no llegaban ni de visita.

En pleno ataque de locura tropical, la Orquesta Sinfónica Nacional viajaba completa, con Beethoven y todo, hacia pueblitos caídos del mapa, y los eufóricos lugareños garabateaban carteles de invitación:

—*¡A bailar y a gozar con la Sinfónica Nacional!*

Andaba yo por el oriente, allá donde los caracolitos de colores caen en lluvia desde los árboles y las montañas azules de Haití asoman en el horizonte.

En algún camino de tierra, me crucé con una pareja.

Ella venía a lomo de burro, bajo un paraguas que la defendía del sol.

Él, a pie.

Los dos vestidos de fiesta, reina y rey de esos parajes, invulnerables al tiempo y al barro: ni una arruga, ni una manchita perturbaban la blancura de esas ropas que habían estado esperando años o siglos, desde el día de la boda, en el fondo de algún armario.

Les pregunté adónde iban. Contestó él:

—*Nos vamos a La Habana. Al cabaret Tropicana. Tenemos entradas para el sábado.*

Y se palpó el bolsillo, confirmando.

Yo sí puedo

En 1961, un millón de cubanos aprendió a leer y a escribir, y miles de voluntarios borraron las sonrisas burlonas y las miradas compasivas que habían recibido cuando anunciaron que lo harían en un año.

Tiempo después, Catherine Murphy recogió evocaciones:

- * Griselda Aguilera: *Mis padres alfabetizaban aquí en La Habana. Yo les pedía, pero no me dejaban ir. Cada mañana, bien temprano, se marchaban los dos, y yo me quedaba en casa, hasta la noche. Un día, después de tanto pedir y pedir, me dejaron. Los acompañé. Carlos Pérez Isla se llamaba mi primer alumno. Tenía cincuenta y ocho años. Yo, siete.*
- * Sixto Jiménez: *A mí tampoco me dejaban. Tenía doce años, ya sabía leer y escribir y cada día pedía y discutía, y nada. Es muy peligroso, decía mi madre. Y justo en esos días vino la invasión de Bahía de Cochinos, los criminales esos venían a vengarse, venían con la sangre en el ojo, ellos, los dueños de Cuba. Nosotros los conocíamos bien, ya en los viejos tiempos nos habían incendiado la casa dos veces, allá en la sierra. Y entonces mi madre me preparó la mochila. Adiós, me dijo.*
- * Sila Osorio: *Mi madre alfabetizó en las montañas, de Manzanillo para allá. Le tocó una familia con siete hijos. Ninguno sabía leer ni escribir. Seis meses estuvo mi madre viviendo en esa casa. Durante el día, recogía café, buscaba agua... En las noches, enseñaba. Cuando ya todos sabían, se fue. Había llegado sola, pero no se fue sola. Figúrate: si no hubiera sido por la campaña de alfabetización, yo no existiría.*
- * Jorge Oviedo: *Yo tenía catorce años cuando llegaron los brigadistas a Palma Soriano. Nunca había ido a la escuela. Pero fui a la primera clase de alfabetización, dibujé unos palotes y ya me di cuenta: esto es lo mío. Y a la mañana siguiente me escapé de casa y me eché al camino. Bajo el brazo llevaba el manual de los brigadistas. Caminé mucho, hasta que llegué a un pueblo metido allá en las montañas de Oriente. Me presenté como alfabetizador. Di la primera clase, repetí lo que había escuchado allá en Palma Soriano. Recordaba todo. Para la segunda, estudié, o más bien adiviné, lo que decía el manual. Y para las clases siguientes...
Yo fui alfabetizador antes de ser alfabetizado. O fui todo junto, no sé.*

Fotos: Los ojos más habitados del mundo

La Habana, Plaza de la Revolución, marzo de 1960.

Un barco ha estallado en el puerto. Setenta y seis obreros muertos. El barco traía armas y municiones para la defensa de Cuba, y el gobierno de Eisenhower ha prohibido que Cuba se defienda.

La multitud cubre las calles de la ciudad.

Desde el podio, el Che Guevara contempla tanta furia reunida.

Tiene la multitud en los ojos.

Korda toma esta foto cuando los barbudos llevan poco más de un año en el poder.

Su diario no la publica. El director no le ve nada especial.

Pasarán los años. Esa foto será un símbolo de nuestro tiempo.

El nacedor

¿Por qué será que el Che tiene esta peligrosa costumbre de seguir naciendo? Cuanto más lo manipulan, cuanto más lo traicionan, más nace. Él es el más nacedor de todos.

¿No será porque el Che decía lo que pensaba, y hacía lo que decía? ¿No será que por eso sigue siendo tan extraordinario, en un mundo donde las palabras y los hechos muy rara vez se encuentran, y cuando se encuentran no se saludan, porque no se reconocen?

Fidel

Sus enemigos dicen que fue rey sin corona y que confundía la unidad con la unanimidad.

Y en eso sus enemigos tienen razón.

Sus enemigos dicen que si Napoleón hubiera tenido un diario como el «Granma», ningún francés se habría enterado del desastre de Waterloo.

Y en eso sus enemigos tienen razón.

Sus enemigos dicen que ejerció el poder hablando mucho y escuchando poco, porque estaba más acostumbrado a los ecos que a las voces.

Y en eso sus enemigos tienen razón.

Pero sus enemigos no dicen que no fue por posar para la Historia que puso el pecho a las balas cuando vino la invasión,

que enfrentó a los huracanes de igual a igual, de huracán a huracán,
que sobrevivió a seiscientos treinta y siete atentados,
que su contagiosa energía fue decisiva para convertir una colonia en patria
y que no fue por hechizo de Mandinga ni por milagro de Dios que esa
nueva patria pudo sobrevivir a diez presidentes de los Estados Unidos, que
tenían puesta la servilleta para almorzarla con cuchillo y tenedor.

Y sus enemigos no dicen que Cuba es un raro país que no compite en la
Copa Mundial del Felpudo.

Y no dicen que esta revolución, crecida en el castigo, es lo que pudo ser y
no lo que quiso ser. Ni dicen que en gran medida el muro entre el deseo y la
realidad fue haciéndose más alto y más ancho gracias al bloqueo imperial, que
ahogó el desarrollo de una democracia a la cubana, obligó a la militarización de
la sociedad y otorgó a la burocracia, que para cada solución tiene un problema,
las coartadas que necesita para justificarse y perpetuarse.

Y no dicen que a pesar de todos los pesares, a pesar de las agresiones de
afuera y de las arbitrariedades de adentro, esta isla sufrida pero porfiadamente
alegre ha generado la sociedad latinoamericana menos injusta.

Y sus enemigos no dicen que esa hazaña fue obra del sacrificio de su
pueblo, pero también fue obra de la tozuda voluntad y el anticuado sentido del
honor de este caballero que siempre se batió por los perdedores, como aquel
famoso colega suyo de los campos de Castilla.

Fotos: Puños alzados al cielo

Ciudad de México, Estadio Olímpico, octubre de 1968.

La bandera de las barras y las estrellas flamea, triunfante, en el mástil más
alto, mientras vibran los acordes del himno de los Estados Unidos.

Suben al podio los campeones olímpicos. Y entonces, en el momento
culminante, Tommie Smith, medalla de oro, y John Carlos, medalla de plata,
negros los dos, estadounidenses los dos, alzan sus puños cerrados, en guantes
negros, contra el cielo de la noche.

El fotógrafo de «Life», John Dominis, registra el acontecimiento. Esos puños
alzados, símbolos del movimiento revolucionario Panteras Negras, denuncian
ante el mundo la humillación racial en los Estados Unidos.

Tommie y John son inmediatamente expulsados de la Villa Olímpica.
Nunca más podrán participar en ninguna competición deportiva. Los caballos
de carreras, los gallos de riña y los atletas humanos no tienen el derecho de ser
aguafiestas.

La esposa de Tommie se divorcia. La esposa de John se suicida.

De regreso a su país, nadie da trabajo a estos metelíos. John se las arregla como puede y Tommie, que ha conquistado once récords mundiales, lava coches a cambio de la propina.

Alí

Fue pluma y plomo. Boxeando bailaba y demolía.

En 1967, Muhammad Alí, nacido Cassius Clay, se negó a vestir el uniforme militar:

—Quieren mandarme a matar vietnamitas —dijo—. ¿Quién humilla a los negros en mi país? ¿Los vietnamitas? Ellos nunca me hicieron nada.

Lo llamaron traidor a la patria. Lo amenazaron con la cárcel, le prohibieron seguir boxeando. Le quitaron el título de campeón mundial.

Ese castigo fue su trofeo. Arrebatándole la corona, lo consagraron rey.

Cinco años después, unos estudiantes universitarios le pidieron que recitara algo. Y él inventó para ellos el poema más breve de la literatura universal:

—Me, we.

Yo, nosotros.

El jardinero

A fines de 1967, en un hospital de África del Sur, Christian Barnard trasplantó por primera vez un corazón humano y se convirtió en el médico más famoso del mundo.

En una de las fotos, apareció un negro entre sus ayudantes. El director del hospital aclaró que se había colado.

Por entonces, Hamilton Naki vivía en una barraca sin luz eléctrica ni agua corriente. No tenía diploma, ni siquiera había terminado la escuela primaria, pero era el brazo derecho del doctor Barnard. En secreto trabajaba a su lado. La ley o la costumbre prohibían que un negro tocara carne o sangre de blancos.

Poco antes de morir, Barnard reconoció:

—Quizás él era técnicamente mejor que yo.

Al fin y al cabo, su hazaña no hubiera sido posible sin este hombre de dedos mágicos, que había ensayado el trasplante de corazón, varias veces, en cerdos y perros.

En las planillas del hospital, Hamilton Naki figuraba como jardinero.
De jardinero se jubiló.

La Novena

La sordera impidió que Beethoven pudiera escuchar ni una nota de su Novena Sinfonía, y la muerte impidió que se enterara de las aventuras y desventuras de su obra maestra.

El príncipe Bismarck proclamó que la Novena inspiraba a la raza alemana, Bakunin escuchó en ella la música de la anarquía, Engels anunció que sería el himno de la humanidad y Lenin opinó que era más revolucionaria que la Internacional.

Von Karajan la dirigió en concierto para el gobierno nazi y años después consagró con ella la unidad de la Europa libre.

La Novena acompañó a los kamikazes japoneses que morían por su emperador y a los combatientes que dieron la vida peleando contra todos los imperios.

Fue cantada por quienes resistían la embestida alemana y fue tarareada por Hitler, que en un raro ataque de modestia dijo que Beethoven era el verdadero *führer*.

Paul Robeson la cantó contra el racismo y los racistas de África del Sur la usaron de música de fondo en la propaganda del apartheid.

En 1961, al son de la Novena, se alzó el muro de Berlín.

En 1989, al son de la Novena, el muro de Berlín cayó.

Muros

El Muro de Berlín era la noticia de cada día. De la mañana a la noche leíamos, veíamos, escuchábamos: el Muro de la Vergüenza, el Muro de la Infamia, la Cortina de Hierro...

Por fin, ese muro, que merecía caer, cayó. Pero otros muros brotaron, y siguen brotando, en el mundo. Aunque son mucho más grandes que el de Berlín, de ellos se habla poco o nada.

Poco se habla del muro que los Estados Unidos están alzando en la frontera mexicana, y poco se habla de las alambradas de Ceuta y Melilla.

Casi nada se habla del Muro de Cisjordania, que perpetúa la ocupación israelí de tierras palestinas y será quince veces más largo que el Muro de Berlín, y nada, nada de nada, se habla del Muro de Marruecos, que perpetúa el robo de la patria saharauí por el reino marroquí y mide sesenta veces más que el Muro de Berlín.

¿Por qué será que hay muros tan altisonantes y muros tan mudos?

Fotos: La caída del muro

Berlín, noviembre de 1989. Ferdinando Scianna fotografía a un hombre que empuja una carretilla. A duras penas carga una enorme cabeza de Stalin. La cabeza de bronce ha sido decapitada mientras la furia popular volteaba a martillazos el muro que partía en dos la ciudad de Berlín.

El muro no cae solo. Con el muro se derrumban los regímenes que empezaron anunciando la dictadura de los proletarios y terminaron ejerciendo la dictadura de los funcionarios. Se viene abajo la conciencia política reducida a fe religiosa por los partidos que invocaban a Marx, pero actuaban como iglesias inspiradas por aquel dictamen del papa Gregorio VII: *La Iglesia nunca se ha equivocado y, según los testimonios de la Escritura, no se equivocará jamás.*

Sin derramar una lágrima, y ni una sola gota de sangre, en todo el este de Europa el pueblo asiste, cruzado de brazos, a la agonía del poder que actuaba en su nombre.

Mientras tanto., en China, Deng Xiao-ping, el heredero de Mao, lanza la consigna *Hacerse rico es glorioso*. Y al servicio del glorioso enriquecimiento de sus dirigentes, China ofrece al mercado mundial sus millones de brazos muy baratos y muy obedientes, y su aire, su tierra y su agua, su naturaleza dispuesta a la inmolación en los altares del éxito.

Los burócratas comunistas se convierten en hombres de negocios. Para eso habían estudiado «El Capital»: para vivir de sus intereses.

Luz divina, luz asesina

Crepitan las llamas.

En la pira arden colchones en desuso, sillones en desuso, neumáticos en desuso.

Y arde un dios en desuso: el fuego achicharra el cuerpo de Pol Pot.

Al fin del verano de 1998, ha muerto en su casa, en su cama, este hombre que mucho mató.

Ninguna peste redujo tanto la población de Camboya. Invocando los santos nombres de Marx, Lenin y Mao, Pol Pot montó un matadero colosal. Por no gastar tiempo ni dinero, cada acusación incluía la sentencia y cada cárcel tenía puerta a la fosa común. Todo el país era una gran fosa común y un templo consagrado a Pol Pot, que lo purificaba para que fuera digno de sus favores.

La pureza revolucionaria exigía liquidar a los impuros.

Los impuros: los que pensaban, los que discrepaban, los que dudaban, los que desobedecían.

El crimen paga

Al fin de sus muchos años en el poder, el general Suharto no conseguía contar sus muertos ni sus dineros.

En 1965, había iniciado su carrera exterminando a los comunistas de Indonesia. Cuántos, no se sabe. No menos de medio millón, quizá más de un millón. Difícil calcular. Cuando los militares dieron luz verde para matar en las aldeas, fueron súbitamente comunistas, merecedores de la horca, todos los que tenían alguna vaca envidiable o unas cuantas gallinas codiciadas por los vecinos.

El embajador Marshall Green expresó, en nombre del gobierno de los Estados Unidos, *simpatía y admiración por lo que el ejército está haciendo*. La revista «Time» informó que los muertos impedían la navegación de los ríos, pero celebró lo que ocurría como la mejor noticia en muchos años.

Un par de décadas más tarde, esa revista reveló que el general Suharto tenía *un tierno corazón*. Para entonces, él ya había perdido la cuenta de sus numerosos difuntos, aunque estaba por ampliar la lista convirtiendo en tumbas las huertas de la isla de Timor.

Tampoco era escasa su cuenta de ahorros cuando fue obligado a renunciar, al cabo de más de treinta años de servicios a la patria. Bolsillo profundo: Abdurramán Wahid, presidente heredero, estimó que Suharto había acumulado una fortuna personal equivalente a todo lo que Indonesia debía al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial.

Se sabía que las calles de los bancos, en Zurich y Ginebra, eran sus paseos preferidos, por lo mucho que le gustaba el paisaje suizo, pero nunca consiguió recordar dónde había dejado su dinero.

En el año 2000, una junta médica examinó al general Suharto y lo declaró física y mentalmente incapaz de ser sometido a juicio.

Otro caso de amnesia

Un informe médico dictaminó que el general Augusto Pinochet padecía demencia senil.

Por no estar en su sano juicio, no podía ser sometido a juicio.

Pinochet atravesó sin inmutarse trescientas demandas criminales y murió sin sufrir ni una sola condena. La democracia chilena había renacido obligada al pago de sus deudas y al olvido de sus crímenes, y él compartía la amnesia oficial.

Había matado, había torturado, pero decía:

—*Yo no fui. Además, no lo recuerdo. Y si lo recuerdo, yo no fui.*

En el idioma internacional del fútbol, todavía se llaman Pinochet los equipos muy malos, porque llenan estadios para torturar a la gente; pero al general no le faltaron admiradores. La avenida Once de Setiembre, en Santiago, no fue bautizada así en memoria de las víctimas del atentado terrorista que derrumbó las torres en Nueva York, sino en homenaje al golpe de estado terrorista que derrumbó la democracia en Chile.

En gesto de involuntaria adhesión, Pinochet murió el Día Internacional de los Derechos Humanos.

Para entonces, se habían descubierto más de treinta millones de dólares, por él robados, en ciento veinte cuentas de varios bancos del mundo. Esa revelación había afectado, un poquito, su prestigio. No porque hubiera sido un ladrón, sino porque había sido un ladrón ineficiente.

Fotos: Esa bala no miente

Santiago de Chile, Palacio de Gobierno, setiembre de 1973.

Se ignora el nombre del fotógrafo. Ésta es la última imagen de Salvador Allende: tiene puesto un casco, camina con el arma en la mano, mira al cielo, los aviones escupen bombas.

El presidente de Chile, votado en elecciones libres, había dicho:

— *Yo no salgo vivo de aquí.*

En la historia latinoamericana, es una frase de rutina: la han pronunciado muchos presidentes que a la hora de la verdad prefieren sobrevivir, para seguir pronunciándola.

Allende no sale vivo de allí.

Un beso abrió las puertas del infierno



Fue la señal, como la traición contada en los evangelios:

— *A la que yo dé un beso, ésa es.*

Y a fines de 1977, en Buenos Aires, el Ángel Rubio besó, una tras otra, a Esther Balestrino, María Ponce y Azucena Villaflor, fundadoras de las Madres de Plaza de Mayo, y a las monjas Alice Domon y Léonie Duquet.

Y se las tragó la tierra. El ministro del Interior de la dictadura militar negó que las madres estuvieran presas y dijo que las monjas se habían ido a México, a ejercer la prostitución.

Después se supo que todas, madres y monjas, habían sido torturadas y arrojadas vivas al mar desde un avión.

Y el Ángel Rubio fue reconocido. A pesar de la barba y de la gorra, fue reconocido, cuando los diarios publicaron la foto del capitán Alfredo Astiz firmando, cabizbajo, la rendición ante los ingleses.

Era el fin de la guerra de las Malvinas, y él no había disparado ni un tiro. Estaba especializado en otros heroísmos.

Retrato de familia en Argentina

El poeta argentino Leopoldo Lugones proclamó:

— *¡Ha sonado, para bien del mundo, la hora de la espada!*

Y así aplaudió, en 1930, el golpe de estado que instauró una dictadura militar.

Al servicio de esa dictadura, el hijo del poeta, el comisario Polo Lugones, inventó la picana eléctrica y otros convincentes instrumentos que él ensayaba en los cuerpos de los desobedientes.

Cuarenta y pico de años después, una desobediente llamada Pirí Lugones, nieta del poeta, hija del comisario, sufrió en carne propia los inventos de su papá, en las cámaras de torturas de otra dictadura.

Esa dictadura desapareció a treinta mil argentinos.

Entre ellos, ella.

Las edades de Ana

En sus primeros años, Ana Fellini creía que sus padres habían muerto en un accidente. Sus abuelos se lo dijeron. Le dijeron que sus padres venían a buscarla cuando se cayó el avión que los traía.

A los once años, alguien le dijo que sus padres habían muerto peleando contra la dictadura militar argentina. Nada preguntó, no dijo nada. Ella había sido niña parlanchina, pero desde entonces habló poco o nada.

A los diecisiete años, le costaba besar. Tenía una llaguita bajo la lengua.

A los dieciocho, le costaba comer. La llaga era cada vez más honda.

A los diecinueve, la operaron.

A los veinte, murió.

El médico dijo que la mató un cáncer a la boca.

Los abuelos dijeron que la mató la verdad.

La bruja del barrio dijo que murió porque no gritó.

El nombre más tocado

En la primavera de 1979, el arzobispo de El Salvador, Óscar Arnulfo Romero, viajó al Vaticano. Pidió, rogó, mendigó una audiencia con el papa Juan Pablo II:

—*Espere su turno.*

—*No se sabe.*

—*Vuelva mañana.*

Por fin, poniéndose en la fila de los fieles que esperaban la bendición, uno más entre todos, Romero sorprendió a Su Santidad y pudo robarle unos minutos.

Intentó entregarle un voluminoso informe, fotos, testimonios, pero el Papa se lo devolvió:

—*¡Yo no tengo tiempo para leer tanta cosa!*

Y Romero balbuceó que miles de salvadoreños habían sido torturados y asesinados por el poder militar, entre ellos muchos católicos y cinco sacerdotes, y que ayer nomás, en vísperas de esta audiencia, el ejército había acribillado a veinticinco ante las puertas de la catedral.

El jefe de la Iglesia lo paró en seco:

—*¡No exagere, señor arzobispo!*

Poco más duró el encuentro.

El heredero de san Pedro exigió, mandó, ordenó:

—*¡Ustedes deben entenderse con el gobierno! ¡Un buen cristiano no crea problemas a la autoridad! ¡La Iglesia quiere paz y armonía!*

Diez meses después, el arzobispo Romero cayó fulminado en una parroquia de San Salvador. La bala lo volteó en plena misa, cuando estaba alzando la hostia.

Desde Roma, el Sumo Pontífice condenó el crimen.

Se olvidó de condenar a los criminales.

Años después, en el parque Cuscatlán, un muro infinitamente largo recuerda a las víctimas civiles de la guerra. Son miles y miles de nombres grabados, en blanco, sobre mármol negro. El nombre del arzobispo Romero es el único que está gastadito.

Gastadito por los dedos de la gente.

El obispo que murió dos veces

La memoria está presa en los museos y no tiene permiso de salida.

El obispo Juan Gerardi dirigió la investigación del terror en Guatemala.

Una noche de la primavera de 1998, el obispo presentó los resultados, mil cuatrocientas páginas, más de mil testimonios, en el patio de la Catedral. Y dijo:

—*Bien sabemos que este camino, el camino de la memoria, está lleno de riesgos.*

Dos noches después, apareció tendido sobre su sangre, con el cráneo despedazado a golpes de piedra.

En seguida, como por arte de magia, fue lavada la sangre y fueron borradas las huellas. Se escucharon confesiones que eran, más bien, confusiones, y se

lanzó una gigantesca operación internacional para convertir el asesinato en un laberinto intransitable.

Y así ocurrió la segunda muerte del obispo. En la sucia tarea participaron abogados, periodistas, escritores y criminólogos de alquiler. Nuevos culpables, y nuevas historias, aparecían y desaparecían a ritmo de vértigo, paladas de infamia sobre el cuerpo de la víctima, para salvaguardar la intocable impunidad de los autores de este crimen y de doscientos mil asesinatos más:

—*Fue alguno de los comunistas infiltrados en la Iglesia.*

—*Fue la cocinera.*

—*Fue el ama de llaves.*

—*Fue el borrachito ése que duerme frente a la parroquia.*

—*Fue por celos.*

—*Entre maricas, es muy típico eso de partir la cabeza.*

—*Fue una venganza, un cura que se la tenía jurada.*

—*Fue el cura ése, y el perro.*

—*Fue...*

El impuesto global

El amor que pasa, la vida que pesa, la muerte que pisa.

Hay dolores inevitables, y así es nomás, y ni modo.

Pero las autoridades planetarias agregan dolor al dolor, y encima nos cobran ese favor que nos hacen.

En dinero contante y sonante pagamos, cada día, el impuesto al valor agregado.

En desdicha contante y sonante pagamos, cada día, el impuesto al dolor agregado.

El dolor agregado se disfraza de fatalidad del destino, como si fueran la misma cosa la angustia que nace de la fugacidad de la vida y la angustia que nace de la fugacidad del empleo.

No son noticia

Al sur de la India, en el hospital de Nallamada, un suicida resucita.

Alrededor de su lecho, sonrían los que le devolvieron la vida. El resucitado los mira, dice:

— *¿Qué esperan? ¿Que les dé las gracias? Yo debía cien mil rupias. Ahora voy a deber también cuatro días de hospital. Ustedes, imbéciles, me hicieron este favor.*

Mucho sabemos sobre los terroristas suicidas. Los medios nos hablan de ellos cada día. Nada nos cuentan, en cambio, sobre los granjeros suicidas.

A un ritmo de mil por mes, según las cifras oficiales, se vienen matando los agricultores hindúes, desde fines del siglo veinte y en estos primeros años del veintiuno.

Muchos granjeros suicidas mueren bebiendo los pesticidas que no pueden pagar.

El mercado los obliga a endeudarse, las deudas impagables los obligan a morir. Gastan cada vez más y cobran cada vez menos. Compran a precios gigantes y venden a precios enanos. Son rehenes de la industria química extranjera, semillas importadas, cultivos transgénicos: la India, que producía para comer, ahora produce para que la coman.

Criminología

Cada año, los pesticidas químicos matan a no menos de tres millones de campesinos.

Cada día, los accidentes de trabajo matan a no menos de diez mil obreros.

Cada minuto, la miseria mata a no menos de diez niños.

Estos crímenes no aparecen en los noticieros. Son, como las guerras, normales actos de canibalismo.

Los criminales andan sueltos. Las prisiones no están hechas para los que destripan multitudes. La construcción de prisiones es el plan de viviendas que los pobres merecen.

Hace más de dos siglos, se preguntaba Thomas Paine:

— *¿Por qué será tan raro que ahorquen a alguien que no sea pobre?*

Texas, siglo veintiuno: la última cena delata a la clientela del patíbulo. Nadie elige langosta ni *filet mignon*, aunque esos platos figuren en el menú de despedida. Los condenados prefieren decir adiós al mundo comiendo hamburguesas con papas fritas, como es su costumbre.

En vivo y en directo

Todo Brasil asiste.

Un espectáculo en tiempo real.

La televisión no pierde detalle, desde el momento en que el criminal, negro tenía que ser, convierte en rehenes a los pasajeros de un ómnibus de Río de Janeiro, una mañana del año 2000.

Los periodistas van contando lo que ocurre como si fuera una mezcla de fútbol y de guerra, la emoción rompecorazones de una final de la Copa del Mundo narrada en el tono epicotrágico del desembarco de Normandía.

La policía ha puesto sitio al ómnibus.

En el largo tiroteo, muere una muchacha. El público vocifera maldiciones contra la fiera salvaje que no vacila en sacrificar inocentes vidas humanas.

Por fin, al cabo de cuatro horas de mucho tiro y mucha ópera, una bala del orden derriba al peligro público. Los policías exhiben su trofeo, el criminal malherido, bañado en sangre, ante las cámaras.

Todos quieren lincharlo, los miles que están allí y los millones que no están pero miran.

Los policías lo arrancan de manos de la multitud enardecida.

Entra vivo al patrullero. Sale estrangulado.

En su breve paso por el mundo, se llamó Sandro do Nascimento. Él era uno de los muchos niños de la calle que dormían en las escalinatas de la iglesia de la Candelaria, una noche de 1993, cuando llovió metralla. Ocho murieron.

De los que sobrevivieron, casi todos fueron matados poco después.

Sandro tuvo suerte, pero era un muerto en uso de licencia.

Siete años después, cumple la sentencia.

Él siempre había soñado con ser estrella de la tele.

En directo y en vivo

Toda Argentina asiste.

Un espectáculo en tiempo real.

La televisión no pierde detalle, desde el momento en que el toro, negro tenía que ser, aparece en alguna calle de los suburbios de Buenos Aires, una mañana del año 2004.

Los periodistas van contando lo que ocurre como si fuera una mezcla de lidia y de guerra, la emoción rompecorazones de una corrida en la Plaza de Sevilla narrada en el tono epicotrágico de la caída de Berlín.

Pasa la mañana y la policía no llega.

La bestia, amenazante, pasta.

La población, temerosa, mira de lejos.

Cuidado, advierte un periodista que pasea entre la multitud, micrófono en mano: Cuidado, que puede ponerse nervioso.

El salvaje rumia pasto, ajeno a todos, concentrado en ese pedacito de campo que ha encontrado entre los grises edificios.

Por fin, llegan los patrulleros, cargados de agentes que se despliegan a su alrededor y lo miran sin saber qué hacer.

Entonces unos espontáneos se desprenden del gentío y, dando muestras de valor y de destreza, se abalanzan sobre el toro bravo, lo arrojan al suelo, lo golpean a puñetazos y patadas y lo atan con cadenas. Las cámaras registran el momento en que uno de ellos, triunfante, pone un pie encima del trofeo.

Se lo llevan en una carretilla. La cabeza le cuelga afuera. Cuando la levanta, le llueven golpes. Las voces denuncian:

— *¡Quiere escaparse! ¡Quiere escaparse de nuevo!*

Y así acaba este ternero, este adolescente de cuernos recién despuntados, que se había fugado del matadero.

El plato era su destino.

Él nunca había soñado con ser estrella de la tele.

Peligro en las cárceles

En 1998, la Dirección Nacional del Régimen Penitenciario de la República de Bolivia recibió una carta firmada por todos los presos de una cárcel del valle de Cochabamba.

Los presos pedían a las autoridades que tuvieran a bien elevar la altura del muro de la prisión, porque los vecinos lo saltaban fácilmente y les robaban la ropa que ellos colgaban a secar en el patio.

Como no había presupuesto disponible, no hubo respuesta. Y como no hubo respuesta, los presos no tuvieron más remedio que poner manos a la obra. Y alzaron bien alto el muro, con ladrillos de barro y paja, para protegerse de los ciudadanos que vivían en los alrededores de la prisión.

Peligro en las calles

Desde hace más de medio siglo, Uruguay no ha ganado ningún campeonato mundial de fútbol, pero durante la dictadura militar conquistó otros torneos: fue el país que más presos políticos y torturados tuvo, en proporción a la población.

Libertad se llamó la cárcel más numerosa. Y como rindiendo homenaje al nombre, se fugaron las palabras presas. A través de sus barrotes se escurrieron los poemas que los presos escribieron en minúsculas hojillas de papel de fumar. Como éste:

*A veces llueve y te quiero.
A veces sale el sol y te quiero.
La cárcel es a veces.
Siempre te quiero.*

Peligro en los Andes

El zorro venía bajando del cielo, cuando los loros le rompieron, a picotazos, la cuerda por donde se deslizaba.

El zorro se reventó contra los altos picos de la cordillera de los Andes, y su estallido desparramó la quinua que traía en la barriga, robada a los festines celestes.

Así, esta comida de los dioses fue sembrada en el mundo.

Desde entonces, la quinua vive en tierras muy altas, donde sólo ella es capaz de aguantar la aridez y el frío.

El mercado mundial jamás prestó la menor atención a esta despreciable comida de indios, hasta que se supo que el minúsculo granito, capaz de crecer donde nada crece, es muy buen alimento, no engorda y evita algunas enfermedades. Y en 1994, la quinua fue patentada por dos investigadores de la Colorado State University (US Patent 5304718).

Se desató, entonces, la furia de los campesinos. Los patentadores aseguraron que no iban a usar su derecho legal a prohibir el cultivo, ni a cobrarlo, pero los campesinos, indígenas bolivianos, respondieron:

—No necesitamos que venga ningún profesor de los Estados Unidos a donarnos lo que es nuestro.

Cuatro años después, el escándalo universal obligó a la Colorado State University a renunciar a la patente.

Peligro en el aire

La radio de Paiwas nació en el centro de Nicaragua, en vísperas del siglo veintiuno.

El programa de más audiencia ocupa las madrugadas. «La bruja mensajera» acompaña a miles de mujeres y mete miedo a miles de hombres.

A las mujeres, la bruja les presenta amigos desconocidos, como ese tal Papanicolau y esa señora Constitución, y les habla de sus derechos, cero violencia en la calle, en la casa y también en la cama, y les pregunta:

— *¿Cómo les fue anoche? ¿Cómo las trataron? ¿Estuvieron placenteras o fue a la fuercecita?*

Y a los hombres, los denuncia con nombre y apellido cuando violan o golpean a las mujeres. En las noches, la bruja va de casa en casa, a vuelo de escoba; y en las madrugadas acaricia su bola de cristal y ante el micrófono adivina secretos:

— *¿Anjá? Por ahí estás, por ahí te veo. Apaleando a tu mujer. ¡Qué bárbaro, jodido!*

La radio recibe y difunde las denuncias que los policías no atienden. Los policías están ocupados con los robos de ganado, y una vaca vale más que una mujer.

Barbie va a la guerra

Hay más de mil millones de Barbies. Sólo los chinos superan tan enorme población.

La mujer más amada del mundo no podía fallar. En la guerra del Bien contra el Mal, Barbie se alistó, hizo la venia y se marchó a la guerra de Irak.

Llegó al frente de guerra vistiendo uniformes de tierra, mar y aire, hechos a su medida, que el Pentágono revisó y aprobó.

Ella está acostumbrada a cambiar de profesión, de peinado y de ropa. Ha sido también cantante, deportista, paleontóloga, odontóloga, astronauta, bombera, bailarina y qué se yo qué más, y cada nuevo oficio implica un nuevo look y un nuevo vestuario completo, que todas las niñas del mundo están obligadas a comprar.

En febrero del año 2004, Barbie también quiso cambiar de pareja. Llevaba casi medio siglo junto a Ken, que no tiene en el cuerpo otro bulto que no sea la

nariz, cuando fue seducida por un surfista australiano que la invitó a cometer el pecado del plástico.

La empresa Mattel anunció, oficialmente, la separación.

Fue una catástrofe. Las ventas cayeron a pique. Barbie podía, y debía, cambiar de ocupación y de vestidos, pero no tenía el derecho de dar malos ejemplos.

Entonces la empresa Mattel anunció, oficialmente, la reconciliación.

Los hijos de RoboCop van a la guerra

En el año 2005, el Pentágono reveló que el sueño de un invulnerable ejército de autómatas se está haciendo realidad.

Según el vocero militar Gordon Johnson, las guerras de Afganistán y de Irak han sido de gran utilidad para el progreso de los robots. Ya los robots, equipados con visión nocturna y armas automáticas, están en condiciones de localizar y demoler construcciones enemigas casi sin margen de error.

No hay rasgos de humanidad que impidan un nivel óptimo de eficiencia:

—*Los robots no tienen hambre ni sienten miedo* —dijo Johnson—. *Jamás olvidan las órdenes. Y no les importa nada si cae muerto de un balazo el tipo que pelea a su lado.*

Guerras disfrazadas

A principios del siglo veinte, Colombia sufrió la guerra de los mil días.

A mediados del siglo veinte, los días fueron tres mil.

A principios del siglo veintiuno, ya los días son incontables.

Pero esta guerra, mortal para Colombia, no es tan mortal para los dueños de Colombia:

la guerra multiplica el miedo, y el miedo convierte la injusticia en fatalidad del destino;

la guerra multiplica la pobreza, y la pobreza ofrece brazos que trabajan por poco o nada;

la guerra expulsa a los campesinos de sus tierras, que por poco o nada se venden;

la guerra otorga dinerales a los traficantes de armas y a los secuestradores de civiles, y otorga santuarios a los traficantes de drogas, para que la cocaína siga siendo un negocio donde los norteamericanos ponen la nariz y los colombianos los muertos;

la guerra asesina a los militantes de los sindicatos, y los sindicatos organizan más entierros que huelgas y se dejan de molestar a las empresas Chiquita Brands, Coca-Cola, Nestlé, Del Monte o Drummond Limited;

y la guerra asesina a los que denuncian las causas de la guerra, para que la guerra sea tan inexplicable como inevitable.

Los expertos violentólogos dicen que Colombia es un país enamorado de la muerte.

Está en los genes, dicen.

Una mujer a la orilla del río

Llueve muerte.

En el moridero caen los colombianos por bala o por cuchillo,
por machetazo o por garrotazo,
por horca o por fuego,
por bomba del cielo o por mina del suelo.

En la selva de Urabá, en alguna orilla de los ríos Perancho o Peranchito, en su casa de palo y palma, una mujer llamada Eligia se abanica contra el calor y los mosquitos, y contra el miedo también. Y mientras el abanico aletea, ella dice, en voz alta:

—*Qué rico sería morir naturalmente.*

Guerras mentidas

Lanzamientos publicitarios, operaciones de *marketing*. La opinión pública es el *target*. Las guerras se venden mintiendo, como se venden los autos.

En agosto de 1964, el presidente Lyndon Johnson denunció que los vietnamitas habían atacado dos buques de los Estados Unidos en el golfo de Tonkin.

Entonces, el presidente invadió Vietnam, lanzó aviones y tropas y su popularidad subió a las nubes y fue aclamado por los periodistas y por los políticos, y el gobierno demócrata y la oposición republicana fueron un partido único contra la agresión comunista.

Cuando ya la guerra había destripado a una multitud de vietnamitas, en su mayoría mujeres y niños, Robert McNamara, ministro de Defensa de Johnson, confesó que el ataque del golfo de Tonkin no había existido.

Los muertos no resucitaron.

En marzo del año 2003, el presidente George W. Bush denunció que Irak estaba a punto de aniquilar el mundo con sus armas de destrucción masiva, *las armas más letales jamás inventadas*.

Entonces, el presidente invadió Irak, lanzó aviones y tropas y su popularidad subió a las nubes y fue aclamado por los periodistas y por los políticos, y el gobierno republicano y la oposición demócrata fueron un partido único contra la agresión terrorista.

Cuando ya la guerra había destripado a una multitud de iraquíes, en su mayoría mujeres y niños, Bush confesó que las armas de destrucción masiva no habían existido. Las armas más letales jamás inventadas habían sido inventadas por él.

En las elecciones siguientes, el pueblo lo recompensó reeligiéndolo.

Allá en la infancia, mi mamá me había dicho que la mentira tiene patas cortas. Estaba mal informada.

Fundación de los abrazos

En Irak nació el primer poema de amor de la literatura universal, miles de años antes de su devastación:

*Que el cantor teja en cantares
esto que voy a contarte.*

El canto contó, en lengua sumeria, el encuentro de una diosa y un pastor.

Inanna, la diosa, amó esa noche como si fuera mortal. Dumuzi, el pastor, fue inmortal mientras duró esa noche.

Guerras mentirosas

La guerra de Irak nació de la necesidad de corregir el error que la Geografía cometió cuando puso el petróleo de Occidente bajo las arenas de Oriente, pero ninguna guerra tiene la honestidad de confesar:

—*Yo mato para robar.*

Numerosas hazañas bélicas ha cumplido y seguirá cumpliendo *la mierda del Diablo*, como las malas lenguas llaman al oro negro.

Una multitud perdió la vida en Sudán, entre fines del siglo veinte y principios del veintiuno, en una larga guerra petrolera que se disfrazó de conflicto étnico y religioso. Torres y taladros, tuberías y oleoductos brotaban, por arte de magia, sobre las aldeas incendiadas y los cultivos aniquilados. Y en la región de Darfur, donde continuó la carnicería, los nativos, todos musulmanes, empezaron a odiarse cuando se supo que podía haber petróleo bajo sus pies.

También dijo ser guerra étnica y religiosa la matanza en las colinas de Ruanda, aunque matadores y matados eran todos católicos. El odio, herencia colonial, venía de los tiempos en que Bélgica había decidido que eran tutsis los que tenían vacas y hutus los que trabajaban la tierra, y que la minoría tutsi debía dominar a la mayoría hutu.

En estos años, otra multitud perdió la vida en la República Democrática del Congo, al servicio de las empresas extranjeras que disputaban el coltán. Este mineral raro es imprescindible para la fabricación de teléfonos celulares, computadoras, microchips y baterías que usan los medios de comunicación, que sin embargo se olvidaron de mencionarlo.

Guerras voraces

En 1975, el rey de Marruecos invadió la patria saharauí y expulsó a la mayoría de la población.

El Sahara es, ahora, la última colonia del África.

Marruecos le niega el derecho de elegir su destino, y así confiesa que ha robado un país y que no tiene la menor intención de devolverlo.

Los saharauis, *los hijos de las nubes*, los perseguidores de la lluvia, están condenados a pena de angustia perpetua y de perpetua nostalgia. Las Naciones Unidas les han dado la razón, mil y una veces, pero la independencia es más esquiva que el agua en el desierto.

Mil y una veces, también, las Naciones Unidas se han pronunciado contra la usurpación israelí de la patria palestina.

En 1948, la fundación del estado de Israel implicó la expulsión de ochocientos mil palestinos. Los palestinos desalojados se llevaron las llaves de

sus casas, como habían hecho, siglos antes, los judíos que España echó. Los judíos nunca pudieron volver a España. Los palestinos nunca pudieron volver a Palestina.

Los que se quedaran fueron condenados a vivir humillados en territorios que las continuas invasiones van encogiendo cada día.

Susan Abdallah, palestina, conoce la receta para fabricar un terrorista:

Despójelo de agua y de comida.

Rodee su casa con armas de guerra.

Atáquelo por todos los medios y a todas las horas, especialmente en las noches.

Demuela su casa, arrase su tierra cultivada, mate a sus queridos, especialmente a los niños, o déjelos mutilados.

Felicitaciones: ha creado usted un ejército de hombres-bomba.

Guerras matamundos

A mediados del siglo diecisiete, el obispo irlandés James Ussher reveló que el mundo nació en el año 4004 antes de Cristo, entre el crepúsculo del sábado 22 de octubre y la noche del día siguiente.

Sobre la muerte del mundo, en cambio, no disponemos de información tan exacta. Se teme, eso sí, que la defunción no demorará, dado el febril ritmo de trabajo de sus asesinos. Los avances tecnológicos de este siglo veintiuno equivaldrán a veinte mil años de progreso en la historia humana, pero no se sabe en qué planeta serán celebrados. Ya lo había profetizado Shakespeare: *La desgracia de estos tiempos es que los locos conducen a los ciegos.*

Nos invitan a morir las máquinas creadas para ayudarnos a vivir.

Las grandes ciudades prohíben respirar y caminar. Los bombardeos químicos disuelven los polos y las nieves de las cumbres de las montañas. Una agencia de viajes de California vende excursiones a Groenlandia, para decir adiós a los hielos. La mar engulle las costas y las redes de los pescadores recogen medusas en vez de bacalaos. Los bosques naturales, verdes fiestas de la diversidad, se convierten en bosques industriales o en desiertos donde ni las piedras germinan. En veinte países, a principios de este siglo, la sequía ha arrojado cien millones de campesinos a la buena de Dios. «La naturaleza está ya muy cansada», escribió el fraile español Luis Alfonso de Carvallo. Fue en 1695. Si nos viera ahora.

Donde no hay sequías, hay diluvios. Año tras año se multiplican las inundaciones, los huracanes, los ciclones y los terremotos de nunca acabar. Los llaman desastres naturales, como si la naturaleza fuera su autora y no su víctima. Desastres matamundos, desastres matapobres: en Guatemala dicen que

los tales desastres naturales se parecen a las viejas películas de cowboys, porque sólo mueren los indios.

¿Por qué tiemblan las estrellas? Quizá presienten que pronto invadiremos otros astros del cielo.

El gigante del Tule

Ya en el año 1586, el sacerdote español Josep de Acosta lo vio, en el pueblo de Tule, a tres leguas de Oaxaca: *A este árbol hirió un rayo desde lo alto, por el corazón hasta abajo. Antes de herirlo el rayo, dicen que hacía sombra bastante para mil hombres.*

Y en 1630, Bernabé Cobo escribió que el árbol tenía tres puertas, tan grandes que se entraba por ellas a caballo.

Él sigue allí. Nació antes de Cristo, y sigue allí. Es el viviente más añoso y más enorme del mundo. En la espesura de sus ramajes, miles de aves tienen casa.

Este dios verde está condenado a la soledad. Ya no hay selva que lo acompañe.

Fundación del tráfico urbano



Relinchaban los caballos, maldecían los cocheros, silbaban los látigos en el aire.

El noble señor estaba hecho una furia. Llevaba siglos esperando. Su carruaje había sido bloqueado por otro carruaje, que en vano intentaba dar la vuelta entre muchos carruajes más. Y perdió la ninguna paciencia que le quedaba, se bajó, desenvainó la espada y despanzurró al primer caballo que encontró atravesado en su camino.

Esto ocurrió al anoecer de un sábado del año 1766, en la Place des Victoires, en París.

El noble señor era el Marqués de Sade.

Mucho más sádicos son los atascos de ahora.

Adivinanza

Son los mimados de la familia.

Son glotones, devoran petróleo, gas, maíz, caña de azúcar y lo que venga.

Son dueños del tiempo humano, dedicado a bañarlos, a darles comida y abrigo, a hablar de ellos y a abrirles caminos.

Se reproducen más que nosotros, y ya son diez veces más numerosos que hace medio siglo.

Matan más gente que las guerras, pero nadie denuncia sus asesinatos, y menos que nadie los periódicos y canales de televisión que viven de su publicidad.

Nos roban las calles, nos roban el aire.

Se ríen cuando nos escuchan decir: *Yo manejo*.

Breve historia de la revolución tecnológica

Creced y multiplicaos, dijimos, y las máquinas crecieron y se multiplicaron.

Nos habían prometido que trabajarían para nosotros. Ahora nosotros trabajamos para ellas.

Multiplican el hambre las máquinas que inventamos para multiplicar la comida.

Nos matan las armas que inventamos para defendernos.

Nos paralizan los autos que inventamos para movernos.

Nos desencuentran las ciudades que inventamos para encontrarnos.

Los grandes medios, que inventamos para comunicarnos, no nos escuchan ni nos ven.

Somos máquinas de nuestras máquinas.

Ellas alegan inocencia.

Y tienen razón.

Bophal

La pesadilla despertó a los vecinos en medio de la noche: el aire ardía.

En el año 1984, estalló una fábrica de la Union Carbide Corporation en la ciudad de Bophal, en la India.

No funcionó ninguno de los sistemas de seguridad. O mejor dicho, en términos económicos: la rentabilidad sacrificó la seguridad al imponer drásticas reducciones de costos.

A muchos miles mató este crimen llamado accidente, y a muchos más dejó enfermos para siempre.

En el sur del mundo, la vida humana se cotiza a precio de oferta. Después de mucho tira y afloje, la Union Carbide pagó tres mil dólares por muerto, y mil por cada enfermo incurable. Y sus prestigiosos abogados rechazaron las demandas de los sobrevivientes, porque eran analfabetos incapaces de entender lo que sus pulgares firmaban. La empresa no limpió el agua ni el aire de Bhopal, que siguieron estando intoxicados, ni limpió la tierra, que siguió estando envenenada de mercurio y plomo.

En cambio, la Union Carbide limpió su imagen, pagando millonadas a los más cotizados expertos en maquillaje.

Unos años después, otro gigante químico, Dow Chemical, compró la empresa. La empresa, no su prontuario: Dow Chemical se lavó las manos, negó cualquier responsabilidad en el asunto y puso pleito a las mujeres que protestaban ante sus puertas, por alteración del orden público.

Medios animales de comunicación

Una noche de la primavera de 1986, reventó la central nuclear de Chernóbil.

El gobierno soviético dictó orden de silencio.

Muchas personas, inmensa multitud, murieron o sobrevivieron convertidas en bombas ambulantes, pero la televisión, la radio y los diarios no se enteraron. Y al cabo de tres días, no violaron el secreto para advertir que ese estallido de radiactividad era una nueva Hiroshima, sino que aseguraron que se trataba de un accidente menor, cosa de nada, todo bajo control, que nadie se alarme.

Los campesinos y los pescadores de tierras y aguas cercanas y lejanas sí supieron que algo muy pero muy grave había ocurrido. Quienes les

trasmitieron la mala noticia fueron las abejas, las avispas y las aves que alzaron vuelo y se perdieron de vista en el horizonte, y las lombrices que se hundieron un metro bajo tierra y dejaron a los pescadores sin carnada y a las gallinas sin comida.

Un par de décadas después, estalló el tsunami en el sudeste del Asia y las olas gigantes engulleron a otro gentío.

Cuando la tragedia estaba incubándose, y la tierra recién empezaba a crujiir en las profundidades de la mar, los elefantes hicieron sonar sus trompas, en desesperados lamentos que nadie entendió, y rompieron las cadenas que los ataban y se lanzaron, en estampida, selva adentro.

También los flamencos, los leopardos, los tigres, los jabalíes, los ciervos, los búfalos, los monos y las serpientes huyeron antes del desastre.

Sólo sucumbieron los humanos y las tortugas.

Arno

Cuando la naturaleza todavía no había sido enviada al manicomio, ya sufría ataques de locura que avisaban lo que se venía.

A fines de 1966, el río Arno realizó el sueño del diluvio propio y la ciudad de Florencia sufrió la más feroz inundación de toda su historia. En un solo día, Florencia perdió más que todo lo perdido durante todos los bombardeos de la segunda guerra mundial.

Después, sumergidos en el barro, los florentinos se lanzaron al rescate de los restos del naufragio. Y en eso estaban, hombres y mujeres, chapoteando, trabajando, insultando al Arno y a todos sus parientes, cuando un largo camión pasó, a los tumbos, por allí cerquita.

El camión cargaba un cuerpo enorme, que la inundación había herido de muerte: la cabeza se bamboleaba sobre las ruedas de atrás y un brazo, roto, colgaba del costado.

Al paso de ese gigante de madera, los hombres y las mujeres hicieron a un lado sus palas y sus baldes, descubrieron sus cabezas, se persignaron. Y callando esperaron hasta que se perdió de vista.

Él también era hijo de esta ciudad de Florencia.

Aquí había nacido este Jesús crucificado, este Jesús despedazado. Había nacido hacía siete siglos, de la mano de Giovanni Cimabue, maestro del Giotto, artista pintor.

Ganges

El gran río de la India no bañaba la tierra. Bañaba los cielos, allá arriba, allá lejos, y los dioses se negaban a desprenderse del río que les daba agua y frescura.

Y así fue hasta que el Ganges decidió mudarse, y se vino a la India, donde ahora fluye desde el Himalaya hasta la mar, para que los vivos se purificaran en sus aguas y las cenizas de los muertos tuvieran destino.

Este río sagrado, que se apiadó de los terrestres, no pudo sospechar que en el mundo iba a recibir ofrendas de basura y veneno que le harían la vida imposible.

El río y los peces

Un viejo proverbio dice que enseñar a pescar es mejor que dar pescado.

El obispo Pedro Casaldáliga, que vive en la región amazónica, dice que sí, que eso está muy bien, muy buena idea, pero ¿qué pasa si alguien compra el río, que era de todos, y nos prohíbe pescar? ¿O si el río se envenena, y envenena a sus peces, por los desperdicios tóxicos que le echan? O sea: ¿qué pasa si pasa lo que está pasando?

El río y los ciervos

El más antiguo tratado de educación fue obra de una mujer.

Dhouda de Gasconia escribió el «Manual para mi hijo», en latín, a principios del siglo nueve.

Ella no imponía nada. Sugería, aconsejaba, mostraba. En una de sus páginas nos invitó a aprender de los ciervos, *que atraviesan los ríos anchos nadando en fila, uno atrás del otro, con la cabeza y el cuello apoyados en el lomo del ciervo que los precede; unos a otros se sostienen y así pueden atravesar el río con mayor facilidad. Y son tan inteligentes y sagaces que cuando se dan cuenta de que el primero está cansado, lo hacen pasar al último puesto y otro toma la delantera.*

Los brazos del tren

Los trenes de Bombay, que transportan seis millones de pasajeros por día, violan las leyes de la física: en ellos entran muchos más pasajeros que los pasajeros que en ellos caben.

Suketu Mehta, que sabe de esos viajes imposibles, cuenta que cuando ya ha partido cada tren repletísimo, hay gente que lo persigue corriendo. Quien pierde el tren, pierde el empleo.

Y entonces, de los vagones brotan brazos, brazos que salen por las ventanillas o cuelgan desde los techos, y ayudan a trepar a los rezagados. Y esos brazos del tren no preguntan al que viene corriendo si es extranjero o nacido aquí, ni le preguntan qué lengua habla, ni si cree en Brahma o en Alá, en Buda o en Jesús, ni le preguntan a qué casta pertenece, o si es de casta maldita, o de ninguna casta.



Peligro en la selva

Savitri se fue.

Se la llevó el salvaje que escuchó su llamado y la vino a buscar, atropelló la valla, derribó a los guardias y se metió en la carpa. Ella rompió sus cadenas y los dos desaparecieron, juntos, selva adentro.

El dueño del circo Olympic calculó la pérdida en unos nueve mil dólares y dijo que, para peor, la amiga de Savitri, Gayatri, había quedado muy deprimida y se negaba a trabajar.

A fines de agosto del año 2007, la pareja fugada fue localizada a la orilla de un lago, a unos doscientos kilómetros de Calcuta.

Los perseguidores no se atrevieron a acercarse. El elefante y la elefanta habían anudado sus trompas.

Peligro en las fuentes

Según informa el Apocalipsis (21:6), Dios hará un mundo nuevo, y dirá:

—*A los sedientos ofreceré, gratuitamente, agua de los manantiales.*

¿Gratuitamente? ¿El mundo nuevo no tendrá ni un lugarcito para el Banco Mundial, ni para las empresas consagradas al noble negocio del agua?

Eso parece. Mientras tanto, en el mundo viejo en el que todavía vivimos, las fuentes del agua son tan codiciadas como las reservas de petróleo y se están convirtiendo en campos de batalla.

En América, la primera guerra del agua fue la invasión de México por Hernán Cortés. Los más recientes combates por el oro azul ocurrieron en Bolivia y en Uruguay. En Bolivia, el pueblo alzado recuperó el agua perdida; en Uruguay, un plebiscito popular evitó que el agua se perdiera.

Peligro en la tierra

Una tarde de 1996, diecinueve campesinos fueron acribillados, a sangre fría, por miembros de la Policía Militar del estado de Para, en la Amazonia brasileña.

En Para, y en buena parte de Brasil, los amos de la tierra reinan, por robo robado o por robo heredado, sobre inmensidades vacías. Su derecho de propiedad es derecho de impunidad. Diez años después de la matanza, nadie estaba preso. Ni los amos, ni sus instrumentos armados.

Pero la tragedia no había asustado ni desalentado a los campesinos del Movimiento Sin Tierra. Los había multiplicado, y les había multiplicado las ganas de trabajar, y de trabajar la tierra, aunque en este mundo sea imperdonable delito o incomprensible locura.

Peligro en el cielo

En el año 2003, una pueblada volteó al gobierno de Bolivia.

El pobrerió se hartó de aguantar. Se había privatizado hasta el agua de la lluvia, se había puesto bandera de remate a Bolivia con bolivianos y todo.

La sublevación sacudió El Alto, allá encima de la altísima ciudad de La Paz, donde los pobres más pobres trabajan la vida día tras día, mascando melancolías, y tan arriba están que caminan empujando nubes y todas las casas tienen puerta al cielo.

Y al cielo fueron los que en la pueblada murieron. Les quedaba mucho más cerca que el mundo. Ahora andan alborotando el Paraíso.

Peligro en las nubes

Según los indudables testimonios que han llegado al Vaticano, Antoni Gaudí merece ingresar al santoral por sus numerosos milagros.

El artista creador del modernismo catalán murió en 1926, y desde entonces ha curado a muchos incurables, ha encontrado a muchos inencontrables y ha sembrado empleos y viviendas por doquier.

El proceso de beatificación está en curso.

Grave peligro corre la arquitectura del cielo. Porque este puritano, casto, infaltable en las procesiones, tenía mano pagana, y a la vista está en los carnales laberintos que diseñó en casas y parques.

¿Qué hará ahora con la nube que le otorguen? ¿No nos invitará a pasear por los adentros de Adán y Eva, en la noche del primer pecado?

Inventario general del mundo

Arthur Bísopo do Rosario fue negro, pobre, marinero, boxeador y artista por cuenta de Dios.

Vivió en el manicomio de Río de Janeiro.

Allí, los siete ángeles azules le transmitieron la orden divina: Dios le mandó hacer un inventario general del mundo.

Monumental era la misión encomendada. Arthur trabajó noche y día, cada día, cada noche, hasta que en el invierno de 1989, cuando estaba en plena tarea, la muerte lo agarró de los pelos y se lo llevó.

El inventario del mundo, inconcluso, estaba hecho de chatarras,

vidrios rotos,

escobas calvas,

zapatillas caminadas,

botellas bebidas,

sábanas dormidas,

ruedas viajadas,

velas navegadas,
banderas vencidas,
cartas leídas,
palabras olvidadas y
aguas llovidas.

Arthur había trabajado con basura. Porque toda basura era vida vivida, y de la basura venía todo lo que en el mundo era o había sido. Nada de lo intacto merecía figurar. Lo intacto había muerto sin nacer. La vida sólo latía en lo que tenía cicatrices.

Continuidad del camino

Cuando alguien muere, cuando su tiempo acaba, ¿mueren también los andares, los deseos y los decires que se han llamado con su nombre en este mundo?

Entre los indios del alto Orinoco, quien muere pierde su nombre. Ellos comen sus cenizas, mezcladas con sopa de plátano o vino de maíz, y después de esa ceremonia ya nadie nombra nunca más al muerto: el muerto que en otros cuerpos, con otros nombres, anda, desea y dice.

Peligro en la noche

Durmiendo, nos vio.

Helena soñó que hacíamos fila en algún aeropuerto.

Una larga fila: cada pasajero llevaba, bajo el brazo, la almohada donde había dormido la noche anterior.

Las almohadas iban pasando a través de una máquina que leía los sueños.

Era una máquina detectora de sueños peligrosos para el orden público.

Objetos perdidos

El siglo veinte, que nació anunciando paz y justicia, murió bañado en sangre y dejó un mundo mucho más injusto que el que había encontrado.

El siglo veintiuno, que también nació anunciando paz y justicia, está siguiendo los pasos del siglo anterior.

Allá en mi infancia, yo estaba convencido de que a la luna iba a parar todo lo que en la tierra se perdía.

Sin embargo, los astronautas no han encontrado sueños peligrosos, ni promesas traicionadas, ni esperanzas rotas.

Si no están en la luna, ¿dónde están?

¿Será que en la tierra no se perdieron?

¿Será que en la tierra se escondieron?

Ilustraciones

Grabados de la exposición «Monstruos y seres imaginarios», Biblioteca Nacional, Madrid, 2000.

Ulisse Aldrovandi, 1642.

Anónimo, sin fecha.

Jacques Collin de Plancy, 1863.

Lychosthenes, 1557,

Aldrovandi, 1642.

Obsequens, 1552.

Aldrovandi, 1642.

Aldrovandi, 1640.

Ambroise Paré, 1594.

Aldrovandi, 1642.

Lychosthenes, 1557.

Collin de Plancy, 1863.

Lychosthenes, 1557.

Lychosthenes, 1557.

Lychosthenes, 1557.

Anónimo, 1497.

Ambroise Paré, 1610.

Anónimo, 1654.

Andrea Alciato, 1749.

Ludwig Holberg, 1741.

Anónimo, s. XIX.

Aldrovandi, 1642.

Anónimo, 1497.

Holberg, 1741.

Aldrovandi, 1642.

Aldrovandi, 1642.

Collin de Plancy, 1863.

Anónimo, 1624.

Aldrovandi, 1642.

Paré, 1560.

Lychosthenes, 1557.

Índice general

De deseo somos.....	6
Caminos de alta fiesta	6
El metelíos.....	7
Cavernas	7
Fundación del fuego.....	8
Fundación de la belleza	8
Verdres del Sáhara	8
¿Cómo pudimos?.....	9
Edades	9
Primos.....	10
Abuelos	10
Breve historia de la civilización.....	11
Fundación de la contaminación.....	11
Fundación de las clases sociales	12
Siervos y señores.....	12
Dominantes y dominados	13
Fundación de la división del trabajo.....	13
Fundación de la escritura	14
De barro somos	14
Fundación de los días.....	15
Fundación de la taberna	15
Las misas de la mesa	16
Breve historia de la cerveza.....	17
Breve historia del vino	17
El rey que quiso vivir siempre	18
Otra aventura de la inmortalidad	18
De lágrimas somos	19
Nilo	19
Piedra que dice.....	20
Escribir no	21
Escribir sí.....	21
Osiris.....	21
Isis	22
El rey triste.....	22
Fundación de la gallina.....	23
Hatsheput	23

La otra pirámide	24
El dios de la guerra.....	25
El teatro de la guerra.....	25
El arte de la guerra	26
El horror de la guerra.....	26
Amarillo	27
Yi y la sequía	27
Yu y la inundación	28
Fundación del libro chino.....	28
Retrato de familia en China	29
Seda que fue baba	29
La fuga del gusano chino.....	30
El emperador que vivió construyendo su muerte	30
Asesinos de pies.....	31
Contrabandistas de palabras.....	32
El pánico macho	32
Un arma peligrosa	33
Las nueve lunas.....	33
Victorioso sol, luna vencida	34
Mexicanas	34
Egipcias	35
Hebreas	35
Hindúes.....	36
Chinas.....	36
Romanas.....	37
Griegas	37
Amazonas	38
Cuando el hígado era la casa del alma	39
Fundación del machismo	39
Heracles.....	40
Fundación de la Organización Internacional del Comercio.....	40
Fundación del Correo	41
Eco.....	41
Tales.....	41
Fundación de la música	42
Monopolio divino	42
Gracias por el castigo	43
Fundación de los idiomas.....	43
Todas las lluvias.....	44
Fundación religiosa del racismo.....	44
Fundación científica del racismo	45
El amar de los amares	45
Alejandro	46

Homero	47
Fundación literaria del perro	48
Hesíodo	48
El suicidio de Troya.....	49
El héroe.....	49
Retrato de familia en Grecia.....	50
Huelga de piernas cerradas.....	51
El arte de dibujarte	51
Sócrates.....	52
Olimpiadas	52
Partenón y después	53
Hipócrates.....	54
Aspasia	54
Safo	55
Epicuro	55
Fundación de la inseguridad ciudadana.....	56
La esclavitud según Aristóteles.....	57
Ojo con las bacanales.....	57
Antiochus, rey	58
Espartaco.....	58
Roma tour	59
Julio César.....	59
La sal de este imperio.....	60
Cleopatra.....	60
Métodos anticonceptivos de comprobada eficacia	61
Show business	62
Retrato de familia en Roma.....	62
El poeta que se rió de Roma.....	63
Terapia de risa.....	64
Chistes	64
El mundo al revés se burlaba del mundo	65
Prohibido reír	65
La divinidad sonriente.....	66
Un papá que jamás ríe	66
El hijo.....	68
Se busca.....	68
El burro.....	69
Resurrección de Jesús.....	69
Marías.....	70
Resurrección de María	70
Fundación de Santa Claus	71
Fundación del Infierno.....	72
Prisciliano	72

Hipatia.....	73
Teodora	73
Urraca	74
Aixa.....	74
Mahoma	75
El biógrafo de Mahoma	75
Sukaina.....	76
La mamá de los cuentacuentos.....	76
Bagdad.....	77
Voz del vino.....	77
Las Cruzadas.....	78
Divinos mandatos.....	79
Loco por las francesas	79
Poeta profeta.....	80
Trótula.....	80
San Francisco de Asís.....	81
Fundación del azúcar.....	82
La Cruzadita contra Dolcino.....	82
Santas visitadas desde el Cielo	83
Los santos retratan a las hijas de Eva	83
Prohibido cantar	84
Prohibido sentir	84
Avicena.....	85
Una señora feudal explica cómo hay que cuidar los bienes terrenales	85
Un señor feudal explica cómo hay que tratar a los campesinos.....	86
La fuente de la fuente.....	86
Pestes	87
Mujeres contra la peste	87
Agua maldita.....	88
Los santos de la Edad Media practicaban la Medicina en serie.....	88
Fundación de la infancia.....	89
Angelitos de Dios	90
El papá del Ogro	90
El Ogro tártaro	91
Marco Polo.....	91
¿Qué no inventaron los chinos?.....	92
La gran ciudad flotante.....	93
Generoso el Papa	94
El Mal copia al Bien	95
Argumentos de la fe	95
Confesión del torturador	96
Todos éramos verdugos.....	96
Mercenarios	97

Nuestra Señora de los Imposibles	97
La santa guerrera	98
Cuando los barcos navegaron sobre la tierra	99
Diabladas	99
Diabluras.....	100
El diabolicida	101
Leonardo	101
Tetas.....	102
Fundación del tenedor	102
Visita al Vaticano	102
El Bosco	103
Alabada sea la ceguera.....	103
Prohibido ser curioso	104
El peligroso vicio de preguntar	105
Resurrección de Servet.....	105
Eurotodo	106
Sur	106
Bestiario.....	107
Fundación de los vientos marineros	107
El mapa de después.....	108
Colón	108
Caras.....	109
Destinos.....	109
Américo.....	110
Isabel.....	110
Las edades de Juana la Loca.....	111
Carlos.....	112
La herencia negada.....	112
Maimónides y Averroes	113
Piedra.....	114
El agua y la luz	114
Prohibido ser	115
El hombre más poderoso de este mundo vivía en el otro	115
Último fulgor de los turbantes.....	116
El Diablo es musulmán.....	116
El Diablo es judío	117
El Diablo es negro.....	117
El diablo es mujer	118
El Diablo es pobre.....	119
El Diablo es extranjero	119
El Diablo es homosexual.....	120
El Diablo es gitano	120
El Diablo es indio.....	121

Fundación de América.....	121
El Dragón de la Maldad.....	122
Americanos.....	122
Caras y caretas	123
La primera guerra del agua.....	123
El juego de pelota	124
Las otras armas	125
Fundación de la guerra bacteriológica	125
Endemoniados	126
El arte oficial en los reinos mayas	127
Matando bosques murieron.....	128
La isla perdida.....	128
Los reinos sin rey	128
Tu pasado te condena	129
Tu futuro te condena.....	130
Ananá	130
Don Quijote	131
Derecho laboral.....	131
Hemofobia	132
Morir de médico	132
Molière	133
Fundación de la anestesia.....	134
Fundación de la vacuna	134
Fundación de las procesiones	134
Máscaras.....	135
Otras máscaras	135
Pasquines	136
Actas de las confesiones del Diablo	137
Teresa.....	137
Juana	138
Adiós	138
Tituba.....	139
Endiabladas	140
Hendrickje	140
Resurrección de Vermeer	141
Resurrección de Arcimboldo	141
Tomás Moro	142
Erasmus.....	143
Fundación del ascensor.....	143
El precursor del capitalismo	144
Peligrosas esquinas del Caribe	144
Raleigh.....	144
Retrato de familia en Inglaterra.....	145

Mare nostrum.....	145
Gracias.....	146
«Esta execrable banda de carniceros».....	146
El papá de Gulliver.....	147
Cielos y suelos.....	148
El filósofo de la libertad.....	148
Contratos.....	149
Breve historia del intercambio entre África y Europa.....	150
Agua bendita.....	150
Europa caníbal.....	151
Fashion.....	151
Jaulas navegantes.....	152
Hijos del camino.....	153
Primera rebelión de los esclavos en América.....	153
Porfiada libertad.....	153
Reino de los libres.....	154
Reina de los libres.....	154
Arte de los libres.....	155
Rey de los libres.....	155
En busca de la propiedad fugada.....	155
Harriet.....	156
¡No se lo pierda!.....	156
Las edades de Rosa María.....	157
Dormía Brasil en lecho de oro.....	158
Digestiones.....	159
El papá de las marionetas.....	159
Aleijadinho.....	160
El arte oficial en Brasil.....	160
Las edades de Pedro.....	161
La libertad traiciona.....	161
Resurrección de Túpac Amaru.....	162
Lluvia.....	163
Los pocos y los todos.....	163
Padre ausente.....	164
Otro padre ausente.....	164
Sally.....	165
Muera el té, viva el café.....	166
¿En Dios confiamos?.....	166
Un prólogo de la revolución francesa.....	167
Aventuras de la razón en tiempos de cerrazón.....	167
Mozart.....	168
Pelucas.....	169
La despreciable mano humana.....	170

La revolucionaria mano humana	170
María Antonieta	171
La Marsellesa.....	171
Himnos.....	172
Olympia	173
La guillotina.....	173
La revolución perdió la cabeza	174
Büchner	175
La maldición blanca	175
Toussaint.....	176
Muchas veces murió la esclavitud	177
La muerta que habla.....	177
Las edades de Iqbal	178
Prohibido ser mujer.....	178
El arte oficial en Francia.....	179
Beethoven	179
Fundación de las agencias de noticias	180
Fundación del <i>croissant</i>	181
Fundación de la mesa francesa	181
Goya.....	182
Mariana	182
Abanicos.....	183
El arte oficial en Argentina.....	183
La independencia que no fue.....	184
El perdedor	184
Artigas	185
Dos traidores	186
Constituciones.....	186
América según Humboldt.....	187
Fundación de la ecología	187
A Bolivia la borraron del mapa	188
A México le comieron el mapa	189
A Centroamérica le rompieron el mapa.....	189
El Predestinado	190
Mudanza de mapa.....	191
Mudanza de nombre	191
Las edades de Ada.....	192
Ellos son ellas	193
Flora.....	193
Concepción	194
Venus.....	194
América profunda	195
Dieta de aire.....	195

Una colonia superpoblada	196
Fundación de los cuentos de hadas	196
Una colonia porfiada.....	197
Taj Mahal	198
Música para las horas de la vida	198
Hokusai	199
Fundación del Japón moderno	199
¿Libertad de comercio? No, gracias	200
La letra con sangre entra	201
Prendas típicas	202
Aquí fue Paraguay.....	202
Fundación del lenguaje.....	203
Fundación de la libertad de presión	203
Señora de los mares, reina del narcotráfico	204
Aquí fue China.....	204
Botincito	205
Desastres naturales.....	205
Otros desastres naturales.....	206
Glorias naturales.....	206
Pisos de arriba y pisos de abajo.....	207
Manos callosas	207
Florence	208
El viaje de Darwin	209
Las preguntas de Darwin	209
Te muestro el mundo	210
Humanitos	210
La locura de la libertad	211
El huracán del oro.....	212
Whitman	212
Emily.....	213
La tarántula universal	213
Señor Corporación.....	214
No me pisen las flores.....	214
Comuneras.....	215
Louise	216
Víctor Hugo	216
Lección de cultura colonial.....	217
Aquí fue la India	217
China servida en la mesa de Europa	218
África servida en la mesa de Europa	218
El capitán de las tinieblas	219
Dos reinas	219
Wilde	220

La moral frigidísima.....	221
El papá de los Boy Scouts	221
El papá de la Cruz Roja.....	222
Churchill	222
El Coloso de Rhodes.....	223
Trono de oro	224
Fundación de los campos de concentración	224
Fundación del Far West.....	225
Buffalo Bill	226
Las edades de Toro Sentado	226
Fundación de las desapariciones.....	227
La estatua más alta	228
La avenida más larga	229
Martí	229
Músculos	230
Mark Twain	230
Kipling.....	231
El arroz civilizado.....	232
Fundación de la democracia	233
Fundación de la Universidad.....	233
Fundación de la tristeza.....	234
Fuera de lugar	235
Desalmadas.....	235
Resurrección de Camille	235
Van Gogh	236
Ese grito.....	236
Profetas del siglo veinte.....	237
Fundación de la publicidad.....	237
Pócimas	238
Marketing.....	238
Marie.....	239
El papá de las lamparitas.....	240
Tesla.....	240
Fundación de los bombardeos aéreos.....	241
Las edades de Santos Dumont.....	241
Fotos: Uno de muchos.....	242
Kafka.....	243
Nijinsky	243
Fundación del <i>jazz</i>	244
Resurrección de Django	244
Fundación del tango.....	244
Fundación del samba	245
Fundación de Hollywood.....	245

Fundación del arte moderno.....	246
Fundación de la novela moderna.....	247
El Soldado Desconocido	247
Prohibido ser pobre.....	248
Los invisibles.....	248
Las invisibles.....	249
Prohibido ser campesino.....	249
Fotos: El trono.....	250
Lenin.....	251
Alexandra.....	252
Stalin.....	252
Coartadas.....	253
Fotos: Los enemigos del pueblo.....	254
La Inquisición en tiempos de Stalin.....	254
Rosa.....	255
Fundación de dos países.....	256
El rey ingrato.....	256
Las edades de Josephine.....	257
Sarah.....	258
Rendición de París.....	258
Noches de harén.....	259
Las personas de Pessoa.....	259
War Street.....	260
Prohibido ganar elecciones.....	260
Prohibido ser fértil.....	261
Prohibido ser patria.....	262
Resurrección de Sandino.....	262
Breve historia de la siembra de la Democracia en América.....	263
Prohibido ser obrero.....	264
Prohibido ser anormal.....	264
Prohibido ser judío.....	265
Higiene social, pureza racial.....	265
Peligro en el camino.....	266
Victoria.....	266
El Diablo es rojo.....	267
Última voluntad.....	268
Rosario.....	268
Guernica.....	269
El comandante que vino de lejos.....	269
Ramón.....	270
Machado.....	271
Matilde.....	271
Las cárceles más baratas del mundo.....	272

Resurrección del carnaval	272
Prohibido ser negro	273
Insolencia	273
Negro alado	274
Estrella negra.....	274
Sangre negra.....	275
Voz negra.....	275
La impunidad es hija del olvido.....	276
El engranaje	276
Prohibido ser ineficiente.....	277
Mengele.....	278
Dios.....	278
Quiéreme mucho	279
Fotos: La bandera de la victoria.....	280
Fotos: Mapamundi	280
Fotos: Otra bandera de la victoria	280
El papá y la mamá de la penicilina	281
Resurrección de Vivaldi.....	281
Fotos: Un hongo grande como el cielo	282
El otro hongo.....	282
El papá de la bomba	283
Fotos: Los ojos más tristes del mundo.....	283
No eran héroes de Hollywood.....	284
Zares	284
Moría una guerra, otras guerras nacían	285
Ho.....	286
No fue un regalo	286
La información objetiva	287
La sal de esta tierra	288
La educación en tiempos de Franco.....	288
La justicia en tiempos de Franco	289
Doria	289
Retrato de familia en Jordania	290
Phoolan	290
Mapa de la Guerra Fría.....	291
El papá de las computadoras.....	292
La mamá y el papá de los derechos civiles	292
Los derechos civiles en el fútbol.....	293
Maracaná.....	294
Pelé.....	294
Maradona.....	295
Fotos: El escorpión.....	295
Brecht.....	296

Cien flores y un solo jardinero.....	296
El emperador rojo	297
El emperador amarillo	298
Prohibido ser independiente.....	299
Resurrección de Lumumba	300
Mau-mau.....	300
La herencia europea	301
Sankara.....	301
Fundación de Cuba	302
Yo sí puedo	302
Fotos: Los ojos más habitados del mundo	303
El nacedor	304
Fidel	304
Fotos: Puños alzados al cielo.....	305
Alí.....	306
El jardinero	306
La Novena.....	307
Muros	307
Fotos: La caída del muro	308
Luz divina, luz asesina	308
El crimen paga.....	309
Otro caso de amnesia	310
Fotos: Esa bala no miente	310
Un beso abrió las puertas del infierno.....	311
Retrato de familia en Argentina	311
Las edades de Ana.....	312
El nombre más tocado.....	312
El obispo que murió dos veces	313
El impuesto global.....	314
No son noticia	314
Criminología.....	315
En vivo y en directo.....	315
En directo y en vivo.....	316
Peligro en las cárceles.....	317
Peligro en las calles.....	317
Peligro en los Andes.....	318
Peligro en el aire	319
Barbie va a la guerra.....	319
Los hijos de RoboCop van a la guerra.....	320
Guerras disfrazadas	320
Una mujer a la orilla del río	321
Guerras mentidas	321
Fundación de los abrazos	322

Guerras mentirosas	322
Guerras voraces	323
Guerras matamundos	324
El gigante del Tule.....	325
Fundación del tráfico urbano.....	325
Adivinanza	326
Breve historia de la revolución tecnológica	326
Bophal.....	327
Medios animales de comunicación	327
Arno.....	328
Ganges.....	329
El río y los peces.....	329
El río y los ciervos.....	329
Los brazos del tren	330
Peligro en la selva	330
Peligro en las fuentes	330
Peligro en la tierra	331
Peligro en el cielo	331
Peligro en las nubes.....	332
Inventario general del mundo	332
Continuidad del camino	333
Peligro en la noche	333
Objetos perdidos.....	334